
ROSAS INGLESAS
Por una Vida Amándote
DEBUTANTES VICTORIANAS 2
Mile Bluett



Mile Bluett



Escuela Rosas Inglesas
English Roses School
for Distinguished Young Ladies

Título: Por una vida amándote

Libro 2

Serie: Debutantes victorianas

Autora: Mile Bluett.

©Mile Bluett, Agosto, 2025.

Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Contenido

Contenido

Sinopsis

Dedicatoria

Parte 1

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Parte 2

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Epílogo

Próximamente

Nota de la autora

Mis libros de Romance Histórico

Mile Bluett

Sinopsis

«Te amo con la fuerza de los vientos que azotan los mares».

Cuando el amor sucede, se abre paso contra toda lógica, se mete hasta los huesos y se funde con tu alma.

Emily Grant tuvo un comienzo afortunado en la vida. Creció junto a las olas del mar y con el aroma de los guisos de la cocina del pequeño hotel de su familia en Quiberville, Normandía, una región de Francia que se convirtió en su hogar. Sin embargo, la vida le dio un golpe inesperado y tuvo que marcharse a Londres. Con sus sueños pospuestos, el colegio para señoritas *English Roses School* era su única salida, así como enterrar sus miedos y sacar su fortaleza interior.

Enamorarse en secreto del hermano mayor de su mejor amiga, será un soplo de aire fresco en medio de la desventura. Pero, él es el heredero de un marquesado. Para una joven de orígenes más modestos, quizás sean palabras mayores.

El escocés **Zachary Moray, lord Moray**, tuvo un inicio difícil. A pesar de crecer entre algodones de azúcar por ser el hijo de un marqués; muy pronto, la vida le demostró que las rosas también tienen espinas. Gracias a su voluntad inquebrantable, decidió que ninguna adversidad lo derribaría. Ahora es un lince en los negocios, a pesar de su posición como aristócrata y de que se murmura, que posee un rostro tan perfecto como el de un ángel.

Aunque Zachary y Emily tienen muchas razones para permanecer unidos, el destino los pondrá a prueba una y otra vez.

¿Se les agotará la paciencia cuando más necesiten mantener la calma?

Dedicatoria

Para ti, mi querida lectora.

Gracias por el cariño y la ilusión con la que esperas mis libros.

Deseo que sumergirte en este nuevo universo de mis

DEBUTANTES VICTORIANAS,

alumnas de **English Roses School**

for distinguished young ladies,

te haga soñar y vivir la intensidad de las pasiones de los protagonistas.



Parte 1



Prefacio

Normandía, 1863

De niña, Emily solía jugar a ser sirena. Sentada en la orilla de la playa, con el agua hasta la cintura y con el vestido empapado, le cantaba en secreto a los barcos que desaparecían en el horizonte. Soñaba con hechizar a piratas con su voz para que le llevasen tesoros. Creció escuchando la misma historia todas las noches. Su padre decía que su madre fue una sirena antes de conocerlo, que lo sedujo con su canto y que así lo condujo como corderito al altar. Pero también le contaba que, en el pasado, él había sido un corsario que aterrorizaba a quienes se atrevían a surcar las traicioneras aguas del Mar del Norte.

Ella pensaba que los piratas sí que sabían divertirse. Su madre aseguraba que el señor Grant era más alegre antes de asentarse como hombre de familia. La risa de la señora Grant era contagiosa, incluso, lograba arrancar un brillo a los ojos de su esposo, durante las jornadas más agotadoras en el hotel.

—Niña, ¿cuál es tu nombre? ¿Y qué haces aquí sola? ¿Quién cuida de ti? —le preguntó una voz.

Miró hacia la arena. Alzó una mano sobre las cejas para protegerse del resplandor del sol y contempló intrigada a una chiquilla delgada que era cuidada por una institutriz.

—Emily —dijo alto y claro, tratando de aplacar los mechones rubios de su cabello batiéndose por la suave brisa.

Usó la expresión que lucía cuando pretendía parecer interesante. Eso le había escuchado decir a su padre.

La niña parecía de su edad. La vio correr en su dirección, pero fue interceptada y detenida por un muchacho unos años mayor de ojos tristes que le susurró algo al oído.

—Claro que no, Zach. No seas tonto —le contestó aquella. Pero él no la dejó aproximarse sola, la siguió como un perro guardián. La niña se volvió a Emily y añadió con sencillez—: Yo soy Charlotte y este es mi hermano Zach. ¿Me dejas jugar contigo?

—Uhm… Sí. Soy una sirena, tú puedes ser una también. —Tras el ofrecimiento, Emily miró a Zachary que no se separaba de su hermana—. Él puede ser un pirata.

El muchacho volvió a hablarle al oído a Charlotte. Emily le lanzó una mirada agraviada, estaba comenzando a enfadarse por el comportamiento de aquel. ¿Por qué alguien no hablaba con personas que recién conocía, más a su edad?

—Dice mi hermano que él no jugará con nosotras a esas boberías de niñas.

—¡Qué grosero! —lo regañó Emily con una ceja levantada. Su madre le enseñó a no ofender a nadie. De inmediato, se dio cuenta de que con sus palabras también lo ofendía, y se cubrió la boca con la palma de la mano.

«¿Cómo lo arreglo?», pensó.

Emily se levantó y el agua le llegó hasta la mitad de las piernas. La mirada del chico se clavó en los ojos avellanas de ella. A pesar de su corta edad, la niña se percató de que los iris de Zach tenían el mismo color del océano. Justo como el mar que se desplegaba frente a ellos.

—No es grosero, no le hagas caso. Está creciendo y es varón —intervino Charlotte—. ¿No te lo enseñó tu institutriz? Los muchachos son complicados, solo dan problemas.

Zach elevó los ojos al cielo y volvió a susurrarle algo a Charlotte al oído.

—¿Y maleducados también? —inquirió Emily desafiante por la manía de aquel de susurrar en su presencia.

—¿Zachary maleducado? —continuó Charlotte—. No, solo no habla con extraños.

—No soy una extraña. Ese es el hotel de mis padres, aquí todos me conocen —dijo señalando a la construcción de tres plantas que poseía cierto encanto hogareño y que se extendía cercana a la playa.

Le costó entender la actitud del muchacho. ¿Por qué alguien no hablaba con personas que recién conocía? Si no se comunicaba, no haría amigos. Emily lo miró largamente con la intención de explicárselo, pero al notarlo incómodo por el escrutinio, prefirió callar.

Zachary, sin nada de paciencia, dejó a Charlotte con su nueva amiga y se fue hasta las *cabines de plage*[1] donde estaba su familia.

Las niñas jugaron un par de horas, sin darse cuenta de la magia del tiempo que corría veloz. Entre castillos de arena y cantos de sirenas, sellaron una amistad que duraría toda la vida.

1



Quiberville, Normandía, abril de 1871

Ocho años pasaron desde que jugaban juntas en la playa. A sus diecisiete recién cumplidos, Emily tenía aspiraciones distintas por completo a las de Charlotte. Una de sus pasiones, por ejemplo, era escribirse con el hermano de su mejor amiga.

Tras terminar de leer un fragmento de la carta de Zachary se mordió el labio inferior. Era una protesta formal contra las burlas de Emily en su última misiva. Él trataba de mejorar su francés y practicaba escribiéndose con ella, quien lo dominaba a la perfección.

El reproche de Zachary decía:

> *(…) Sirena, tus intentos de ofenderme solo me hacen reír. ¿Que mi francés apesta? Pago a un tutor muy prestigioso y de una reputación intachable. Dice que, hablo tan fluido el idioma, que incluso podría dedicarme a dar clases de francés de no ser porque mi posición no me lo permite. Como heredero de un marqués, tengo obligaciones ineludibles que vienen adheridas a mi linaje. (…)*

Alzó la vista con ironía. Le encantaban sus pequeñas discusiones por correspondencia con Zachary, era fácil espolearlo y que él saltara lleno de indignación. Los motivos eran triviales, pero los aguijonazos iban cargados de picardía de un lado y del otro.

> *(…) Em querida, adoras buscarle los tres pelos al gato. Mira que atreverte a criticar mi redacción en francés. Pero, sabes que lo disfruto. Cada una de tus frases me roban carcajadas. Ya estoy añorando tu respuesta. No me dejes de escribir nunca. (…)*

Siempre fue más fácil comunicarse con él por escrito, y Emily, aún trataba de dilucidar por qué para Zachary era tan difícil abrirse

cuando estaban frente a frente. Era un misterio.

Y, con una sonrisa en los labios, escribió como poseída sobre el exquisito papel de carta, que descansaba en el secreter del estudio de lady Charlotte Moray. Hacía escasos segundos que la extensa lección de la institutriz inglesa de la hija del marqués había concluido. Era una bendición que la dejaran participar también. De otro modo, su educación no hubiese sido tan exquisita.

Los años de la familia Moray en las costas de Normandía, precisamente en Quiberville, hicieron que cierta amistad irregular entre la hija de Grant y la del marqués de Blair se forjara. Tal vez, la escasa presencia de la marquesa en eventos sociales permitió que ese afecto creciera. Así como la ausencia del aristócrata, quien pasaba más tiempo en Londres, dejando a su esposa e hija largas temporadas en Francia.

Era la vida que Emily conocía, acompañar a Charlotte, aprender de las interesantes lecciones de la institutriz y responder la correspondencia de Zachary. Esto último era lo más divertido que hacía cada dos o tres semanas.

6 de abril de 1871

Escocés:

Tengo que reconocer que has mejorado tu francés, chéri[2]*, pero te falta ser menos literal. Pareces un libro de texto andante. Debes fluir y eso solo lo lograrás si te pasas una temporada con nosotras en Francia. La práctica hace al maestro.*

Oh, Zach, alguien debe ser honesta contigo y lamento tener que ser yo esa persona. ¿De dónde sacaste a ese tutor? ¿No me digas que de tu renombrada escuela de Oxford?

Emily sabía que él detestaba que lo llamara «escocés», así que, a propósito, más lo hacía. Para ella era perfecto que lo fuese, le daba un encanto que la sobrecogía, por más que Zachary se afanara en pasar entre los aristócratas ingleses como uno más, su ascendencia de Tierras Altas lo delataba. Su tamaño, su mirada glacial y feroz, a la vez; así como su voz, con ese acento marcado que, ni años de práctica, lograban arrebatarle.

Mientras pensaba qué más escribir, tuvo que reconocer que el progreso de Zachary era impresionante, pero a Emily le divertía molestarlo. No terminó la carta, lo haría más tarde, así que la guardó en uno de los bolsillos de la falda de su sencillo vestido de diario.

Salió del estudio, tras despedirse de Charlotte y de su madre, Marianne Moray, la marquesa de Blair. Agradeció una vez más por permitirles aprender y se apresuró a la salida de la mansión de los Moray o llegaría tarde al hotel. Si volvía a suceder, su padre no se lo perdonaría.

Mientras recorría el sendero formado por los pasos entre los dos lugares, se reía consigo misma y reflexionaba.

«¿Quién imaginaría que ese muchacho que conocí en la playa y que se negó a hablarme el primer día, se convertiría en mi amigo… casi secreto?», pensó.

Emily le había dicho a Charlotte que su hermano y ella se escribían en ocasiones. Pero, no se atrevió a confesarle que lo que empezó como un intercambio sin mayores pretensiones, al menos por su parte, mutó en algo aún sin nombre.

Zachary era amigable, atento y ella… ¡Por el Altísimo! Tenía una especie de enamoramiento. No podía sacarse de la cabeza su último encuentro…

Amor platónico, así lo denominaba porque la última vez que se vieron, Emily tenía dieciséis y Zachary veintiuno. Y sí, le había robado el aliento como cada año anterior, aunque él solo la trataba como a la amiga de su hermana menor.

Zachary no era un muchacho especialmente musculoso, aunque era muy alto, lucía más bien desgarbado. No obstante, cuando la miraba con esos ojos azules profundos como dos océanos, le dejaba el alma desnuda. A pesar de que no era ni, remotamente, la intención de aquel, que la trataba igual que a su hermana menor.

Y si sonreía —medio sonreía, en realidad—, lo que además era muy escaso… Emily sentía que estaba ante la magnificencia de un arcoíris en pleno mayo… Porque cuando Zachary se dignaba a curvar los labios era un lujo que no se podía desperdiciar.

Sin dudas, lo que terminó de cautivarla y le dio el tiro de gracia fueron esos enormes ojos taciturnos, que desprendían tantas

emociones, aunque sus labios se mantuvieran sellados…

Hacía un año que no lo veía. Ahora ella tenía diecisiete y el veintidós; sin embargo, su imagen estaba grabada en su retina. Sus gestos, sus reacciones, su aroma. Callado, pero en el fondo tierno, poderoso. Porque, incluso, si lo dudaba, Zachary desprendía una seguridad que a Emily le tocaba las fibras más sensibles de su ser.

Él era un buen hombre. Solo bastaba con notar como trataba a su hermana. Los dos Moray se adoraban y eran muy unidos, cómplices.

Y, aunque Charlotte era la mejor amiga de Emily, no se atrevió a revelarle la ilusión que creció en su corazón. No podía pronunciar en voz alta su enamoramiento, ni siquiera para sí misma.

Desde la última vez que el joven estuvo en Quiberville y compartieron miradas en la playa y actividades al aire libre, su corazón se había hecho más grande para albergar lo que él despertaba en ella. Era como si hormiguitas muy afanosas caminaran por su espalda, sobrecogiéndola.

Claro que Emily estaba convencida de que el joven no la veía con los mismos ojos que ella lo contemplaba. Era el hermano mayor de su amiga, de ascendencia noble —el hijo de un marqués, para más inri—. Y para Zachary, tal vez ella era, simplemente, la amiga plebeya de Charlotte.

Jovencitas que procedían de distintas esferas sociales. ¡Una locura! Pero que, en las costas de Normandía, podían darse el lujo de jugar a ser amigas, sin que las diferencias amenazaran —aún— con separarlas. Incluso el marqués lo aprobaba.

Y es que el modesto hotel del señor Grant podría calificarse como una posada, dependiendo de quien emitiera el juicio.

Aunque Emily entendía las clases, creció considerándose igual a todos. Sus padres siempre le dijeron que era especial y que jamás bajara la cabeza ante nadie. Ella no podía evitar sentirse en las nubes cuando el trato protector de Zachary no era solo para Charlotte, cuando la incluía. Era el hermano perfecto: comprensivo, inspirador —animaba a Charlotte a vencer sus miedos, a ser valiente —. En cambio, Emily era hija única.

Cada verano esperaba con ansias a que Zachary arribara para visitar a Charlotte, y, cada vez le parecía más distante el plazo. Un año sin verlo.

Al llegar frente al hotel de su familia, La Sirène[3], se detuvo para contemplarlo. Su perra de tamaño mediano, Bijou[4], apareció justo en ese momento y comenzó a saltar y ladrar a su alrededor. La acarició con cariño para calmarla, y juntas continuaron avanzando, mientras ella admiraba la construcción que tanto amaba.

El entramado normando estaba hecho de vigas cruzadas de roble oscuro, con los espacios entre estas, rellenos de ladrillos y yeso. Los techos inclinados a dos aguas le daban un aire intermedio entre lo rústico y lo elegante. Incluso en el ático había dormitorios, los que su familia usó para vivir hasta que pudieron erigir su residencia en otro lugar. Ahora estaban destinados a los criados.

La propiedad era modesta, lo que su padre pudo permitirse. Parecía más una posada, aunque Raphael Grant le llamaba hotel para darle más realce. La ubicación frente al mar, con casi todas las habitaciones con vistas a la playa lo colocaban en la preferencia de sus huéspedes. Los visitaban artistas, familias burguesas que huían del bullicio de las grandes ciudades, damas de alcurnia de salud delicada que buscaban sanar por las bendiciones del aire limpio, turistas británicos; sobre todo, de la baja nobleza.

Tras soltar un suspiro de satisfacción por la vida apacible que amaba, Emily dejó a Bijou jugando en el pórtico y entró a la propiedad. Se dirigió hacia la cocina. Trató de concentrarse en sus tareas. Dejó de pensar en Zachary, se anudó a la espalda el delantal y salió para atender a los comensales.

Sirvió las bebidas y los alimentos a las familias que arribaban a las costas cada verano para disfrutar del mar, y elegían hospedarse con ellos. Sonreía y los atendía con amabilidad, como le enseñó su padre.

—¿Ya están listos para ordenar? —preguntó a una familia procedente de Escocia. La comida casera que allí servían era otro de los motivos por los que los huéspedes repetían; además del agua

caliente de acceso para todos, el servicio de lavandería y los magníficos edredones de plumas que no cesaban de elogiar.

—Sí, señorita. Es la primera vez que los visitamos, ¿qué nos recomienda? —preguntó uno de los clientes.

—El pescado al horno. Y es que el pescado horneado hay que probarlo en cada lugar que llegamos, la receta varía en cada sitio. Aquí en Normandía cambia según el pueblo donde lo preparen. Ah, pero si quieren que sus paladares disfruten, no pueden olvidar los mariscos frescos, los quesos de la casa, la *andouille de Vire* [5]y una botella de la sidra más espumosa de las mejores manzanas del mundo. Con respeto de las manzanas de Escocia, por supuesto. —Calló cuando se dio cuenta de que hablaba de más.

—Ya nos convenció, señorita. Todo se escucha delicioso.

Su padre le hizo una seña desde la barra, así que Emily terminó de tomar la orden y acudió a su encuentro. Su progenitor, Raphael Grant, era un hombre alto, de cabello y ojos oscuros, piel olivácea y un carisma que no dejaba a nadie indiferente a su trato. Con facilidad hacía amigos entre los hombres, y las mujeres se sentían atraídas hacia él como abejas a las flores. Aunque tenía un pasado en Londres, tras fundar su patrimonio en Normandía, solo tuvo ojos para su esposa, Esther Grant.

Su madre tampoco era de Normandía. Acudió de vacaciones con su familia de origen, mientras se aproximaba la fecha de la boda que tenía pactada con su antiguo prometido, proveniente de una de las familias más respetadas del sur de Inglaterra. Pero su destino cambió. Mientras la rubia rosa inglesa caminaba por la arena para sentir el abrigo del sol, un apuesto galán desembarcó en aquella playa…

Así fue como el pirata sedujo a la sirena. Y así fue como Esther pasó a ser el aliento que mantenía con vida a Raphael Grant. No solo la conquistó, sino que hizo crecer su establecimiento hasta convertirlo en un modesto hotel.

Esther se casó con él, aunque su familia intentó prevenirla. Raphael, en realidad, era solo un comerciante proveniente del norte de Inglaterra que se enamoró de Quiberville y se quedó a echar

raíces. Pero nada la persuadió de rechazar la propuesta. Ni siquiera los rumores que comenzaron a esparcirse hasta llegar a los salones más elegantes de Londres. Dijeron que estaba loca si dejaba su tierra natal para radicar en aquel sitio con un hombre que recién conocía, que la pasión se extinguiría y que la joven hija del barón lo lamentaría.

Un jugoso escándalo que dejó al antiguo prometido con el corazón roto.

Mas, todo lo vaticinado por la estricta sociedad no aconteció. Los Grant cada día fueron más prósperos y parecían más enamorados. Ambos rondaban los cuarenta años y aún derrochaban miel cuando se miraban.

Emily los admiraba… Y creció con esa idea romántica del amor.

Tras seguir a su padre hasta el estudio que usaba para hacer cuentas y atender a los sirvientes que les ayudaban, escuchó atenta. El señor cerró las puertas y la invitó a tomar asiento frente a él.

—El espacio del hotel ya no es suficiente para tantos visitantes.

—Lo sé, papá. Y es formidable. Deberíamos construir más habitaciones —compartió Emily. Su padre siempre le permitió opinar con libertad.

—Aún sigo pagando la deuda de la última ampliación y de los pequeños lujos que les ofrecemos a los clientes para que nos elijan al volver. Pedí un préstamo con intereses más elevados de los que podía pagar. Fui negligente. Conocía nuestras ganancias, no tomé precauciones. Aún no sé qué pasó por mi mente. Ya no me puedo justificar.

—Cubriremos los costes —agregó optimista—. Tenemos la más hermosa vista del lado más concurrido de la playa. Nuestros huéspedes son bastante fieles, regresan cada verano. Además, salimos en algunas listas de guías turísticas.

—Durante las temporadas de mucha afluencia nos va fenomenal, pero el resto del año no podríamos solventar el gasto de las habitaciones vacías. Ni siquiera, si apareciéramos en las guías Murray o Baedeker.

—Pero no serán un gasto si nadie las ocupa, padre.

—Quiero decir que, no podré pagar otro préstamo porque durante la temporada baja tenemos muchos dormitorios desocupados. Además, las familias más ricas ahora se hospedan en hoteles más nuevos, como el de lord Blair. —Se refirió a la construcción del padre de Charlotte que se ubicaba al costado de La Sirène.

—Sé que hay alternativas, quizás, más elegantes, como el hotel del marqués de Blair que ofrece sanitarios y agua caliente en todas las habitaciones, entre otros lujos innecesarios, como la comida elaborada por su engreído *Chef*[6]... Pero, seguimos siendo el sitio favorito de nuestros huéspedes asiduos, los que buscan el encanto íntimo y familiar que brindamos: las tazas de té humeante frente al mar, los paseos sobre los guijarros de la playa, las clases de pintura de mamá…

Emily no sabía cómo decirle que se sentía orgullosa de lo que sus padres habían construido. Tenían dos cocineras, pero quien estaba a cargo de las recetas y daba la última palabra en cuanto al menú era su madre. Ella no cocinaba directamente —salvo que fuese necesario—, pero supervisaba. Había sido educada para ser la esposa de un noble y ser la anfitriona de cenas inolvidables. Y todo lo aprendido lo utilizaba para dar banquetes en el sitio que amaba. Jamás se había arrepentido de casarse con Raphael.

Emily, por su parte, creció en la cocina, observando las magníficas cocineras que tenían. Aquellas aprendieron el oficio de sus madres y estas de sus abuelas. Preparaban platos que distaban mucho de los servidos en otros hoteles o posadas a lo largo de la costa.

Ella no añoraba más que aprender de su madre a ser una gran anfitriona. Una tradición que iniciaría y que pasaría a sus hijos, y que soñaba que le fuera concedida algún día. La honraría con todo su ser.

—Toma asiento, hija. Quítate el delantal, por favor —le dijo su padre.

Con las mesas llenas, su padre jamás le había pedido algo parecido. Al contrario, la quería en primera línea en el frente.

Raphael decía que, como su única hija, algún día tendría que ayudarles a administrar el negocio familiar y que también debía aprender todos los secretos de la cocina. Era la heredera. Así que la hacía trabajar de mesera, auxiliar de cocina e, incluso, como su ayudante con el libro de cuentas o comprando las provisiones.

Tal vez Emily no tenía una existencia tan sofisticada como Charlotte, que solo debía preocuparse por prepararse para un día ser presentada en sociedad y casarse; pero ella amaba su vida.

Jamás le faltó nada. Su familia poseía La Sirène, una de las propiedades más envidiadas de la región. Y con los años, sus padres lograron adquirir otro terreno y construir una acogedora residencia. Su hogar, donde descansaban cada noche. Era una verdadera joya, una enorme casa de entramado normando de dos pisos con vistas al mar. Se ubicaba en un paraje alejado de la elección de los visitantes. Allí podían refugiarse para no tener que dormir cada noche en el sitio que trabajaban.

Con sudor y mucho esfuerzo, su padre le demostró que lo que se propusiera podía conseguirlo.

—Tengo que pasar la orden de los comensales a la cocina —le reprochó por sacarla de sus tareas a la hora más concurrida.

—Se la darás a alguien más. Quiero que vayas a la casa con tu madre. Acompáñala.

—¿Ahora? —Lo miró extrañada. Se sujetó con fuerza de los brazos de la silla que la sostenía—. ¿Mamá no se siente bien? Me llamó la atención no verla aquí, pero nunca pensé que…

—No, necesito que la apoyes. Tú eres más fuerte. —Su padre hizo un alto para suspirar—. Emily, el hotel ya no es nuestro.

—¿De qué estás hablando? —Quiso levantarse, pero no pudo, las piernas le temblaron y se quedó en la silla.

Sintió un vuelco en el estómago y varias teorías le pasaron por la mente:

Que, tal vez, su padre quería dedicarse a algo más lucrativo y por eso había vendido.

Que, quizás, estaba cansado de tanto trabajo —a veces se quejaba—, y que, posiblemente, uno de esos ingleses que no

dejaban de insistir con sus jugosas ofertas por la privilegiada ubicación, le ofreció un monto imposible de despreciar.

A lo mejor, su padre quería retirarse y dedicarse a disfrutar su vida.

Seguro era eso. Otros conocidos de la costa habían vendido, llegaban londinenses o parisinos ofreciendo dinero y tentando por doquier.

Emily bajó los párpados viendo esfumarse delante de sus ojos el sueño de continuar con el negocio de la familia, como un castillo de arena azotado por las olas del mar. Trató de reanimarse pensando que podría pasar más tiempo con sus padres, pues no todo era trabajo y sacrificio.

—Estamos arruinados —musitó Raphael, al fin, y los supuestos de Emily se desplomaron delante de sus ojos.

La joven tembló. La expresión de su padre confirmó que era grave la situación. El hotel era la única fuente de ingresos. La propiedad por sí sola era muy valiosa. Sobre todo, por el terreno ubicado en la franja de playa. Había mucha afluencia de visitantes ingleses, en verano, cuando todo se llenaba de las cabinas de baño tiradas por caballos, que se hacían espacio entre las que estaban fijas. Un caos que ella atesoraba, la temporada alta, con todos los visitantes, las risas, la algarabía.

—¿Cómo sucedió? Si en la época del año correcta siempre estamos repletos de huéspedes —comentó esperando despertar de un instante a otro de esa pesadilla.

—Después te daré los detalles que necesites saber, ahora te pido tu apoyo. Tu madre está muy afectada. ¿Puedes acompañarla? Tengo que ocuparme de dejar el inventario en orden. En dos semanas el nuevo dueño tomará posesión.

—¿El nuevo dueño? Pero, entonces no todo está perdido, tendremos el dinero de la venta.

Vio una luz al final del túnel y suspiró aferrándose a esa posibilidad. También tenían la casa. Harían lo que fuera, pero saldrían adelante como le enseñaron, como siempre hicieron.

—No, Emily —negó muy serio. Jamás había visto a su padre con el entrecejo fruncido. Ni siquiera, cuando la reprendía de niña por

una travesura—. Eso servirá para saldar algunas deudas. Después, solo nos quedará la casa y otros pagarés por cubrir...

La joven lanzó una lánguida mirada a su alrededor, inspiró hondo y trató de levantarse. Recordó la carta que tenía en el bolsillo. Aún no la había terminado. Pensó que, al día siguiente, cuando acudiese a la casa de Charlotte, acabaría de escribir y se la daría al estirado mayordomo de los Moray para que se la enviara al joven. ¿O no? Ya nada tenía sentido.

Un día después, visitó a su amiga con la carta a medias en su bolsillo. Tenía la idea de terminarla en el secreter de Charlotte; mas no lo hizo. Escuchó la novedad de que Zachary no viajaría.

—¿Zachary y tu padre no vendrán? —preguntó decepcionada.

—No este verano. —La hija del marqués se alzó de hombros.

—Pero, ¿por qué? Ya no habrá clases en julio —rebatió como si tuviese derecho de hacerlo.

—Obligaciones. Mi padre dice que su nombre debe pesar más que sus pasos. Lo está preparando para sucederlo algún día. Hay muchos eventos en Inglaterra este verano: cacería del urogallo rojo, del zorro, competencias deportivas. Y Zachary es exitoso en todo. Papá quiere que lo noten, que los aristócratas más encumbrados perciban las virtudes de su hijo.

—Oh, entiendo.

—Asegura conexiones para su heredero.

—Lo capto, sí.

—Y mi madre me llevará a Londres. Desea que visite un instituto para señoritas. Pretende que aprenda las costumbres inglesas que no adquirí por vivir lejos.

—¿Te vas a ir? —Se angustió.

Charlotte era su vida… Las risas, la complicidad, eran como hermanas.

—Por supuesto que no. ¿Te imaginas que dejáramos de frecuentarnos? Solo iré, miraré, pero me las arreglaré para regresar. Esta es la vida que quiero. Inglaterra es muy acartonada.

Emily suspiró de alivio.

—Te extrañaré.

—Yo te extrañaré más.

Se abrazaron un poco tristes ante la posibilidad de que Charlotte no volviera. Pero, Emily sabía cuán testaruda era su amiga, y si le aseguraba que regresaría, lo haría.

No confesó aún la desventura de su familia o Charlotte se negaría a partir y no quería ocasionarle un conflicto con sus padres. Le contaría todo cuando ella regresara. No tenían secretos. O, tal vez, solo uno: lo que Emily sentía por Zachary.

La marquesa y su hija viajarían a Londres, era un hecho. Ese año, Zachary tampoco vendría.

De pronto, las diferencias entre Zachary y ella parecieron inmensas.

Si jamás tuvo oportunidad de aspirar al corazón de un futuro marqués, menos en ese instante. Estaban arruinados y, además, ella era una plebeya. La sangre noble que corría por las venas de su madre no era suficiente para alguien que anhelara desposarse con un lord. Consideró no terminar la misiva, menos enviarla. Primero, porque en ese momento no tenía ánimos para escribir, y segundo, porque dejó de soñar.

La realidad le cayó encima como un frío chaparrón, o peor, quedó desamparada bajo una furiosa tempestad. No había techo donde guarecerse, menos esperanza a la que aferrarse. Solo una cosa importaba: debía ayudar a sus padres por todos los medios.

Zachary fue una ingenua ilusión a la que tenía que ponerle punto final. Sus pies debían pisar tierra firme de una vez, y que lo demás se lo llevara el viento.

Metió la mano en el bolsillo de su vestido y apretó entre sus dedos el frágil papel con la intención de arrugarlo por completo, pero no pudo. Lo dejaría en un cajón, como quien guarda un secreto que jamás tendrá la oportunidad de ver la luz.

Tal vez, soñó más de lo debido.

Quizás, las sirenas vivían destinadas al océano.

Y, casi siempre, el príncipe azul estaba muy lejos de alcanzar.

2



Moray Gardens, Londres, junio de 1871

Cuando Zachary Moray, conde de Moray, por título de cortesía, revisó la correspondencia que un lacayo depositó sobre su escritorio de nogal, dejó de lado las misivas más importantes. Su interés estaba fijo en una carta proveniente de Normandía. Pero se decepcionó al leer el remitente y comprobar que no era de ella.

Incluso un rato más tarde, en el amplio jardín trasero de su finca a las afueras de Londres, seguía pensando en el último texto que envió. Trataba de concentrarse, sin éxito, en el partido de críquet que su amigo planeó para animarlo.

En su mente, la ausencia de respuesta de Emily le daba vueltas y vueltas.

Quizás había sido muy frío y por eso la joven no se dignó a contestarle. No obstante, no perdía la esperanza de que, en los próximos días, recibiría lo que tanto anhelaba. Tras enviar la última carta esperó casi obsesivamente la contestación. Emily, aun en la distancia, tenía la capacidad de hacerle expresar, lo que de otro modo le resultaba imposible.

Cuando redactó las últimas letras, le costó mucho cambiar el tono de sus palabras, e ignorar el reiterado comentario de la joven sobre su desempeño en el idioma francés. Ella siempre le lanzaba pullas con respecto a su tutor. Sería fácil devolverle la broma con una frase de este estilo:

«Sirena, tal vez necesito una tutora hermosa a la que no pueda dejar de prestarle atención, una como tú».

Pero no sería propio de un futuro marqués. Y Zachary, siempre debía velar por lo que salía de su boca o lo que plasmaba sobre un papel.

Un simple elogio enmascarado en un juego de palabras podía cambiar todo y él sabía que sus sentimientos no tenían futuro. Hasta el momento, se mantuvieron en la línea de dos amigos de años que no traspasaban límites. Sin embargo, lo que le sucedía con ella, no lo había logrado con ninguna persona conocida.

Con Emily podía ser él mismo, no tenía que usar las máscaras que lo ayudaron a adaptarse a la sociedad. Y, aunque siempre la vio como una amiga, durante ese último año en que se escribieron más que nunca el tono de sus palabras evolucionó. Notó que su corazón estaba cambiando, por eso verla de nuevo era tan importante. ¿Escribirse con esa frecuencia influía en sus sentimientos? ¿Era un espejismo? ¿Uno que se disiparía en cuanto la tuviese al frente?

La pelota de críquet rebotó contra su espalda sacándolo de sus reflexiones.

—Moray, juega. Estás en las nubes. Vamos a perder. —Era su amigo, el pelirrojo Cailean MacAlister. Aquel le habló usando su título de cortesía, como solía hacer en público. Lo desafió con una mirada fiera, mientras le lanzaba la bola.

Los caballeros con los que jugaba esa mañana eran muy competitivos. Y sus amigos no soportaban claudicar ante nadie, ni siquiera en un simple juego de verano.

Zachary hizo un esfuerzo para concentrarse. Se sacudió las hojas de pasto que se pegaron a los bajos de su pantalón de algodón blanco y se perdió en el juego hasta terminar derrotado.

Volvió a pensar en ella, y en la carta que tanto deseaba recibir, cuando el partido finalizó.

Bebió de una copa con agua que le ofreció un lacayo, mientras trataba de ignorar los reclamos de Cailean por haber perdido.

Siempre fueron inseparables desde que se conocieron. Blair odiaba que su hijo, a quien trataba de refinar a toda costa para que fuese cada día más estirado como un auténtico lord inglés, congeniara con el heredero de un conde venido a menos procedente de las áreas más agrestes de las Tierras Altas. Un genuino montañés que aún no se adaptaba a costumbres más civilizadas. Justo el legado que deseaba borrar de su linaje. Pero Zach no encontró una amistad tan leal en otra persona.

—Ya supéralo, Laird. Es solo un juego de práctica —le soltó mortificado, llamándolo con el mote por el que era conocido entre sus amigos.

A MacAlister no le incomodaba. Comenzó como una burla para fastidiarlo, refiriéndose a él de la forma en que se conocieron a los caudillos de las Tierras Altas. Pero jamás lo humillaban sus raíces. Aunque su padre nunca sería llamado *laird*, sentía orgullo de que lo apodaran así.

—Si ibas a estar tan distraído no hubieses participado. —El enorme pelirrojo estaba furioso. Lo responsabilizaba de perder.

Por más que Zachary se esforzó no pudo alcanzar ninguna bola.

—Te quejas como si nuestro honor dependiese de ganar el partido. —Su camisa blanca de cuello alto estaba empapada de sudor. Incluso así, seguía luciendo elegante.

—Nuestro honor no, pero sí nuestro orgullo, el que ha sido pisoteado por esos engreídos —replicó bastante ofendido.

—No te pedí que me eligieras en tu equipo, Laird. Sabes que lo mío es la esgrima.

Los otros nueve caballeros que conformaban su grupo se despidieron de ellos y decidieron no entrometerse en la discusión. Sabían que Moray y MacAlister eran como hermanos y terminarían olvidando el disgusto.

Cuando los demás los dejaron solos, Cailean volvió a la carga.

—Eres un farsante, Zachary. Eres bueno en todo lo que haces.

Ese simple halago de su amigo hizo que Zachary se irguiera para escucharlo con detenimiento porque no siempre fue así. Un elogio representaba un logro para alguien como él, con un pasado como el suyo. Era lo que su médico denominaba «insignias». Esos pequeños premios que le mostraban que iba por el camino correcto.

No obstante, ni así le tomó importancia, prefirió dejarlo pasar. ¿Estaba feliz con su vida? Al menos sentía que hacía lo mejor que podía, pero le quedaba mucho por trabajar.

Cailean siguió fastidiando, mientras Zachary observaba con insistencia hacia su casa de campo. Como si de tanto vigilar, un lacayo fuese a aparecer con la carta: la respuesta anhelada de Emily no llegaría por arte de magia. Con un gesto ignoró a su amigo.

—¿Por qué miras tanto hacia la construcción? —preguntó.

—Nada de tu interés, Laird —le contestó para que lo dejara en paz.

Cailean chasqueó la lengua y tomó un vaso de agua para beber. Zachary se alegró de verle la boca ocupada en algo útil. Agradeció ese breve silencio. Se secó el sudor con un paño de lino y se alejó con paso tranquilo, antes de que su amigo volviera a la carga con sus reproches. Aquel debía aprender que no siempre se ganaba y Zachary podía enseñárselo de ser necesario. A él le costó mucho esfuerzo superar ciertos obstáculos.

Ignoraba qué había pasado con Emily. Justo cuando dudaba sobre mostrarle sus sentimientos —aunque él sabía que no debía—. Ella lo dejó en el vacío.

En las próximas semanas quedó demostrado. La correspondencia se detuvo entre los dos.

Imaginó la reacción de la jovencita al leer la última carta. Zachary se hizo muchas preguntas:

¿Y si interpretó mal las señales y ella no sentía la misma atracción que lo hacía reír como tonto cuando leía sus cartas?

¿Y si reveló de más?

¿Y si se sentía incómoda por algo escrito por él?

—¡Demonios! —gritó muy confundido y lleno de frustración.

No pudo más. Viajaría a Normandía y sus responsabilidades tendrían que esperar. Sería impulsivo una vez en su vida.

Al fin la vería y la duda que lo estaba matando se esclarecería.

Después, mientras estaba inmerso en los preparativos del viaje, se llenó de vacilaciones. Se torturó debatiendo consigo mismo si presentarse en Quiberville, sin previo aviso, resultaría todavía más incómodo para Emily. Tal vez, había revelaciones que no debían escribirse, tenía que confesarlas frente a frente.

¿Y si como le explicó el médico, estaba ilusionándose con un espejismo?, continuó atormentándose.

Hacía tiempo que no hablaba con Emily en persona. Pero escribirse fue un escape para ambos. Le gustaba lo que compartía

con él en aquellas letras: su sentido del humor, su madurez, su forma de razonar ante diferentes cuestiones de la vida… Pero, ¿y si le estaba atribuyendo más cualidades de las que en verdad poseía? La conocería mejor si volvían a compartir tiempo juntos.

Sería más sensato esperar… Si lo que parecía estar surgiendo en su pecho no cuajaba al verla, la ilusionaría en vano. Zachary tendría que marcharse, regresar a su mundo. Emily tenía diecisiete años, era la mejor amiga de su hermana y debía tomarlo en cuenta.

¿Qué podía ofrecerle? ¿Un largo cortejo hasta que ella debutara en sociedad y estuviera lista para casarse? ¿Acaso, a su edad, él se sentía preparado para el matrimonio? No se imaginaba como un hombre casado, no. Pero, no había otra forma de acercarse a Emily, no sin una promesa.

Se conocían desde hacía muchos años. Su hermana la adoraba y su madre también. Incluso, su frío y manipulador padre sentía cierto afecto por la muchacha.

Asimismo, estaba el hecho de que Zachary respetaba a los Grant. Flirtear con Emily era imposible, solo podría acercarse a ella si sus intenciones eran sólidas, y para estar seguro de estas, debía esclarecer el nudo de incertidumbre que tenía en su pecho.

Eran demasiado jóvenes los dos. Y si no lo consideraba suficiente impedimento, estaba el abismo de las esferas sociales, de las dotes, de lo que su padre esperaba obtener con el matrimonio de Zachary, cuando le llegara su turno algún día.

Él ni siquiera pensaba en casarse, menos en las consecuencias de una relación a largo plazo. Pero no estaba dispuesto a perder a su amiga. Iba decidido a revelarle lo especial que era para él, lo que significaba en su vida recibir esas letras.

Iría en persona a negociar, las cartas tenían que continuar.

Negó con la cabeza y, decidido, suspiró hondo. No daría marcha atrás.

Y, después, estaba la verdad irrefutable que se escondía detrás de la motivación para leer sus misivas, para escribirle.

Emily nunca leería lo que Zachary sentía por ella en una carta. Se lo confesaría en persona, si su corazón palpitaba de igual modo al tenerla ante sus ojos. Y, por el contrario, si al verla se desencantaba,

si ella no era lo que él esperaba, se quedaría callado como un cobarde.

Si la esperanza se desvanecía al contemplarla, ella jamás sabría lo que en el pecho del jovencísimo lord ardía. Sería lo mejor. Se apagaría en silencio. Pero debía verla antes de que el mar se llevara la última chispa de anhelo que latía en su pecho.

3



Normandía, septiembre de 1871

Hay historias que no estaban destinadas a ser…

El verano se desvaneció para Emily sin que apenas lo notara. En agosto, cuando Charlotte retornó a Normandía tras su estancia en Londres, con la noticia de que Zachary arribaría a las costas en dos semanas, el corazón de Emily palpitó más rápido de lo habitual.

Sin embargo, el plazo terminó y él nunca llegó. Ya era septiembre y se cansó de esperar.

La visita de Zachary fue una promesa al viento.

Charlotte estaba de muy mal humor, había hecho planes para cuando su hermano la visitara. A Emily la ilusionaba verlo. Pero, por otra parte, sintió alivio cuando el varón pospuso el viaje. Tras agotarse las vacaciones fue evidente que ya no vendría. Quizás sus responsabilidades como graduado de Oxford lo habían reclamado.

La familia de Emily estaba siendo arrasada de raíz por un torbellino. Era un pésimo momento para ver a Zachary, no podría dedicarle el tiempo que le hubiera gustado. Además, ella no tuvo el valor de contarle lo que ocurría, ni a él en una carta, ni a Charlotte en persona.

No solo la ruina los golpeó con violencia. El pecho de Esther no aguantó tanta angustia y su salud terminó muy afectada. Parecía que la vida se estaba ensañando con los Grant. Justo esa frase le había dicho a su padre y él trató de sacarla de su pesimismo.

Esther y Raphael demostraron que, a pesar de estar tocando fondo, nada les haría perder la fe y la ilusión de vivir, de aferrarse a la esperanza de un futuro mejor. Emily trató de empaparse del espíritu de ambos, lo necesitaba para lo que seguía; pero fue difícil acompañarlos a Le Havre para la despedida.

Esa mañana el puerto bullía de embarcaciones y personas. Grúas, marineros, oficiales de aduana y trabajadores de los almacenes se movían para cumplir con sus funciones diarias. Los viajeros con destino a Gran Bretaña se aglomeraban en el Quai de Southhampton. En el muelle las voces inglesas y francesas se mezclaban en el ambiente.

Sus padres ya habían registrado su equipaje y solo faltaba la despedida. Esperaban que la separación no fuese muy larga.

A Emily se le hizo un nudo en la garganta cuando tuvo que despedirse de su familia. El viento agitaba su cabello y casi le arrebata su chal.

Esther le sonrió lánguida… Se dijeron muchas palabras la noche anterior, así que, en ese momento, solo bastó una mirada, una profunda y cargada de significado.

Su padre, en cambio, carraspeó antes de hablar:

—Eres fuerte, Emily. Confío en ti. ¿Estás segura de que puedes hacerlo? Quizás es una carga muy pesada para tus hombros. Debí quedarme y tú ir en la avanzada con tu madre, no darte la responsabilidad de encargarte de mis asuntos.

—Por supuesto, padre, yo puedo. Ve tranquilo. —Su voz era firme. Raphael le acarició la mejilla.

—Tenía muchos planes para ti, pero todo escapó de mi control.

Emily lo miró con un suspiro atravesado en el pecho. Su valiente pirata estaba derrotado y ella necesitaba aferrarse a su fortaleza, la que siempre advirtió en sus ojos, en sus actos, la que la acompañaría para hacer la parte que le tocaba.

—Estaré bien, padre.

Raphael se acercó de nuevo, le puso las manos sobre los hombros y exhaló pesadamente. La abrazó con todas sus fuerzas y mientras lo hacía le susurró:

—No quiero imponerte más deberes de los que te corresponden, hija mía.

—Sé que puedo —dijo lo que fuera para que su padre relajara el ceño fruncido y apesadumbrado. Además, Emily no mentía—. Tendrás más trabajo tú en Londres. Yo solo debo esperar hasta que tu abogado venda la casa. Y prepararé las cajas con las pertenencias

que nos llevaremos. Los papeles están arreglados. El poder que dejaste para el abogado está firmado. Él me asesorará en aquello que no sepa cómo resolver. —El hombre era un antiguo amigo de la familia—. Lleva a mi madre al doctor, consigue una posición en Londres.

—Tal vez no fue buena idea donarte la propiedad *inter vivos*[7]. Pensaba que era una forma de proteger tu patrimonio, si yo cometía un error en mi economía. Y ahora te obligo a venderla. —En realidad, él gestionaba la venta a través del abogado. Emily podría tenerla registrada a su nombre; pero, por su edad, no podía administrarla, alquilarla o venderla sin la firma de su progenitor.

—Escucharé las propuestas de las que me hable el abogado, trataré de elegir la mejor.

—Y yo confío en tu juicio. —Quizás otros padres no confiarían una responsabilidad tan alta en su joven hija, pero Raphael estaba desesperado. Y, además, tenía una fe inquebrantable en la educación que le dio—. Emily, no tienes que cederla si no quieres… Podría ser tu dote. O podrías…

—¿Y dejarte ahogado en deudas? ¿Qué clase de hija crees que soy, padre? Esta casa proviene de tu esfuerzo y el de mi madre. Fue un gesto bello registrarla a mi nombre, pero no puedo conservarla cuando se necesita el dinero para pagar deudas que seguirán creciendo.

—Es como desvestir un santo para vestir a otro… —musitó pesaroso.

—Quizás, pero ahora tú eres mi santo y sí que te elevaría a un altar. Lo haré con los ojos cerrados. —La mirada de su padre de esa mañana, no la olvidaría jamás, fue de inmensa gratitud.

—Apenas tienes diecisiete años —continuó—. Me siento como un padre irresponsable. Dios, eres tan joven. —Dos lágrimas surcaron su rostro—. No quiero que esto te marchite. Podrías quedarte y vivir aquí hasta que encuentre un alquiler digno para una señorita. No estarás sola. La nana se quedaría contigo incluso si no tenemos para pagarle, me lo ha asegurado. Tendrías un techo decente. Buscaría la forma de enviarte dinero. En Londres

encontraré otra fuente de ingresos. Tu madre y yo siempre hemos sabido salir adelante.

—Padre, déjame hacer mi parte —reafirmó su decisión—. Somos una familia. La nana y yo nos cuidaremos.

—Te adoro, hija. Nos veremos pronto. Saldremos adelante.

—Sé que todo estará bien. Solo cuídala. Mamá es lo más importante y se sentirá más segura a tu lado.

—Sabes que la protegeré con mi vida, como debería estar haciendo ahora contigo y no lanzándote al foso de los leones.

—Padre, ¿qué leones? Además, soy hija de ambos. Tengo la fuerza y bravuconería del pirata; y también el don de las sirenas para hechizar y encantar a los posibles compradores.

—Mi niña. ¿Qué cosas dices? —Le depositó un tierno beso sobre la frente—. Pero sí, tú tienes lo mejor de los dos. Sigo creyendo que es mi responsabilidad cuidarte, lamento tener que dejarte atrás.

—Por poco tiempo. Te quiero, padre.

—Emily, te adoro y tu madre… —No pudo terminar. Se quitó su antiguo reloj de leontina elaborado en plata, recuerdo de su progenitor y se lo entregó a Emily—. Si lo necesitas, véndelo.

—Oh, padre. Era de mi abuelo, no lo vendería. Prefiero pasar hambre. No puedo privarte de él.

—Hija, las cosas materiales no son necesarias para recordar a los seres amados. Me importas más tú en este momento.

Emily lo tomó temblorosa y se aferró más fuerte a su padre. Él la soltó para dejarla fundirse en un abrazo inmenso y apretado con su madre, antes que tuviese que llorar. No podía preocuparlas más. Esther cubrió las mejillas de su hija de besos entre lágrimas…

La sirena madre se rompió, ya no pudo seguir sonriendo y le tocó a Emily hacerlo por ambas. El otoño se abría paso y aún quedaba la misión de resistir en medio de la marea.

Su padre le colocó a Esther una manta sobre los hombros para protegerla del viento, antes de ayudarla a subir a la embarcación a vapor que los llevaría a Londres. Emily sintió una lágrima recorrerle la mejilla mientras sacudía su mano para despedirse.

Los pañuelos de los pasajeros se agitaron al viento, mientras el humo del barco serpenteaba hasta el cielo.

La soledad dolería, pero la promesa del próximo reencuentro con sus seres queridos la llenaba de esperanzas. El aroma a sal, el sonido de las olas del mar, su perrita Bijou, su nana y Charlotte serían su compañía.

4



Canal de la Mancha, septiembre de 1871

El barco que lo llevaría a su destino surcaba las aguas. Para su sorpresa, su padre decidió acompañarlo. Zachary salió a cubierta para inspirar a plenitud lejos de sus demandas continuas. Aferró sus dedos al pasamanos de metal con incomodidad por tener que soportarlo. Había cierta cura en mirar la inmensidad del azul, en aspirar el aroma a salitre. Se esforzó para dejar ir la furia.

Recordó sus primeros años en Escocia, cuando aún la vida no le había roto el corazón y se llenó de añoranza. Después, su niñez quedó marcada por la tristeza. El pecho se le apretó al evocar ese tiempo lejano.

Pero la calma que procuraba conseguir observando al horizonte fue cortada de golpe por los reclamos de su padre, que no tardó en aparecer. Pretendía responsabilizarlo de los fracasos de la familia.

A Timothy Moray, marqués de Blair, le encantaba recalcarle a Zachary que era el hermano mayor. El viaje estaba siendo una pesadilla.

No importaba que, siendo Zachary pequeño, Timothy se hubiera encandilado por otra dama. Ni que abandonara a su esposa e hijos en la finca familiar en las Highlands y se fuera a París a establecerse con su nuevo amor. Hacía años, el patriarca había invertido en hotelería en diferentes ciudades de Francia y sus negocios fueron el pretexto que usó para alejarse.

Con seis años, Blair sentó al hijo para decirle que ya no vivirían juntos. «Debía irse a Francia a cuidar de sus hoteles». Zachary no comprendió, pero sintió un dolor inmenso atravesarlo.

Una omisión muy cobarde.

A partir de ahí solo veía a su padre tres veces al año, cuando acudía a la finca familiar para revisar las cuentas. A los ocho le

suplicó a su madre que fueran a vivir con él, que lo importante era permanecer unidos. Renunciaría a su casa, a sus amigos, pero extrañaba a su progenitor.

En la siguiente visita, su padre lo sentó de nuevo. Le reveló que era imposible llevarlos consigo porque era un hombre ocupado que viajaba demasiado. Se debía a los hoteles. Más rentable que la cría de ovejas y la producción de lana, que constituía un ingreso menor en comparación.

Al marqués no le importaba que sus pares lo señalaran por no tener una vida sosegada como se esperaba de la nobleza. Bajo ninguna circunstancia se convertiría en uno de esos nobles venidos a menos que, por no modificar sus estrategias arcaicas de engrosar su economía, terminaban vendiendo sus propiedades.

La marquesa conocía la verdadera razón de su lejanía: la «vida secreta» en la que era más feliz. Aquellos con quienes prefería pasar su tiempo. Había una viuda de un vizconde que tenía tres hijos. Blair estaba tan loco por ella que no le importó sostener un *affaire* muy escandaloso. Ni siquiera eran sus hijos, pero les prodigaba más amor que a los suyos que vivían olvidados en Escocia.

Paseos, vacaciones, regalos y una mujer con una gran sonrisa por sentirse el objeto de los afectos del apuesto y rico marqués. A ellos los llevaba en sus viajes, aunque fuesen de negocios.

La madre de Zachary ya lidiaba con su corazón roto, prefirió evitar enfrentamientos y consagrarse a sus hijos. Acudía a Londres solo cuando era necesario, como esa vez que se casó su hermana menor y tuvo que quedarse una semana entera en plena temporada.

Aquel día de primavera, pensó que un paseo inocente aliviaría la tensión de su visita en la ciudad. Así que llevó a sus hijos a Gunter’s con la esperanza de verlos sonreír mientras saboreaban un helado de grosellas.

Estaban tan entretenidos que no recorrieron con la mirada el interior de la estancia. Nada salió como imaginaban.

Ahí estaba Blair con su familia postiza, actuando como padre diligente con los retoños de alguien más. Los suyos contemplaban boquiabiertos la escena. El marqués infiel tampoco se percató de que su familia había arribado. Distraído, reía de verdad por algo que

le decía el chico mayor, incluso le acarició el cabello. A Zachary el alma se le arrugó y se quedó pálido mirando. El helado se derritió manchando sus dedos, pero no lo notó. La mujer le tocaba a su padre el brazo con familiaridad…

—¿Qué te sucede, Zach? —le había dicho con dulzura su madre, aún ajena a lo que robaba la atención de su hijo. Al descubrir a su marido se quedó sin palabras.

Para un niño como Zachary cuyo padre era todo y que adoraba a su madre, fue muy doloroso. Se sintió traicionado al comprender la camaradería de Blair con el primogénito de la vizcondesa. El silencio comenzó a escarbar en su interior, como un ente poderoso que ganaba terreno con cada herida.

A partir de entonces, tuvo muchos problemas para convivir con niños de su edad, vivía inmerso en tratamientos médicos porque su conducta no era la esperada. Sus padres no podían protegerlo de la realidad que ya conocía: la traición, la pérdida, la incertidumbre, el dolor. Como respuesta se negó a hablar durante un largo tiempo.

Los marqueses desesperados ante el silencio de Zachary trataron de salvar el matrimonio. La marquesa dejó a un lado su orgullo, había jurado no aceptar a su esposo de nuevo en su cama. Y, Blair, por fin comprendió que un hijo era más importante que correr tras sus pasiones, dejó a la querida y se esforzó para ser el marido y padre perfecto.

Pero la inseguridad en Zachary ya había echado raíces. Su hermana era menor y no se daba cuenta de las cosas. Igual él se esforzaba para alejarla de las discusiones de sus padres y de las decepciones. La sobreprotegía. Sin embargo, ella también estaba afectada, aunque no parecía manifestarlo.

No obstante, a pesar de que el padre regresó al hogar e intentó reintegrar a la familia, ni así, Zachary pudo volver a hablar.

Los ojos del marqués se llenaron de añoranza ante la posibilidad de que su hijo sanara. Hicieron de todo. Vida hogareña la mayor parte del tiempo en la finca del emblema familiar. Fiestas familiares y eventos para niños durante las temporadas sociales en Londres. Un administrador confiable en Francia a cargo del groso de

los negocios hoteleros para que los viajes del marqués fueran más esporádicos.

Pero todo siguió igual. Zachary continuó en silencio.

La marquesa jamás perdió la fe en que Zachary se recuperaría. El marqués perdió toda esperanza. Su heredero seguía inmerso en un duelo. La inestabilidad que sintió no le permitió confiar en la posibilidad de que su familia permanecería unida en lo adelante.

Sus padres quisieron retroceder en el tiempo, recuperar lo perdido de golpe; mientras Zachary, ni siquiera lo podía asimilar. Aprendió que para todo en la vida había un principio y un final.

Empezó a experimentar pavor de estar con otras personas… Prefería su soledad, y únicamente abría la boca para hablar con su familia o gente muy cercana, en susurros. Cuando el tiempo llegó, no pudieron enviarlo a Eton, le pusieron un tutor. El futuro del siguiente marqués parecía muy poco prometedor.

Las playas de Normandía fueron la solución. Compraron un hotel hermoso y romántico, que evocaba el calor de hogar. Y una casa estupenda también con vistas al mar. El aire fresco, el sol, la vida sencilla ayudarían a Zachary. Volvería a Londres cuando estuviese recuperado.

La familia entera se trasladó, también fue bueno para la salud de la marquesa, a quien la fría y gris Escocia comenzó a causarle estragos. Y con el tiempo, Zachary fue hablando cada vez más, hasta que sus avances indicaron que podía retomar sus responsabilidades, como primogénito, donde las había dejado.

Marianne y Charlotte se quedaron en Normandía. El marqués y su heredero viajaron a Inglaterra a sus respectivas ocupaciones. Uno para seguir a cargo de sus funciones y el otro para formarse nada más y nada menos que en Oxford, donde fue admitido gracias a sus esfuerzos y a los caros tutores que pagaba el marqués.

Por supuesto, que Timothy se buscó una nueva amante, con esposa lejos no tenía impedimentos, pero esa vez fue más discreto. Dormía en casa cada noche, cenaba cada tarde con Zachary y trataba de hacerle sentir que eran una familia. Pero cuando Zachary estaba en Oxford, el padre vivía a sus anchas en Londres.

Estas últimas vacaciones de verano, en vez de que Blair y su hijo viajaran a Normandía con Charlotte y la marquesa, ellas visitaron Londres. Se quedaron lo suficiente para convivir casi dos meses y después volvieron a Quiberville.

El viaje a Inglaterra de Marianne y Charlotte fue un fiasco. No se cumplió el verdadero propósito. Los marqueses deseaban que su joven hija de diecisiete años se matriculara en una escuela para señoritas. English Roses School la ayudaría a terminar de formarse como una dama. Lo anterior con miras a ser presentada en sociedad.

Tras los vanos esfuerzos, los padres se convencieron de que aún no estaba lista, o quizás nunca lo estaría. Charlotte se opuso de manera radical. Y decidieron darle otro año para prepararse mejor. Aunque supusiera que ingresara más tarde de lo habitual al colegio y, por ende, que su debut en sociedad también se retrasara.

Encima de aquel barco, soportar el mal humor de Blair estaba agotando la paciencia de Zachary. Con los años, el marqués se volvió más y más amargado. Por eso salió a cubierta, en busca de paz. Pero la calma del mar se extinguió junto al arribo de su padre, la tormenta estaba por llegar.

Trató de acomodar su cabello castaño con vetas doradas, azotado por el viento y prestar oídos a su autoritario progenitor. Hacía tiempo que no vivían juntos. Dos años antes recibió una propiedad a las afueras de Londres, desligada del título, Moray Gardens. Residencia oficial de soltero del primogénito, la que fue ocupada por Blair antes de casarse.

Zachary dedujo por los reclamos y los gestos del tirano que estaba decepcionado. Lo podía ver en sus ojos que reflejaban su pensamiento.

El mayor temor del marqués volvía a angustiarlo. Sus hijos no estaban a la altura de lo esperado para su posición. Su heredero, quien debía presidir su imperio, iba a ser un rotundo fracaso. Y Charlotte no cumplía con su obligación: prepararse para su presentación, casarse.

A causa del estropicio ocasionado por Blair mientras sus hijos crecían, Zachary no aceptó que su padre lo responsabilizara por la rebeldía de su hermana.

—Tu ausencia en la vida de Charlotte, la falta de guía que has sido para ella, la llevaron por el mal camino —lo confrontó con ánimos de hacerlo sentirse culpable—. Charlotte no quiere debutar en sociedad y el tiempo ha llegado. No ha aprendido cómo realizar una reverencia ante la reina con el más estricto rigor.

Zachary tragó en seco. ¿Qué autoridad moral tenía su padre para exigirle que resolviera ese problema? Inspiró hondo y contestó con los hombros tensos:

—No soy el padre de Charlotte, no tengo potestad para exigirle nada.

—Pero debiste involucrarte en su proceso, como hermano mayor —presionó con más ahínco—. Tal vez si estuvieras comprometido serías un buen ejemplo que seguir. ¡Vamos, Zachary! Si le hubieras hablado de lo maravillosos que son los bailes, los eventos de la temporada, habrías acrecentado sus deseos de debutar.

—Todavía sigo pensando si casarme es una buena idea —lo desafió. No le permitiría dirigir su vida.

—¿Es que aún no me perdonas por tomar decisiones erradas cuando eras niño? Me enmendé. Lo hice para que volvieras a ser tú.

Zachary no era ingenuo, a mediados del primer curso en la universidad, descubrió los amoríos de su padre con otra mujer. Le dolió por su madre, pero ya no le importó recuperar la unidad familiar. Entendió que por eso su progenitora decidió quedarse a vivir en Francia, para permanecer lejos y en paz, sin tener que lidiar con las consecuencias del carácter de su esposo.

—No creo que me estés sacando esto en cara —le dijo Zachary.

—Cuando Charlotte está con nosotros en Londres solo ve lo aburrido que es. Jamás te ve asistir a un concierto, a un baile. No compartes con ella ninguna anécdota de lo divertido que pueden ser los eventos de la temporada. Así, ¿quién querría ser presentada en sociedad? Te la pasas sumido en tus libros, en tus estudios, en los deportes.

—Lamento no ser un mejor hermano para Charlotte, creí que lo era —reflexionó. Sintió una opresión funesta en la garganta que hacía tiempo no había experimentado.

Blair continuó presionando, era experto en hacerlo.

—¿Insinúas que no he sido buen padre? Puedo mostrarte los recibos de todos los cursos, los médicos, los tutores que pagué para que hoy la vida te dé tan buenas oportunidades, las que no tendrá tu hermana si no es presentada en sociedad. Se quedará solterona. Se niega a marcharse de Normandía.

—Las dejaste abandonadas en Quiberville para tú campar a tus anchas en Londres. No soy estúpido. Que no te reclame, no significa que lo apruebo.

—¡Ellas no querían volver! —se defendió—. Tu madre no se quedó a ocupar el lugar de esposa. Soy hombre.

El viento azotaba los cabellos de ambos, que se aferraban a la barandilla del barco. La turbulencia del mar contrastaba con los ánimos encolerizados de los dos. Era una suerte que estuvieran solos en esa área de la cubierta.

—¡Mamá prefirió la tranquilidad del destierro que sufrir por tu falta de compromiso!

—Ya eres un hombre por eso no te reprendo como mereces. La vida es corta y un varón no puede conformarse con lo que ofrece un matrimonio por conveniencia. La pasión a veces es indomable.

—¡Pues no te hubieses casado con ella! —Quiso agregar «maldito infeliz», pero se mordió la lengua para no hacerlo, todavía era su padre.

—Algún día entenderás los sacrificios que trae consigo un título.

Zachary suspiró para no refregarle en la cara nada más. Jamás cometería el error de casarse sin amor, y causarle dolor a una mujer inocente. Le fastidiaba seguir discutiendo con un testarudo, el marqués era incorregible. Su padre fue quien tuvo la «estupenda» idea de llevarlos a Normandía y después regresar sin Charlotte y su madre. Todo encajaba. Así Blair podía librarse de la esposa y continuar sus correrías. Ahora le pesaban sus decisiones y buscaba culpables.

—¿Cómo ayudo con mi hermana, padre? —resolvió al fin. Su prioridad era que Charlotte fuera feliz y que su madre continuara en ese limbo de «paz», donde se había refugiado.

Era ceder o gritarle que recordaba la discusión que aquel tuvo con su madre, cuando la presionó porque no volvió a embarazarse. Y si lo hacía, todo se pondría peor. El rencor era como una hiedra venenosa, necesitaba cortarla de raíz. Pero Zach recordaba y aún le dolía ese amargo pasaje de su vida.

La marquesa no quiso ampliar la familia y tomó las medidas para ello. Sintió que ninguno de sus hijos era lo suficientemente feliz. Así que prefirió entregarse por completo a los que tenía. Zachary con sus angustias. Y Charlotte con su conducta imprevisible, la niña adoraba meterse en problemas. Cuando el padre descubrió que Marianne evitaba concebir, dijo algo que marcó a Zachary para siempre:

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no quieres darme otro hijo? Sabes que Zachary está dañado. Jamás podrá dirigir los negocios y las exigencias de un marquesado. Es débil. Necesito un hijo sano, fuerte y de mi madera. Es tu obligación dármelo. Uno que ayude a Zachary como su brazo derecho para que no hunda el patrimonio.

Ella le había contestado:

—Pero tienes a Charlotte, ella tiene bríos, más de lo que me gustaría, ayudará a su hermano cuando él lo necesite. Y, en cuanto a Zachary, eres un ser repugnante si no ves el potencial de tu heredero. Ha enfrentado problemas, pero lucha, jamás se rinde. No lo cambiaría por otro, así Dios me lo entregase bañado en oro. Zachary es el mejor regalo que el Altísimo pudo otorgarme. Ambos son maravillosos. Nuestros hijos son únicos e irremplazables. Me opongo a que hables de ellos como si fuesen piezas de ajedrez que estás dispuesto a sacrificar por una mejor jugada.

—¡Quiero otro hijo varón! —gritó Blair—. ¡Es tu obligación!

—Pues hazle a una de tus zorras un bastardo.

—¡Quiero otro hijo varón legítimo! —añadió, solo los podía tener con Marianne.

A Zachary el alarido se le clavó como un puñal envenenado en el centro del corazón. Y no escuchó más, no pudo, tuvo que alejarse o se rompería por completo.

Después de aquello, Marianne se rindió. Nadie podía oponerse a los deseos del marqués. Pero, aunque lo intentaron por años, ella perdió tres embarazos seguidos tras aquella discusión. Parecía que Dios, o quizás la naturaleza femenina, se negaba a complacer al tirano.

Y Zachary creció con la convicción de que lucharía para demostrarle a su padre que estaba equivocado. Con los años superó sus expectativas, dejó claro que era un digno heredero y pudo quitarse el peso de su espalda. Aunque para Blair jamás sería suficiente.

En Charlotte la presión del tirano tuvo un efecto contrario. Lejos de superarse a sí misma para silenciarlo, se volvió más desafiante.

Zachary se pasó una mano por la cabeza revolviéndose el cabello. Ya no le importó quién tenía la razón, solo quería ayudar a su hermana. Su padre no era la persona más comprensiva. Resolvió ser fuente de apoyo para Charlotte, lo que él nunca tuvo.

La joven debía prepararse para el futuro, le sobraba la rebeldía que a él le faltaba. No la obligaría a casarse sin amor y que terminara en un bucle sin salida como sus padres. Estaba consciente de que no era su responsabilidad, pero quiso hacerlo. Charlotte se lo merecía y él la quería demasiado. Fue lo mejor de su niñez. Ella era lo bueno que había traído ese matrimonio por conveniencia.

—Cuando arribemos a tierra, conversa con ella —propuso el padre con un tono de voz casi suplicante. Con imposición Zachary no colaboraría—. Cuéntale de las bondades de Londres. De lo divertido que será ser presentada en sociedad, participar de los eventos de la temporada, conocer a jóvenes solteros de buena familia, hacer nuevas amigas entre las hijas de la nobleza. Por supuesto, no le digas que fue mi idea. Tampoco seas muy evidente. Es por su bien.

—Sabes que no es mi estilo irme por las ramas, papá.

—Con Charlotte no funciona otra cosa, es testaruda como su madre.

—Tu esposa —le recordó.

—Charlotte no se comporta como corresponde a la hija de un marqués. Se escapa a la costa o al pueblo sin supervisión. Yo debo permanecer en Londres durante la época parlamentaria, ahora que logré obtener un escaño. Sabes que lo detesto, pero es mi intención poder legártelo algún día y ofrecerte mejores perspectivas.

Zachary alzó la vista con fastidio. Su padre diría lo que fuera antes de reconocer que llevaba años tratando de limpiar su imagen después de su conducta libertina.

—No te lo he pedido.

—Mi vida no es fácil. No disfruto de viajar el resto de los meses del año para supervisar mis hoteles.

—Por supuesto. —No pudo ocultar su sarcasmo, pero Blair tan centrado en sí mismo no lo notó.

—Tu madre no puede controlar a Charlotte. Y tu hermana poco a poco se está hundiendo. Sus amistades no son las más apropiadas, hijos de nobles o nuevos ricos que se han retirado en las playas de Normandía. Sin intenciones de volver a Inglaterra y hacer la vida social que corresponde.

—Pero Emily no es así, ella es buena influencia para mi hermana —le recordó y le salió del alma. Trató de bajar el tono para que el énfasis no delatara su entusiasmo al mencionarla.

—La señorita Grant es una buena muchacha, la única amiga valiosa que tiene —reafirmó su padre—. Sin embargo, en Londres no le servirá. He dejado que esa amistad crezca porque la joven es centrada y responsable. Su madre la educó bien, pero en Londres no es la conexión más apropiada. La señora Grant, aunque es la nieta de un noble, no hizo un buen matrimonio. Ha descendido en la escala social.

Blair era práctico, Zachary lo sabía. ¿Qué pensaría de enterarse que, su heredero estaba surcando los mares solo para mirar a Emily a los ojos y descubrir si lo que latía en su pecho era real o producto de una quimera? Viaje que hizo impulsivamente porque no llegó otra carta de ella como alimento para su alma y Zachary no aguantó la espera.

El joven sintió la garganta cerrada y acto seguido se revolvió el cabello otra vez. Recordar a Emily reabría esa herida, esa sensación, esa chispa que sentía al escribirle, al leer sus cartas llenas de palabras que le robaban sonrisas, al contemplar el cuaderno de bocetos de Charlotte —quien era una estupenda dibujante—. Gracias a sus esbozos pudo formarse una idea de cómo lucía Emily en este momento.

—Charlotte jamás renunciará a Emily, llevan muchos años juntas.

—¿Me ayudarás o no? Tu hermana te admira, hizo planes para ti creyendo que irías las últimas vacaciones. Aprovecha esa complicidad de hermanos.

—Sabes que también quería ir a Normandía, pero cambiaste de idea y preferiste que ella viajara a Londres…

—Tal vez llevarla a Londres y a conocer el colegio fue precipitado —concedió—. Quizás habría sido más inteligente que la visitaras en Normandía y la convencieras con sutileza.

Sí, él debió visitar a Charlotte y también a su amiga, pero para pasar tiempo con ellas. ¿Sería el motivo por el que Emily dejó de escribirle? Ella se quedó esperándolo. Fue un idiota.

—Ningún reto es pequeño para ti, Zachary. Te he visto remontar desde el abismo. Casi eras un caso perdido. No tenía fe en ti. —Pensaba que lo elogiaba, pero sus palabras dolieron tanto como un aguijonazo—. Lo estás logrando. Noto tu esfuerzo. Siempre sabes dónde poner tu compromiso. No perderé el tiempo en aconsejarte. Al final haces lo que consideras correcto y resulta mejor que mis planes.

—Gracias, papá. —Torció el gesto con desdén. Solo a Blair podría parecerle aquello un halago—. Pero tienes razón es mi decisión.

—¿Me ayudarás con tu hermana? —insistió—. Charlotte se está metiendo en la boca del lobo. Temo que si no tomamos cartas en el asunto después lo lamentaremos. No me quedaré cruzado de brazos. Estoy a punto de obligarla a subirse a un barco y meterla en el internado para señoritas. Sabes que no soy amable cuando pierdo la paciencia. ¿Sacarás a tu hermana de Normandía?

—Lo intentaré —prometió inconforme. Sabía que ella corría riesgos y le importaba su futuro, mas no la obligaría.

—Te daré la oportunidad de que lo resuelvas de una forma pacífica. Ella siempre te escucha. De lo contrario, seré implacable.

Zachary apretó la mandíbula, convencido de que sí, debía intervenir para evitar un enfrentamiento entre su padre y su hermana. No iba a permitir que Charlotte fuera sacrificada como él.

5

«El efecto de contemplar la sal brillar en la superficie de un mar insondable… Es así cuando miras a Zachary Moray, cuando te sumerges en sus dos profundas aguas», pensó Emily mientras escuchaba a su amiga darle la noticia.

—Charlotte, tienes que estar bromeando. Repítelo —le exigió incrédula.

—El tirano de Zachary viene, Emily —confirmó Charlotte.

—Raro, ¿no te parece? —Un estremecimiento se apoderó de ella y se esforzó por disimularlo.

—Arribará en su papel de hermano mayor. —Arrugó la nariz—. A mí también me resulta extraño. La última vez, yo tuve que ir a Londres para verlo. Y, además, soporté que me acomodara en alguna semana libre de su ocupada rutina. Cuando no tenía una actividad a la que asistir como el críquet, la práctica de esgrima o de equitación, estaba absorto siendo la mano derecha de mi padre. O se encerraba en su residencia para estudiar sin descanso. Desde que se independizó y vive en Moray Gardens su orgullo se erigió tan alto y sólido como las pirámides de Egipto. Y ahora el hijo pródigo nos honrará a mamá y a mí con su presencia. Sé por lo que viene, a convencerme de irme a Inglaterra.

Emily hubiese hiperventilado de no ser porque Charlotte desconocía «su secreto». Disimuló como una experta, como llevaba haciéndolo toda su vida. O más bien, desde que ese sentimiento se le metió dentro del pecho y echó raíces, y después escaló como una enredadera para apoderarse de su voluntad.

Con esas revelaciones, le fue imposible dormir… Justo cuando estaba a punto de viajar a Londres para reunirse con sus padres… Si se iba no coincidirían en Normandía…

No preguntó por la fecha exacta de la llegada de Zachary, no quería parecer desesperada.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Abandonó su cama con fino dosel cubierto de gasa, y se cubrió con una manta mientras caminaba hacia el balcón de su habitación. «¿Qué le diré al tenerlo en frente?», pensó con la mirada perdida en la línea indivisible entre el mar y el cielo.

Los párpados pesados y un bostezo evidenciaron su cansancio. Pero ya no podía volver al lecho. Lo peor del insomnio era que el sueño la vencía cuando ya debía ocuparse de sus obligaciones diarias. Tenía una montaña de ropa que zurcir para ganarse el sustento. Además, Charlotte le avisó la tarde anterior que pasaría a verla muy temprano. Iban a planear una visita a Le Mont-Saint-Michel para cuando llegara Zachary. Así que abandonó el balcón para adecentarse y desayunar.

El viaje sería especial, el pueblo se encontraba construido sobre una pequeña isla rocosa del estuario del río Couesnon, era un destino digno de admirar. En especial, por la imagen de la silueta de la abadía dedicada al arcángel Miguel, contra los colores de un atardecer.

Emily intentó reanimarse. Se dio un baño de tina relajante y se preparó el desayuno: manzana en trozos, avena y miel; junto a un delicioso té. Todo un lujo en su situación.

Charlotte y ella se hicieron amigas desde aquel día que se conocieron en la playa, pero siempre supieron que, a los dieciocho años, la hija del marqués sería presentada en sociedad en Londres, en miras de hacer un matrimonio con un par del reino. Este habría sido el año en que Charlotte dejaría Quiberville para entrar a la academia para señoritas. Se marcharía, pero no fue así. Charlotte buscó la forma de quedarse, incluso tras enterarse de los planes de Emily de viajar a Londres.

Desde que los padres de Emily se fueron, no había novedades con respecto a la venta de la casa. No recibía una oferta justa. En Londres, Raphael buscó el modo de obtener ingresos para aliviar las

penurias de su familia, hasta que su última propiedad se vendiera y todos radicaran en Inglaterra. Mientras tanto, Emily y su nana tenían que aguardar.

Debía mantenerse con el saco de monedas que su padre dejó a su resguardo. Pero su nana buscaba trabajos para tener ganancias extras, trabajo que las dos compartían en secreto: remendar ropa de los vecinos, hornear pasteles y panes, bordar ajuares de novias.

Raphael aseguraba que Londres no era bueno para una joven que había crecido conociendo la libertad, que cortaría sus alas y que debía aprovechar la breve estadía en Normandía, hasta que la venta de la casa la obligara a marcharse.

El hombre sabía que Emily se las arreglaría para sobrevivir, jamás había temido al trabajo duro. Ni siquiera en esa situación desesperada habrían recurrido a un arreglo matrimonial para que ella tuviese un sustento.

En cambio, los marqueses de Blair no fueron tan laxos. No se tomaron bien la renuencia de Charlotte ante la idea del futuro matrimonio.

Alrededor de las diez de la mañana, mientras Emily barría las hojas que habían caído en el pórtico, vio a su perra Bijou mover la cola y dirigirse al sendero por donde aparecían los carruajes. Ya se escuchaban las pesadas ruedas y los cascos de los caballos golpeando el camino.

Era Charlotte. Creyó que vendría sola. Quedó perpleja cuando vio a la persona que la acompañaba con Bijou en brazos. La perrita le lamía el rostro mostrando alegría.

Como pudo, Emily se recompuso y disimuló su impresión. No esperaba verlo justo esa mañana. Se paralizó, más por el cambio físico: había dejado atrás el porte juvenil y ahora lucía como un hombre. No quedaban rastros de la figura desgarbada de hacía un año.

Veintidós años.

Lo vio depositar a Bijou en el suelo y acercarse despacio, entrecerrando los ojos por el resplandor. Por el Altísimo, era más

hermoso de lo que recordaba. Jamás conoció a un varón con un rostro tan encantador. Llevaba pantalón y chaqueta color crema, con una camisa blanca, sin corbata. Algo relajado, pero no importaba qué vistiese, Zachary siempre se veía elegante. Tal vez se debía a su cabello castaño peinado de forma impecable, que brillaba como si estuviera salpicado por gotitas de oro, o a sus rasgos favorecidos que le daban un rostro envidiable. Su apostura noble se imponía, aunque se propusiera aparentar lo contrario.

Un nudo en la garganta obligó a Emily a tragar.

De pronto, recordó la escoba en su mano y se deshizo de ella con prisa. Se quitó el delantal y lo estrujó entre sus dedos. Miró a Charlotte de reojo y no le perdonó no haberle avisado antes. Se habría vestido de forma más apropiada.

Carraspeó, aún sin poder decir una palabra. Había dejado de ver a Zachary hacía doce meses y le sorprendió cómo lucía. Charlotte no acostumbraba a dibujarlo, alegando que era muy escurridizo. Así que, en su libreta no trajo ningún retrato de su hermano.

Para Emily, sus cartas tuvieron que bastar.

Al principio, se felicitaban en fechas especiales. Ella le hablaba del pueblo, él de Londres, de las Highlands, de Oxford. Pero con el paso del tiempo, la amistad fue creciendo y esas cartas fueron largas confidencias con un tono más personal.

Emily se le quedó viendo admirada, la imagen que tenía de él desapareció y el nuevo Zachary llenó todos los espacios de su mente. Su mirada seguía teniendo el mismo atractivo, como si la frescura del muchacho que llegaba a vacacionar tras un arduo año escolar en Oxford, no lo hubiese abandonado aún. Pero, su rostro varonil era el de un hombre que terminó sus estudios y se concentraba en subir el siguiente escalón de su vida.

Se veía maduro, centrado, viril… Lucía tan imponente como sus antepasados: la sangre vikinga mezclada con la *highlander.* Herencia nórdica y celta proveniente de las zonas costeras de Escocia*.* Incluso, podía imaginárselo en un *kilt* y habría sido el tapiz perfecto para decorar su habitación.

Esa idea hizo que el interior de Emily diera un vuelco. El estómago se le encogió y sus rodillas temblaron. Se ruborizó ante la marejada de pensamientos.

Zachary, ajeno a las ensoñaciones de Emily, caminó por la terraza de los Grant. Desde allí se extendía un jardín que moría en un acantilado. Admiró las vistas en silencio. Negó sobrecogido, jamás podría acostumbrarse a tanta belleza. Después, volvió a reparar en ella.

—¿No me darás la bienvenida, Emily Grant? —Él rompió el silencio. Su voz también había cambiado. Era más grave.

Todos los vellos del cuerpo de Emily se erizaron tras escucharlo.

—Bien…ve… nido —musitó, pero no pudo agregar una palabra más. ¿Debía tratarlo de usted? ¿Usar alguna cortesía? ¿Moray? Era un lord. ¿Podía continuar refiriéndose a él por Zach o Zachary como el año anterior? Aquello fue un atrevimiento. Ella lo llamaba por su nombre de pila por imitar a Charlotte desde que eran niños. En algún punto creyó tener el derecho y nadie a su alrededor la corrigió.

—Es espectacular —continuó Zachary caminando hasta el borde de la elevación rocosa donde estaba construida la casa de los Grant.

—Oh, sí —murmuró como pudo y se detestó por ello. Por suerte, él aún no notaba su arrobamiento.

—Em, no es justo que tengas la más sublime de todas las vistas. Mientras los demás tenemos el panorama obstruido por las cabinas de baño, este magnífico acantilado no deja que nada se interponga entre tus ojos y las olas del mar —comentó con una mano en la cintura, parecía orgulloso de quien era. Después se volvió a ella y la desarmó con la siguiente frase—: ¿No piensas darme un abrazo, Sirena? Llegué antes de lo acordado, los sorprendí a todos.

Como Emily seguía embelesada, él se acercó a saludarla. Para cualquiera que no la conociera, su reacción podría ser desmedida. Pero, para quien supiera cómo se precipitaba su corazón desde que era una niña cuando él le hablaba, habría sido muy lógico su actuar.

—No recordaba que eran tan azules —balbuceó la joven al tenerlo frente a frente, y él no concretó el abrazo.

—¿Cómo? —inquirió Zachary confundido, con su cara de hombre bueno, de esos que no rompen ni siquiera un plato; aunque era sabido que había hecho trizas más de un juego de porcelana.

—Lo siento. —Fue todo lo que logró decir. Se echó a reír, sin saber cómo salir del apuro.

—Mi hermano tiene los ojos azules más increíbles que he visto —afirmó Charlotte con la intención de rescatarla.

Pero Emily quedó en evidencia y se le encendieron las mejillas. Él la trataba como a Charlotte, como a otra hermana menor y ella… terminaba babeando por el caballero.

—*Je prends ça come un compliment, merci* —musitó Zachary más hermoso y seguro si era posible. «Lo tomaré como un cumplido, gracias», dijo con un acento francés impoluto y esforzado, para no errar en la pronunciación de ningún fonema.

Emily se estaba muriendo por dentro. Ya no podía dar batalla, ni recurrir al sarcasmo de sus cartas para replicarle por su francés. No con él delante, obnubilándola.

—Zachary —lo reprendió Charlotte—. No te esfuerces tanto en la pronunciación, que los locales te van a confundir con francés y eres más inglés que la libra esterlina, un auténtico rosbif.

—Soy escocés —se defendió.

Charlotte hizo una mueca de reproche. Emily le agradeció por mencionarlo. Mientras Zachary no le sugiriese cómo debía dirigirse a él, podría molestarlo llamándole «escocés», como siempre.

—Me gustaría que lo recordaras —enfatizó la hermana—. Tras tu paso por Oxford pareciera que renegaras de tus raíces. Aún no te deshaces del acento escocés por más que te empeñas en parecer un pomposo inglés. ¿Por qué te esfuerzas tanto por encajar en la sociedad londinense? Deberías hacer como tu amigo MacAlister.

—Escocés, Charlotte, ¿se quedarán como dos estatuas en mi pórtico enfrascados en una tonta discusión? —soltó y se sintió desatascada, de nuevo ella misma. Si no los detenía la disputa escalaría, los conocía muy bien.

Zachary la miró un momento con ternura, por un segundo parecía que iba a acceder. Pero, al sentirse espoleado por su

hermana volvió a la carga. Ambos eran como sustancias inflamables cuando peleaban entre sí.

—Querida Charlotte, para tu información, MacAlister es un montañés sacado de su medio natural que llegó a estudiar en Inglaterra en contra de su voluntad. Él está deseando regresar a las Tierras Altas para ocuparse de los alambiques de su familia. Desafortunadamente, su padre lo necesita en Inglaterra al frente de los tratos comerciales. Cada vez que las clases terminaban, mi amigo corría a refugiarse en Escocia como si los ingleses estuviesen infestados con la peste. Nunca ha dejado de estar en contacto con sus raíces. Por lo tanto, jamás olvidará los modales adquiridos en Escocia porque los practica y no le interesa encajar en la vida social de la capital.

—Como sea, Laird defiende sus orígenes y no permite que ningún rosbif lo mire por encima del hombro —insistió Charlotte en usar ese mote que los franceses usaban para referirse a los ingleses, después de las guerras napoleónicas, debido a su predilección por el *roast beef*[8].

—Me gustaría que lo recordaras tú también, hermana. Tu acento escocés se ha borrado y más pareces una *frog*[9], que una dama nacida en las Highlands, destinada a brillar en los salones de Londres.

—No me ofendes, y sí, adoro las ancas de ranas y todo lo que la cultura francesa ha podido hacer por mí. Gracias al Creador no soy una damita estirada, fría, seria y aburrida. Y para tu información, para los franceses da lo mismo si eres inglés o escocés, eres británico —continuó Charlotte ofendida—. Además, te esfuerzas tanto por estirar el cuello como los aristócratas ingleses, que nadie notaría tu ascendencia escocesa, si no escarba debajo de toda esa pomposidad.

Emily se puso las manos en la cintura al comprobar cómo estaba escalando la discusión de ese par. Como pudo les señaló unas sillas en el jardín, la brisa de la mañana era agradable.

—A papá no le gusta ese calificativo que usan los franceses para referirse a nosotros. Tanto tiempo en esta tierra que se te

olvida que eres tan británica como yo —le reclamó Zachary a su hermana y ayudó a que Emily se acomodara.

—Oh, milord, no se sienta ofendido —replicó Charlotte con sorna tras elegir uno de los asientos.

Él bufó fastidiado y Emily lamentó que fuera tan recto, en ocasiones.

—Solo quiero mejorar mi acento francés. Me quedaré todo septiembre para practicar —apuntó Zachary mientras se sentaba—. Puedo tomarme una corta licencia de mis responsabilidades.

—¿Privilegios de ser hijo de un marqués? —inquirió Charlotte.

—¡Qué sorpresa, Zach! —se le escapó a Emily. Aún no terminaba de alegrarse por escuchar que él se quedaría, cuando recordó que faltaba poco para que ella abandonara Normandía.

—Oh, Emily, olvidé decirte que ahora mi hermano prefiere Zachary o Moray. Aniquila con la mirada a quien le diga Zach como cuando era niño. Incluso, a mis padres o a mí.

—Sirena, puedes llamarme como desees, solo tú —le dio por su lado sin derecho a réplicas.

Charlotte entrecerró los ojos y después negó con una sonrisa.

—Hermano, está bien que le llamaras Sirena cuando éramos unos chiquillos. ¿No crees que ahora que hemos madurado deberías ser más respetuoso?

Zachary se humedeció los labios, mostrando cierta renuencia a la sugerencia de Charlotte, y no tardó en expresarlo.

—Em no es una extraña para mí. Además, jamás podré olvidar que la conocí cuando era una sirena que hechizaba a los marineros con su canto. ¿Te molesta, Emily?

—No, está bien. Zach, puedes seguir llamándome como siempre. —La aludida accedió ruborizada.

Charlotte al comprender que su comentario sobraba, se alzó de hombros.

—Pues sí, egresó con honores. El hijo ejemplar —arremetió, dándole una palmadita en el brazo a su hermano que parecía concentrado en la reacción de Emily—. Papá está orgulloso como un pavo real de Zachary. Terminó sus estudios en Oxford y lo hizo bien.

Ahora es su mano derecha, mientras se prepara para sucederlo en un futuro muy *muy* lejano.

—Felicidades. Cuánto me alegro, Zach. No sabía que concluiste con distinción —añadió Emily, sin comprender por qué no le informó en ninguna carta. Que Charlotte lo olvidara lo podía entender, siempre estaba centrada en sí misma, pero Zachary y ella se hacían largas confidencias en la correspondencia.

Entonces lo comprendió, ya casi no se escribían y la familia estaba insistiendo en llevarse a Charlotte a Londres. Él ya no tendría pretexto para visitar Normandía y quizás no quería sentirse comprometido. Sus obligaciones o lo que fuera, eran la excusa perfecta para continuar del otro lado del Canal de La Mancha.

—No tienes que felicitarme, no es necesario —agradeció con un leve rubor, le costaba asimilar el elogio. Pero, se mostró afectuoso y hasta cierto punto contento por lo cariñosa que ella estaba siendo con él—. Ahora soy la mano derecha de mi padre, Sirena. Pero también poseo mis propios negocios. No quiero quedar atado a él, ni que con el pretexto de mi herencia tenga poder absoluto sobre mí.

A Emily le asombró, pero le agradó su determinación.

—Un hijo prodigio —murmuró Charlotte—. Lo que me deja a mí en muy mala posición: la oveja descarriada de la familia.

—Jamás te refieras a ti misma de esa forma. Nunca te persuadiría para que sigas un destino con el que no te sientes cómoda —agregó Zachary y la miró de un modo tan fraternal y protector que Emily contuvo un suspiro. Así era él, se crecía ante cada exigencia de la vida.

—Es fácil decirlo cuando no estás en mi posición, hermano. Olvidas que soy la hija de un marqués, que tengo ya la edad para debutar y que, para los protocolos ingleses hay fechas de caducidad.

—Hermana, ¿no podemos hablarlo en otro momento? No hagamos una escena delante de Emily.

—Bueno, les informo que acaban de dar un espectáculo completo. A veces me alegra ser hija única —jugó.

—Lo siento, Sirena. Qué pésimo comportamiento de nuestra parte. —Se mostró arrepentido, y aquella faceta de él bajando la guardia, y hasta cierto punto avergonzado, la cautivó todavía más.

—Estás disculpado, escocés.

—¿Es mi imaginación o no solo mi hermano está actuando raro? ¿Todo bien, amiga? —Comenzó a sospechar que aquellos dos se traían algo.

—Vine para planear una excursión a Le Mont-Saint-Michel, así que pongámonos de acuerdo. Y teniendo en cuenta que nos acompañará tu doncella y la nana de Emily, quizás necesitemos más de un carruaje y unos cinco lacayos que nos sigan en sus corceles por cualquier eventualidad. Podías haber elegido París o Ruán, pero Le Mont-Saint-Michel con su abadía convertida en cárcel es más interesante —añadió él con sarcasmo y se pasó la mano por el estricto peinado, que el viento matinal amenazaba con dejar hecho un desastre.

—Ya no es una prisión desde que Napoleón la cerró en el 63 — repuso Emily.

—Pero, no es el típico lugar que dos señoritas eligen para pasear. —Zachary se arrepintió de pronunciarlo en voz alta. De ellas no podía esperarse un comportamiento habitual. Por eso había elegido pasar en su compañía todos sus veranos.

—La abadía habrá sido después una cárcel, pero no puedes negar que es un sitio hermoso. —Charlotte insistió—. Más ahora que lo están recuperando como monumento. Si la marea sube, no sé dónde dejarás los carruajes, Zachary, tendremos que aproximarnos en bote.

—Ya conoces muchos lugares de Francia; en cambio, de Inglaterra solo has visitado Londres. ¿No crees que hacer un viaje por una ciudad burbujeante, repleta de museos, teatros y grandes bailes sea de más interés para una joven de tu edad? —Zachary intentó hacerla cambiar de opinión.

—¿Y eso quién lo dicta, nuestro padre o salió de tu mente privilegiada? —lo desafió Charlotte.

Los hermanos se miraron intransigentes, ninguno daba su brazo a torcer y la discusión sería agotadora e interminable. Emily ya había tenido mucho de eso, ellos eran así, como el gato y el ratón, como el agua y el aceite. Pero… Que a nadie se le ocurriese ofender a Charlotte si no quería enfrentar la furia de Zachary, y viceversa. El

enemigo común contra el que se unían con más frecuencia para arremeter era su padre, el marqués de Blair.

Emily debía hacer algo… Y hacerlo ya.

—Zach, espero que tu francés esté a la altura llegando a Le Mont-Saint-Michel, me niego a convertirme en tu intérprete. —A toda costa, Emily, intentó desviar el tema para que el ambiente incómodo se disipara—. ¿Y bien? ¿Qué día partiremos? ¿A qué hora?

—Propongo que nos pasemos un día entero, tumbados en la playa con vistas a la abadía, podríamos hacer un picnic y disfrutar del atardecer. Emily, tú preparas los bocadillos. —Charlotte sonrió imaginándose ya allí.

—Eso suena interesante, pero muy sofocante, incómodo. Tendremos que quedarnos a descansar en una posada del camino y no sé si sea de mi agrado. Algunas usan baños compartidos y no tienen agua caliente al alcance de todos sus huéspedes —objetó él.

Otro motivo para contender. Charlotte abrió la boca pensando contraatacar. Y, Emily los invitó a entrar a la casa con el propósito de distraerlos y calmar las agitadas aguas.

6



Se acomodaron en la amplia mesa del comedor, donde había una ventana que ofrecía una hermosa vista exterior.

—¿Qué descortesía la mía? ¿Les ofrezco unos refrigerios? —preguntó Emily.

—Em, ¿y tus criados? —Zachary notó que no había visto a nadie más.

—Salieron al mercado.

—¿Tu nana? —El hombre tenía una ceja arqueada.

—También tuvo que salir.

—Yo deseo una taza de té. —Charlotte trató de desviar la atención de su hermano del interrogatorio.

—Lo mismo está bien para mí —accedió Zachary, al fin.

—Perfecto, buscaré las bebidas. Traeré también unas galletas que horneé un rato antes de que llegaran. Les encantarán.

Pero Zachary no estaba decidido a rendirse:

—¿Tampoco está la doncella de tu madre? ¿El cochero? ¿Tienen el día libre? Em, me parece raro que tus padres estén en la hostería y te hayan dejado sola. —Para los Moray, el pequeño hotel que fue de los Grant calificaba como hostería o posada, teniendo en cuenta los hoteles que ellos poseían.

—Los señores Grant están de viaje. La casa iba a permanecer cerrada y a última hora Emily decidió quedarse. El servicio ya estaba de vacaciones —se adelantó Charlotte y Emily sabía por qué lo hacía, era un tema más profundo que eso.

—¿Entonces los criados no fueron a hacer la compra? ¿Tu nana también está de vacaciones? ¿Quién cuida de ti, Sirena? —Lo vieron tensarse.

—Mi nana sí fue al mercado. En cuanto a los otros tres criados…

—Están de vacaciones —continuó Charlotte.

—No es así, Charlotte. No hace falta que justifiques al respecto —admitió Emily—. Mi padre tuvo que prescindir de ellos por un tiempo. Solo viene la señora Martin una vez a la semana a realizar la limpieza grande y el jardinero de tu madre se ocupa de los exteriores cuando es necesario. —Omitió que la buena mujer solo aparecía cuando juntaba unas monedas para pagarle. Aquella no se quejaba por el cariño que le tenía. Su ingreso mayor provenía del servicio que brindaba en otras casas de la región.

—Lo siento, Emily, no tienes que darme explicaciones. Soy un entrometido —se disculpó Zachary ante la mirada de reproche de Charlotte—. No soy un aristócrata estirado e inútil, no creerás lo que soy capaz de hacer. Te acompañaré a la cocina.

—No es necesario. —Emily se sonrojó, jamás le había avergonzado la modestia de su familia. Tampoco era la primera vez que Zachary ponía un pie en su cocina. Sin embargo, ahora lucía como un caballero graduado de Oxford, y aunque intentaba tratarlo del mismo modo, la distancia que se acrecentaba entre ambos le hacía sentir cierta inseguridad.

—Zachary, lo que disfrutarás mucho es la bodega del señor Grant, tiene los mejores vinos de Francia y el champán… —A Charlotte se le iluminaron los ojos.

—Nadie asaltará la bodega del señor Grant sin su permiso. Y ustedes no tienen edad para beber —añadió severo, negando con la cabeza ante las ocurrencias de su hermana.

Zachary se levantó y colocó su mano derecha detrás de la espalda de la anfitriona para invitarla a caminar. Tal vez en el pasado, como amigos, fue natural. En ese momento, Emily sintió un hormigueo que se extendió por todo su cuerpo. Se volteó ligeramente y sus ojos se encontraron. La mareó la fuerza de su mirada, era como contemplar el océano, en su fase de azul más intensa, esa que solo se puede apreciar cuando una embarcación abandona la costa y avanza mar adentro.

Ambos se hallaban muy cerca. Emily se estaba perdiendo en el embriagante aroma masculino, cuando el carraspeo de Charlotte le recordó que debían ir por el servicio del té de inmediato.

Zachary y Emily se adentraron en la cocina y comenzaron la faena. Él puso el agua para el té y logró impresionarla. Ella sirvió la leche en un recipiente. El varón encontró las tazas y una bandeja a juego para las galletas, y preguntó dónde estaban guardadas.

—Yo las buscaré —ofreció antes de que él tomara la iniciativa.

Emily lo miró, pálida, con temor de que notara la escasez de la despensa. Las reservas se agotaban. Sobrevivía con los alimentos que le traía Charlotte de la casa de la marquesa. O con la comida caliente que le compartía la señora Martin.

Su nana y ella subsistían como podían. No se quejaban de las carencias. Muchas veces, Charlotte inventaba una excusa para invitar a cenar a Emily y esta se negaba, no podía sentarse frente a una mesa bien abastecida, si su nana tenía poco para comer. Así que, su amiga la convencía preparando una cesta llena de suculentos manjares para la anciana mujer.

Emily estudió su alacena y encontró las galletas. Pensó qué más ofrecer. Las carnes frías serían la cena de algunas noches, no las podía tocar.

—Mi especialidad culinaria son las tostadas. —Sacó el pan, lo cortó y lo tostó, le untó la mermelada de arándanos hecha por ella, le puso un poco de queso local por encima e hizo magia.

—¿Me dejas probar? El queso es tan fuerte ¿y lo combinas con esa mermelada? Parece delicioso. —Zachary abrió la boca de forma traviesa.

Emily, temblorosa pero anhelante, cogió una de las tostadas que había colocado con arte en la bandeja y lo alimentó. Cuando sus dedos rozaron los labios varoniles, sintió un estremecimiento, así que retiró la mano con rapidez y él la atrapó para poder tomar otro bocado. La boca de ella se le hizo agua contemplando el sensual arco de Cupido del hombre y no pudo evitar tragar. Mientras Zachary saboreaba, la llenó de elogios exagerados y ella se rio de sus agallas. Fue un momento íntimo, inesperado, que atesoraría.

—Esto está riquísimo, Sirena. No sé cómo no diriges uno de los más exclusivos restaurantes de Londres. Tienes una habilidad asombrosa para la combinación de ingredientes. —Era un adulador.

—Pero no quiero ser cocinera, solo lo hago para no morirme de hambre —soltó entre carcajadas.

El intercambio de sonrisas traviesas fue un mimo al alma para los dos.

—¿No seguirás los pasos de tu familia? El negocio de la comida, de la hostería —insistió sin dejar de sonreír.

—Eso lo veré más adelante. —No quería engañarlo como había hecho Charlotte para protegerla de la vergüenza, pero no deseaba tocar el tema de la ruina familiar en ese instante.

—Me dijo Charlotte que tampoco estás interesada en casarte y llenarte de hijos.

Aquella frase la tomó por sorpresa. Era verdad que la confianza que se transmitían en las cartas hacía posible que hablaran sin tapujos de ciertos temas. Sin embargo, tenerlo cerca reforzaba los límites que antes estuvieron desdibujados: hombre y mujer, aristócrata y plebeya.

Emily sintió el escrutinio en la mirada inquisitiva de Zachary, parecía que aquel hubiese estado aguardando con ahínco por el momento apropiado para hacer ese comentario.

—No, precisamente. Me estoy dejando llevar. Sin planes, sin metas en un período próximo. No quiero verme forzada a elegir, porque si llega la hora de hacerlo, será por las razones correctas.

—¿Y esas son?

—El amor, por supuesto.

—Claro —manifestó. Era evidente el motivo subyacente en el razonamiento de la joven.

—¿Por qué es tan claro?

—Los señores Grant eso hicieron, se casaron por amor.

—Y jamás se arrepintieron de ese paso. —Calló que la ruina castigó su osadía, pero seguían amándose, eso tendría que ser suficiente.

—En Londres casi nadie se casa por amor. Hay otras razones que son prioritarias —observó Zachary sin dejar de mirarla a los ojos, para él era natural tratarla con familiaridad.

—Lo sé. No vivo debajo de una piedra. Las señoritas buscan un proveedor con la cartera abultada, estatus. Los hombres una yegua

de cría. Eso sí, que sea purasangre, con conexiones y de buenos modales para que pueda ser una excelente anfitriona; y no olvidemos que tenga una dote sustanciosa. Ambos coinciden en un punto, exigen que el prometido o la prometida provengan de una cuna noble para no descender en la escala social.

Emily carraspeó al final de su atropellada explicación, él exhaló sin negar que ella tenía razón.

—Mi padre quiere eso para Charlotte, pero antes debe hacer su presentación en sociedad. Si se marcha a Londres ahora, tendría el tiempo para formarse en los más estrictos modales, debutar, elegir al mejor partido. Lo anterior, mientras convive con la alta sociedad que desea con ansias que la hija del marqués de Blair regrese a su tierra.

—Una perfecta rosa inglesa, lista para casarse —continuó con desdén.

—Se lo propuso y ella le dijo que no. Papá está muy contrariado por la decisión de esperar que tomó mi hermana.

—¿Tu padre quiere que Charlotte viaje a Londres? Tal vez terminará por hacerlo. Igualmente, he estado pensando en irme a vivir a otro lugar —admitió tratando de mantener controlada su ansiedad. Por algún motivo, de pronto, se sentía en un interrogatorio. Tomó la bandeja con los alimentos, dispuesta a llevarla a la mesa. No obstante, las palabras de Zachary la detuvieron.

—¿A dónde te irías?

—No es relevante en este momento.

Él parecía que refutaría ese planteamiento, pero no lo hizo. Continuó estudiándola con la mirada, muy intrigado. Había mucho que no le cuadraba tras la ausencia de los Grant. No obstante, prefirió seguir ofreciendo su punto.

—Mi padre ha decidido que Charlotte ingrese a una escuela para señoritas, lo que facilitará que ella se sienta más cómoda en nuestro círculo. Creo que no fue sensata al perder dos años, debió internarse en el colegio a los quince. Pero, papá ha conseguido que la admitan a los diecisiete, aunque tendrá que cursar tres ciclos académicos completos. Si no viaja de inmediato, se atrasará en su formación y, por ende, en su presentación… Por desgracia, su lejanía

de las costumbres inglesas la han dejado muy verde, necesita aprender muchas cosas antes de enfrentarse a la sociedad. —Frenó la frase, pero remató su intención arqueando la ceja de nuevo.

—Oh, ¡qué terrible pecado! —ironizó Emily.

—Mi padre me pidió convencerla de su error —reveló al fin.

«¡Lo sabía!», pensó Emily. Charlotte también lo sospechaba, se enfadaría mucho.

—¿En serio? —¿Y él apoyaba a su padre?

—Apenas estamos finalizando septiembre, papá tiene conexiones en ese prestigioso instituto para señoritas. Podrían admitirla nada más pise Londres para que termine de educarse, aunque no haya seguido el procedimiento habitual. Pienso que Charlotte decidió quedarse porque no quiere separarse de ti, eres como su hermana.

—Eso es ridículo —se rebeló. Zachary podría tener ese raro influjo en Emily, pero si se sentía atacada podía responder como un animal enjaulado—. No importa si nos separamos ahora, Charlotte y yo seremos amigas para siempre. Buscaremos la forma de no perder el contacto.

—Pienso igual que mi padre y te tenemos una propuesta. ¿Qué tal si las dos se van conmigo a Londres? Pueden entrar juntas en el internado, en lo que reconsideran qué harán en el futuro. Mi padre tiene los contactos suficientes para que la falta de linaje del señor Grant pese menos que el hecho de que eres la nieta de un barón. Emily, perdona mi sinceridad, podría haberle dado muchas vueltas al asunto, pero estamos perdiendo tiempo. Solo no le digas a Charlotte que son ideas de mi padre, sino ella se pondrá a la defensiva. Veamos que fluya la conversación, ahora que disfrutamos del exquisito té y que se dé el tema como por casualidad. Papá correrá con todos tus gastos. Te dará perspectivas, si estudias en English Roses School, tu vida puede cambiar. Incluso, cada año, un grupo de damas patrocinan un concurso. La señorita ganadora obtiene un importante monto económico, muchas lo usan para sus dotes. Con lo talentosa que eres, podrás ser la acreedora de tan fabuloso premio.

La estocada en el ingenuo corazón enamorado fue certera. Lo miró al centro del azul donde se perdía, meditó su propuesta por un segundo y bajó los ojos. Tragó saliva.

«Creo que Zachary ya sabe de la ruina de mi familia. ¿Será por lo que, el marqués de Blair se aprovecha de mi desgracia para hacerme esta oferta tan tentadora? Para mi padre sería un alivio, no tendría que preocuparse por mí por tres años enteros y eso le permitiría dedicar todo su esfuerzo a remontar. El dinero del premio aliviaría las penurias de mi familia. Lo que no entiendo es por qué tuvo que ser Zachary el mensajero», pensó. La confianza que forjaron en esas cartas se resquebrajó.

Su mente divagó en el pasado. Años atrás, esperaba con ansias cada verano para reencontrarse con Zachary. Más allá de la especie de enamoramiento actual, lo consideraba su amigo. Cuando se reunían, el mundo se detenía para Emily. Y ese cariño, esa confianza ya no se sentía igual.

Se había ilusionado con los interminables párrafos y las confesiones. La magia se rompió tras aquella sórdida revelación. Lo que pareció un reencuentro terminó siendo un ardid fraguado por el marqués de Blair y llevado a cabo por Zachary.

Encima, tendría que ocultarle a su amiga, lo que su hermano le propuso. O aquella se molestaría por la intromisión de su familia en una decisión que le correspondía a Charlotte y a nadie más.

—¿Qué me respondes? —insistió él.

—Zach, tu propuesta me ofende. Acompañaría feliz a Charlotte a cualquier parte del mundo, pero no de la forma que sugieres y menos si tengo que ocultarle a mi amiga la dudosa procedencia de nuestro cambio de planes —puntualizó con toda la sinceridad y la madurez que la caracterizaba.

—Es una gran oportunidad para las dos. Estamos hablando del futuro de ambas. No es un castigo, conocerán a otras jóvenes de su edad.

—¿Por qué tuviste que plantearlo así, Zach? Debieron consultarle a Charlotte primero. Si ella me hubiese invitado yo habría aceptado sin dudar. Ahora, no puedo. Me siento ofendida. —El disgusto hizo mella en su orgullo.

Soltó ofuscada la bandeja con el té que ya se estaba enfriando sobre la mesa de la cocina.

—Al menos consúltalo con tus padres. Si te quedas en Londres, podríamos visitarnos cuando Charlotte vaya a nuestra casa. —Trató de hacerla razonar.

Charlotte interrumpió la discusión, impaciente por la demora. Por fortuna no alcanzó a oírlos.

—Me cansé de esperar. ¿Fueron a buscar el té a China? —bromeó, pero al percatarse de los rostros serios, los miró intrigada —. ¿Qué me perdí?

—Disculpa, Charlotte. Ya estamos listos. Solo que Zachary acaba de comunicarme que no podrá quedarse a tomar el té con nosotras. —Emily estaba muy disgustada.

—¿Te marchas, Zachary? —Charlotte no comprendía el cambio abrupto—. Prometiste que pasaríamos juntos el día, que tenías muchas ganas de ver a Emily. ¿Cuándo planearemos el viaje a Mont Michel?

—Parece que tengo cosas que hacer —sostuvo el interpelado muy contrariado al entender que Emily lo estaba echando. Después atacó con un tono sarcástico—: No hagamos planes, dejémonos llevar, que el día nos sorprenda. Eso le gusta más a Emily.

—Tú te lo pierdes. —Charlotte tomó en sus manos la bandeja y se dirigió a la mesa del comedor.

Emily acompañó a Zachary a la salida. Antes de cerrar la puerta, él detuvo la madera por el borde con fuerza:

—No puedo creer que me exijas abandonar tu casa, Emily. De verdad quería verte —reclamó con un tono petulante, sorprendido por la reacción de ella.

—Y yo no puedo creer que te hayas convertido en un hombre tan sórdido. ¿Aprovecharte del problema de solvencia de mi familia para salirte con la tuya? Estamos arruinados. La estamos pasando muy mal, tocando fondo. —No bajó la mirada, sostuvo la del gallardo caballero y contuvo las lágrimas.

—Te pido disculpas. Por favor, Emily. —Sonó sincero, incluso desesperado. Se llevó las manos a la cabeza, consciente de que había metido la pata hasta el fondo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No te corresponde ayudarme, y no he pedido tu apoyo.

—No sabía de la situación de tu familia, menos qué tan grave es. Nadie me puso al corriente de lo que está aconteciendo, ni siquiera tú. Desconocía que nos teníamos secretos —ironizó, imitando el tono de la joven—. Solo trasmití la propuesta de mi padre.

—Y yo no sabía que eras el emisario del diablo. —Se desahogó. El marqués de Blair también la había decepcionado. Alzó los ojos al cielo. Después rio a carcajadas con ironía. Se sintió tan rota por dentro por aquella visita de Zachary. ¡Dios mío era Zach! ¿Podía decepcionarla más?

—En eso concuerdo, papá es un demonio y usa estratagemas muy rebuscadas, pero no lo ha hecho con mala intención. Le agradas, de lo contrario, no se comprometería a ocuparse de tu sustento. Mi padre no hace nada por nadie, sabes que no es generoso, salvo con quienes están bajo su abrigo y, así y todo, hemos sufrido por su egoísmo.

—Me simpatizabas más antes, Zachary, cuando eras aquel muchacho tímido, que se negaba a hablar, pero con un corazón gigante. Y, por cierto, tu acento del idioma francés apesta, dudo que los franceses logren entenderte. Tu estirado tutor con honorarios tan costosos te ha estafado. —Emily era razonable la mayor parte del tiempo, en ese momento se dio el lujo de no reprimir su disgusto. Había lidiado con suficientes huéspedes malhumorados como para saber poner a alguien en su lugar, aunque fuera el pomposo hijo de un marqués.

—Al menos piensa en mi propuesta —sugirió sin mostrarse ofendido por las palabras de ella, sabía que se las merecía.

A Emily la sangre le hirvió dentro de las venas, no disimuló un mohín para mostrar su desagrado.

Tantos meses esperando verlo y el encuentro terminaba malogrado. Cerró la puerta con gesto airado en las narices de Zachary.

Regresó con Charlotte y comenzaron a tomar el té con los exquisitos modales que les enseñó la institutriz de su amiga. El silencio entre ambas era poco habitual, pero Emily no tenía ganas de hablar. Parecía que la discusión con Zachary no le permitía ser una buena anfitriona.

—Esto es muy aburrido. —No era lo que Charlotte planeó para esa mañana—. ¿El señor Grant venderá la casa con esas costosas botellas de champán que guarda en la bodega?

Emily solo se encogió de hombros.

—Ni siquiera las recordaba. Definitivamente, las botellas de champán no están en la lista de cosas que deseo llevarme cuando la casa sea vendida.

—Será un desperdicio, ¿no crees? —La picardía en el rostro de Charlotte amenazaba con disipar el fastidio.

¿Cómo podía ser tan diferente a Zachary? Mientras esta exudaba rebeldía por los poros, su hermano encaraba la vida con demasiada rigidez. Por eso era habitual que colisionaran y aquella lo llamara «tirano». Sin embargo, había algo que solo Emily podía advertir, se complementaban. Él la corregía en voz alta, pero su verdadera intención era protegerla. Era increíble que ambos fueran resultado de la misma crianza.

—Nosotras no bebemos, jamás lo hemos hecho. —Emily lucía alarmada, Charlotte ya estaba hablando con ese tono que usaba cuando se le ocurría una idea que por lo general la metía en problemas. En ese momento, no podía lidiar con su constante desafío a las normas. Tenía muchos conflictos mentales que resolver.

—Solo quiero probarlo. Mi madre me permite poner unos dedos de vino en el agua o en la limonada cuando es una cena importante. No me digas que jamás lo has probado.

—He probado, con el consentimiento de mis padres, pero no me ha parecido nada especial.

—Hagamos una travesura. Lo merecemos por el desaire de Zachary. Buscaré la botella más costosa y la descorcharé para nosotras.

—Oh, Charlotte, hoy no es un buen día. —Quizás Zachary y, por ende, su padre, tenían razón. ¿Por qué Charlotte era, cada día, más

amiga de los problemas?

—Debes romper alguna regla alguna vez. Eres demasiado sacrificada, Emily. Conseguiré que tu nana te reprenda cuando vuelva. Siempre soy yo quien se lleva sus regaños.

—Mi nana no regresará esta noche. La niñera de los Dubois se enfermó y ocupa su lugar, mientras se recupera. No pudo negarse, necesitamos el dinero.

—¿Por qué no me dijiste? Exijo que te quedes en mi casa hasta que vuelva. Sabes que hay una habitación de invitados que puedes usar cuando sea necesario, la hemos dejado para ti.

Por fin un pensamiento sensato, Emily celebró.

—No quiero seguir aprovechándome de tu noble corazón, Charlotte, ni de la generosidad de tu madre. Ya han hecho mucho por mí.

—Insisto. —Buscó en su ridículo una bolsita con sus ahorros y la dejó sobre la mesa. Los trajo con ese fin, pero no sabía cómo entregárselos. Emily era muy orgullosa—. Si no aceptas creeré que no me quieres. ¿Cómo puedes pensar que estaré tranquila sabiendo que pasas necesidades?

—Soy consciente de que mi familia tiene una modesta condición y no me siento menos feliz que los demás. Tengo otras cosas.

—Como esas estupendas botellas que deberías vender.

—Lo que es estupenda es tu idea. En cuanto vuelva mi nana, iremos con un posadero. Estoy segura de que nos pagará lo suficiente. —En la mente de Emily ya estaban desfilando los posibles compradores—. No te muevas, ahora vuelvo.

Bajó a la bodega y comenzó a hacer inventario, mientras revisaba la mercancía que pronto iba a comerciar, recordó una botella muy especial que su padre compró con el afán de abrirla en la siguiente Navidad. Algo que ya no sucedería. La tomó y la llevó ante Charlotte.

—Solo bromeaba con lo de abrir una botella. Si mi madre me descubre, me daría una reprimenda —confesó Charlotte.

—Celebremos la magnífica idea que me has dado con el mejor champán francés. Solo un sorbo.

—De acuerdo, solo me mojaré los labios. —Charlotte no disimuló su curiosidad.

Trajeron dos copas y las llenaron con el burbujeante líquido. Lo probaron con recato.

—Ahora entiendo la razón por la que a esas damas que visitaban La Sirène les apetecía tanto. —Emily estaba gratamente sorprendida—. Tiene un gusto agradable.

—Es… rico.

Otro sorbo y otro, hasta que las copas quedaron vacías. Después repitieron con una ronda más. La segunda, Emily la tomó de golpe. La sensación que le producía el champán, la hacía olvidar la desilusión sufrida por la insensibilidad de Zachary.

La sonrisa de Charlotte se ensanchó y ella la imitó. Comenzaron a tararear una de las canciones que habían aprendido, después se pusieron en pie y empezaron a bailar.

Aquel momento sería inolvidable, se sentían libres sin supervisión, y eso les recordaba que estaban vivas… Aunque Charlotte tuviese una lucha contra los designios de su padre, quien deseaba casarla en contra de su voluntad… Y, a pesar de la desventura de la familia de Emily, y la dolorosa despedida que pronto tendría que enfrentar al decirle adiós a su casa y a la tierra donde fue tan feliz…

—Creo que cometimos un error. —De pronto, Charlotte tuvo una revelación.

—¿A qué te refieres?

—Le dijimos a Zachary que no hay sirvientes aquí en la casa. Le avisará a mi madre y enviará por nosotras. No permitirá que yo esté sin una carabina, y menos que pases la noche sola.

—Recuerda que yo mentí. Le dije que mi nana había ido al mercado.

—Oh, cierto, es nuestra tabla de salvación. La mentira de la nana. Tenemos la casa para nosotras sin supervisión. ¿No crees que es increíble, Emily?

—No lo es, para mí es insoportable. Odio pasar la noche sola. Si mi padre lo supiese me reprendería, y despediría a la nana por más cariño que le tenga.

—Dormirás en mi casa. Pero, mientras llega la noche, podríamos invitar a algunos amigos. Sería divertido, jamás hacemos algo emocionante.

—No me parece sensato. —Emily comenzó a arrepentirse—. Tus padres descubrirán que estoy sola y será un desastre para las dos si saben que hemos invitado a tus amigos. Es mejor decirles que la nana está con los Dubois.

—No. A mis padres no les parece bien que los señores Grant hayan viajado y hayas quedado al cuidado de tu nana. Si se enteran de que la nana te ha dejado sola por necesidad, armarán todo un revuelo —desveló lo que escuchó a sus padres conversar y se lamentó por repetirlo—. Lo siento, Emily.

—No te disculpes. Mis padres y yo tenemos una relación diferente, una vida distinta a la que tienen. Saben que soy responsable y que estaré bien. —En realidad, no tuvieron otra opción.

—Si mi madre descubre que no está tu nana, arruinará el momento de solaz y esparcimiento más importante que he tenido en mi vida.

—Estás exagerando, no será para tanto. Al contrario, invitar a tus amigos nos acarreará problemas. —Se cruzó de brazos, pero esa mirada de Charlotte ya la conocía, cuando tenía un propósito era difícil hacerla desistir.

—Dos invitados, solo dos. Por favor, Emily. No desperdicies la libertad de la que estamos disfrutando. En cuanto mamá descubra que tu nana no dormirá en tu casa, no me dejará visitarte sin un ejército de carabinas.

Iba a negarse, pero Charlotte puso cara de cachorro suplicante y ante ese gesto no podía oponerse. ¿Qué podría suceder? Nadie lo sabría. Además, estaría ella para evitar que Charlotte y sus amigos se salieran de control.

—Haz lo que desees, Charlotte. Invita a quien quieras. Mi casa también es tuya —aceptó, aunque aquella frase tenía fecha de caducidad.

7

Zachary se subió al carruaje muy irritado, primero por la actitud de su hermana, segundo porque Emily lo había echado de su casa. ¿Estaba viviendo sola con su nana en ese inmenso caserón? ¿Su madre sabría que mientras la nana iba al mercado las jóvenes estaban sin supervisión?

Si algún hombre atravesaba esa puerta, las reputaciones de Emily y Charlotte quedarían en entredicho.

Era muy grave y las dos muchachas no eran conscientes del riesgo. Charlotte era desafiante de las normas, no le extrañaba su conducta. Emily sí le sorprendía.

«Traspasé el umbral, pero es diferente, soy el hermano de Charlotte y conozco a Emily desde niños», pensó justificándose.

Negó.

Charlotte tenía una lista inmensa de infracciones cometidas contra los códigos de la moral y la prudencia. Seguro aprovecharía la ausencia de la nana durante algunas horas.

¿Debía regresar para asegurarse de que no estuvieran solas? ¿O bastaría con enviar a una doncella?

Se lamentó por decepcionar a Emily. Solo por la rebeldía de Charlotte y su tendencia a meterse en problemas, accedió a seguir las ideas de su padre. Le preocupaba su hermana.

—Milord, ¿a dónde lo llevo? —La voz del cochero lo sacó de sus reflexiones.

—Solo conduzca.

Sus ojos se perdieron en aquellos paisajes, que hacía tiempo que no recorría. No cesó de pensar.

Consideró que su padre tomaba medidas extremas con cierta razón. Charlotte estaba tirando su futuro por la borda.

Aunque Blair le pidió que convenciera a Emily con sutileza, Zachary fue directo al grano. La sutileza no era una virtud que poseyera. Estaba acostumbrado a ser franco.

Cuando años atrás, Zachary recuperó la fluidez del habla, huyó —lo más posible— de todo subterfugio o adorno al conversar. Por eso no le gustaban las personas con temperamentos volubles o lenguas beligerantes. Prefería las discretas, las de palabra sincera y sin dobles sentidos, con las que le era más fácil conversar.

Sin embargo, Emily no se mostró cauta ni comprensiva como lo fue en el pasado o en sus cartas. Lo sorprendió por la intensidad de su negativa, terminó encendiéndose como madera seca.

Tamborileó los dedos unos segundos sobre el asiento.

—Condenación —murmuró lleno de impotencia.

Reflexionó con detenimiento el asunto para encontrar una solución. Decidió que, no tenía por qué lidiar con la renuencia de su hermana ante el matrimonio. Después respiró hondo.

«Charlotte es mi hermana, no mi hija. No me parece justo que papá se declare incapaz de convencerla y que se valga de un ardid para manipularme con el mandato de que, como hermano mayor, me corresponde», pensó.

Cerró los ojos un momento, recordó la última carta que recibió de Emily. Era tan fácil que lo hiciera reír, pero la explosión de hacía unos momentos encendió algo dentro de sí que no podía apagar.

El calor se extendía por todo su cuerpo. Solo quería regresar y explicarle que no era un desalmado, tampoco un idiota y que se retractaba por completo del ofrecimiento de su padre.

Golpeó la madera del carruaje para alertar al cochero y después le dio una orden certera. Había regresado a Normandía por un motivo y este se iba haciendo cada vez más claro en su corazón.

8



Los amigos comenzaron a llegar y no fueron dos. Eran alrededor de cuatro personas. Todos disfrutaban del juego de cartas, menos Emily, incómoda en su papel improvisado de carabina. Por eso, cuando John tocó una melodía desafinada en el piano de Esther solo elevó los ojos al cielo, para solicitar al Altísimo que los invitados se fueran lo antes posible.

En realidad, no eran sus amigos, sino los de Charlotte: hijos de exponentes de la baja nobleza rural, que escaparon de sus monótonas vidas. Muchos llegaban de Inglaterra por problemas de salud que los médicos aseguraban que mejorarían con los baños de mar. Familias que visitaban las costas normandas en verano, que se enamoraron del lugar y acabaron comprando propiedades para quedarse, sin fecha de retorno.

Caminó hasta su dormitorio y sacó de una pequeña arca de madera las cartas de Zachary y tomó la última. Sus dedos temblaron al abrirla… La misma misiva que le aceleró el corazón al recibirla, ahora acrecentaba su desánimo.

La risa de Charlotte la hizo volver al salón antes de lo deseado y se acomodó en una butaca a releer, mientras de reojo vigilaba a su amiga que parecía feliz bailando.

Las diferencias entre ambas no eran de cuna ni riqueza. Emily, criada con más libertad, aprendió a cuidarse sola. En cambio, los marqueses de Blair eran más rígidos. Mientras más controlaban a su hija, esta más reglas rompía.

—Queridos amigos, ha sido una hora del té estupenda —les dijo Emily—. ¿Qué les parece si damos una vuelta por la playa? Aún es temprano.

Todavía ni siquiera daban las cinco. Con una sonrisa forzada disimuló su deseo de continuar atendiéndolos. En ese momento, lo

que menos deseaba era salir. Solo buscó una manera cortés de despedirlos. Ya idearía una excusa para evitar el paseo en la playa.

Únicamente podía pensar en Zachary, en su propuesta y en su propia humillación. Había cumplido con Charlotte, quien tuvo suficiente entretenimiento.

Todos comenzaron a desaparecer por donde habían venido, Emily no se movió y Charlotte no se atrevió a dejarla sola. Como era esperado, nadie se quedó a recoger el desastre. Todos estaban acostumbrados a que los criados se ocuparan de esos menesteres.

Emily recorrió con la vista la hermosa vajilla de su madre. Suspiró con pesar. Vasos vacíos, platos a medio comer. En tiempos de escasez hasta las sobras dolían. Se prometió que al siguiente día se ocuparía de limpiar.

—Llenaré tu despensa —ofreció Charlotte.

—No tienes que hacerlo.

—Por supuesto que sí, he saqueado la tuya.

—Ya casi no tenía nada. —Le hizo ver, detestaba depender de su amiga.

—No me harás cambiar de opinión.

Emily solo pudo pensar en Zachary, jamás le había avergonzado su modesta situación. Sin embargo, ese día la angustió como nunca. Si aquel descubría que necesitaba de la caridad de los Blair para no pasar hambre, sería humillante.

—Debo ocuparme de los platos.

—Creo que… —añadió Charlotte dubitativa, mas no concluyó—. Te ayudaré con el desorden.

—No, por supuesto que no. Estás en mi casa y eres mi invitada.

—Pero en mi casa otros hacen el trabajo. No puedo quedarme cruzada de brazos, mientras tú debes ocuparte de todo. Sería una pésima persona. Seré la hija de un marqués, pero también soy tu amiga. Mi dignidad no me permite ignorar que serás tú la que lavarás la vajilla. ¿Nos apuramos y alcanzamos a los demás en la playa? —Puso cara de inocente corderito.

—Charlotte, mira el estado en que te encuentras. Les propuse el paseo para que se fueran, pero no iré —dijo con franqueza—.

Vuelve a tu casa, toma un baño, ya fue suficiente por hoy. No quiero que tu madre cambie la opinión que tiene sobre mí.

—Mamá sabe que eres la mejor influencia que tengo entre mis amigas. Si no quieres ir a la playa no hay problema, solo cúbreme con mi familia. Ellos pensarán que estoy contigo. Pero eso sí, en la noche te quedarás con nosotras. No puedes dormir aquí sola. Buscaremos una excusa creíble.

—No me obligues a acompañarte a la playa. No te dejaré en ese estado.

Charlotte seguía insistiendo cuando le sobrevino un acceso de náusea. Tuvo que correr al aseo y Emily tras de ella.

—¿Qué me sucede? —inquirió sintiéndose terrible, su rostro estaba muy pálido.

—¿Cuántas copas bebiste? —Le sostuvo el cabello, preocupada, mientras la hija del marqués dejaba la vida entre arcada y arcada.

—Solo las que bebimos juntas, antes de que viniesen los demás. Después tomé té y comí los emparedados que serviste.

—Pero no estás acostumbrada. A mí tampoco me sentó muy bien. No lo repetiremos jamás.

—Estoy de acuerdo. Por favor, si esto tiene consecuencias tan horribles no lo hagamos otra vez. —Se levantó muy arrepentida tras vaciar el estómago y tomó el aguamanil para refrescar su rostro.

—Déjame apoyarte.

La ayudó a adecentarse con afecto, como dos hermanas. ¿Qué no haría por Charlotte?

Cuando esta se sentó más aliviada en una butaca del salón y reiteró que no irían a la playa, Emily agradeció que su amiga entrara en razón. No tenía cabeza para lidiar con otro tema que no fuera la decepción que le causó Zachary. Se sentía tonta, ingenua. Se entusiasmó tanto cuando lo vio y todo concluyó de un modo más amargo de lo imaginado.

Suspiró. El castillo de arena se había desmoronado tras el azote del mar.

Unos golpes suaves en la puerta hicieron que las dos se sobresaltaran. Se dio cuenta por los ladridos de Bijou. Así que dejó a Charlotte para acercarse a atender.

Pensó que era uno de sus amigos que habría olvidado algo o que insistía en que salieran a la playa con ellos. Abrió y se quedó sin habla al ver a Zachary.

—¿Me dejarás afuera de nuevo? —inquirió arrogante—. Creo que exageraste esta mañana al echarme. Vine por Charlotte. Nuestra madre me avisó que aún no regresa a la casa. Y estuve muchas horas fuera recorriendo la costa, el pueblo y saludando a amigos en común. Sabes como son los lugares pequeños, todos se conocen. Escuché que tu nana se está quedando con los Dubois. Mi madre sabe que tus padres viajaron, pero piensa que te dejaron al cuidado de tu nana.

—¿Y le contaste que estoy sola? —Se cruzó de brazos.

—Emily, no soy una mala persona. La propuesta de mi padre jamás debió salir de mis labios.

—Tampoco de los suyos. Habría sido más decente planearlo sin ocultas intensiones, sin intentar volverme cómplice.

—Me equivoqué y estoy aquí pidiéndote que me perdones. —La miró a los ojos, parecía sincero—. Actué como un insensible porque estoy preocupado por mi hermana y su reputación. Mi madre me ha contado que es voluntariosa y que no toma decisiones acertadas en muchas ocasiones. Regresé con la intención de llevarla conmigo a Londres porque mi padre ya no sabe qué hacer. Si Charlotte comete una indiscreción, quedará arruinada para siempre. Solo deseo que sea feliz.

Emily tuvo que reconocer que sus palabras de arrepentimiento y su mirada suplicante le ablandaron el corazón. Quería seguir escuchándolo. Le permitió entrar y él se adentró hasta el salón con la intención de buscar a su hermana. Al recorrer la estancia notó que Emily y Charlotte habían tenido visitas.

Un servicio de té para seis personas aún no había sido retirado, había vasos de agua a medio terminar, sobras de comida en los platos.

Zachary hizo un gesto de enfado, la escena delataba la reunión. Examinó la evidencia más de cerca.

—Lo siento —dijo Emily—. No es lo que piensas.

—¿Había hombres? ¿O solo señoritas?

—No te mentiré.

—Por favor, no me digas que mi hermana departió con caballeros sin una carabina.

—Estuvo todo el tiempo delante de mis ojos y su comportamiento fue apropiado.

—¿Alguien más sabe de esto? ¿Alguien que pudiera hablar de más y arruinar su reputación? —Se notaba muy preocupado.

—Asistieron dos jóvenes y dos señoritas, más nosotras. Nos comportamos estupendamente.

—¿Todas sin carabinas? —Se veía muy enojado.

—Aquí las costumbres son un poco más laxas.

—Las costumbres no, son las personas. Es la elección que han hecho Charlotte y tú sobre con quienes se reúnen. Familias de bien no lo permitirían.

Justo cuando la cara de Zachary no podía reflejar más disgusto, Charlotte apareció. No disimuló que se sentía fatal.

—Cambié de opinión, Em. Deberíamos ir a la playa. Mañana te ayudo a limpiar.

Cuando Charlotte se tropezó con la mirada decepcionada de Zachary hizo silencio. Él comenzó a reclamarle y ella tampoco se guardó lo que sentía.

—¿Qué ha sucedido, Charlotte? ¿Estás… ebria? —Se le acercó para olerla—. ¿Y piensas salir en ese estado? ¿A la playa? ¿A plena luz del sol?

—¿Se puede estar ebria tras beber dos copas de champán? —protestó la hija del marqués—. No lo creo. Incluso mi madre toma tres copas en la cena y jamás alguien le ha preguntado si se encuentra en estado de ebriedad.

—Ni siquiera has sido presentada en sociedad. Tienes una reputación que cuidar.

—No vengas con tu cara estirada a reclamarme nada. Jamás te importó tu hermana menor —replicó ella.

—¿Estirada? Provenimos de los mismos padres, no somos tan distintos tú y yo. Es injusto —resolvió firme, pero sin alzar la voz. En sus ojos había templanza y resolución, eso hasta que Charlotte trastabilló y casi se cae de bruces.

El semblante de Zachary cambió al notar lo que las copas hicieron con su joven hermana. Con la voluntad mermada por el alcohol, pudo haber cometido una indiscreción con alguno de los caballeros que asistieron.

—Lo siento, Em, sí tomé más de dos copas de champán. Cuando fuiste a tu habitación… No parecía que deseabas divertirte. En fin, John trajo dos botellas de *whisky*, todos bebimos a escondidas de ti, lo vertimos en el té… No quería mentirte, pero tenías esa expresión de carabina…

—Oh, Dios mío, Charlotte, no sé qué me duele más, pero definitivamente es que me hayas mentido… —expresó Emily, y por un segundo le dio por completo la razón a Zachary y su padre. El alcohol era una nueva libertad que Charlotte se permitía, otro eran los coqueteos con ese detestable John, que su amiga aseguraba encontrar encantador, a ella le parecía un holgazán libertino sin futuro.

—No permitiré que te pierdas, hermana, te irás conmigo a Londres. Ya no porque lo pida papá. ¡No consentiré que destruyas tu vida!

—Ahí está el tirano. ¿No te lo dije, Em? —protestó Charlotte—. Así fue este verano en Londres.

—Amiga, ¿cómo pudiste? No me gusta traicionar a los que me tienden la mano. Tu madre ha sido tan buena conmigo, pensará que me he prestado para lo peor.

—Hora de irnos, Charlotte. —Zachary demandó con un tono de voz autoritario.

—En el último año, no viniste a vernos a mamá y a mí. Y cuando te visité, te la pasabas ocupado con tus amigos, tus estudios, tus compromisos —chilló Charlotte.

Los ojos de Zachary estaban muy abiertos, parecía un toro embravecido contemplando un cuadro desconcertante. No lo

esperaba. Cualquier dato que le hubieran dado de la conducta de Charlotte no habría sido suficiente, no lo habría preparado para esto.

Antes que la guerra fuera más intensa, Emily intervino con la voz entrecortada:

—Charlotte, hay algo que tengo que decirte. Me iré en una semana a Londres con mis padres. Conoces nuestra situación. Yo me había aferrado a esta vida, pero ya no me queda nada aquí, ni siquiera la casa será mía cuando se venda. El abogado se encargará. Aceptaré la propuesta más elevada.

—¿De qué estás hablando, Em? Dijiste que ninguna era justa —cuestionó impactada mientras se sostenía de un mueble para mantener el equilibrio—. Me habías prometido que te quedarías hasta Navidad, incluso si se vendía la casa. Planeamos que podías quedarte con nosotros. Tenemos otras opciones, pero no puedes dejar Normandía. Londres es gris, lleno de hollín, esto es el paraíso. Además, no puedes hacerle eso a Zachary. Él me confesó que quería aprovechar este viaje para conocerte más. Estuvo a punto de comprometerse, no lo hizo porque deseaba verte antes. Necesitaba tratar contigo más allá de las cartas, para estar seguro…

—Jamás te dije qué tan profunda era nuestra conexión en las cartas. Me moría de vergüenza de que se malinterpretara. —Emily estaba impactada, él le contó su secreto. Charlotte lo sabía.

—Y por eso jamás te presioné para que me contaras sobre qué se escribían tanto, Em. Aguardé a que estuvieras lista. Sin embargo, Zachary es mi hermano. Y él necesitaba confiarle a alguien lo que estaba sintiendo.

Esas palabras sacudieron a Emily, miró a Zachary y se obligó a tragar el nudo que la ahogaba. ¿Compromiso? Jamás se lo había revelado en las cartas. «¿Interés en mí?», pensó y terminó temblando. Nunca intentó seducirla, siempre fue correcto, respetuoso. Aunque era muy evidente que simpatizaban más de lo normal para dos simples amigos.

Él quiso pronunciarse al respecto, y ella se adelantó, cortándolo. Si lo escuchaba repetir las palabras de su hermana, Emily estaría perdida. No tendría fuerza para rechazarlo.

—Charlotte, la decisión con respecto a mi viaje ya está tomada y Zachary debería seguir adelante con su compromiso… No sé qué pensaste, pero solo lo quiero como a un amigo. —Acto seguido se llenó de valor y lo miró al rostro—: Perdóname, Zachary, si en las cartas me expresé de un modo que te dio alguna esperanza. Sin embargo, no deseo casarme y menos contigo.

Emily lo rechazó sin dejar de sorprenderse por los sentimientos de Zachary, por las palabras que salieron de su propia boca, y, sobre todo, por su renuencia a dejarlo expresarse.

La cara de Zachary quedó muy roja. Emily no supo si era vergüenza por las revelaciones de Charlotte o ira, porque su hermana decidió ventilar sus confidencias.

«Oh, por Dios», pensó Emily. Jamás había estado en una situación que la turbara tanto. No era lo que tenía en mente su padre cuando le aconsejó, antes de irse, que debía buscar la forma de ser feliz.

Inspiró con fuerza y recapituló en las palabras de Charlotte:

«Zachary estuvo a punto de comprometerse, no lo hizo porque deseaba verte antes». «Para estar seguro»

Sus ojos recorrieron de forma fugaz los del varón, quien no desmintió a Charlotte, lo que era más inquietante. ¿Por qué lo estaba rechazando sin dejarlo hablar? Por Dios, estaba nerviosa, con los latidos acelerados…

—Lo siento mucho, Zachary. Te dije que Emily tenía otros planes. Ella jamás me reveló que sentía algo por ti. —El rostro de Charlotte se veía arrepentido por contar el secreto de su hermano y por ver su decepción ante las palabras de Emily, asegurándole que no era correspondido.

En medio de la discusión, Charlotte reveló algo que él le confió en el más absoluto secreto. Pero nada mermaba la entereza y el valor de Zachary. La rojez de su cara ya había remitido. En ese instante, lucía estoico y sin intenciones de negar cada palabra pronunciada por su hermana.

Emily lo quería, de eso no tenía dudas. ¿Entonces por qué lo rechazaba?

Charlotte continuó:

—¿Cuándo pensabas decirme que te vas, Em? Habíamos prometido no separarnos nunca. Ibas a quedarte conmigo y con mamá —musitó y salió directo hasta el carruaje que había traído a su hermano. Decidió no esperar una explicación, en ese momento no podía escucharla y prefirió cerrarse. Emily odiaba que lo hiciera.

Zachary le hizo una seña al cochero para que llevara a su hermana a la casa y que después volviese por él. Se quedó ahí, mirándola. Solo dijo:

—Gracias. Ahora será más fácil convencerla de marchar a Londres.

—Ya tienes lo que querías. ¿Por qué no te fuiste también? —le reclamó.

—No puedo dejarte con todo el desastre. Te ayudaré a limpiar —murmuró y volvió a entrar a la casa. Tomó la bandeja en sus manos en dirección a la cocina.

—Se supone que los condes no se ocupan de…

—No, podría mandar una comitiva de criados para que se ocuparan de inmediato. Pero, no te asombraría tanto. No sabes de lo que soy capaz por impresionar a una mujer.

Ambos hicieron silencio y se ocuparon del desastre, solo se miraban a cada tanto, con las palabras bullendo en su interior…

Cuando terminaron, él se le acercó y le tomó las manos de modo respetuoso.

El corazón de la muchacha volvió a latir agitado, comenzó a sentirse emocionada, pero la incertidumbre se apoderó de su mente. Charlotte dijo con todas sus letras que Zachary llegó a Normandía para comprobar algo que lo tenía indeciso sobre su intención de comprometerse con… Ni siquiera estaba enterada de que le hacía la corte a una señorita. Le dolió demasiado.

—Necesito hablar —continuó muy bajo Zachary e inspiró para armarse de valor. La condujo hasta un modesto sofá y se miraron con las manos entrelazadas—. Me quedé porque hay un asunto que resolver entre nosotros. Lo que dijo Charlotte es verdad, también vine por ti.

Ya había quedado que uno de los motivos por los que viajó era poder contemplarla, antes de hacerle una propuesta matrimonial a

otra persona. Emily le sostuvo la mirada con deseos de preguntarle: «¿Y bien, me tienes delante? ¿Ahora qué harás? ¿Te declararás a lady *Quien quiera que sea* o no?», pero no lo hizo. Los nervios ante la inesperada situación la llevaron por otro camino, evadió el tema todo lo que pudo.

—Zach, sé que viniste porque tu padre te pidió que lo apoyaras para convencer a tu hermana de volver a Londres. Tal vez, es lo mejor, pero solo si le vas a poner atención. Charlotte necesita ayuda. Yo tendré que irme, y no sé si sus demás amistades sean buenas compañías. Fue tan tajante cuando me aseguró que deseaba quedarse para siempre aquí, que decidí apoyarla; aunque tarde o temprano debía volver con mis padres. Sin embargo, su comportamiento hoy me deja preocupada.

Emily lucía el rostro apesadumbrado. Sus manos temblaban dentro de las de Zachary.

—La voy a proteger, como debí hacerlo. Creí que mi hermana se hallaba bien porque permanecía bajo el cuidado de mi madre. Debí sospechar cuando mi padre insistió, con él las cosas no son fáciles. Por eso, jamás me ha gustado vivir bajo su techo y sus reglas. Vine a intervenir. Pero, en realidad, pensé que mi progenitor exageraba. Sin embargo, he constatado que Charlotte va camino a cometer una indiscreción, si alguien no la conduce de la mano por la senda correcta.

—Entonces, intenta convencerla. Te deseo suerte —susurró con un nudo en la garganta y reprimiendo las ganas de llorar.

Era fuerte, Emily podía salir adelante a pesar de la situación de su familia, pero de momento sentía que no tenía una roca para sostenerse. Eso había sido Charlotte en su vida y ahora estaban distanciadas. Con sus padres lejos, librando la necesaria batalla y con su nana tratando de ganar algo de dinero para el viaje que estaban por hacer, la soledad fue más abrumadora aún.

Tenía que vender esas botellas y todo lo que pudiese. La idea de Charlotte había sido magnífica, no sacaría a los Grant de la ruina, pero podría juntar una modesta suma para no llegar a Londres con las manos vacías, pues el dinero de la casa iría directo a la deuda. Pensó en su amiga y los ojos se le humedecieron. Sería terrible si no

la volvía a ver, y aquella era muy obstinada, juró que no dejaría la costa.

—Creo que sabiendo que irás a Londres tan pronto, quizás Charlotte se anime a viajar. Podríamos irnos juntos, Emily.

Sería hermoso hacer ese viaje de despedida de Normandía con Charlotte, su cómplice, su amiga, su hermana, su risa… su roca.

Se animó para continuar hablando:

—Charlotte necesita alejarse de los círculos que frecuenta. Ninguno de sus amigos tiene planes sensatos para su futuro, más allá de ser mantenidos por las rentas de sus familias y holgazanear.

—No sabía que tu estadía también era cuestión de tiempo. Contigo viviendo en Londres, las decisiones que tengo que tomar serán más difíciles. No puedo dejar de pensar en ti, Emily. Cuando tus cartas no llegan en la fecha habitual mi vida se vuelve un agobio. Quiero conocerte más, necesito averiguar si lo que me haces sentir es real. Por favor, viajemos juntos. Si estás segura de lo que le dijiste a mi hermana, de que no sientes nada especial por mí, más que un cariño de hermanos, me apartaré. Pero déjame ayudarte.

Por un minuto imaginó su vida en Londres con Charlotte y Zachary…

Por un instante, imaginó cómo sería vivir en la misma ciudad, pasear juntos a caballo por Hyde Park, tomar un helado en Gunther’s, intercambiar miradas furtivas…

Suspiró con un dolor punzante en la boca del estómago. Él le apretó los dedos con afecto.

¿Cómo decirle que su corazón latía frenético ante esas palabras que tanto deseó escuchar? Pero que, ahora, que se volvían una realidad irrefutable, se hacía consciente de golpe de los límites infranqueables que los apartaban.

No podía alimentar el interés de Zachary, estaban destinados para futuros muy distintos. Debía pensar en sus padres, ellos la necesitaban. No era momento de fantasear con un pretendiente por encima de sus posibilidades.

—Sería hermoso irnos juntos, pero no es lo más conveniente. ¿Cómo me voy a ir con los Moray? Abordarán en primera clase. Mi familia está quebrada. No tengo forma de costear un pasaje en… —

reveló soltándolo y llevándose las manos a la cabeza que ya le empezaba a doler.

—Sirena, me ofendes. Nosotros nos haremos cargo.

—Es una oferta muy generosa, pero no puedo aceptar.

—Charlotte estará mejor contigo. Mi padre quiere llevarla a Inglaterra, no alejarla de ti. Asegura que la poca cordura que le queda a mi hermana se la debe a tu buena influencia.

—Tampoco soy tan buena, tu padre ve lo mejor de mí —alegó sonrojándose. Habría jurado que el marqués estaría buscando nuevas amigas para su hija, con familias de más estatus.

La miró a los ojos, inspiró con fuerza y continuó:

—Em, es una bendición saber que viajarás a Londres. Si el Canal de La Mancha seguía entre nosotros, iba a vivir aferrado a la espera de tus cartas. Me costó mucho aceptar que no me eres indiferente y romper una barrera que parecía imposible. ¿Sentir algo por la amiga de mi hermana? Era inconcebible para mí. Me decía que era absurdo albergar esperanzas por alguien que no veía hacía tanto tiempo. Sin embargo, con cada palabra que escribías, me hacías reír… y temblar. No lo quiero dejar pasar. Si lo que dices es cierto, que no te atraigo, me haré a un lado y solo sobrevivirá nuestra amistad. Tendré que resignarme. Pero, si mi instinto es acertado, por favor, admítelo, aunque sea una vez. ¿Tú sientes lo mismo o esto es una quimera que ha tenido mi mente?

—Yo… —Quería, pero no podía admitirlo, solo haría más difícil la inevitable distancia social. Sabía que se acrecentaría en Londres, cuando el bajo estatus de su familia no fuera bien visto por la sociedad, quien no aprobaría a Emily como la mejor amiga de lady Charlotte Moray; menos como la señorita a la que lord Moray le estaba haciendo la corte. Lo que había ocurrido en las playas de Normandía y la familiaridad con que se hablaban se quedaría en aquellos hermosos paisajes.

—No tienes que responder ahora, no te presionaré. Tenemos tiempo.

—En realidad, no.

—Eso de que te marchas a Londres, por un lado, y nosotros por otro, olvídalo. Porque no quiero que te vayas sin mí. Y de que

dormirás sola en la casa, menos. Te cuidaremos. No está ligado a que me aceptes o no como tu pretendiente. Mi familia te quiere, incluso el testarudo y frío de mi padre. Tienes nuestro apoyo y jamás debes dudar de eso. Entonces, ¿viajamos en el mismo barco a Londres? ¿Hago los arreglos?

—Oh, Zach, si todo fuera tan sencillo…

—Cuando fui al pueblo hace unos minutos, busqué a nuestro administrador. Me contó lo sucedido con La Sirène. Necesitaba entender. Hablaré con tu padre en cuanto arribemos a la ciudad. Si hay alguna forma de ayudarlo… Confío en el señor Grant. No sé qué sucedió para que perdiera su negocio, pero su hostería era la mejor de la zona. Familias distinguidas se hospedaban ahí y tenían excelente opinión sobre la comida y la atención. Sabes que mi padre y yo no solo nos dedicamos a nuestras obligaciones nobiliarias. Tiempo atrás aprendimos a hacer dinero y se nos dan bien los negocios. Tenemos hoteles, ahora son muy apreciados. Podemos ayudar a tu padre con un préstamo o invirtiendo juntos, mejorar su situación.

—Es un gesto encantador, pero papá ahora no tiene cabeza para los negocios… Si deseas ayudarme, solo dile a lord Blair que se puede quedar con la vista, que aceptamos su propuesta de compraventa. Ha sido el precio más elevado. Me estaba resistiendo a aceptar, aferrándome a un imposible, anhelando que algo sucediera que nos salvara y no tuviésemos que vender. —Tragó con fuerza y se llenó de valor—. La casa ya no es lo que era, necesita mucho mantenimiento… —titubeó, tembló, después de esas palabras no habría vuelta a atrás—. Sé que al marqués no le importa, vale más la ubicación.

—Sirena, no. No te quitaremos tu hogar. No sé qué estaba pensando papá cuando les hizo semejante propuesta. —Se veía iracundo por tal revelación, su padre era incorregible.

—Ayudarnos a mi familia y a mí… Eso pretendía lord Blair. Mamá está muy enferma, Zach. La noticia de la perdida de La Sirène fue devastadora. Su corazón casi no lo aguanta. La ruina económica no es importante para mí, frente a la terrible posibilidad de perder a mi madre. Los negocios han ido muy mal, ya no tiene caso

quedarnos aquí. Papá cree que en París hay mejores médicos, pero mi madre confía en los de Londres. Ella quiere estar con su familia, por si le quedase poco tiempo. Papá jamás iría en contra de sus deseos, más si pudiesen ser los últimos. Es lo justo.

9



La abrazó como un amigo y Emily se derrumbó entre sus brazos. Para él, ella poseía una gran fortaleza. Cuando era la compañera de juegos de su hermana, siempre fue la sensata de las dos. Deslumbraba con una sonrisa plena y llena de seguridad. Más tarde, en las cartas interminables, se dio cuenta de que era especial, y mantener correspondencia con ella se volvió una prioridad.

—Lo siento mucho, Em. ¿Por qué no me dijiste nada? Nos contábamos tanto en las cartas y parecía que todo estaba bien con tu familia.

—Supongo que era difícil compartirlo, porque cuando supe lo que ocurría, ya no pude escribirte más. —Se aferró con los dedos a los pliegues de su chaqueta y lo miró con lágrimas en los ojos. A él lo invadió una sensación de impotencia.

Aprendió que Emily siempre brindaba su mejor cara y que haría lo posible por no abrumar a nadie con sus problemas, lo que hablaba de la solidez en su carácter, de su buen ánimo para siempre salir victoriosa. Pero, por otro lado, revelaba que se guardaba los pesares y eso a la larga terminaba por convertirse en una carga demasiado pesada.

—¿Por eso no volviste a escribirme? Ahora sé todo lo que sucede y te suplico que me dejes apoyarte.

—¿Es cierto? —murmuró ella cambiando el tema de improviso —. Lo que dijo Charlotte, que estás a punto de comprometerte.

—Sí —afirmó y terminó carraspeando.

—No sabía que estabas cortejando a una señorita. —Su frase se escuchó como un reclamo. Aunque en las cartas, él no le desveló lo que crecía en su interior; tal vez, los párrafos y párrafos de largas revelaciones, le daban cierto derecho para protestar por su omisión.

—Sirena, hay algo que debo decirte mirándote a los ojos. Cuando tú y yo comenzamos a conversar, ya estaba cortejando a una dama, si se le puede llamar cortejo.

—Eso fue hace bastante tiempo.

—Mi familia hizo los arreglos. Les pareció una buena candidata para la futura condesa. Con esto no me declaro inocente, debí mencionarlo. Quiero recalcar que la joven dama no me robó el corazón. No nos hemos visto más de tres veces en el último año. Era un convenio entre dos familias a largo plazo, que se haría efectivo al término de mis estudios. Ahora mi padre me está presionando, exige que defina mi situación. Perdóname por ocultarlo.

—No… —dijo y rompió el abrazo para mirarlo a los ojos—. No me debes nada. Solo somos amigos.

—Nuestras familias esperan que me declare a lady Susette… Pero, no soy de los que están dispuestos a casarse sin amor —confesó y le sostuvo la mirada. Ella quiso decir algo, pero solo consiguió titubear, por lo que Zachary continuó—: Charlotte tiene razón… Lo que tú y yo compartimos en las cartas movió algo dentro de mí. No podía dar el paso al compromiso sin verte. Porque eres la única persona que ha despertado estos sentimientos en mi corazón. Y la idea de amarrarme a un matrimonio para toda la vida con alguien a quien no amo, me enerva. Más, cada vez que descubría a través de tu pluma lo ingeniosa, amable y única que eres.

Ella tragó en seco volviéndose a sonrojar. Jamás nadie le había revelado palabras tan bellas. Alguno que otro se acercó a su padre y pidió autorización para cortejarla, en miras a un futuro, cuando ella tuviese la edad apropiada para el casamiento. Pero Grant los azuzó a todos, no aceptó a ninguno. Era un padre feliz de tener a su hija dentro del seno familiar y deseaba que se mantuviese así durante mucho tiempo. Emily jamás supo los nombres de los interesados.

—¿Y cambiarías una decisión tan importante por alguien a quien apenas conoces, Zach?

Los corazones de los dos estaban desatados, fue una pregunta crucial. El silencio se alargó. Ella bajó los párpados a punto de perder la esperanza.

—No nos conocemos «apenas», Emily —rebatió con pasión, tan convencido que la estremeció—. Éramos niños la primera vez que conversamos.

—Hablé hasta por los codos, tú le susurrabas al oído a Charlotte. ¿Recuerdas? —La emoción la recorría entera.

—Y después de eso, me convenciste de hablarte y nos volvimos inseparables. Podría decirse que nos conocemos de toda la vida, dulce Sirena. Lo que compartimos, mientras crecíamos… Lo que revelamos en nuestras cartas, no se le confía a cualquiera. —Acercó una mano al rostro de Emily para limpiarle una lágrima. Se podía percibir que a Zachary le dolía la desventura de la familia Grant—. Al menos yo nunca me he abierto con alguien de la forma en que lo hago contigo.

—¿A través de unas líneas?

—Era lo que había —sostuvo y tragó saliva.

¿Cómo decirle que la fachada de frío aristócrata, con un futuro prometedor, costó mucho esfuerzo para ser construida? Más, tras una infancia donde su valor propio llegó a ser insignificante; en contraste con el devastador sufrimiento por los problemas de su familia. Con la falta de calor parental volviéndolo inseguro, así como los comentarios hirientes que su padre emitía.

Emily lo conoció cuando Zachary se negaba a hablar. También era probable, que Charlotte hubiera comentado con su mejor amiga las dificultades a las que se enfrentó su hermano para desafiar sus miedos y bloqueos: sus silencios.

Su padecimiento infantil era un tema que deseaba conversar con ella, porque sentía que su recuperación fue su mayor logro. Y alguien que podría convertirse en su esposa, debía conocer los detalles de sus luchas, aunque formaran parte de su pasado. Sin embargo, no pudo tratar el asunto. Calló al respecto porque no sabía si era el momento correcto. Ella lidiaba con sus propias batallas —la ruina familiar y la enfermedad de su madre—. Y, además, seguía sin contestar la pregunta, dejando en suspenso si sentía algo por él o no.

Zachary entendió que debía postergar sus deseos. Su propuesta llegó a la vida de Emily en un momento muy inconveniente. Si la

apreciaba tenía que ayudarla y no abrumarla con sus sentimientos. Era evidente que la joven no tenía cabeza para nada más que sus circunstancias.

Emily entrelazó sus dedos con los masculinos.

—Me siento halagada por tus sentimientos hacia mí. No es algo que deseo despreciar —reveló con una tímida sonrisa—. Oh, Zachary. Como quisiera aceptar tu oferta de viajar contigo y con tu hermana. Me encantaría, no perdería la proximidad con mi mejor amiga. Y lo más importante, estaría cerca de ti. Me agrada la sensación que me produce. —Al fin lo confesó y su corazón latió desbocado. Jugó con los cálidos dedos masculinos entre los suyos.

—Entonces sube a ese barco con nosotros —agregó decidido, ilusionándose, conteniéndose para no besarla. Sus ojos resplandecieron de esperanza—. Prometo ayudar a tus padres.

—Mamá me necesita… Charlotte hacía todos esos planes sobre nuestra vida juntas en Normandía y yo no sabía cómo reventar su burbuja. Ella aún no está enterada de que mi madre está enferma. Cuando lo sepa entenderá por qué me voy. No quise preocuparla.

—Conozco a mi hermana, irá contigo. No te soltará la mano.

—Agradezco tus intenciones de colaborar con mi padre para que restaure su fortuna, pero él solo tiene cabeza para cuidar a mi madre y pagar sus deudas. Vender la casa permitirá que lo segundo se cumpla. Mi historia en Normandía ha terminado, no hay forma de revertirlo.

—¿Renunciarás a la casa donde creciste?

—Lo material se vuelve insignificante frente a la familia. Solo importamos las personas.

Zachary suspiró y se preguntó por qué Emily no le confesó nada sobre su madre. Y, trató de no sentirse mal por su silencio… Rectificó. No tenía moral para reclamarle ni con el pensamiento, él no había mencionado el pequeño detalle de su inminente compromiso.

—Quédate hasta que hagamos ese viaje loco que anhela mi hermana a Mont Michel.

—Escocés, ¿has perdido el juicio? Tendríamos que irnos mañana mismo. —Sonrió. Quería hacer ese viaje con Zachary, aunque

también los acompañaran Charlotte, su doncella y los cinco lacayos. La nana no podría ir.

—¿Cómo quedamos nosotros después de hoy? —presionó con ternura, acariciándole las mejillas con la yema de los dedos.

—¿Nosotros? —repitió—. Zachary, yo… tengo mi cabeza hecha un tormento. Lo acertado sería conocernos más. Parece que vamos por el camino correcto.

—Sin presiones… Tenemos una vida entera por delante, podemos seguir visitándonos en Londres… Me encantaría… Pero sería mejor tener ciertas garantías, establecer un cortejo en forma, pedir la autorización del señor Grant. Jamás soportaría que malinterprete mis intenciones.

—¿No crees que es precipitado?

—Eeeh —tartamudeó. Lo dejó sin palabras. El resto de las damas que lo pretendieron, ansiaron sellar el compromiso cuanto antes. Lo que, por supuesto, él nunca hizo.

—Zachary, aún eres joven y, además, eres hombre. No te quedarás solterón si no formalizas tus intenciones. También existe la opción de que te arrepientas cuando me conozcas mejor. Prefiero ir con cautela.

—Sirena, la soltería no me preocupa; me angustia la posibilidad de perderte.

—No me perderás si vamos despacio. Odiaría que nos alejáramos a futuro, si comenzamos a detestarnos por tomar decisiones precipitadas. ¿Y si descubrimos que no somos lo que creímos? Es mejor esperar.

—Si es lo que deseas, lo haré —le aseguró llenándose de valor y sumergiéndose en el pozo profundo de sus ojos avellanas.

—¿Pero? —titubeó—. Por tu tono parece que hay un «pero».

—Hay algo más. Debo encontrar la forma de decírtelo…— susurró intentando hallar las palabras. No quería ahuyentarla, explicándole a fondo los problemas que lo aquejaban, pero tampoco podía engañarla. El asunto de su niñez había dejado secuelas en lo profundo de su alma. Ella tenía que saberlo.

—Tranquilo, no tienes que hacerlo ahora si no te sientes listo.

—Quiero… No puede haber más secretos.

Unos golpes secos sobre madera los sobresaltaron. Alguien llamaba a la puerta con urgencia. No podían hacerlo esperar, estaba a punto de derribarla. Cuando Zachary abrió buscando respuestas, descubrió que era el cochero que había vuelto.

—Oh, milord. Qué bueno encontrarlo aún aquí. Sus padres han mandado a buscarlo. Su hermana se puso mal, ya enviaron por el médico, ahora la está atendiendo. Parece importante. —El hombre se veía alarmado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó aún impactado, su mente no terminaba de asimilar lo que estaba escuchando.

—¿Qué pasó? —indagó Emily angustiada—. ¿Un accidente?

—Su señoría no me dio más detalles, pero supe que perdió el conocimiento. ¿Lo llevo?

—De inmediato, llévenos a los dos —contestó poniéndose en marcha a toda prisa. Observó a Emily correr por su ridículo y alcanzarlo cuando ya estaba fuera de la propiedad.

—Te acompaño. ¡Ruego a Dios que no sea nada grave! —soltó la joven muy preocupada.

Esa palabra «gravedad» fue tan palpable. Zachary podía percibir el miedo sacudiendo su estómago y dándole un golpe traicionero en las costillas. La angustia lo carcomió por dentro.

Se sentía miserable… Mientras él cortejaba a Emily y le hablaba de sus sentimientos, su hermana… Se le hizo un nudo en la garganta.

10



Londres, octubre de 1871

Un mes pasó a una velocidad inquietante. Zachary aún recordaba el viaje a Le Mont-Saint-Michel que jamás realizaron. Se imaginó muchas veces recostado sobre la cama de pasto y rocas, de donde tenía una vista privilegiada de la abadía dedicada al arcángel Miguel; mientras la silueta de aquel emblemático sitio y el pueblo completo era abrazada por el atardecer.

No pudo disfrutarlo con sus propios ojos. Vivió días de angustia hasta que entendió que su hermana iba a estar bien. El malestar fue tan repentino, tan incomprensible, que su familia no consiguió asimilarlo. Ni siquiera Emily, quien fue la más asombrada.

Ellos no pudieron hablar de nuevo acerca de sus sentimientos, todo versó sobre Charlotte y su necesaria recuperación. La joven quedó devastada.

Los Moray no viajaron a Londres con Emily como Zachary planeó, tampoco permanecieron en Normandía. El extraño padecimiento de Charlotte requirió de un viaje a París con urgencia para visitar los mejores doctores.

Emily, por su parte, subió a un barco con su nana y se despidió con cariño y gratitud de Zachary. Él compró los boletos para el mejor camarote y se encargó de que un carruaje la recibiera en Londres y la llevara con sus padres. Aunque Charlotte y, sobre todo, Zachary no querían separarse de Emily, entendieron que ella debía ser soporte para los Grant y el amargo trago que les deparaba la vida.

La despedida entre Zachary y Emily fue brutal. Ella se mantuvo fuerte tratando de no llorar y él se mostró templado para que la joven no se derrumbara.

Prometieron mantenerse en contacto mediante la correspondencia.

Un par de semanas después, cuando Charlotte estuvo estable, la familia viajó a su tierra natal. Se refugiaron en su propiedad de campo en Escocia hasta el siguiente mes, para recuperarse de la sacudida del destino. La joven no opuso resistencia.

Zach puso sus sentimientos a un lado, tenía que apoyar a su hermana y a los padres de Emily. Se concentró en proteger a quienes amaba, en ser enérgico y despiadado en los negocios. Todos dependían de él.

Blair quedó muy afectado, aún se recomponía del duro golpe, que lo dejó perplejo e incapaz de actuar. Marianne no hacía más que culparse y sollozar cuando su hija no la veía.

Mientras se reponían, Zachary asumió el mando de las responsabilidades del marquesado y tomó decisiones. Se encargó de los hoteles, las tierras, las ovejas, los arrendatarios, los pagos a proveedores. Parecía una máquina que se ocupaba para no pensar, para evitar el hundimiento de los suyos.

Al principio, hubo cartas entre Emily y él, lo más seguido posible. Se convirtió en la mayor fuente de apoyo para ella. Celebró con Emily cada victoria, cuando la señora Grant se sometió a un novedoso tratamiento y comenzó a mejorar.

Después, poco a poco, la frecuencia de la correspondencia entre ambos disminuyó.

Entonces llegó una carta que él no entendió y que lo destrozó por dentro.

1 de noviembre de 1871

Querido Zach:

Mi familia y yo agradecemos que hayas intercedido con tu padre para que comprase nuestra casa en Normandía por un precio superior a su valor. Lo que nos permitió saldar las deudas y continuar adelante. Ahora que Charlotte está mejor y que ya planea qué sigue para su vida, yo también debo continuar. No me reproches por ser prejuiciosa o desagradecida, por Dios, sabes cuánto quiero a los tuyos, en especial, a tu hermana, pero nuestros mundos en Londres se separan de manera inevitable. Sé que para ti no es importante, sé que lucharías contra todos, pero tal vez soñamos de forma irresponsable. Tú estás destinado a casarte con alguien de tu posición, y yo tengo sueños por cumplir que se alejan de convertirme en condesa.

Los míos me necesitan y yo debo concentrar mi esfuerzo en ayudarlos, no en fantasear, ni en alimentar problemas que también les causarán tristezas. Porque si tu interés en mí se hace público, el cortejo se verá envuelto en cotilleos y murmuraciones que inquietarán aún más la paz que mis padres necesitan.

Por favor, olvídame. Mi familia precisa de tiempo para levantarse. No es momento de pensar en matrimonio, es hora de cuidarlos.

Con afecto, Emily

Él no pudo contenerse, estrujó el papel y lo arrojó al suelo con furia.

—¡No, Em! ¡No renuncies! —gritó furioso sin quitarle los ojos de encima al papel.

¿Por qué ella cortaba los lazos? ¿Por qué arrojaba piedras sobre la esperanza que Zachary necesitaba? ¿Sin ilusión cómo podría derribar los obstáculos para estar juntos?

Exhaló con fuerza. Trató de reflexionar y serenarse… Pensar con la cabeza fría.

Un maremoto había sacudido a ambas casas y debía entender que Emily quisiese tomar el tiempo necesario para recobrarse, como hicieron los marqueses de Blair y Charlotte cuando se retiraron a Escocia.

Todos necesitaban respirar y recobrar las fuerzas.

Entonces, comprendió que era justo permitirle a Emily quedarse con su familia y dejar que la chispa se enfriara. Ella lo pidió en la carta, y en el pasado él le aseguró que, si lo rechazaba, iba a respetarlo.

Así estaban las cosas. Cuando Emily supo que Charlotte saldría adelante, volcó toda su atención en la recuperación de su madre. Zachary aceptó su decisión —por el momento—. No obstante, para él no era un adiós definitivo. Decidió concentrarse en ayudar a su hermana a retomar su rumbo.

La vida continuó. Cada uno se dedicó a resolver los problemas de sus familias. Zachary aprendió a dejar atrás sus propios anhelos.

Pero, nunca perdió de vista la situación económica de los Grant. Se mantuvo informado en las sombras. Supo que el señor Grant logró pagar sus deudas y poner un negocio respetable. En cuanto a

los asuntos familiares estuvo al corriente gracias a Charlotte que se escribía a menudo con Emily. Ellas jamás podrían romper el vínculo que habían formado. Zachary celebró en silencio cuando supo que aquella superó lo más difícil: su madre ya estaba recuperada.

Sin embargo, ellos no volvieron a intercambiar cartas. Se quedaron tan atrapados en la rutina que ninguno se percató de que corrían el riesgo de perderse.

Ese mes bastó para que él sintiera que Emily pasó de largo por su vida.

El cielo gris de Londres reforzó su soledad. El escritorio sin cartas de ella aún dolía. Era más fácil esperar si ponía en pausa sus sentimientos.

La sonrisa triste de la sirena se escurrió entre los dedos de Zachary como agua clara, justo mientras la vida lo templaba con dureza. La distancia a veces era implacable.

11



Londres, noviembre de 1871

Con el recuerdo del reflejo del mar en su mirada y el peso de tantas renuncias, Emily desató su delantal y ayudó a su padre a hacer las cuentas de la hostería que administraba en Bloomsbury, cerca del British Museum. Raphael le lanzó una mirada condescendiente y le indicó con la mano que siguiera adelante. Subieron juntos al viejo coche de la familia y cansados se dispusieron a marchar hacia la casa.

—Estás muy callado. ¿No crees, papá? —le preguntó.

—No te preocupes por mí —murmuró tomando las riendas.

—Siempre hablas bastante y hoy solo me miras, una y otra vez.

—Sucede que tengo un pensamiento dándome vueltas en la cabeza. Pasamos por tiempos muy difíciles. Ahora que tu madre ha sanado, es hora de que pienses en ti.

—Mamá está mejor, pero tú solo no puedes pagar nuestras cuentas y ella no volverá a trabajar mientras yo esté fuerte y saludable. —Trató de convencerlo con su mejor sonrisa. Cada vez que su padre tocaba el tema del futuro de Emily, ella debía poner todo su empeño para evadir.

—Sabes que a tu mamá le encantaba dirigir la cocina del restaurante de la hostería.

—En su establecimiento, su cocina, con sus recetas, siguiendo sus reglas, no a las órdenes del cocinero malhumorado que contrató el abuelo, al que le dio carta blanca. Mi mayor objeción para el trabajo es continuar tolerando los regaños del amargado cocinero.

—Tu abuelo nos dio una gran oportunidad al entregarnos el dinero para comprar la propiedad. Lo único que pidió a cambio, fue dividirnos las ganancias a partes iguales y elegir al cocinero. Llegamos a Londres sin nada. Gracias a Dios tus abuelos maternos

nos abrieron las puertas; de lo contrario, estaríamos… A mí solo me hubiese alcanzado para comprar una taberna o posada en Limehouse, o un barrio por el estilo. ¿Te imaginas a mamá o a ti viviendo en un sitio así y atendiendo a marineros de paso, estibadores, pescadores, contrabandistas discretos o algún caballero con moral relajada? Con olor a cerveza, tabaco… —No pudo seguir. Inspiró profundo y continuó—: Gracias a los barones compramos la hostería en Bloomsbury y mi único desvelo es mantener a los estudiantes que se alojan con nosotros lejos de mi hija soltera. Pero como eres tan correcta, ni siquiera de eso debo preocuparme.

Sus abuelos, los barones Pendleton, también les entregaron las llaves de una pequeña casa adosada de dos pisos en Stepney. Era un barrio de clase media donde familias modestas vivían con decoro. La propiedad no estaba ligada al título de la baronía, y se la ofrecieron con la promesa de que, cuando el barón pasara a mejor vida, Esther podría heredarla. Lo hicieron conmovidos por la salud de su hija y agradecidos con el Altísimo de tenerla viva y de regreso con ellos.

—Y se lo agradecemos, pero Dios le dio una segunda oportunidad a mamá. Cuando se nos enfermó creí que me moría si ella se nos iba… No, señor. Mi madre tiene que estar en la casa, bien cuidada y responsable de sus revisiones médicas. Creo que extraña el ajetreo de la cocina y supervisar al personal, pero su nueva vida la hace feliz. La prueba es esa sonrisa enorme con que siempre nos recibe. Papá, no imaginas cómo mi corazón se llena de alegría cada vez que la veo tan bien.

—Lo sé, porque me hace sentir igual: pleno. Parece que puedo cargar el mundo a mis espaldas.

—La amas… —dijo con una risa cómplice—. Ojalá algún día encuentre a alguien que me quiera la mitad de lo que tú la idolatras.

—Mi niña, me duele que tan joven no hayas tenido otra oportunidad. Encerrada en la cocina no encontrarás el amor. Creo que ya cumpliste, lo diste todo y sacamos a mamá adelante. Ahora es tu turno de seguir con el camino que quedó truncado.

—No, yo no cumplí. No era mi compromiso por ser su hija. Lo hice porque mamá y tú son mi vida.

Raphael y Emily guardaron silencio cuando llegaron a la casa y vieron que el carruaje de sus abuelos estaba frente a la puerta. Ella notó que su padre carraspeó visiblemente molesto al ayudarla a apearse, la familia de Esther lo veía con ojos de reclamo.

Esperó a que terminara de guardar los caballos, para entrar juntos.

Emily estaba al tanto de que algunos parientes murmuraban a sus espaldas. No podían olvidar la pésima elección y el mal matrimonio que hizo Esther. La economía de los abuelos se resentía con tres bocas más en la mesa, pero jamás se quejaron. Los Pendleton, en cambio, los recibieron con los brazos abiertos.

Los barones quisieron asignarle una dote a Emily, prepararla para el matrimonio y buscarle un esposo, aunque no fuera presentada en sociedad. A pesar de que su abuelo tenía un título, el estatus de su padre no la favorecía. La baronía estaba fuera de su alcance. Algún día, su tío heredaría todo y después su hijo. A su madre le quedaría la casa de Stepney y la hostería. Suficiente, tras perder sus propiedades en Normandía. Pero, para los solteros de la alta nobleza, la hija de un posadero no era digna de pisar los salones y aspirar a un buen arreglo matrimonial.

Los abuelos eligieron ignorar los comentarios que suscitaban la adversidad de los Grant, no así sus cuñados.

Aunque Raphael trabajaba desde que amanecía hasta que caía la noche, sus cuñados reprobaban todo lo que hacía. Su estilo de vida, el haberse casado con una mujer de cuna más noble que la suya, no haber podido mantener a flote la hostería de Quiberville, el mal manejo de sus bienes en Normandía, convertirse en una carga para los suegros, hacer infeliz —supuestamente— a su esposa y tener a su única hija trabajando en esa posada sin futuro.

Emily había escuchado a sus tíos en más de una ocasión. Solo respiraba profundo y se aguantaba si por descuido oía las murmuraciones. Le reconfortaba saber que ninguno de ellos conocía la magnífica vida que tuvieron en Francia lejos de sus lenguas viperinas. Estaba convencida de que no tenían derecho a juzgarlos. Sabía que sus abuelos estaban angustiados por la fricción entre sus

padres y sus tíos, así que no quiso agrandar el problema manifestando su desacuerdo.

Cuando Raphael volvió y atravesaron el umbral de la puerta, por un momento esperó oír un sonido familiar. Aún no se acostumbraba a la sensación de llegar a casa y no ser recibida por los ladridos de Bijou. Otra de sus renuncias… Tragó en seco al recordar el momento en que el capitán del navío no dejó que embarcara con Bijou. Entre la espada y la pared tomó una dura decisión. Si no viajaba, quizá no vería a su madre con vida. Suspiró llena de dolor al rememorar cómo dejó a su mascota al cuidado de la señora Martin, la buena mujer que fue su sirvienta desde que nació, quien conocía bien a Bijou.

Al avanzar hacia el pequeño salón, respiró hondo para que su madre no percibiera su tristeza. La encontró animada conversando con sus abuelos y esa imagen bastó para que su pecho se aflojara un poco.

—Querida nieta, acércate para saludarte. —Su abuela tenía muchas esperanzas en Emily.

Le correspondió con afecto y respeto. Después se acercó a su madre y la besó en la frente.

—Si supieras, querida mía, los planes que tiene tu abuela para ti.

—Imagino que empieza con «m» y termina con «o» —bromeó Emily.

No le importaba que la baronesa insistiera en el matrimonio y que Esther se ilusionara con sus ideas. Su madre seguía viva, era lo único relevante. Un médico, conocido por doctor Emerson, le dio una nueva esperanza para sus males del corazón. Y la nana dejó de cuidar a Emily y se volvió la sombra de la señora Grant. Con los cuidados de todos consiguió recuperarse.

Tras conversar un rato con sus abuelos, se fue a refrescar a su habitación antes de la cena. Previo a cambiarse de ropa, buscó su pequeña arca de madera, repleta de cartas de Zachary Moray y el reloj de leontina de su padre. Raphael nunca lo quiso de vuelta y Emily lo guardó con cariño.

Hacía tiempo que no recibía correspondencia de aquel hombre de pocas palabras habladas, pero que se desbordaba en frases escritas.

Decidió leer la última misiva, la que llegó como despedida cuando ella le pidió que no se escribieran más.

8 de noviembre de 1871

Querida Sirena:

Aquí estoy como un idiota con la mano temblando, pugnando entre las ganas de escribirte o renunciar. Domando mi furia para no cerrarme y pagar tu solicitud con mi indiferencia. Pero sabes que no soy así. Al final, cumpliré tus deseos hasta que un día vuelvas a mí. Porque sé que tú y yo somos como la arena y las olas del mar, estamos destinados a estar juntos.

Me conoces, tuve un inicio difícil en la vida y por eso decidí cerrarme. Cuando éramos niños y nos vimos por primera vez, me negué a presentarme a la par de Charlotte. Creíste que lo hacía por petulancia y descortesía. Eras pequeña para comprender, pero con el tiempo advertiste que algo sucedía, aunque desconocieras la causa.

Poco a poco, comenzamos a frecuentarnos, compartimos momentos inolvidables en nuestra playa, en los que te esforzabas por sacarme las palabras, hasta que me fue fácil hablar. Nunca preguntaste a qué se debía mi timidez, mi silencio.

Después te enteraste de que tomaba lecciones especiales, que me llevaban con muchos doctores y que me esforzaba con ahínco para adaptarme. Comprendiste que lo que para otros era muy sencillo a mí me costaba montañas de voluntad. Y no realizaste preguntas incómodas.

Charlotte jamás te dijo con todas sus letras qué me pasaba, tampoco lo hice. Sentía vergüenza y mi hermana fue respetuosa de mi reserva. Cuando el asunto salía a relucir, y yo estaba presente, Charlotte justificaba mis conductas y cambiaba el tema. Tú nos seguías la corriente, procurando no herirme y yo sentía un alivio inmenso.

Aunque eran muy unidas, lo que atañía a mi comportamiento se guardaba con suma discreción. Era mi privacidad y solo a mí me correspondía aclararla a quien deseara. Y, aunque, hemos hablado hasta por los codos, esa omisión quedó ahí clavada en mi pecho como un puñal. Era lo que necesitaba revelarte esa vez que fuimos interrumpidos por el malestar de mi hermana.

Em, mi adorada Em, cuando era niño confiaba en mi padre como en algo sagrado. Teniéndolo de escudo, de titán, mi familia y yo estaríamos a salvo. Esa confianza se rompió cuando siendo un chiquillo comprendí que nada era seguro: ni el amor de mi progenitor, ni el techo sobre mi cabeza, ni la felicidad de mi madre a quien he visto rota demasiado tiempo. Mi

padre fue infiel en repetidas ocasiones. Tuve que levantar los pedazos del alma despedazada de mi madre, y volverme el único protector para Charlotte.

Crecí creyendo que no era suficiente nunca, existiendo solo como un heredero, no una persona… Pero tú me viste como soy en realidad y sentí alivio, paz.

Cuando me contemplas… El hombre que se refleja en tu mirada… Es lo que aspiro a convertirme el día que me quite la máscara que he utilizado mucho tiempo para poder encajar. Porque nadie me conoce y me acepta como tú lo haces. Contigo es diferente, eres mi espacio seguro. Ahora ya no puedo callar.

Esto no es el final para nosotros. Volveremos a encontrarnos y, entonces, tendrás que decirme que no me quieres a la cara. Mientras tanto, no te creo, Em.

Mi corazón es tuyo, Sirena.

Tu escocés

El corazón le latía desbocado como la primera vez que la leyó. La había repasado varias veces. Emily se perdió en el recuerdo de los profundos ojos azules, aquellos que no le revelaban todos sus misterios. ¿Por qué fue cobarde y no enfrentó el escrutinio social por fijarse en un hombre por encima de su posición? Y si le propuso alejarse, ¿por qué no se ceñía a sus palabras y lo olvidaba?

«Dios mío, si yo no era así. ¿De dónde ha salido esta inseguridad que me carcome?», se recriminó.

Emily dejó de escribir porque no soportaba mentirle, fingir que todo estaba bien era peor que no decir nada. Si le contaba los obstáculos que enfrentaban ella y sus padres, él habría querido ayudar. Además, estaban los sentimientos que no tenían cabida en la nueva realidad.

La hija del posadero.

El hijo del marqués.

Se sentía igual a caminar sobre un sendero de espinas… Él la presionaría y ella terminaría por confesar que seguía amándolo.

Así fue como Zachary, en vez de indagar o insistir cuando Emily por vergüenza le sugirió cortar el lazo, solo le siguió los pasos y ambos dejaron de mandarse cartas.

Con Charlotte era más fácil comunicarse, tenían otros temas de interés común. No necesitaba mentir a raudales como le exigía el nivel de intimidad que tenía con él.

Su estómago dio un vuelco al recordar ese rostro. Las palabras de la carta no dejaban de doler.

¿Por qué no corría a escribirle?

Continuó con el aseo personal con un torbellino de ideas en la cabeza, que la atormentaba cuando quedaba a solas en su habitación… Cerró los ojos con el agua limpiando sus tristezas y se imaginó en Quiberville, con el sol calentando su piel y el murmullo de las olas a sus espaldas… ¡Qué inolvidables tiempos! ¡Qué bellos recuerdos! Los Grant tuvieron la vida perfecta, el mejor de los hoteles pequeños de la zona, su casa con vistas al océano. Un paraíso que desapareció ante sus ojos como una cortina de humo que se disipó.

Sin embargo, ahora tenían una buena vida, la sencilla pero acogedora hostería para mantenerse, un techo sobre sus cabezas, la salud de los suyos, su familia. Aunque todo lo hermoso estuviese empañado por los grises cielos y el ambiente cargado de Londres.

12



Finalmente, llegó el día del regreso de Charlotte y la marquesa. Su amiga le envió un telegrama para avisarle, pero Emily no supo si era apropiado presentarse en Blair House. En Londres las distancias sociales le quedaron muy claras. Decidió contestarle con otro telegrama cuán feliz estaba con la noticia y, simplemente, esperar.

Una mañana mientras servía huevos escalfados, pescado ahumado y té a unos abogados que pasaban todos los días a desayunar, su padre le avisó que alguien la esperaba en el salón principal de la hostería. Era habitual que tuviera que atender a los huéspedes, y siempre lo hacía con una sonrisa en los labios.

Había aprendido mucho de quienes los visitaban, que solían ser estudiantes, médicos, comerciantes o profesores. Sus antiguos clientes corrieron la voz de que abrieron en otro sitio y los volvieron a frecuentar y a recomendar entre sus conocidos.

—Emily —la saludó Charlotte.

Al verla, la curvatura de sus labios se desvaneció. Llevaba una cofia en la cabeza y un paño en las manos. Podía confundirse con cualquiera de las sirvientas. Nunca la avergonzó, pero la expresión de Charlotte lucía desconcertada.

Como pudo, la recién llegada trató de recomponerse de la impresión y le ofreció su mejor sonrisa.

A Emily le pesó. Se había convertido en lo peor, en una mentirosa y no estaba orgullosa de eso. Le había contado de cómo sus abuelos los ayudaron a poner un nuevo negocio. Sin embargo, no comentó que al volver a empezar no podían darse el lujo de tener a tantos sirvientes. Menos, que su padre y ella hacían las labores que fuesen necesarias.

¿Para qué preocupar a los demás con sus carencias? No le aportaba nada a Charlotte saber que no llevaba una vida de señorita

porque necesitaba trabajar para ayudar a su familia. Menos le contó que, muchas veces era la auxiliar de cocina, asediada por el estricto cocinero; que otras servía las mesas, y en las que menos se cansaba, se ocupaba detrás del mostrador de las cuentas.

—¡Por el Altísimo, Charlotte! No puedo creer que ya estás aquí.

—Y lista para entrar a ese colegio que tanto me ha exigido mi padre. Me solventarán las faltas del curso escolar con lecciones extras para que me ponga al día. La directora es muy estricta. Y papá está empecinado en que termine de pulirme. Dice que tantos años fuera de Londres me dejan en cierta desventaja frente a las rosas inglesas. —Giró los ojos con una mezcla de hastío y resignación—. Todo con tal de que pueda hacer mi presentación en sociedad a los veinte años, algo de lo que rehuí con ímpetu en el pasado. Pero, mis padres me han hecho entrar por el ojo de la aguja.

—Me alegro tanto. Al menos no te ves ofuscada, así que imagino que no te opones a la decisión. —Le resultó sorprendente, en el pasado su amiga se había negado una y otra vez.

—Si entro a los diecisiete años supongo que podré debutar a los veinte. No es lo que se espera para la hija de un marqués; pero será mejor que quedarme solterona. ¿Y tú cuándo harás tu presentación? —inquirió sin maldad y volvió a observar el atuendo y el rostro de Emily. Se arrepintió de su pregunta *ipso facto*.

Emily también reparó en la vestimenta de su amiga, lucía tan elegante y delicada.

—No, yo…

—No tienes que decirme, Emily. Fue una pregunta indiscreta. No debí hacerla. Sé que lo único que te importa es que tu madre está mejor. Yo tendría que preguntarte por ella y no estar incomodándote con cuestionamientos banales. ¿Me perdonas? —se lamentó, la sinceridad se podía percibir en el tono de su voz.

—A mí me hace feliz saber todo lo bueno que te pasa y ninguna pregunta entre nosotras es incómoda —le aseguró.

—Conforme, pero no feliz. Mi padre insiste en que debo hacer un buen matrimonio. Mamá quería que regresáramos a Normandía,

a la tranquilidad de nuestra casa en la playa. No obstante, mi padre tiene la última palabra.

—Entiendo —susurró. Sin embargo, la entendía con dificultad. Así no hablaba Charlotte.

—Intenté que me dejara en paz, le insistí en que si desea descendencia para eso tiene a Zachary. Él es quien heredará el título y... —Volvió a poner cara de arrepentimiento—. Lo siento, lo siento. Es una pena que no lo hayas correspondido. Ojalá te hubieses enamorado de mi hermano cuando yo te confesé sus intenciones. Me entrometí y, quizás, arruiné su posibilidad de conquistarte.

—No sucede nada. —Trató de disimular que escuchar aquel nombre todavía la perturbaba. ¿Cómo decirle que lo rechazó por idiota y prejuiciosa y que jamás podría sacárselo del corazón? Suspiró—. ¿También volvió a Londres?

—Estuvo. Ahora, Zachary está en Francia, en Normandía… Mi padre abrió otro hotel en la costa y mi hermano se encarga de dejar todo en orden antes de volver a Inglaterra.

La última vez que Emily estuvo con él, aquel le reveló sobre las diferencias con su padre. Ella supuso que el tiempo había diluido esas discrepancias y que estaban más unidos. ¿Cómo saberlo? Tampoco se atrevería a preguntar. Extrañaba las profundas letras de Zachary, sus revelaciones. Así fue al principio de la separación, eran un aliciente importante para Emily. Después, el vínculo se fue diluyendo. Justo como el beso que nunca se dieron, y como las palabras que decidieron guardar.

—En fin —continuó Charlotte—, quería proponerte que viajáramos juntas a Normandía. Al menos un par de semanas antes de mi entrada al colegio. Mi madre está dispuesta a acompañarnos. Recordaríamos viejos y buenos tiempos. Ya de regreso sí tendría que entrar a la escuela para señoritas.

La ilusión de retornar a Quiberville calentó el semblante de Emily. Continuó escuchando sobre los planes que tenía su amiga, eran estupendos. Sus palabras parecían volar. No solo regresaría al lugar que amaba, sino que Zachary estaba ahí y sería perfecto para un reencuentro. No en Londres, donde era impensable que la hija de

un posadero se tratara con tanta familiaridad con el heredero de un marqués.

—Yo… No…

Emily recordó sus escasos fondos y que debía ayudar a su padre. No tenía dinero para comprar el boleto. Su falta de perspectivas la hicieron maldecir para sus adentros. Se negaba a darle el motivo por el que no podía viajar porque Charlotte se ofrecería para costear todo, y a ella le daría mucha vergüenza. Pero en su interior ardía en deseos de volver. Podría recuperar a Bijou, podría recorrer la playa, saludar a los vecinos que tanto extrañaba. Los latidos de su corazón estaban a punto de delatar sus verdaderos anhelos.

Y cuando menos lo esperaba, su amiga soltó:

—Ya compré los boletos. Si no deseas acompañarme, me iré con mi madre. Pero regresaré a buscarte en cuanto vuelva a Londres.

«¿Qué pensará la alta nobleza que se codea con los Blair al conocer de la amistad entre lady Charlotte Moray y la joven que trabaja en una posada?», pensó. «Quizá mi padre y mi abuelo tienen razón y debería ser más ambiciosa».

—No puedo aceptar. —Buscaría otra forma de enviar por Bijou, su padre había prometido ayudarla.

—En cada una de tus cartas escribiste hasta el cansancio que tenías enormes deseos de volver a recorrer las playas de Normandía. —Su emoción era tan evidente.

—Sí, pero irnos así. Mi padre me necesita. —Seguía titubeando, incluso dio pasos por la estancia mientras se debatía en su interior si era apropiado aceptar.

—Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Ya hablé con el señor Grant, le envié un telegrama antes de comprar los boletos pidiendo su permiso. Y en total complicidad me respondió que nada lo haría más feliz.

Su padre. Por eso hacía unos días Raphael había estado pensativo, reflexionando sobre el futuro de su hija. Era cómplice de su amiga.

—No evitaré que te salgas con la tuya, ¿verdad?

Charlotte sonrió en señal de victoria. Así era ella. La mimada hija del marqués de Blair, por una parte, y su desinteresada amiga por otra. No la hizo a un lado por su condición social, ni siquiera al verla vestida de forma tan modesta y armada para hacer los trabajos que los sirvientes de Blair House realizaban.

Con varios pensamientos arremolinándose en su cabeza, Emily contempló lo dispares que eran su amiga y ella. Esas diferencias se acrecentaron en Londres, donde la distancia entre ambas era abismal. Si solo fuera la nieta con poca fortuna de un barón, no se vería tan terrible. Su abuelo podría ayudarla para entrar a ciertos círculos. Pero que su padre, su amado padre, fuese un posadero con delantal y una sonrisa en los labios para atender al próximo huésped, la dejaba sin posibilidades. Es más, una verdadera amiga de Charlotte no aceptaría ese viaje. Se habría mantenido en las sombras, alejada de la hija de un marqués con verdaderas oportunidades.

¿Qué debía hacer? ¿Seguir resignada a servir desayunos en la hostería o escapar a Normandía?

13

Quiberville, Normandía, noviembre de 1871

Zachary ocupaba el estudio de su padre, en su ausencia estaba al mando de los hoteles en Francia y todos le obedecían. Miró al médico sentado frente a él con la intención de despedirlo. Muy joven, casi de su edad.

Cuando sus dolencias volvieron decidió refugiarse en Normandía, allí encontraría sosiego. Bajo el pretexto de hacerse cargo de los negocios que tenían en esa parte del mundo, se exilió de Londres y sus conocidos. Su padre ya había recobrado sus fuerzas y podría volver a retomar el control de sus tierras en Escocia y sus negocios en Inglaterra.

Prefirió atender sus propios problemas y consultó a un médico diferente del doctor familiar. Pero tras una sesión exhaustiva de revisiones y preguntas su mente explotó con miles de recuerdos que no le hacía ningún bien traer al presente. Al contrario, amenazaban con hacer tambalear su seguridad.

Era un aristócrata, un feroz hombre de negocios, fuerte, concentrado y con el control en las manos sobre el imperio Blair. Analizar toda la podredumbre de su niñez y sacar a la luz sus tristezas no tenía sentido para Zachary.

Miró a los ojos a Edward Raleigh, recomendación de su mentor el duque de Norfolk, y le aseguró:

—Creo que no funcionará para mí. Lo consulté para que me explique por qué siento esta maldita opresión en el pecho y lo resuelva. Usted no me ha recetado nada, lo único que hace es hablar. Lamento que lo haya hecho venir desde París. Saldaré sus honorarios, buscaré otro médico.

—Si es lo que desea, milord… pero ¿cuántos médicos ha consultado ya? ¿Algunos de sus tratamientos le ha proporcionado

alivio?

La cifra pasaba de seis. Zachary se sentía incómodo en su silla, el doctor Raleigh no dejaba de anotar en su libreta.

—Estuve tiempo sin hablar, volví a hacerlo. —Le había relatado su historia, su niñez, sus conflictos con su padre. El doctor era experto en escarbar. No supo cómo llegó hasta el fondo, pero consiguió que Zachary se abriera y escupiera parte de la ponzoña que lo envenenaba por dentro.

—Y me parece excelente. Sin embargo, sigue creyendo que algo le sucede. Aún siente la opresión. Necesito indagar para llegar al origen del problema.

—No me gusta hablar de mi vida personal —eludió Zachary y se puso de pie.

Dio unas vueltas por el estudio mientras pensaba. ¿Debía despedirlo? El médico; incluso, accedió a verlo en Quiberville, aprovechando que estaba en Francia.

Se apoyó en el alféizar de la ventana, y mientras se perdía en el azul reflexionó unos instantes antes de tomar la decisión. Si Norfolk le recomendó precisamente a ese médico debía ser porque era lo que necesitaba.

Aquella vez en Gunter's, cuando de niño vio a su padre con otra mujer, un joven duque influyente contempló la escena desde las sombras. Fue Norfolk quien socorrió a la marquesa y sus hijos, los sacó de la tienda y los llevó en su carruaje de vuelta a casa.

El duque trató de ayudar a Marianne, se ofreció para ponerle un correctivo al marqués. Pero ella estaba muy confundida y le suplicó que no interviniera.

Norfolk se había acercado al niño que temblaba con la mirada perdida.

—Esto no está bien. —Le había dicho a la madre de la criatura, señalándolo.

—Voy a cuidarlo. —Ella era un manojo de nervios. Sus lágrimas caían sin control.

—Pero si usted no puede cuidarse a sí misma. Perdón, no quise decirlo de esa manera.

—Lo sé. No tiene que disculparse.

—¿Llamo a alguien? ¿Hay alguna persona de su familia que pueda auxiliarla?

—No le diga a nadie, por favor. No podría con la vergüenza…

—La vergüenza no ayudará a sus hijos, tampoco a usted. ¿Puedo hacer algo para aminorar su malestar o el de sus criaturas?

—Ya hizo demasiado con traernos a casa. Agradezco su intervención, excelencia.

—Estaré observando. Una palabra suya bastará para darle un escarmiento a ese idiota arrogante.

A partir de ese momento, siempre que la marquesa volvía a Londres, el duque se acercaba a ellos para saber cómo les iba. No lo convenció el supuesto arrepentimiento de Blair, y aunque el marqués quiso congraciarse con él, su amistad solo alcanzó para la marquesa y sus hijos. Poco a poco su vínculo creció entre Zachary y él, hasta convertirse en su mentor. Sabía que, con Blair como padre, el muchacho sería muy infeliz.

El doctor Raleigh carraspeó para que Zachary volviera a prestarle atención, se había quedado pensativo.

—Comprendo que no le agrada hablar de su vida personal —retomó la conversación el galeno.

Zachary abandonó la ventana y volvió a su asiento.

—Norfolk me dijo que usted es un médico joven, pero prodigioso. Creí que tendría la solución a mis dificultades; sin embargo, no le haré perder más el tiempo. No estoy enfermo.

—¿Y por qué me ha hecho estudiar cada uno de sus síntomas?

—Porque he recaído y en el pasado fueron médicos los que me sacaron de mi silencio. Tras lo ocurrido con mi padre comencé sintiendo un fuerte dolor en el pecho y después la garganta se cerró, no podía hablar. Si acaso, lograba susurrarle a mi madre, con el tiempo a mi hermana o mi niñera —carraspeó. Le había contado lo que vio en Gunter´s y cómo le afectó.

—Si quiere un diagnóstico inmediato, se lo daré: su garganta no tiene problema alguno. Y el dolor en el pecho tampoco obedece a una enfermedad de su corazón u otros órganos. Su malestar es del alma, no del cuerpo. —Raleigh respiró con lentitud para mantener la compostura. Sabía que nadie aceptaba con gusto que le

diseccionaran el alma, pero también entendía que cada paciente tenía su ritmo.

Lo sospechaba. No sabía si la confirmación lo aliviaba o lo atormentaba más. ¿Algún día frente a otra herida volvería a dejar de hablar?

—¿Entonces no soy normal? ¿Debo consultar a un alienista? ¿No a usted? —Lo que le faltaba oír. Se preocupó todavía más.

—No he dicho algo semejante. En todo caso, ¿quién dicta qué es normal?

—Puedo intuir que algo no está bien, en mi mente, en mi interior… —murmuró Zachary sin concluir la frase. Decirlo en voz alta no era fácil, era vital para él que su imagen de hombre fuerte no sufriera mella alguna. No obstante, terminó confiando en el médico, a diferencia de lo sucedido con los anteriores que fueron pagados por su padre y lo obedecían.

Coincidía con Raleigh y hasta le reconfortaba corroborar que su cuerpo no estaba enfermo. Si la causa era la que sugería el doctor, debía esforzarse, su prioridad sería sanar.

—Moray, la raíz de sus preocupaciones va más allá de descubrir a su padre con otra mujer y otra familia. Por lo que me contó, la relación con su progenitor lo asfixia también actualmente.

—Y lo resuelvo alejándome. Todos tenemos heridas. Si nuestra mente prefiere ignorarlas, ¿no será mejor enterrarlas? ¿Dejarla dormir? ¿Qué ganaré con su afán de escarbar?

—Tiene razón, lord Moray. No estoy lo suficientemente preparado para lo que le aflige. Solo soy un médico cirujano que acaba de graduarse. Aunque le confieso que su caso me resulta interesante y que me atrae estudiar las dolencias del alma. Quizás por eso su mentor le recomendó atenderse conmigo. Es amigo de mi hermano y hemos hablado sobre mis aspiraciones. Sabe que estudio por mi cuenta y que he venido a Francia a tomar seminarios sobre el vínculo de la mente y el cuerpo.

—Dijo que usted llegaría muy lejos.

—Solo el tiempo lo dirá, estoy considerando formarme en neurofisiología y enfermedades mentales. Pero no quiero dar a entender que sea su caso. —Negó con su expresión, no quería

alarmarlo—. Usted lo que necesita es hablar. Hoy avanzó bastante. Si libera todo el dolor y la rabia que ha reprimido, la opresión en el pecho cederá, y su garganta se sentirá más relajada.

—Oh. —Aquella revelación lo sacudió. Pero, ¿cómo iba a encerrarse con otro hombre a lamentarse y contar sus problemas? ¿Ni que fuera como esas damas que adoraban la hora del té, departían hasta por los codos y se quejaban de todo y de todos? Tal proceder mermaría la idea que tenía de un hombre fuerte, negó. A él le enseñaron a tragarse las dificultades, a blindarse con acero, a enfrentar a sus enemigos con su peor semblante y a ignorar lo que dolía o incomodaba.

—Tengo entendido que eventualmente volverá a Londres, yo también. Podría darle cita en mi consultorio o encontrarnos en otro sitio menos «clínico». Se sentirá más cómodo.

—No. Soy un hombre de pocas palabras. Agradezco que me hablara con sinceridad. Lamento despedirlo así, pero ya comprendí que no me sanará con ungüentos o un jarabe de mal sabor. Pretende dialogar y ya le he confesado bastante. No quiero pensar acerca de mis sentimientos.

—Comprendo. Tampoco es agradable para mí. Detestaría llevar a alguien de vuelta a lo que le hirió. Sin embargo, a veces lo que yace sepultado es más dañino que lo que enfrentamos. ¿Será más feliz ignorándolo toda la vida? Puede ser. No obstante, los monstruos que duermen tienen la posibilidad de despertar. Es lo que me dijo que está ocurriendo. El monstruo quiere salir. Por eso solicitó mis servicios. ¿Le aterra volver a perder el habla?

—No, precisamente. Yo…

—He tratado a otras personas con dolencias físicas que se mejoraron con simplemente conversar. A veces el camino de un médico no es el aprendido y siempre trato de encontrar una solución a los malestares de mis pacientes. —Su éxito le hacía gozar de prestigio entre sus colegas, a pesar de su juventud. Y, aunque le atraía demasiado aprender más de neurofisiología y enfermedades mentales, creía que los métodos imperantes eran arcaicos. Por eso no terminaba de dar el salto.

Zachary lo entendió. No obstante, sentía cierta resistencia. Cada fibra de su ser le exigía despedirlo cuanto antes.

—Siento haberle hecho perder el tiempo.

—Abandonaré la propiedad mañana a primera hora. Si no le molesta que aproveche su hospitalidad para merodear por su estupenda playa —informó el médico con una leve sonrisa.

—Por supuesto, esta noche será un honor invitarlo a cenar. Disfrute de su estadía en Quiberville. El mayordomo le entregará la suma pactada y se encargará de atenderlo, así como de su regreso a París.

El doctor Raleigh se puso de pie y con un movimiento de cabeza cordial se despidió.

Pero, las palabras del galeno le sembraron la duda, como una planta trepadora que no tardó en crecer en su interior. ¿Y si había algo dormido dentro de él, como un enorme dragón del que no tenía conciencia?

En ocasiones, su mano temblaba y su garganta se cerraba. En otras, quería rugir con furia cuando era contrariado, pero se contenía gracias a su educación. Para un hombre que tenía que cerrar tratos importantes de negocios, que heredaría algún día un escaño en el Parlamento, con exceso de viajes, reuniones y, en general, presiones a las que se enfrentaba en su día a día, que ese dragón amenazara con despertar era muy mal pronóstico.

Tras pasar casi toda su niñez y adolescencia entre médicos, tuvo una ventana de paz y equilibrio en Quiberville, conviviendo con su madre, su hermana, Emily y los Grant. Después, cuando se fue a Oxford, todo marchó estupendo. Destacó en los deportes, en los estudios, entabló una gran amistad con Cailean MacAlister, fue admirado por sus compañeros de clase.

Al llegar a Londres y tener que convertirse en la mano derecha de su padre porque este siempre estaba de viaje, la presión no le afectó. Sin embargo, cuando Charlotte tomó una decisión errada que arriesgó su salud y… Cuando su padre decidió volver a inmiscuirse en sus vidas… Cuando la familia regresó a Londres y tuvo que fingir delante de todos que no hubo puntos de quiebre importantes…

Cuando Blair comenzó a presionar sobre cómo debía invertir su propio dinero, con quién debía casarse o relacionarse…

Todo cambió.

14

Esa tarde, la persona que más lo irritaba llegó cuando no lo esperaba. Zachary miró desafiante a su padre. ¿Por qué aparecía de improviso? ¿Tan difícil era enviar un telegrama? Solo podía significar una cosa: estaba tramando algo. Nada en Blair era al azar.

Abandonó su silla a regañadientes. Su progenitor la ocupó de inmediato. Era una señal implícita de que el marqués estaría a cargo y de que Zachary debía replegarse a su papel de hijo obediente —uno que detestaba y que no estaba dispuesto a cumplir—.

Blair ni siquiera descansó del viaje, le pidió tratar un asunto en el estudio. Zachary tomó asiento frente a su padre sin entender qué hacía aquel ahí, cuando tenía asuntos que atender en Londres.

Llegó supervisando el manejo de Zachary en los negocios y criticando cada aspecto que podía. A pesar de que, el joven era disciplinado, meticuloso y con números a su favor.

Entendió que los próximos días en Normandía no le traerían el sosiego por el que arribó. Su padre llegó con el propósito de convencerlo de volver a Londres y de que tomara una decisión cuanto antes.

—¿Qué rayos es eso que me escribiste en la última carta? ¿Te establecerás en Normandía durante una larga temporada?

—Si lo dices por los negocios de la familia, pensé que, ya que estabas de vuelta en Londres retomarías el control. Solo estuve al frente mientras te recuperabas de lo sucedido con Charlotte.

—Lo hiciste bien cuando fuiste más que mi mano derecha, hijo, cuando quedaste al mando. Tienes que continuar. Algún día heredarás todo, es justo que comiences a hacerte cargo. Si radicas aquí, no podrás dirigir nuestros negocios en Londres, en Escocia —lo retó Blair.

Las palabras del doctor Raleigh comenzaron a tener sentido, y notó qué era lo que le incomodaba tanto: era él. No le molestaba encargarse de los negocios, pero detestaba hacerlo con el pie de su padre encima.

—Si lo que deseas es que yo me ocupe de «mis responsabilidades» porque son parte de mi herencia, puedo continuar, pero desde donde yo elija. —Probó fuerzas, desafiándolo —. ¿No es lo mismo que hice en Inglaterra? Desde allá supervisé los negocios en Londres, las tierras en Escocia y los hoteles en Francia. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo aquí? Además, la distancia en barco es bastante corta. Viajaré ante cualquier eventualidad, como hice de Londres a Francia o a las Highlands cuando se requirió mi presencia.

Entonces, Blair puso los ojos de nuevo en él y le hizo una oferta tajante, una definitiva, una que parecía una orden.

—Ya es hora de que te hagas cargo de la totalidad de los negocios de la familia, para que yo pueda dedicarme únicamente a las responsabilidades que conciernen al título. ¡Y lo harás desde Londres! —exigió Blair, aflojándose el nudo de la corbata y clavándole los ojos de un azul muy oscuro y penetrante. Unos que, a Zachary, siempre lo hicieron sentir pequeño, algo que creyó haber superado. Pero parecía que no, porque un ligero temblor en una de las manos lo evidenció.

—No, yo tengo otros planes. Viviré donde elija y desde ahí supervisaré los negocios. Y, sobre todo, lo haré sin tu intromisión constante. Si los dejas en mis manos será irrevocable, no vendrás a meter tu hocico de lobo viejo otra vez. Solo puede haber un alfa en la manada —se enfrentó sereno, sin dejar de mirarlo a la cara. Sabía por dónde venía, existía otra razón para presionarlo con su regreso.

Blair era un hombre extraño, aquellas palabras de su hijo lo molestaban, pero a la vez le dieron orgullo. No obstante, continuó deseando salirse con la suya.

Presionó tanto a Charlotte con la idea del matrimonio que su hermana explotó. Blair necesitaba a su otro peón. Le encantaba que las cosas se hicieran acorde a sus órdenes. Como no tenía más hijos, solo le quedaba alguien a quien intentar dominar. ¿Y qué mejor que

un reto? Su heredero. El que seguía soltero. Sobre aquel debía recaer la responsabilidad de darle continuidad al linaje.

—Me retiro por completo en cuanto seas un hombre comprometido. Esa es mi única condición. Debes concretar de una vez el compromiso con lady Susette. En dos años podrás casarte y tener descendencia. Es lo que corresponde a un noble. El marquesado te lo exige.

—No me casaré con Susette —negó y entonces se abrió—. Una vez hace años, te escuché discutir con mamá. Yo era un niño, le dijiste que no confiabas en mí para sucederte, afirmaste que me considerabas frágil. Y le exigiste que tuviera otros hijos, así uno de ellos se encargaría de guiarme en mi incapacidad, de ser mi mano derecha. Porque, claro, no podías desheredarme, viene con la sangre. Y amas demasiado el marquesado como para dividir tus bienes y quitarme los desligados del título.

La cara de su padre palideció y trató de justificarse.

—Si lo dije, pues no lo recuerdo, debió ser de manera impulsiva. Pero sabes que no creo que seas frágil, en lo absoluto. Prueba de ello es que diriges nuestros asuntos financieros.

—Por favor, sé sincero —rogó encolerizado apretando los dientes.

La forma de verlo de su progenitor, las pésimas expectativas que había tenido de él cuando niño lo volvieron temeroso. En medio del egoísmo, Blair tuvo un punto de inflexión y se dio cuenta de que no podía abandonar a su primogénito y regresó al hogar. Pero, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, sus críticas y poca fe continuaron, y fue más dañino que si nunca hubiese vuelto a casa.

—Tal vez lo pensé algún tiempo, pero me demostraste que estaba equivocado. Perdóname, Zachary, no debí expresarme así de ti, hijo. No dudes de mi cariño. Fueron tiempos difíciles, muy duros. No era consciente de lo que decía, mi frustración hablaba por mí. —Trató de poner su palma sobre el hombro de su hijo, quien lo rechazó con un movimiento y caminó lejos de él, en dirección a la ventana.

La mano de Zachary, apoyada en el alféizar, tembló de nuevo. Respiró hondo contemplando el mar, buscando las palabras. Cuando

las encontró, volvió a mirarlo de frente.

—Qué fácil es disculparte ahora. No es justo que te escondas en la debilidad de tus emociones para herir. Cada palabra con la que me juzgaste la tengo aquí grabada. —Se señaló la sien.

El marqués exhaló con fuerza.

—¿Continuarás nuestro linaje o no? Porque con todos mis defectos siempre he luchado por ti.

Lo miró con dudas, «estar» significaba dos cosas muy diferentes para cada uno.

—No deseo comprometerme aún. Y menos con quien tú escojas. Soy muy joven. Me exiges demasiado. La mayoría de mis amigos se dedican a dilapidar sus asignaciones, a estudiar. A dividirse entre prepararse con miras al futuro o gozar de la vida de un lord. Me das demasiadas responsabilidades, y las he asumido con tal de demostrarte que estás muy equivocado con respecto a mí. Pero que seas mi padre y que yo sea tu heredero no te da derecho a obligarme a comprometerme. Haré lo que me plazca al respecto. ¡¿Quedó claro?! ¡Convertirme algún día en el marqués de Blair es mi derecho de nacimiento, así como fue el tuyo! ¡Por lo tanto, no me presiones, ni me condiciones con lo que es mío! No me arrodillaré para complacerte, ni bajaré la cabeza como un cachorro para que me acaricies la oreja.

Era el dragón escupiendo fuego, ese del que había hablado el doctor. Por Dios, temblaba. Sintió tanto alivio de gritarle en la cara. Trató de ralentizar su respiración para tener control de sus nervios o saldría dando un portazo y no estaba dispuesto a hacer una rabieta como cuando era niño. Tenía que mostrarse estoico y controlar al dragón. Solo así podría librarse del hostigamiento de su padre.

Las agallas le gustaron a Blair, pero era reacio a aceptar que no hicieran su voluntad. Se tomó unos minutos para pensar cómo contestar a las palabras de su hijo y continuar con la victoria en sus manos. Lo dejó respirar hasta que pareciera más calmado. Ya había aprendido que por la fuerza jamás lo dominaría. Zachary era joven e impetuoso.

—Con lo sucedido a tu hermana, debemos estar más unidos que nunca. Todo lo mío es tuyo. Cuando recibas mi herencia,

adquirirás responsabilidades con tu madre y con Charlotte. No seré eterno. Y, aunque no lo quieres aceptar, mi esfuerzo también ha sido para ti. No me quedé cruzado de brazos como otros aristócratas que solo viven de sus rentas y que ven extinguirse el patrimonio familiar, porque los gastos de sus propiedades son mayores que las ganancias que producen.

—Eso lo sé, padre. Siempre lo he visto.

—Si me das la espalda te la estás dando a ti mismo, a tu madre y tu hermana. Un heredero garantiza el linaje, garantiza que quien esté en posesión del título velará por ellas. Sin un heredero, el día que faltemos tú o yo, el título pasará a otra rama de la familia y Marianne y Charlotte solo recibirán migajas.

—No seas exagerado, estás fuerte como un toro.

—Soy previsor.

—Si tanto te preocupa dónales en vida bienes desligados del título que les permitan tener una existencia holgada.

—No funciona así. Necesitas un compromiso, Zachary. La familia de lady Susette te dará solidez —recalcó—. Charlotte ha accedido a entrar a la academia. Solo falta que tú te comprometas, para que tu madre y yo sintamos que hemos cumplido con nuestro deber.

—No me rebajaré a tu voluntad solo para tener tu aprobación. —Sentía la bota de su padre sobre su cuello, siempre. Y, aunque evitaba contrariarle, desde muy pequeño decidió que jamás se dejaría someter ni por él, ni por nadie.

—Nunca te pediría algo similar a lo que insinúas. Eres mi hijo.

Zachary apretó un puño para desahogar su ira. Si su padre hubiese tenido la posibilidad de usar como amenaza desheredarlo con respecto al título, habría sido su arma predilecta. Pero era un derecho que nadie le podía quitar.

—Sí, soy tu hijo, no tu subordinado —porfió recordando cuánto persistió Blair con el propósito de lograr que Charlotte fuese más obediente. Hasta que la convenció de que debía ser presentada en sociedad en menos de tres años y casarse en su primera o segunda temporada.

El marqués se puso de pie y le cedió la silla de su escritorio.

—El mando es tuyo. Y no porque algún día lo heredarás. Nuestra fortuna se ha acrecentado desde que la manejas. Está mejor en tus manos.

Zachary enarcó una ceja. Jamás confiaba en las buenas intenciones de aquel. No se movió de su posición, prefirió seguir de pie. El otro ignoró su rebeldía y se acercó a la ventana, perdió su vista en el horizonte.

Al entender que su hijo estaba siendo receloso continuó hablando sin dejar de contemplar el mar:

—Solo te recuerdo que casarte y tener descendencia es un acto de amor para tu madre y tu hermana. —Entre los posibles chantajes, sacó a colación la protección que un heredero representaba para Marianne y Charlotte, si sus peores temores se materializaban—. Tu madre no sobreviviría a un destino diferente que el de disfrutar de todos los privilegios que le corresponden por ser la marquesa de Blair.

—Nadie arreglará un matrimonio por mí. El día que me case será por amor. Conozco a mamá, sé que renunciaría con gusto a sus privilegios si con eso garantizo que no repetiré su historia.

—Por Dios, Zachary, ¿de dónde sacas esas idioteces? ¿El amor? —Se volvió hacia él con una expresión reprobatoria.

—He visto cómo se quieren los señores Grant. Soy ambicioso, también lo deseo para mi vida.

—¿Los señores Grant? Valiente matrimonio. Me agradan, pero no creo que sean el mejor ejemplo, no les ha ido bien en la vida.

—Según quien lo mire.

—El amor no te garantiza la felicidad, no es eterno…

—¿Te casaste por amor, papá? —preguntó, aunque sospechaba la respuesta.

—Yo… Por supuesto que no, soy más práctico.

A Zachary le dolió la revelación, aunque no le sorprendió. Sabía que su madre se había enamorado con el tiempo de Blair, por eso sufrió tanto.

—¿Te enamoraste después de mamá?

El marqués resopló por toda respuesta y a Zachary le bastó para entender, pero Blair insistió en decir algo.

—Sigue siendo mi familia.

—Ni mi hermana ni yo terminaremos en un matrimonio arreglado. No lo permitiré. Ahora me retiro, nuestro imperio no se dirige desde una silla.

Lo dejó con la palabra en la boca, solo en el estudio. Blair se quedó confundido.

Charlotte era la que menos le preocupaba a Zachary. Era joven y confiaba en que sin la presión de su padre tomaría las mejores decisiones para su vida, y él lo iba a propiciar. La imposición era negativa y asfixiante. Y había llegado de Londres personificada en su padre.

Frustrado, le ordenó al mayordomo que buscara al médico que recientemente había despedido —el que debía estar paseando por la playa—. Le envió un mensaje: encontrarse en la biblioteca.

Un rato más tarde, se encerraron en ese sitio tranquilo de la enorme propiedad. Se acomodaron y Zachary le reveló por qué lo había vuelto a citar.

—Quiero que me ayude, si puede.

—¿Está seguro, milord? —preguntó el doctor—. ¿No prefiere que le recomiende a un colega que sí haya cursado las especialidades…?

—No, necesito hablar y usted me da la confianza para hacerlo.

Edward, complacido, sonrió levemente. Encontraba más satisfacción en atender el impacto del sufrimiento emocional en el cuerpo, que tratar otras enfermedades.

—Creo que estamos avanzando, pero si usted no confía, si no se siente cómodo lo respetaré. Me interesa su progreso y su bienestar.

—Le estoy asegurando que confío… Olvídese de lo que dije antes —musitó tragando en seco—. Sucedió algo importante. Mi padre, quien conocerá esta noche durante la cena, llegó de improviso con ciertas exigencias. Entonces, sentí que algo amenazó con estrangular mi garganta. —Llevó las manos a esta y trató de inspirar para relajar sus músculos.

—¿Aún lo siente?

—Dejé que el dragón saliera y me opuse con tanta fuerza a sus demandas, que la presión cedió. Fue liberador…

—Increíble. —Edward, asombrado, llevó una mano a su boca, sin contener una carcajada. Si el paciente denominaba «dragón» a las emociones reprimidas no iba a oponerse. Cada persona podía llamar a su afección como le resultara más fácil de asimilar—. Usted es muy rápido, milord. Pero, tampoco se trata de que su dragón salga todo el tiempo y asole a sus enemigos.

—No soy idiota.

—Ya creo que no. Solo tenga cuidado con la magnitud del fuego que escupa el dragón.

—Tampoco soy un peligro para nadie. Pero mi padre no ha comprendido dónde se encuentran los límites y es necesario mostrárselos. Quería agradecerle, me ayudó a entender.

La mirada del médico no reflejó preocupación, y su pausado ritmo respiratorio ayudó a que Zachary lo imitara.

—Usted hizo todo el trabajo, yo solo le mostré el camino. —Negó sin salir de su admiración.

—¿Seguiremos el tratamiento? ¿Puede atenderme cuando vuelva a Londres? Con mi padre aquí, será complicado.

—Mi honorabilidad no me lo permite. No tengo las credenciales para tratar la mente. Pero puedo ofrecerle mi amistad, mis conocimientos. A veces hablar con un amigo es una cura para el alma.

—Acepto su amistad. Y, por Dios, estudie para obtener esas credenciales, posee un don para tratar a las personas. Creo que este era el propósito de Norfolk. —Entendió y lo expresó en voz alta—. Algo bueno ha visto en usted y creyó que yo lo necesitaba.

Tal vez, lo que Edward escarbó en la mente de Zachary removió sus emociones. No estaba convencido de si era o no el mejor método, pero si toda esa podredumbre estaba enterrada en su memoria deseaba que saliera de una maldita vez.

Tres días después del arribo de su padre, en una cena a la que fueron invitados, los vio. Jamás imaginó que se encontraría a los condes de Warrington en Quiberville.

Y ahí estaba en la mesa frente a la joven que se quedó esperando su propuesta, Susette, de tan solo dieciocho años.

Para Zachary las casualidades no eran obra del destino, todo fue orquestado por su progenitor. Pasó el resto de la cena incómodo, maldiciendo para sus adentros. Blair no escuchó nada de lo que le dijo en su estudio cuando discutieron sobre el compromiso. La evidencia era que no cesaba de alentar al conde de Warrington, dándole esperanzas de que a futuro las dos familias podrían emparentar.

Como pudo trató de eludir quedar a solas con ella o tener atenciones que la ilusionaran. Fue una tortura, hasta que por fin terminó. Odiaba ser descortés con la joven dama que no tenía culpa de las maquinaciones de Blair.

A la mañana siguiente, se sorprendió todavía más al encontrar a los Warrington sentados a su mesa, listos para desayunar. Su padre justificó ese hecho con que, al ver a sus queridos amigos en la villa, no resistió y tuvo que invitarlos a quedarse en la casa. Siempre era más confortable que un hotel.

Después, antes de terminar de tomar los alimentos, cuando el mayordomo dio la noticia de la llegada de su madre, su hermana y la encantadora Emily al puerto, ató cabos y entendió todo.

Para su padre no era un secreto que el corazón de Zachary latía diferente en presencia de la hija del posadero; por eso Blair presionaba para que su hijo de una vez se comprometiera con lady Susette.

Charlotte necesitaba a Emily, su padre no quería alejarlas. Pero una amiga caída en desgracia, «pobre», era algo que el marqués podía asimilar. Una esposa con ese pasado para su promisorio hijo, ya eran palabras mayores.

Abandonó la mesa de forma abrupta y ni siquiera se disculpó. Bajó hasta los jardines y apoyó sus manos en las rodillas, como quien trata de recobrar fuerzas después de una larga y extenuante carrera.

Estaba tan preocupado por las implicaciones de tener a Emily y Susette hospedadas en su casa al mismo tiempo, que ni siquiera reparó en que volvería a verla… A ella…

Cerró los ojos imaginando que aquella situación terminara. Sus párpados se abrieron de golpe, sus pulmones se llenaron de oxígeno de forma desesperada y un nombre retumbó en su cabeza como un trueno que parte la oscuridad de la noche en dos: Emily.

15

Lo primero que hizo Emily al llegar al sitio donde había nacido, fue detener el carruaje en plena calle y rogarle a la marquesa que la dejara correr al hogar de la señora Martin. Tenía un asunto urgente del que ocuparse. Su señoría trató de rehusarse, la señorita estaba bajo su responsabilidad y aunque viajó acompañada de su nana francesa, que no la perdía de vista jamás, se le hacía muy irresponsable darle permiso.

—Emily, ¿no te parece más apropiado llegar a la casa, instalarte y que mandemos a buscar a la mujer? —Sí, los modales de la joven necesitaban ser corregidos, y aunque su comportamiento denotaba decoro en todo momento, era necesario pulir sus maneras de conducirse. Pero, ¿qué más podía pedírsele a una criatura que creció como Emily? Una hermosa y delicada flor que no vivió como correspondía a la nieta de un barón, ¿por qué la señora Grant permitió que su hija llevara esa vida?

—Por favor, milady, creí que jamás volvería a ver a Bijou. No puedo esperar ni un segundo más —suplicó—. Cuando nos fuimos, con mi madre enferma y mis escasos fondos, tuve que dejarla al cuidado de la buena sirvienta. Ahora ya tengo el dinero para pagar los peajes de llevarla conmigo.

—Qué triste es que hayas necesitado dejar atrás a tu mascota. —A Marianne se le hizo desalentador. ¿Qué más tenía que sufrir esa niña con la desventurada existencia que le tocó?

—No me permitieron subirla al barco, no había pagado el peaje —continuó Emily.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —Recordó que su hijo se hizo cargo del regreso de la muchacha.

—Ustedes viajaron un día antes a París. Ya tenía los boletos míos y de mi nana… No sabía que el capitán no iba a dejar que Bijou

se subiera al barco. Fue una suerte que la señora Martin hubiese ido a acompañarnos con el equipaje o hubiese tenido que quedarme. Le prometí a Bijou que volvería por ella… Tengo que verla cuánto antes.

—Te garantizo que tu mascota regresará a Londres contigo —aseguró la marquesa sacando un pañuelo de fino algodón de batista de su ridículo para limpiarse una lágrima. Siempre estaba muy sensible, por lo que fuera lloraba—. Aunque no sé si la pobre salga perdiendo. ¿Quién desea vivir en Londres teniendo a sus pies Normandía?

—Se lo agradezco tanto.

—De acuerdo. Corre a abrazar a tu perra. —No pudo rehusarse y Charlotte agradeció a su madre por ser tan considerada con su mejor amiga—. Pero llévate a la nana y que las escolte uno de los lacayos. ¿Caminarán a la vuelta?

—Eso no es problema.

—De eso nada. Aguarden, enviaré al carruaje para que vuelva a buscarlos, incluida Bijou.

—¿Qué dirá mi padre si subes a la perra a su carruaje, mamá? Sabes que lo detesta.

—Pues se tendrá que aguantar —sentenció.

Las jovencitas intercambiaron una mirada. La marquesa estaba imparable y eso solo podía significar que algo la había vuelto a desilusionar de Blair. ¿Durante su estancia en Londres se habría enterado de alguna querida?

Charlotte le extendió la mano a su amiga y se la estrechó con cariño.

—Corre, Emily, corre hacia Bijou. —Marianne adoró poder darle esa felicidad. Cada tanto que anotaba para desafiar la tiranía de su marido le sabía a victoria.

Emily se dio cuenta y le agradeció con el gesto. Cuando el carruaje se detuvo en la entrada de la casa de la buena señora Martin, se apresuró a apearse y llamó a la puerta, desesperada.

La culpabilidad, la tristeza y la angustia la embargaban. Jamás tuvo que renunciar a un ser querido.

La nana apenas si podía seguirle el ritmo. Los dos lacayos no sabían si escoltar a la ágil muchacha o ayudar a impulsar a la vieja

nana, que iba despacio por los achaques de la edad.

Extrañar a la perra fue duro, pero Emily no lo expresó delante de sus padres para no lastimarlos más. No obstante, Raphael sentía que le había arrebatado todo a su hija: el hogar, la tierra, el mar; y consciente del fuerte vínculo de ella con su mascota, le prometió que regresaría a buscarla en cuanto su economía le diera un respiro.

Cuando llamó a la puerta y no escuchó los ladridos que esperaba encontrar, el corazón le dio un vuelco, como si un presentimiento con una sensación angustiante la desbordara. Pero cuando la buena mujer salió a su encuentro y se saludaron con afecto y le contó lo sucedido, su corazón se ofuscó.

Tras asimilar lo ocurrido, halló cierta resignación. Se aplacó, momentáneamente, en lo que encontraba una respuesta. No dilató su visita, se despidió y corrió hacia la casa de los marqueses de Blair con muchos reclamos atorados en el pecho.

Ni siquiera esperó por el retorno del carruaje; menos por su nana, a quien dejó al cuidado de los lacayos hasta que el vehículo regresara.

Al andar por el amplio sendero que otras veces sus pies habían recorrido, pasó frente a la antigua hostería de sus padres. Una punzada le atravesó el pecho al contemplar el sitio envuelto en la bruma marina. A sus espaldas, las olas fueron eco de lo que gritaba su corazón.

De la bella y familiar «La Sirène» no quedaba nada, estaba siendo desmantelada para la construcción de un hotel frente al mar. Pidió razones a los que trabajaban allí, llena de curiosidad, pero no pudo averiguar quién era el propietario. Jamás conoció al hombre al que su padre se lo vendió.

Y con sus emociones fluctuando continuó su recorrido. Trató de no atormentarse por eso, su nueva vida estaba en Londres y no le quedaba más remedio que asimilarlo.

Prosiguió rumbo al hogar de los Moray en Quiberville donde se alojaría en su corta estancia.

Tres pisos, numerosas habitaciones, balcones de hierro forjado con vistas al océano y galerías de cristal le dieron la bienvenida. La mansión de los marqueses de Blair mostraba la influencia anglonormanda, sin perder del todo su apariencia *colombages*[10], tan característica de la zona.

Emily, cansada por el extenuante viaje y su caminata, vio a Bijou en el pórtico. La esperaba. Había presentido su llegada.

Alejando los reclamos de su corazón corrió hasta Bijou que fue a su encuentro moviendo la cola y saltando de felicidad. Se fundieron en un largo y apretado abrazo. Emily no podía dejar de susurrarle cuánto la había extrañado, mientras la perra ladraba y sollozaba de alegría.

—Nunca más, nunca más me separaré de ti —le susurró Emily sintiéndose culpable, revisándola, comprobando que tenía buen peso y que se encontraba muy saludable.

Tenía a Bijou en sus brazos, y el aroma salado, que tanto extrañó, las envolvía como si jamás se hubiese marchado. Se arrodilló sin dejar de abrazarla, mientras el viento jugaba con los mechones sueltos de su recogido.

Un crujido tras ella la hizo incorporarse. Era Charlotte, que no tardó en aparecer, alzándose de hombros. Lucía tan confundida como Emily por encontrar a Bijou en la casa de sus padres.

—No tengo idea —se justificó, asombrada. Ella desconocía lo sucedido, y al parecer, su madre también.

El responsable apareció en el umbral detrás de Charlotte y su mirada azul profunda impactó a Emily, pero ella no se dejó impresionar, así que lo encaró furiosa. Bijou abandonó brevemente a su dueña y corrió a Zachary, a quien premió moviéndole la cola y con soniditos de afecto.

—¡¿Cómo te atreviste, Zachary?! No te lo perdonaré, robarme así a Bijou de forma tan descarada. —Emily lo fulminó con la mirada, pero el sol estaba tan deslumbrante que tuvo que usar su mano a modo de visera.

Cuando el caballero se detuvo frente a Emily, obstaculizando el resplandor del astro rey con su altura, ella pudo dejar de cubrirse y

continuar desafiándolo con sus ojos entornados.

—Em… Yo…

—¡Escocés, ¿te robaste a Bijou?! ¿Sabes cuánto he sufrido con esta separación? No la abandoné… Mi madre se estaba muriendo, debía tomar ese barco para hallarla con vida… Y, por otro lado, Bijou, quien me acompañó buena parte de mi existencia… Dejarla atrás fue desgarrador. ¿Acaso has tenido que renunciar a algo importante? —Lo apuntó con el dedo llena de rabia. En sus palabras se vislumbró todo el dolor y la agonía que había pasado. Respiraba pesado para intentar llenar sus pulmones. La veloz caminata la dejó exhausta.

Zachary la abrazó mientras ella luchaba entre sus brazos. Quizás en Londres esas muestras de afecto debían ser más contenidas y pegadas a la etiqueta. Sin embargo, en esa franja de playa, lejos del encorsetado Londres, podían ser ellos mismos sin las máscaras que imponía la sociedad.

Emily forcejeó y Zachary no la soltó, Charlotte estuvo a punto de intervenir, pero se le ocurrió que su hermano había sido muy injusto, así que fue en busca de su madre para que lo reprendiera —aunque ya fuese un hombre—.

—Em, perdóname, te lo ruego, perdóname. —Las palabras de él eran suaves, en contraste, con los brazos fuertes que la rodeaban.

—¡Ladrón de perros! —Lo golpeó en el pecho con el puño y se encontró con la solidez de una roca. Tuvo que reprimir su expresión de dolor para no mostrarse débil ante la dureza del hombre nacido en las Highlands. Pero continuó dando batalla—: Ni siquiera me escribiste para decirme que la tenías, menos le dijiste a Charlotte. Ocultaste a Bijou como un criminal. ¿Acaso no tienes cientos de perros en tu cómoda vida llena de privilegios? ¿Por qué quitarme lo único que es mío?

—Sirena. —Movió una mano para alzarle el mentón y mirarla a los ojos sin dejar de abrazarla con el otro brazo—. ¿Cómo crees que voy a robarte a Bijou? Estás hablando de mí. Eventualmente, me enteré de que tu perra se quedó con la criada, aquí todo se sabe…

—Pero lo supiste unas semanas después de mi partida. Ella me dijo que te la llevaste con la promesa de conducirla a mis brazos.

—Esa fue mi intención. Y si me reclamas porque nunca he tenido que renunciar a algo, te equivocas, he renunciado a ti…

Ella se sobresaltó ante la revelación. Tampoco podía olvidar las confesiones que hizo él en su última carta…

No podían despegar los ojos el uno del otro. «He renunciado a ti»: esas palabras la estremecieron de pies a cabeza y se anidaron en el pecho de Emily con la intención de echar raíces. Como pudo, se recompuso rápido para que él no notase su turbación, pero su agitación seguía latente.

—¿Qué estás diciendo? —balbuceó con los latidos descontrolados. Necesitaba escucharlo con todas sus letras, porque a ella le había sucedido exactamente igual.

—No ha sido fácil separarme de ti. —La voz de Zachary tembló un momento, pero recuperó su firmeza para sostener su revelación.

—Zach, yo… —Se le cerró la garganta.

Bijou los rodeó con paso lento, mientras los acercaba más, como una cómplice silenciosa.

—En cuanto vine por negocios y supe que tuviste que dejarla atrás se la pedí a la señora Martin con las intenciones de devolverla a tu lado, cuanto antes… Pero después, cada vez que quería dar el paso no podía, y tenerla haciéndome compañía era como tener una parte de ti. Me acompañaba en mis viajes. Fue difícil ocultarla de Charlotte cuando me visitaba. Te habría escrito de inmediato, me habría exigido entregártela… Lo que iba a hacer, en algún momento. En mi defensa diré que Bijou ha estado en las mejores manos. Yo mismo la alimento… ¿Me perdonas?

Emily observó a su perrita que se veía muy complacida por la presencia de Zachary.

—Así como te mueve la cola y se emociona, tendré que perdonarte. Ella parece encantada contigo. Pero no vuelvas a hacerlo…

—Prometido… Entiende que no quise robarla.

—Pero fue lo que hiciste.

—Ni siquiera respondiste a mi última carta… —Su varonil voz sonó ronca, quebrándose al final. Su reclamo estaba lleno de dolor.

Esperaba que al desnudarle el alma ella reaccionara y renunciara a la absurda idea de exigirle que la olvidara.

—Esa carta… No he dejado de pensar en lo que escribiste.

—¿Piensas en mí, Sirena? —La fuerza en su voz se renovó ante tal revelación, así como su esperanza en ambos.

—Zach… Yo… —¿Sería prudente confesar que no había día en que no lo recordara?

—Hay algo más que debo decirte… —Carraspeó—. Esta noche habrá una cena, nada formal… Pero mi padre tiene invitados… Hay otros huéspedes en la casa. La familia Warrington.

Ella lo miró con intriga matizada de inocencia, no entendía por qué esa cena era relevante en ese momento.

—Entiendo que tu padre tiene compromisos, no molestaré.

—Jamás molestas. —Sus brazos seguían rodeándola y sus ojos parecían más azules y profundos contemplándola así tan cerquita—. Mi padre está obsesionado con comprometerme con la hija del conde de Warrington.

—Oh. —Ella trató de escabullirse del cerco de sus brazos, pero él no lo permitió.

—Sirena, esa dama no me interesa.

—¿Es la que espera una respuesta?

—La misma. Sin embargo, he dejado clara mis intenciones, solo que mi padre y el de ella aún no lo aceptan. Em, debemos hablar… Algo quedó inconcluso entre nosotros. He meditado y necesito expresarte que me importas, que bajaría la luna si me la pides, que cruzaría los mares a nado si de eso depende que la sonrisa no se borre de tus labios… Yo…

Él hizo silencio un minuto para pensar cómo continuar. Emily estaba completamente sobrecogida, nunca creyó que su regreso a Normandía vendría aderezado con tal reencuentro. Se enfadó, perdonó, tembló, suspiró, se estremeció y aún no traspasaba el umbral de la puerta de entrada. ¿Qué más le traería este viaje?

Unos pasos que se acercaban los hicieron soltarse y prepararse para ver quien se dirigía hasta ellos. Era Charlotte, quien entrecerró los ojos sospechando algo, pero después negó y los apuró:

—Aún siguen aquí, vamos Emily, debes estar cansada. Te acompaño a tu habitación. Mamá no pudo venir a reprender a este idiota, ya se estaba refrescando del viaje. Pero le he exigido que hable con Zachary. —Después se volvió al enjuiciado—: ¿Cómo se te ocurre secuestrar a Bijou cuando Emily la ha extrañado tanto?

—Todo ya está arreglado —dijo Emily—. Ha sido un malentendido. Zach la cuidó en mi ausencia.

—¿En serio? No lo solapes por ser nuestra huésped —insistió Charlotte y Zachary negó reprendiéndola con la mirada por el tono que usaba para dirigirse a él, aún no la perdonaba por llamarlo «idiota».

—Vamos, Bijou. ¿Puedo tenerla en mi habitación? —preguntó Emily al recordar que estaba de visita.

—Por supuesto —se adelantó Zachary—. La echaré de menos en mis aposentos, pero puede quedarse contigo.

Las dos jóvenes lo miraron extrañadas; no obstante, todos entraron sin dilatar más la espera. Emily y Charlotte estaban muy cansadas. La primera moría por un baño de tina y por tumbarse sobre la alfombra con su perra y acariciarla por todo el tiempo que no pudo llenarla de mimos.

—Me he encontrado con papá, dice que hay una cena esta noche.

Zachary y Emily, sin que Charlotte lo percibiese, compartieron una mirada cómplice al escuchar sobre «esa cena». ¿Podrían salir indemnes? Esa noche no solo cenarían con la candidata elegida por el marqués de Blair para su hijo… También se sentarían a la mesa con los asuntos pendientes entre los dos.

16



Zachary se miró por última vez al espejo, notó la agitación que lo recorría, se sentía feliz. Era por ella, Emily estaba ahí. Sin planearlo la vida volvió a juntarlos. Y su amada reaccionó bien ante sus revelaciones, lo que le daba esperanzas. Presentía que, si se le declaraba, tenía posibilidades de que lo aceptara. ¿Sería su sirena? ¿Sería Emily la mujer que estaría a su lado por el resto de sus días?

Impaciente bajó al comedor, su ayuda de cámara se tardó más de lo habitual para prepararlo. Ni siquiera era una cena con todas las formalidades que acostumbraban en Londres. Su familia ya estaba reunida en el antecomedor conversando amenamente, Emily aún no llegaba.

—Hijo mío —le dijo Marianne y le tomó una mano con orgullo. Ella lo adoraba y le era difícil ocultarlo—, cada día estás más apuesto. Las debutantes quedarán encantadas contigo la siguiente temporada.

—No lo adules tanto, querida, es hombre —reprendió Blair—. Estuvieron bien tus elogios para Charlotte, Zachary no los necesita.

—Mi hermano no es feo, ojalá tenga suerte en el amor —se adelantó Charlotte para jugarle una broma.

—¿Qué dices, hija? —intervino la marquesa—. Claro que la tendrá, Zachary es muy solicitado por casamenteras y por matronas. Más de una joven casadera ha insinuado que se sentiría halagada de ser cortejada por tu hermano.

—Es que fue rechazado. Es muy triste que no haya sido correspondido por… —murmuró Charlotte y se tapó la boca con una mano ante su falta de tino. Zachary casi la fulmina con la mirada.

—¿Es eso cierto, hijo? —El marqués no daba crédito a lo que escuchó. ¿Cómo le pasó desapercibido que hubo una declaración?

Negó contrariado—. Mientras no sea lady Susette quien cortó tus aspiraciones no hay de qué preocuparnos.

A Zachary le incomodó más la insinuación de su padre, que el descuido inocente de su hermana. Más, porque esa noche Blair insistiría para que se declarara a la dama. No pudo disimular su gesto de desagrado, y antes de que su lengua se desatara y respondiera, Emily hizo acto de presencia.

Los Moray guardaron silencio, Emily se veía realmente hermosa con su sencillo vestido blanco, y una tímida sonrisa adornando su rostro. Incluso, en ese instante bajaron lady Susette, su hermana menor y sus padres. El mayordomo tuvo que anunciarlos dos veces, los Moray seguían embobados con la señorita Grant, que eclipsaba a sus demás huéspedes.

Tras los saludos habituales, Zachary dio un paso al frente para ofrecerle su brazo a Emily y conducirla al comedor; pero su padre lo detuvo antes de que lograra su cometido.

—Hijo, ¿puedes escoltar a lady Susette?

Zachary se volvió y lo miró con el «no» en la punta de la lengua, pero no pudo negarse o habría sido un rechazo muy vergonzoso para la joven dama hija del conde. Warrington era un hombre de baja estatura, gordinflón y bastante insufrible. A Zach le recordaba a un perro faldero, uno muy comilón. Su abuelo obtuvo el título durante la regencia, por sus servicios en las guerras.

Lord Warrington era nulo con sus finanzas. No se hundía gracias a las migajas que le arrojaba Blair, que mientras lo tuviera adulándolo y secundando sus propuestas en el Parlamento, lo dejaría estar. La relación de ambos era como la del pez rémora con el tiburón.

Su esbelta y alta esposa, en cambio, era hermosa. Por desgracia lady Susette solo heredó de la madre la estatura y la delgadez, en lo demás se parecía a su progenitor, el carácter, el rostro y sus ganas de complacer a todo aquel que estuviese por encima de ellos en la escala social. Ese último gesto a Zachary le repugnaba. Contrastaba de manera muy intrigante con la soberbia de lady Warrington.

Su hermana, lady Lavinia, contemporánea con Charlotte y Emily, parecía un calco de Susette. Solo todavía más delgada. A diferencia de la mayor era más arrogante. El favoritismo de la madre se inclinaba por la menor pues emulaba su carácter.

Hacía años lord Blair se hizo muy amigo del conde de Warrington y a Zachary le tocó soportarlos a regañadientes. Pero, cuando a su progenitor se le ocurrió la loca idea de unir a los hijos de ambas familias, Zachary ya no pudo continuar fingiendo que los toleraba.

Normandía era un sitio seguro a donde podía escapar para no verse obligado a tener que aguantarlos en Blair House o en los eventos sociales en Londres. Pero el marqués tuvo la grandiosa idea de invitarlos a quedarse en la casa, cuando los encontró «por casualidad» en la cena de unas amistades. Supuestamente, los Warrington acudieron a conocer las hermosas playas y se hospedaron en un hotel cercano.

De no ser por la llegada de Emily habría partido en cuanto supo que los Warrington estaban en su casa.

Todos ocuparon su sitio a la mesa, de un lado lady Susette y del otro Emily. No tardó en perder una de sus manos bajo la abundante tela blanca del mantel y explorar hasta encontrar la de su sirena. El corazón le dio un vuelco cuando ella no retiró la suya, sino que también se aferró a la de él. Intercambiaron una breve mirada cuando los demás estaban distraídos cultivando sus propios egos. Su pecho se sintió henchido, no sabía cómo podría tragar los alimentos, era tanta la emoción que lo recorría. Quería mandar a los comensales al demonio y quedarse a solas con ella. Aún no terminaba de decirle todo lo que albergaba en su corazón, lo que le hacía sentir.

Los dedos de ella se aferraron a los suyos, las mejillas de la joven estaban ligeramente tintadas. Para Emily también era un paso valiente y muy decidido aferrarse a su mano. Ya no rehuía al sentimiento que crecía entre los dos, fuerte y empinado como un roble en medio de un bosque.

El ruido de los cubiertos y las voces de los comensales los sacó de su burbuja y tuvieron que parecer interesados en lo que sucedía

en el comedor. Zachary le hizo una seña al lacayo para que le sirviera más vino. Lo necesitaba para no tomar a Emily de la mano y salir corriendo.

—Y bien, estimado Warrington, ¿qué te ha parecido tu vista frente a la playa? —preguntó Blair a su invitado mientras los lacayos comenzaban a servir el primer tiempo, dado que nadie se animaba a iniciar la conversación.

—Una joya rodeada de azul. Ahora entiendo la razón por la que lady Blair nos abandonó en Londres. ¿Quién querría vivir con nubes grises sobre la cabeza si aquí se puede mirar al cielo y sentirse en el paraíso?

—Es un motivo de peso para desear volver. Yo me habría refugiado aquí cuando mi hija ingresó en English Roses School de haber tenido la posibilidad —intervino lady Warrington.

—Seguro le gustaría la experiencia —terció Zachary, diciendo lo que fuera, al notar muy incómoda a su madre y para evitarle la tarea de responder.

Entrecerró los ojos y trató de entender si había un motivo oculto detrás del rechazo que los invitados le causaban a Marianne. De por sí eran irritantes; pero, ¿habría algo más?

Percibió como lady Warrington hizo esfuerzos por congraciarse con su madre. Sin embargo, Marianne dejó claro con sus respuestas cortas y su poco interés en la charla de la invitada que no serían las grandes amigas. Es más, se notaba que la marquesa agradecía haberse refugiado en Quiberville durante años, para no tener que alternar con los Warrington.

Otra seña al lacayo —esta vez por parte del marqués— y el criado sirvió más vino a quienes tenían las copas vacías. Zachary enarcó una ceja, pero aceptó con gusto adormecer los sentidos. Hasta su padre tenía que embriagarse para soportar esa velada con los Warrington.

—Podría disfrutar más seguido de las bondades de estas playas, lady Warrington —le hizo ver Blair insinuando que, si lady Susette y Zachary se casaban, la dama podría gozar de esa propiedad más a menudo. Después se volvió hacia su hija—: Gracias a lady Warrington me pareció una excelente opción para ti, querida

Charlotte, la escuela English Roses School. Lady Susette y lady Lavinia estudian ahí. Podrán volverse amigas. Las perfectas rosas inglesas. Háblanos de la escuela, querida lady Susette. Seguro a mis hijos les encantará escucharte.

—He aprendido mucho gracias a lady Imogen, la dueña —respondió la interpelada—. Y la directora, la señora Holt, hace que nuestras vidas allí sean más llevaderas. Me gusta mucho el internado, he hecho amigas. No sabría que sería de mí de no haber podido estudiar con los magníficos maestros que tienen. Mi favorita es la señora Sable, la de bordado.

—Sí, la escuela es maravillosa —secundó lady Warrington fijando su vista más en la marquesa que en Blair, quien pidió información sobre la escuela—. Susette ya lleva un par de años, Lavinia acaba de ingresar. Las jóvenes damas salen listas para debutar. Todos los caballeros quieren casarse con una rosa inglesa. Y, modestia y aparte, Susette es una de las alumnas más destacadas. Siempre me escriben para felicitarme por sus logros. Es la estudiante más aventajada de la clase de Etiqueta y Modales.

—Se nota. —Aplaudió el marqués—. Charlotte ingresará a nuestro regreso. ¿Ahora estás motivada, hija, tras oír las bondades que nos relata lady Susette?

—Creo que sí —Charlotte dijo lo que fuera para sacarse a su padre de encima.

Zachary negó desconociendo a su progenitor. Por lo que él sabía, Blair no conversaba ni era tan atento sin un plan oculto. Su habitual tono era el de un tirano que imponía, no el de un anfitrión considerado que se interesaba por escuelas para señoritas.

De no ser por la calidez de la mano de Emily dentro de la suya y del vino que seguía fluyendo a raudales, habría buscado una excusa para abandonar la mesa y no tener que seguir tolerando aquella situación incómoda y molesta. Pero, cuando miraba a Emily a su lado, su corazón se aplacaba. Era su paz, su refugio, su sola presencia le hacía sonreír.

—¿Tienes algún problema en la mano derecha, hijo? —lo sermoneó el padre con un aire escrutador. ¿Sospecharía? Era un lobo

muy viejo en el arte de seducir y conquistar, Zachary debía irse con cuidado.

—No, ¿por qué lo preguntas? —indagó, restándole importancia y cogiendo el tenedor para probar lo que tenía en el plato.

—Nada, me preocupé por un momento.

Emily también subió la suya y la usó tratando de disimular sus nervios. Habría sido de muy mal gusto que los atraparan *in fraganti*.

—La señorita Grant también entrará a nuestro regreso a Londres a English Roses School —interrumpió la marquesa, robando la atención de todos—. Espero que lady Susette y lady Lavinia también la acepten en su círculo de amigas.

Zachary enarcó una ceja. ¿Cómo su madre estaba tan bien informada? Blair tenía el entrecejo arrugado, sin entender a qué se refería su esposa.

—¿Estás segura, querida? —preguntó el marqués—. ¿Se lo has ofrecido ahora que vinieron juntas de viaje? No me habías comentado la noticia. En algún momento, hablé con el señor Grant al respecto, y no se mostró interesado.

Zachary escuchó que su padre le ofreció al señor Grant patrocinar a su hija en la escuela para jóvenes damas y que el orgulloso hombre se había negado rotundamente. Por decencia, Blair no expuso ese hecho delante de sus invitados o habría avergonzado a Emily por su precaria situación económica.

—¿De verdad, Emily? Oh, es magnífico. ¿Por qué soy la última en enterarme? —Charlotte no podía ocultar su emoción, se veía chispeante. Omitió que quedar entre Susette y Lavinia habría sido insufrible—. Esos tres años ya no serán una tortura si Emily me acompaña.

Lady Warrington casi se ahoga con su vino y tuvo que toser para aliviar la incomodidad. La joven Moray denominó «tortura» a pasar tiempo en el internado con sus hijas. Intercambió una mirada de molestia con el anfitrión por tal exceso.

—Tampoco sabía nada. ¿Cómo lo supo, lady Blair? ¿Acaso mis padres lo comentaron con usted? —Emily se veía tan sorprendida como el resto.

—He conversado mucho con tu abuela, hemos mantenido correspondencia. Lady Pendleton me compartió con emoción que entrarías a la escuela, tesoro. Quizás he cometido una indiscreción al decírtelo antes de tiempo.

—No se preocupe, lady Blair. Supongo que no tardarían en comunicármelo. Además, no podría oponerme después de ver la felicidad que le ha causado a Charlotte. Y lady Susette habla maravillas de la escuela, ya me dio curiosidad.

Zachary exhaló dubitativo. ¿Emily solo era amable o, en realidad, no estaba contrariada por la noticia?

Cuando terminó la sucesión de platos y pasaron al salón para escuchar a Charlotte deleitarlos en el piano, Zachary entendió que aquella noche se pondría cada segundo peor. Su madre no sabía cómo zafarse de los invitados y solo por cortesía se sentó en un amplio sofá a continuar atendiéndolos.

Su padre se atrevió a pedir su mejor *whisky,* el de la cava MacAlister, para los caballeros. A las damas le trajeron un oporto y las jóvenes continuaban bebiendo limonada.

Su hermana tocó magistral, como siempre. Tras los aplausos, los Warrington se apoderaron de la velada, girando la conversación hacia sus temas de interés.

Zachary estaba a punto de estallar, su padre lo atizaba una y otra vez con la mirada para que se comportara según sus expectativas. Y contrario a sus hábitos, se refugió en la bebida. Le resultaba cada vez más extenuante tener que soportar la voz de loro de lady Susette tratando de captar su atención con temas que no le interesaban para nada. Él no era como su padre preocupado por la estirpe, la alcurnia y las maneras.

—Lo que echo de menos aquí en Quiberville son los diarios de cotilleos para enterarnos de cuanto acontece en Londres —expuso lady Warrington creyendo que despertaría el interés de la marquesa.

—Precisamente, lo que me gusta de Quiberville es que nos libramos de la prensa molesta, sobre todo de *The Golden Gazette*. Parece que el señor Banes —dijo el marqués para referirse al propietario del periódico mencionado— tiene una especie de

obsesión conmigo. No le pasa nada por alto, lo que propongo en el Parlamento, mis apariciones sociales y mis aportes a la sociedad.

—No es solo con usted, lord Blair —repuso lord Warrington—, también soy presa de sus garras. Y no es nada cortés ese periodista. Olvida sus orígenes nobles. Incluso, le dicen *el Látigo*. Se opone a todo lo que hacemos quienes ostentamos un título.

—¿Está emparentado con la nobleza? ¿Por qué no me dijiste nada, querido? —preguntó lady Warrington sorprendiéndose con ese hecho y recriminándole a su marido por no ponerla al corriente.

—Descubrí que desciende de los antiguos condes de Cumberland, es un pariente lejano de los que ostentan actualmente el título —expuso el marido.

—Oh, qué escándalo. Qué pequeño es el mundo, Londres en especial —subrayó la mujer.

—*The Golden Gazette* trae los cotilleos más sustanciosos en el área de sociales dedicada casi exclusivamente a la aristocracia. Madre lo envía sin falta al colegio para nosotras. —Lady Lavinia indicó exaltada por la emoción, la malicia centelleó en sus ojos. La madre le hizo una seña para que hiciera silencio. La única que podía destacar esa noche era Susette, quien tenía la misión de atrapar a Zachary Moray.

—Las estudiantes no están exentas de interesarse en esos temas, devoran esas páginas cuando caen en sus manos —continuó Susette espoleada por la condesa—. Hay cada desacierto en la moda. La madre del conde de Pembroke… ¡Pobre dama! No se libra de estar a un paso del ridículo. Es asombroso que se haya salvado de ser la protagonista de una nota. Dan ganas de enviar una carta anónima señalando su pésimo gusto al vestir a uno de esos diarios. Sería divertido, ¿no creen?

Lavinia soltó una carcajada y lady Warrington la aquietó con discreción.

—Se lo merecería por desatinada; pero no somos tan crueles —añadió la madre de la criatura muy pagada de sí misma, creyendo que eran generosas.

—No es un pecado estar informada. Para la futura esposa de un lord podría ser de utilidad saber en qué aguas navega. ¿No lo cree,

lady Blair? —interpeló lady Susette a la marquesa que no reparó en ella.

—¿Cómo, querida? —inquirió Marianne despistada. No oyó ni una sola palabra de la joven. Hacía rato que Susette no abría la boca para nada relevante.

—¿No escuchó lo que dijo mi hija, lady Blair? —la dejó en evidencia la posible futura consuegra.

—Discúlpenme, me ha comenzado a doler la cabeza. —La marquesa se salió por la tangente, al ver el arponazo de la insoportable mujer que no dejaba de contonearse delante de su marido. ¿Cómo podría decirle de un modo plausible en público, que su descarado coqueteo con su esposo, la distrajo del parloteo insustancial de su hija? Tan solo inquirió—: ¿Podría repetirme la pregunta, lady Susette?

—¿Cree usted, lady Blair, que para la futura esposa de un lord es útil estar informada de los últimos acontecimientos de la *crème de la crème* londinense?

—Mmmm… —pensó qué responder sin sonar cortante—. Depende para qué propósitos.

—Claro, coincido con usted. Podría ser útil para granjearse una posición privilegiada —soltó y su madre la miró con orgullo, celebrando su elección de palabras.

Zachary se convenció de que si su padre pretendía que Charlotte y lady Susette fueran amigas en el colegio quedaría decepcionado. Su hermana tenía los pies sobre la tierra. A pesar de ser la caprichosa hija de un marqués, Charlotte siempre tuvo el modelo de su madre, Marianne no le permitió perderse en absurdas frivolidades. Es más, por eso la marquesa aprobaba la amistad de su hija con Emily, quien no tenía nada en común con lady Susette y lady Lavinia.

—Me han comentado que lady Susette es una excelente pianista. Sería un privilegio escucharla esta noche —celebró Blair al ver la mueca en el rostro de su hijo mientras miraba a la aludida. Ya había notado que, al contrario de lo anterior, cuando su heredero contemplaba a Emily, un brillo se instalaba en la superficie de sus ojos.

—¿A usted también le gustan los cotilleos, lord Moray? —preguntó lady Susette quien captó la sugerencia de Blair—. ¿O prefiere la música? ¿Me escolta al piano? Me encantaría mostrarle mis avances tocando la nueva pieza que estoy aprendiendo. El maestro de English Roses School es uno de los mejores de Londres.

Zachary no tuvo más remedio que tomarla del brazo y acompañarla o la habría dejado en ridículo delante de todos. Mientras caminaban sabía que, aunque le apuntaran al pecho, no desposaría a esa mujercita superficial y de voz chillona. Solo le importaban los cotilleos de la aristocracia, la moda y los desaciertos de algún encumbrado noble para reírse a sus expensas. ¿Qué le hizo suponer que él sería tan frívolo como para resultarle interesante su insulsa conversación?

Con una mirada demasiado atrevida en público, para una dama que presumía de serlo, lo invitó a quedarse a un lado del piano mientras se preparaba. La marquesa enarcó una ceja ante la actitud, pero su esposo se veía complacido.

Para Emily fue demasiado, y soltó captando la atención de todos:

—¿Me disculpan si me retiro? El viaje fue largo y estoy agotada. Perdónenme por los inconvenientes. La velada fue encantadora.

El marqués hizo una mueca de desagrado por la interrupción. Lady Susette ya estaba sentada en el piano, lista para «deslumbrar» a su hijo, lo tenía acorralado por completo —o eso creía su padre—.

—Por supuesto, puedes retirarte. No tienes que pedir una disculpa —aprobó Zachary desde su posición. Él mismo se habría esfumado de no sentir la presión de Blair. Los Warrington estaban ahí por él, tratando de ganarlo como yerno.

La cara de la marquesa era un poema. Hubiese deseado no ser la anfitriona y poder escabullirse.

—Emily querida, ve a descansar —consintió Marianne a su petición—. Mañana seguiremos disfrutando de tu presencia. Dicen que hará un tiempo fabuloso, tenemos nuestra cabina de playa, podremos ir a la orilla del mar.

—Te acompaño hasta las escaleras —dijo Zachary abandonando a lady Susette ante la mirada reprobatoria de su padre, pero no le

importó—. Enseguida vuelvo con usted, milady, y la escucho tocar.

Cuando se alejaron unos pasos, él le susurró sin que los demás pudiesen oírlo.

—Lamento que hayas tenido que ser testigo de tantas impertinencias. No entiendo por qué a mi padre le agradan esas personas. —Negó fastidiado, pero la ternura en la mirada de Emily lo reconfortó de inmediato, haciéndole cambiar su humor.

—No tienes que disculparte por las decisiones de tu padre, Zach. Nos vemos mañana en la playa, será más agradable. Tú, yo y el mar… De nuevo…

Ella se humedeció los labios y a él se le agitó el corazón. El pecho se le ensanchó de orgullo. Era una muestra clara de seducción. Por muy recatada que fuese Emily, el instinto la traicionó. ¿Se daría cuenta de cómo lo contemplaba? Aunque se empeñaba en negarlo ante Charlotte, era evidente que le correspondía. Para un hombre con experiencia era como sostener entre las manos un libro abierto que mostraba todos sus secretos. Coquetear con ella era una delicia, pero quería más.

—Estoy seguro de que los Warrington y su hija se las arreglarán para importunarnos también en nuestro paseo en la playa. Mi madre no debió mencionarlo delante de ellos.

—Será terrible entonces, creo que también me enfermaré mañana…

Rieron llenos de complicidad, ante las miradas curiosas de su familia y los Warrington que no alcanzaban a escucharlos.

—Y yo amaneceré con una fuerte indigestión estomacal para despistar a todos.

—Amanecerás con resaca si sigues bebiendo —le susurró con una mezcla de inocencia y dulzura.

—Oh, ¿me estás sermoneando? —jugó divertido. Adoró verla en esa tesitura, preocupándose por él.

—No, pero es muy evidente que no soportas a los Warrington.

Amó contemplarla tan convencida de los sentimientos que él le profesaba.

—Querida Emily, te aseguro que soy inmune a los efectos del *whisky* —alegó pagado de sí mismo.

—Orgulloso como un buen escocés.

Él le lanzó una mirada llena de picardía. El cortejo descarado de Zachary fue castigado por un carraspeo de su padre, que estaba enardecido por los susurros que no podía escuchar y el desaire a lady Susette, que continuaba aguardando, como novia abandonada frente al altar.

—Sirena, podremos escabullirnos a nuestra playita, la que queda cerca de la antigua casa de tus padres. —Aquellos apodos cariñosos que siempre le dijo sin malicia, ahora la ruborizaban. Las mejillas tintadas de Emily aceleraban el ritmo de la respiración de Zachary.

—¿Y si incomodamos al nuevo dueño? A tu padre podría no gustarle.

—Supe que la casa está cerrada, Emily. No la han habitado. Podríamos curiosear. Y pasar un tiempo a solas.

—Zach, sería un escándalo si nos sorprenden al regreso volviendo de la playa tras fingir que estamos indispuestos para no acompañarlos.

—Sirena. —Esa forma cariñosa de decirle con su acento escocés le provocó a Emily un estremecimiento, y fue adorable apreciarlo. La envolvió con su azul, con vehemencia, ardiendo desde sus cimientos, conteniéndose para no abrazarla, para no robarle un beso—. Primero, me importa un demonio lo que piensen. Segundo, somos muy hábiles los dos, podremos salir airosos.

A ambos se les escapó una risita cómplice y acordaron escabullirse al siguiente día. Pero, para Zachary no era suficiente, necesitaba estar cerca de Emily, y lo necesitaba ya.

—Em, puedo ir esta noche a tu habitación… —La voz le salió más rasposa, castigada por el deseo. Él y ella bajo el mismo techo: ¿a quién se le ocurrió semejante tortura? Exhaló con fuerza—. Sé que mi propuesta es un atrevimiento, pero mi intención es solo conversar. Hay tanto que quiero decirte sin nadie rondándonos… Seré respetuos…

Lo sería si ella quería… Amarraría su deseo si Emily lo consideraba impropio; pero anheló secretamente que no fuese para nada remilgada.

—Me encantaría —reveló con una media sonrisa sin dejarlo terminar la frase. Ella también se veía ilusionada ante el ofrecimiento.

—Ahí estaré. —La promesa lo hizo vibrar anticipando en su mente lo que vendría.

Zachary alzó su mano, dudó y rozó apenas la manga del vestido de Em, como si ese contacto bastara para avivar la llama. Después se humedeció los labios y la observó marcharse.

Emily se perdió de su vista en la cima de las escaleras y tomó aire antes de volver con su contraparte. Valdría la pena soportar el suplicio de la compañía de lady Susette un rato más. Cuando los Warrington se retiraran, él podría reunirse a solas con Emily.

17

ROSAS INGLESAS

Un viento salado se coló en la habitación de Emily, levantando levemente las cortinas. Se despertó de manera abrupta y corrió para cerrar una ventana que quedó abierta por descuido.

Entonces cayó en cuenta de que Zachary no había venido como prometió. Encendió una palmatoria y revisó el reloj de su padre, que jamás la abandonaba y que descansaba sobre la mesilla de noche. Apenas las doce.

Pensativa, jugando con los pliegues de su bata, se preguntó si al llegar, Zach la había hallado dormida y prefirió retirarse. Se amonestó frotándose los ojos adormilados por dejarse vencer por el sueño. Solo se recostó unos minutos sobre la cama a esperar y sucumbió al agotamiento.

Volvió a acercarse a la ventana y a través del cristal contempló la playa que podía disfrutarse desde la habitación. La luna lo hacía posible. ¿Estaría él despierto pensando en ella? El corazón le palpitaba lento, pero firme.

Suspiró sin resignarse. En medio de su indecisión, tomó la palmatoria y se dirigió hacia la puerta. Tragó la saliva con dificultad. Conocía las implicaciones de lo que estaba a punto de hacer; pero no pudo escuchar a su conciencia.

Intentó amortiguar el sonido de sus pasos por los corredores a oscuras, apenas iluminados por su vela. Con sigilo se dirigió a la alcoba de Zachary. Se había quedado muchas veces en la mansión, sabía dónde dormían todos.

Cuando por fin estuvo frente la puerta, acarició la madera de roble. Sus latidos se agitaron más si era posible. Tocó con suavidad, pero nadie contestó. Quiso golpear más fuerte; sin embargo, temía alertar a toda la casa. Así que simplemente empujó la puerta con

delicadeza, esperando no sorprender a Zachary en paños menores. Se ruborizó solo de pensarlo.

Las penumbras del pasillo se extendían a la habitación. Sin embargo, la llama de la vela y la tenue luz de la luna que se colaba por una ventana, era suficiente para que sus ojos percibieran las siluetas de dos cuerpos sobre la cama.

Emily se llevó la mano libre a la boca…

Se sintió una idiota.

Sus piernas querían huir despavoridas, pero ella se armó de valor y avanzó para ver de dónde había salido esa mujer.

¿Una de las doncellas?

Debía ser alguien que vivía en la casa.

Los rostros de los dos estaban encontrados, ambos dormían; pero la mano de ella reposaba sobre la espalda masculina.

¡Lady Susette!

¡Pero, si él juró y perjuró que la odiaba!

El rostro de Emily se descompuso más todavía, y dominada por la decepción comenzó su retirada. Su cuerpo entero le exigía huir, pero sus pies estaban sembrados en el suelo. En un movimiento descoordinado la palmatoria se escapó de sus manos temblorosas y terminó sobre los amantes furtivos. La base ya vacía golpeó a Susette, pero la cera derretida fue a parar sobre el brazo de Zachary. En cuanto a la vela encendida, cayó encima de este también, encontrando una suave acogida entre los pliegues de su ropa.

Un chispazo, un crujido y el fuego comenzó a devorar la manga de la camisa del hombre que no reaccionaba.

Susette se sentó de golpe, haciendo un gran aspaviento. Y Zachary le siguió después tras el alboroto. Lucía visiblemente sorprendido por la mujer en su cama. Sin embargo, cuando sus ojos subieron, el semblante decepcionado de Emily lo perturbó más aún.

—¡Qué demon…! —soltó sin entender nada, con la voz arrastrada por el exceso de *whisky*. Tan ebrio e impresionado que tardó demasiado en reaccionar. Hasta que el calor abrasando su piel le obligó prestar atención al desastre que amenazaba con hacer arder la cama. Hizo malabares con la vela hasta que pudo atraparla, y volcó todos sus esfuerzos en intentar apagar el fuego.

En medio de su conmoción, Emily vio una jarra de agua encima de una de las mesas y la derramó sobre las llamas que consumían la manga de Zach… Él se alejó del lecho con rapidez y con una manta golpeó el área afectada hasta que terminó de extinguirlo.

Cuando el fuego estuvo contenido, lo primero que hizo Zachary fue tapar la boca de Susette que no dejaba de chillar.

—¿Qué pretendes? ¿Despertar a toda la casa?

—¡Esta mujer está loca, quiso quemarnos vivos! —acusó Susette señalando a Emily que no sabía por qué seguía ahí, con sus ojos clavados en los azules de Zachary llenos de interrogantes.

—¡Cállate de una vez! ¡Y no se te ocurra volver a abrir tu boca para injuriarla! —Su voz continuaba afectada por el alcohol.

—¿Te parece bien que casi nos queme? ¿Qué hace aquí? Por Dios, si abre la boca va a condenarnos al ostracismo social. —Susette comenzó a llorar sin lágrimas de un modo desgarrador—. Oh, Moray, no podremos tener un compromiso largo, tendremos que casarnos de inmediato o estaremos arruinados para siempre.

—¡¿Compromiso?! —reclamó Zachary mientras se acercaba a una lámpara de keroseno para encenderla y poder revisar los daños. Era imperioso cerciorarse de que el incipiente incendio había sido extinguido por completo y comprobar que Emily no sufrió quemaduras—. ¿Estás bien, Em?

—¡¿Acaso importa?! —Negó mortificada.

Notó que él, ni siquiera, alcanzó a ponerse su ropa de dormir. Llevaba solo sus pantalones interiores sueltos, y la camisa de la noche anterior a medio abotonar. Susette vestía una camisola de fino algodón y encajes. La vio estirarse para tomar su bata de seda a los pies de la cama para cubrirse.

Dolida, se dispuso a dejarlos atrás. Se encaminó hacia la puerta tan decepcionada. Jamás volvería a creer en un hombre, menos en ese escocés encantador y embustero que la sedujo con frases vacías. ¿Sus palabras de amor eran sinceras o solo buscaba llevarse a una mujer a la cama esa noche? ¿O estaba tan borracho que se confundió y en vez de visitar su alcoba prefirió llevarse a Susette a la suya?

—¿Y a mí no me preguntas, Moray? Casi muero. —A Susette apenas se le manchó su elegante camisón con la ceniza. No sufrió de quemaduras como Zachary, quien tenía la manga de su camisa destrozada, y parte del brazo en carne viva por los estragos de la cera y las llamas. No obstante, la hija de los Warrington seguía aferrada al brazo sano de él, exigiendo que tomara medidas—. ¿Importa cómo está esa asesina? Deberías estar más preocupado por mí, por mi futuro.

—¡Cierra de una vez la boca, Susette! Puedo ver lo que tramas, mujer intrigante. No vas a conseguirlo —soltó deshaciéndose con firmeza de su agarre, mientras sus ojos seguían clavados en la expresión despechada de quien los descubrió.

Emily ya había tenido suficiente. Ver como Zachary callaba a su amante, para que no los hallaran *in fraganti*, la decepcionaba todavía más. Ni siquiera se hacía responsable de sus acciones.

—Sabía que estaba mal, muy mal. —En su mente todo lo que imaginó para aquel encuentro la hacía reprocharse una y mil veces por su ingenuidad.

—Em, te juro que no sé qué hace ella aquí.

—Eso sí que no, Moray, tú me invitaste a tu habitación —corrigió Susette—. ¿Estás tan ebrio que no te acuerdas? Claro, debí suponer que, si no podías coordinar ni tus pasos, menos lo que salía de tu boca. Libertino, me juraste que no era pecado acompañarte porque de todas formas nos íbamos a casar. ¿Lo olvidaste?

—No, no recuerdo haberte invitado. —Seguía negando, pero por un momento estaba tan aturdido con los sucesos que hasta dudó de lo acontecido cuando subió las escaleras y se encerró en sus aposentos—. Emily, juro que…

—No te atrevas a justificarte. No quiero oírte. —Emily no quería explicaciones.

—Solo recuerdo el alivio que sentí cuando los invitados se retiraron y mis padres se fueron a dormir. Iba a… —Pretendía explicar por qué no apareció en la habitación de Emily, pero ella no lo dejó terminar.

—He dicho que no te atrevas…

Zachary con temor de perder lo que más amaba, lo que más luchó por conseguir, trató de abrazarla. Emily escapó del cerco de sus brazos. Enfurecida, no se tentó el corazón ni para preguntar si le dolía la piel lastimada. Su benevolencia solo alcanzó para luchar por extinguir el fuego.

Tanta rabia sentía. Le dio la espalda al enorme hombre confundido y se fue de allí antes de que el ruido fuese mayor del que ya estaban haciendo.

La vista de Zachary volvió a tropezarse con lady Susette. La damita tenía la cabeza recostada a su almohada, renuente a irse, como si esperara que el escándalo brotara como ola embravecida y los arrasara a todos.

—¿Te dejó muy herido? Permíteme curarte, Zach —dijo con voz de gatita lastimada, sentándose y mostrando preocupación.

—¡En tu vida, jamás vuelvas a llamarme así! Vete. No quiero verte. —masculló iracundo. Se pasó la mano por el pelo, desorientado y molesto por el desenlace. La fiereza en su mirada asustó a Susette que se pegó más al respaldar sin saber qué esperar.

Zachary sentía el brazo aún en llamas; pero era tanto el calor de su irritación que ignoró cuánto le escocía.

Hizo memoria.

Cuando la velada terminó, comprendió que estaba más ebrio de lo que esperaba. Emily tenía razón, por ser escocés no era inmune a los efectos del *whisky*. Decidió que en un estado inconveniente no debía visitar la habitación de la joven, quien, además, muy probablemente estaría dormida. Se lo debía, por sobre todo la respetaba. Su sirena merecía que la visitara en completa sobriedad. Fue mejor marcharse a su alcoba a descansar, y al siguiente día tener la aventura que habían planeado en la playa.

Volvió a reparar en Susette, ya no le tenía nada de respeto.

—No sé cómo diablos te metiste a mi cama sin mi consentimiento; pero ahora quiero que desaparezcas de mi vista.

—¿No vas a asu-mir las conse-cuen-cias? Aunque entiendo que cuando me invitaste no estabas del todo en tus cabales —balbuceó incrédula. Después, le sonrió con tristeza, como si aún esperara algo de él.

—Maldita intrigante, ¿se suponía que un sirviente o alguien de la familia debía encontrarnos?

—Me ofendes, Moray. —Las palabras y el tono del escocés la tomaron por sorpresa. ¿De dónde salió tal furor? En todo momento se había comportado como un caballero—. Soy una dama y jamás argüiría semejante plan. La sola idea me provoca náuseas. No tengo la culpa de que estés tan borracho que no recuerdes lo que haces. Tomaste como si quisieras borrar la noche entera.

—Bebí para adormecer los sentidos y no abrir la boca, o te habría soltado una descortesía. Me pesa no haberlo hecho a tiempo.

—Mis padres sabrán lo que está ocurriendo. —Mostrando dignidad abandonó la cama en dirección a la puerta.

—Lo negaré. Y Emily por más enfadada que esté conmigo también lo negará porque posee honor. Algo de lo que, al parecer, tú careces.

—Mi padre te exigirá desposarte conmigo.

—¡Mujer maliciosa, soy un hombre y jamás me he dejado dominar por nadie, menos lo haré de una manipuladora desvergonzada! —continuó mascullando. Lo último que deseaba era tener que lidiar con alguien más esa noche—. Sé cuándo he dormido con una mujer, y aunque te colaste en mi cama, yo no lo hice entre tus piernas. Si quieres conservar tu honor, desaparece con la misma diligencia empleada para llegar hasta aquí. Y procura que nadie te vea o terminarás sufriendo las consecuencias de tu desatino. ¡Así me amenacen con una pistola en la frente o arda el infierno sobre mi cabeza, no me casaré contigo! ¿Está claro?

Susette asintió, recompuso su orgullo y apretando los dientes para no gritar llena de ira comenzó a alejarse. Aquel hombre estaba tan furioso que prefirió no provocarlo más. Pero una cosa tenía muy clara, esa humillación sería reparada. Llegaría el día en que lo haría pagar.

Parte 2



18

Años después…
Londres, septiembre de 1873

En el viejo carruaje de la familia, conducido por su padre, Emily recorría las calles de la ciudad desde su casa hasta el prestigioso internado para señoritas donde estudió durante dos largos años. Comenzaría el último curso escolar.

El tiempo ayudaba a curar el dolor, pero no borraba la huella del amor que seguía trazada con profundidad en su pecho. Emily aún recordaba su último viaje a Normandía, el que la marcó para siempre.

Los marqueses de Blair la encontraron a medio camino, en el trayecto de retorno entre la habitación de Zachary y la suya. Ambos iban en batas de dormir y lucían espantados por ser arrancados del sueño por los gritos.

—Señorita Grant, ¿qué hace usted despierta y en esta área de la casa? —Alumbrándola con una palmatoria para contemplar su rostro, le preguntó horrorizado Blair, como si las consecuencias de aquel suceso borraran de golpe sus planes. Si su hijo tenía que reparar alguna falta con Emily, sus deseos de que Zachary desposara a lady Susette se verían echados por tierra.

—Yo… —La mente de Emily volaba, buscando cómo salir del aprieto.

—No la asustes, Timothy. Seguro hay una explicación. Ven, mi niña, estás temblando. —La marquesa la refugió en sus brazos, cómo habría hecho con su hija. No necesitaba explicaciones, creería en la inocencia de la muchacha. En todo caso, culparía a Zachary si había ocurrido lo que se imaginaban.

—¿Vienes en dirección de la habitación de mi hijo o hay otra explicación para encontrarte aquí? —Blair estaba dispuesto a creer

cualquier mentira, con tal de alejar a Zachary de un mal matrimonio con la hija del posadero.

—¿También escuchaste los gritos? —La marquesa trataba de ayudarla.

—Sí, creí que alguien estaba en peligro y he salido asustada.

No había terminado de hablar cuando Charlotte llegó junto a ellos, también se despertó por el ruido.

—¿Qué está pasando? —preguntó frotándose los ojos y lanzó un bostezo enorme, muy lejos de lo esperado en los modales de una rosa inglesa.

Los condes no tardaron en hacer acto de presencia con los rostros mudados por la sorpresa, seguidos de Lavinia. Lady Warrington llevaba en sus manos una lámpara de keroseno que aportó más claridad. Mientras su esposo terminaba de anudarse la bata con estampado paisley, sobre su camisón hasta las pantorrillas con gorrito a juego.

—¿Qué hacen todos levantados? ¿También los alertó el griterío? —preguntó la condesa en tono muy teatral—. ¡Por Dios, que he escuchado claramente la voz de Susette soltar unas quejas alarmantes! Aunque no pude dilucidar sobre qué hablaba, sí distinguí que se trataba de ella. Y viene de la habitación de su hijo. Espero que lord Moray no haya cometido una indiscreción con mi hija, lord Blair. ¡Ni siquiera ha debutado! ¡Por el Altísimo!

—Oh, Blair, si su hijo manchó la reputación de mi hija tendrá que responder ante la ofensa o me veré obligado a…

Las siluetas de dos personas que se aproximaban al final del pasillo lo hicieron callar, ávido por saciar su curiosidad, como el resto. Eran Zachary y Susette.

—¡Lavinia, a tu habitación de inmediato! —chilló la condesa para salvar a su otra hija de lo que temía terminaría en escándalo. Aquella obedeció en el acto.

La joven venía con la cabeza gacha, pero sollozando como una criatura. Era casi remolcada por Zachary que tenía una expresión adusta. El hombre solo vestía sus calzones largos hasta los tobillos y una camisa abierta. En una mano traía una bata azul que no alcanzó a ponerse. Todos entendieron la razón. Cuando llegó hasta ellos,

percibieron que su brazo estaba en carne viva y lo que quedaba de la manga estaba chamuscada.

—Hijo mío, ¿qué ha pasado? —La marquesa corrió a revisarlo, con el corazón acelerado. La madre no podía entender por qué no estaba quejándose de dolor.

Zachary trató de restarle importancia a su quemadura. En un arrebato se despojó de la camisa y la desechó en el suelo para que su madre comprobara que nada más que su brazo había sufrido la lesión. Los Warrington se escandalizaron llenos de pudor con el escocés desvestido de la cintura hacia arriba, mostrando sus poderosos pectorales sin nada de vergüenza.

—¡Oh, por Dios, estaban juntos! ¡Requerimos una explicación! —gritó histérica lady Warrington sin importarle la herida en el brazo. Para ella lo primordial era que, si lord Moray pretendía eludir el matrimonio, ya lo tenía en sus manos.

—¡Es mi hija, Blair, se casarán cuánto antes! ¡Y cúbrase, Moray, por el amor de Dios! ¡Está delante de mi esposa y jóvenes casaderas! —El aludido no se inmutó y continuó con la bata en la mano, sin intención de usarla. El conde habría sacado su espada ahí mismo de haberla portado, aunque era sabido que las habilidades del joven escocés lo superaban con creces.

El marqués negó sin defender a su heredero, al contrario, parecía del lado de los condes. Solo a su madre y su hermana les importaba la lesión de Zachary.

Cuando la atención de Charlotte y Mariane se centró en la salud del primogénito, Susette chilló más fuerte, incontrolable.

Los Warrington comenzaron a clamar por un arreglo urgente, ahí mismo.

—Cálmense, ellos ya nos explicarán. Ahora lo importante es llamar a un médico. ¿No ven a mi hijo? —medió Marianne.

—Por supuesto que no, solo ven la posibilidad de obtener un yerno muy codiciado —Charlotte reaccionó airadamente contra los Warrington.

—Hija, no son las maneras de hablarles a los Warrington —sermoneó Blair.

—¡No me casaré con lady Susette! —rugió Zachary apretando sus puños, plantando cara, como un guerrero en plena batalla.

—Por supuesto que sí. Incluso, su invitada es testigo. Se casará con Susette antes de subir a un barco y regresar a Londres… —Pugnó lady Warrington sujetando a su hija, temía que se desplomara.

Emily alzó una mano a la sien, la situación iba de mal en peor.

Charlotte no cesaba de hacer preguntas, espantada de tener que emparentar con esa familia. Miró a su hermano sin poder entender.

—Mi hermano es un caballero. No sería tan idiota como para corromper a su hija. Solo tiene que hablar. —Para ella era evidente que Zachary detestaba a Susette—. ¿Estoy en lo correcto, hermano?

Las voces de todos comenzaron a exaltarse sacando conclusiones. Emily pensó que Zachary no merecía su preocupación; pero no creyó en los modales sobreactuados de la condesa que avivaba más el fuego, incitando a su marido a exigirle al marqués una reparación.

Si Zachary quería desposar a Susette que lo hiciera, pero no porque no tuviese otra escapatoria.

La duda de si lo que vieron sus ojos era cierto comenzó a debilitarla. Él estaba despotricando con más fiereza que nunca. Blair parecía contenido, pero estaba a punto de estallar. En el pasado, alguna vez los escuchó discutir y no le gustó. El marqués no tenía piedad y Zachary poseía una voluntad inquebrantable. No iba a doblegarse.

Y, por otro lado, lady Warrington era insistente. Azuzaría a su marido hasta que esa noche terminara en una tragedia más grave que la quemadura de Zach.

Por un instante, se permitió ser egoísta y solo pensó en sí misma.

No resistiría verlo casado con otra y punto.

Si no abría la boca, quizás el hombre que amaba quedaría lejos de su alcance para siempre.

Si realmente era un libertino, colaborarle la convertiría en cómplice de su bajeza. Lo correcto era que, en caso de haber

deshonrado a una joven inocente asumiera las consecuencias. Sin embargo, a Emily le resultaba insoportable verlo acorralado, con su padre y los Warrington exigiéndole un destino que él rechazaba con vehemencia.

En medio de la tormenta, decidió actuar…

—¡Silencio todos! —Emily tuvo que elevar el tono de voz para ser escuchada—. Como dice Zachary, ino es lo que están pensando! Oí los gritos y me desperté impresionada, ¿qué podría estar ocurriendo? En cuanto salí al hall *me encontré con lady Susette, juntas caminamos hacia el sitio del que provenía el ruido: la habitación de lord Moray. Vimos parte de su brazo en llamas. Él gritaba como poseído. ¡Supongo que es un dolor espantoso!*

Todos miraron al enorme escocés de torso descubierto, que con la boca cerrada y una herida horrible no estaba gritando presa del insoportable sufrimiento. Su seriedad no concordaba con la historia contada por Emily.

—¿Eso es cierto, Susette? —preguntó lady Warrington incrédula, presionando a su hija para que la desmintiera—. ¿Y por qué lloras de forma descontrolada?

—No todos enfrentan las crisis con igual aplomo —continuó Emily—. Lady Susette se asustó más que yo que actué de inmediato, ella lloraba por la impresión. Tomé la jarra de agua y se la eché encima a lord Moray, y ambos aunamos esfuerzos por apagar el fuego. Después, lady Susette se apresuró a socorrerlo, mientras yo corrí por ayuda.

Zachary, Charlotte y Mariane quedaron conformes con la explicación, aunque todavía alarmados por la gravedad de la quemadura. Blair y sus amigos no parecían creer lo sucedido.

—Por eso he dicho que no me casaré con lady Susette, es más no me casaría en ninguna circunstancia. ¿Aún quiere retarme a duelo, lord Warrington? O dejará de ser un estorbo, tengo que mandar a llamar a un médico. Si usted tuviera la mitad del dolor que estoy sintiendo ya se habría desmayado. ¿Puedo seguir para reunirme con el mayordomo y darle instrucciones o debo continuar lidiando con su impertinencia?

Lady Susette corrió humillada hacia su habitación, mientras sus padres, boquiabiertos, guardaron silencio, sin saber cómo objetar.

La marquesa negó y acompañó a su hijo a buscar ayuda, Charlotte les siguió detrás. Blair maldijo y los acompañó también. La herida de su hijo se veía fatal, muy probablemente le quedarían secuelas.

Cuando el carruaje arribó, Raphael ayudó a Emily a apearse y a subir el equipaje por las escalinatas de mármol. La dejó con un beso en la frente y unas palabras llenas de afecto antes de regresar a la posada para continuar con su día.

Era su último año en el colegio para señoritas. ¿Por qué se refugió ahí después de todo lo que la alejó de Zachary Moray?

El tormento del pasado se desvanecía cuando traspasaba sus puertas. En aquel lugar de reglas estrictas y flores bordadas sobre manteles con precisión milimétrica, Emily no tenía tiempo para alimentar su desilusión.

Tomó de nuevo el equipaje y llamó a la puerta. Alzó la vista y suspiró. En una leyenda tallada sobre la fachada, en lo alto de la entrada principal, podía leerse:

English Roses School

***for Distinguished Young Ladies*.**

Sí, al arribar a Londres de Normandía su madre y su abuela le pidieron que, por favor, no se resistiera y aceptara inscribirse en aquel prestigioso colegio. Ambas habían acudido al Comité de Damas que ayudaban a jóvenes de cuna noble con familias caídas en desgracia. No solo adquiriría modales propios de una dama, sino que podría aspirar al Premio Cumberland, que ofrecía a la ganadora una dote digna de la hija de un par del reino: treinta mil libras. Su dote actual era casi nula, no atraería a un gran partido. Y, aunque Emily sabía que no podría volver a amar, no pudo negarse.

No tenía planes de alcanzar lo que añoraba para su futuro. La escuela era una promesa, podría aprender muchas cosas y hacer

amigas.

Contar con el apoyo del Comité de Damas para que su padre no cayera en la ruina al costear su educación fue el primer paso. No pensaba defraudarlas.

Adaptarse al vestuario de la institución no le fue difícil, su abuela vendió una de sus joyas y encargó los vestidos a su modista. Aunque no llevaban un uniforme como otras escuelas de menor estatus, había un código de vestimenta estricto y no podría usar lo que tenía en su guardarropa para ahorrar.

Lana o algodón azul marino según la época del año, silueta ajustada al torso con un corsé liviano y falda con poco volumen. Solo en ocasiones formales podían usar un discreto polisón. Estaban prohibidas las joyas.

Cada vez que salía de vacaciones cortas o largas, la sonrisa de su madre al contemplarla apegada al código de vestimenta que usaban las estudiantes no podía reflejar más felicidad. Y, Emily haría lo que fuera para ver a su madre sonreír.

Así que, poco a poco fue integrándose a la rutina del internado londinense, mientras dejaba de lado sus aspiraciones románticas.

Esa mañana, al entrar a la habitación que compartía con Charlotte vio una nota de la directora, la señora Holt. La citaba de inmediato en su oficina.

Iba a dejar su equipaje al lado de la cama, y acudir a su llamado sin más dilaciones, pero su compañera de habitación entró como un torbellino invadiendo la estancia con la luz que acompañaba su semblante esa mañana.

Charlotte era su aliciente ahora que vivían y estudiaban juntas, así como otras jóvenes de buen carácter que conoció allí.

—Em, cómo te extrañé estas vacaciones. Pero, de verdad que mamá necesitaba alejarse de Londres y refugiarnos en Green Glen. —Abrió los brazos para estrecharla en ellos, y Emily acudió con afecto a su encuentro.

—Espero que Escocia le haya hecho bien a tu familia.

—En especial a Zachary, si lo vieras. En las Highlands deja de lado toda su pomposidad aristócrata. Ahora le ha dado por los caballos, las carreras, los saltos, domarlos y demás locuras de

hombres. Se sube a uno y es otro. Mi padre está iracundo, no lo supera. Esforzarse tanto en pagarle su educación en Oxford para que consiga excelentes conexiones con los hijos de los nobles ingleses más estirados, y no se despega de sus dos amigos escoceses. MacAlister y su primo mayor, otro montañés tan agreste como el anterior. Pero lo noto más seguro que nunca. Cuando está con ellos ríe a carcajadas. —Suspiró feliz recordando el lado más rebelde y juguetón de su hermano—. Nuestra estancia en Green Glen habría sido placentera, si mi padre no nos hubiese seguido para atormentarnos con sus reclamos.

—¿No le duele el brazo cuando hace esas peripecias que narras? —Emily siempre preguntaba por la herida de Zachary.

—Jamás se ha quejado al respecto, supongo que no. De la quemadura solo quedó una marca, pero no es tan pronunciada. Como sea, el muy bribón es tan apuesto que la cicatriz no será un impedimento para que se case algún día.

Emily se tragó sus apreciaciones al respecto, desconocía que Zachary había viajado a Escocia. Una media sonrisa afloró en sus labios para tratar de mostrarse interesada; aunque en realidad estaba interesadísima, pero no podía demostrarlo.

—Lord Blair no cambiará, solo lo lamento por lady Blair, merecía su descanso.

—Em, Em, estamos en el último año. ¿Sabes lo que significa?

—Oh, no empieces, Charlotte.

—El Premio Cumberland, ¿te imaginas qué podrías hacer si lo ganaras? —Le lanzó una miradita esperanzadora, y Emily suspiró, soñando por un minuto con aquella posibilidad—. Creo que es la oportunidad perfecta y tienes todo para conseguirlo. Hasta se me ha ocurrido que podemos hacer un dueto a piano, ¿qué dices? Escuché rumores que afuera de la dirección están pegadas las bases del concurso. ¿Además de la música, qué otros retos tendremos que enfrentar?

Y la fe volvió ante la posibilidad de conseguir para sí el Premio Cumberland. Ese curso, las estudiantes del último año podían aspirar a él, solo debían sortear cinco retos y salir airosas.

—Puedo resolver esa duda en un rato. La señora Holt me ha citado para algo urgente. —Le mostró la nota.

—¿Ahora? Acabamos de entrar. Será que… No puede ser… Pero podría… Escuché un rumor alguna vez, más bien una queja de una de las perdedoras del año anterior. Decía que el premio es solo una fachada, que en realidad el Comité de Damas —dijo para referirse a quienes patrocinaban y dirigían el concurso en conjunto con los condes de Cumberland—, buscaban dotar a una joven de ascendencia noble, cuya familia, no pudiese brindarle una dote por infortunios económicos. ¿Será que te han elegido a ti? Eres la nieta de un barón que… Y tu padre…

Emily notó que Charlotte había pensado en voz alta y se arrepintió de expresar sus conclusiones.

—No tenemos secretos, Charlotte. No tengas vergüenza de pronunciarlo con todas sus letras, no me ofende.

—Sería maravilloso que te eligieran, es lo que quise decir…

—Solo a ti te parecería maravilloso que las damas hicieran trampa en el concurso para favorecer a alguien…

—Si te favorecieran a ti, para mí sería loable.

Emily negó con una sonrisa de complicidad, la quería. Más conociendo los secretos del alma de Charlotte, sus días de luz y oscuridad; y cómo, a pesar de sus fracasos y dolores, abrazó la segunda oportunidad que le otorgó la vida de volver a su cauce.

—Vendré enseguida y te contaré cuáles serán los retos este año.

Emily, sonriendo todavía por las ocurrencias de su amiga, caminó hasta la oficina de la directora. Lo menos que esperaba fue la noticia que recibió. Lady Susette —antigua alumna de English Roses School— y su madre aguardaban en el saloncito Vivaldi para hablar con ella.

Se llevó la mano al recogido y revisó si todo estaba en su sitio, mientras trataba de entender a qué se debía la visita.

Cuando Emily ingresó a la escuela, Susette cursaba estudios más avanzados, por lo que concluyó antes. Jamás intercambiaron palabras después de encontrarse esa noche en la habitación de Zachary.

¿Por qué pidieron una reunión? ¿Qué era tan importante que no podía esperar? Y ahora, dos años después, ¿qué quería de ella la misma familia que casi arruinó su vida?

19

Aquella mañana, Zachary llegó temprano a Tattersalls, templo del comercio ecuestre de Londres, donde nacían legados o se arruinaban casas nobiliarias muy poderosas. Al tomar asiento en el *ring* justo frente al estrado, varias miradas se posaron en él: unas impenetrables como el acero, otras temerosas, como si ya hubiesen sido vencidas. Todos sabían que manejaba sumas arriesgadas y que oponérsele era, en general, un acto inútil.

A su lado se encontraba el infame escocés que apodaban Laird, cuya reputación le precedía con cierta aura de ferocidad. Se decía —con fundamento— que había quebrado la mano de un inversor que, en su primera puja contra ellos, osó disputarle a su amigo un ejemplar de gran linaje.

A partir del «incidente», ambos eran considerados una alianza temeraria:

Zachary, frío y calculador.

MacAlister, una fuerza arrolladora que aplastaba a quien tuviese la osadía de desafiarlo.

En los corrales, el resonar de los cascos anunciaban futuras leyendas o sementales de probada estirpe. Los entendidos en el *ring* murmuraban, se preguntaban por cuál caballo venía lord Moray.

Desde su elevado estrado, el subastador señaló a un purasangre inglés de excelentes líneas que era sujetado por un mozo en el centro del círculo. El animal se movía solemne, estar rodeado de compradores y espectadores no perturbaba su humor. Una belleza de ébano. Un ejemplar casi imposible de lograr. A diferencia de los zainos comunes en Ascott, era de un negro puro con matices azulados que ni en el sol destellaba con reflejos rojizos. Pero su verdadero valor no radicaba en su extraña belleza, sino en lo que en la pista podría lograr.

—Caballeros, les presento a Wild Fury. Hijo de Prickly Rose, una yegua invicta en cinco competiciones y de Duke's Pride, ganador del St. Leger. Empezamos con mil guineas. ¿Quién se llevará a este hermoso y promisorio ejemplar?

El murmullo de admiración de los presentes no se hizo esperar.

Zachary se acomodó el cabello con la mano, y no lo meditó ni un segundo. Acudió esa mañana motivado por una sola cosa.

—*¡Mil cien!* —dijo Zachary con firmeza. No fue sorpresa que pujara por tan magnífica joya, deslumbrado.

El caballo resopló y Zachary lo tomó como una señal, cuando estaba convencido y motivado por un negocio, nada lo hacía dudar.

Cailean MacAlister, lo miró como si estuviese cometiendo un disparate. Los presentes se asombraron, ellos solían actuar en sincronía. Aunque el inversionista era Moray y MacAlister lo acompañaba como deporte, para atemorizar a los ingleses más estirados y tener una justificación válida para darles una paliza, los dos escoceses solían estar siempre de acuerdo.

—¿Por qué deseas comprar ese caballo, Moray? —le preguntó Cailean en voz elevada, como solía hablar—. Hendricks gana de continuo tanto en el Derby como en el St. Leger. ¿Crees que vendería sin una intención oculta a tan valioso corcel? Solo quiere deshacerse de él para obtener dinero. Creo que planea comprar un purasangre con más posibilidades, al que seguro ya tiene en la mira.

—*Mil doscientos* —ofreció un caballero con chaqueta marrón, acostumbrado a quedarse con los mejores animales, sin mostrar temor.

MacAlister enarcó una ceja, ese caballero también había enloquecido.

—*Mil quinientas* —soltó un criador galés conocido por su agresividad en las pujas.

Zachary masculló una maldición en su lengua natal; odiaba tener competencia.

—Esto se está poniendo muy serio, Moray —insistió Cailean MacAlister más alto aún—. ¿Un caballo que nunca ha competido y pagas por él solo por su linaje? Nada te garantiza que será como sus padres.

—Quiero participar en la siguiente carrera con ese caballo. —Zachary masculló muy bajo para que solo su amigo pudiera escucharlo. Los espectadores estiraron el cuello tratando de dilucidar qué había respondido, estaban llenos de intriga. En idéntico tono, continuó—: Sé que va a ganar; de lo contrario, Hendricks no lo subastaría iniciando la puja con ese precio para un caballo que nunca ha corrido.

—Espera a que llegue mi primo —le aconsejó Cailean. Pasando la vista por los presentes—. Broc sabe de caballos, debe estar supervisando a los corceles que va a subastar hoy. No vayas a ciegas solo porque el potro es hijo de ganadores.

—Broc es famoso en las Highlands, aquí es nuevo. —Zachary susurraba, MacAlister no entendía por qué hablaba tan bajo y menos la razón por la que se comportaba tan engreído. Sabía que Broc creció prácticamente en los establos, casi hablaba el lenguaje de los equinos—. Además, ya no es un potro. Es un futuro ganador. Agradezco tu interés; pero, créeme, sé lo que estoy haciendo.

—¿Me tomas el pelo? —Era la primera vez que Zachary no le consultaba sobre sus futuras adquisiciones. Incluso, cuando compraba un hotel en decadencia para su padre con el propósito de repararlo, le consultaba a MacAlister si le parecía buena opción. Aunque sabía que aquel no tenía idea de inversiones en ese sector.

—Te he dicho que te daré razones cuando haya asegurado la compra. Ahora no me sigas distrayendo, amigo.

—¡*Mil setecientas!* —ofreció el hombre de la chaqueta marrón, parecía muy decidido.

—¡*Mil ochocientas!* —se apresuró a tomar ventaja el galés.

—*¡Mil novecientas!* —El otro interesado acentuó su oferta golpeando el suelo con su bastón de forma impaciente.

—¡Diablos, me retiro! —Zachary estaba furioso. Los espectadores sabían que jamás compraba por capricho—. Wild Fury es hermoso; pero no vale la pena el riesgo. Tal vez solo sirva de semental. No obstante, sin un título sobre su cabeza sus crías demeritarán su valor.

—A veces creo que el necio soy yo; sin embargo, en terquedad no hay quien te gane. Te dije que era mala inversión. Por fortuna

has abierto los ojos a tiempo. Es bello, es verdad, pero…

El caballo resopló sobre el bozal y movió el cuello con elegancia como si rechazara las palabras de ambos. MacAlister volvió a admirarlo, pero no quiso decir en voz alta que estaba comenzando a dudar.

Wild Fury nació y fue entrenado en el Criadero Mackay, uno de los más prestigiosos de Londres, y fue vendido a Hendricks, el dueño con más victorias acumuladas en los últimos dos años.

Sin embargo, así como Hendricks era un gran apostador en las carreras de caballos, donde ganaba a menudo; también lo era en los juegos de azar —y en estos su suerte era terrible—. Zachary lo sabía. Hizo muchos negocios con él hasta que decidió salirse. Ya no quería tener nada que ver con este. Se había vuelto descuidado por su afición al brandy y a las casas de apuestas.

No obstante, lo escuchó detenidamente la última vez que aquel acudió a él para pedirle una suma importante en préstamo. Le contó sobre sus deudas de juego, mientras despotricaba, reacio a vender a sus ganadores. Zachary le dio la espalda, no iba a perder dinero por él.

Hendricks tuvo que deshacerse de la mayoría de los caballos que no competían. Uno de esos, era Wild Fury, por el que suponía que más le ofrecerían y el que más le pesaba. Zachary había escuchado a Hendricks hablar maravillas del corcel en su embriaguez. Así que no podía desconocer su potencial. Al parecer, sus rivales en el *ring* también lo sabían.

Pujar como siempre lo hacía solo aumentaría la cantidad de libras a desembolsar por sus contrincantes. ¿De qué servía ganar la contienda y quedarse con el ejemplar por encima de su valor?

Pero siempre había conocedores del mundo hípico interesados en un buen purasangre.

—¡Dos mil guineas! —irrumpió la voz grave de Broc, haciendo girar las cabezas hacia él. La curiosidad creció entre los presentes. ¿Cuánto estaba dispuesto a pagar el desconocido? Su indomable cabello negro desordenado y sus toscas maneras captaron la atención del público. Recién llegado de las Highlands con los

caballos que traía para vender. El primo de MacAlister, unos años mayor que los otros, hizo su entrada en el momento más oportuno.

Pero nadie lo conocía. Y Moray que era más cercano a Hendricks se estaba retirando. Un caballo de belleza inusual podría confundir a un comprador inexperto.

Broc Duncan MacKenzie también escuchó los rumores y no tardó en buscar un inversor para asociarse. Temía que otros estuvieran igual de informados y que ofrecieran una cifra astronómica más allá del alcance de sus arcas.

MacAlister se alzó de hombros, ahora Broc también pujaba por Wild Fury. ¿Se equivocó al aconsejar a Zachary? Si su primo lo quería, algo bueno debió ver en el potro.

El galés y el caballero de la chaqueta marrón vieron a Zachary quitarse el sombrero de copa mientras negaba, como si dejar ir al corcel fuese su mejor movimiento.

Tras el silencio de los espectadores y ninguna otra oferta, continuó el maestro de pujas:

—Dos mil guineas por Wild Fury. ¿Dos mil cien? ¿Quién da más? El linaje de este corcel no es la única garantía de su potencial. —Se oían los murmullos del público, estaban convencidos de que era una posibilidad. Pero nadie más quiso arriesgarse por un caballo que no había sido probado frente a los grandes. El subastador elevó el martillo, esperanzado en que alguien ofreciera más dinero. Pero nadie habló. Un golpe seco marcó el destino del animal—. Dos mil a la una, a las dos, a la tres. ¡Vendido al señor Broc MacKenzie!

Entonces MacAlister observó un gesto casi imperceptible compartido entre su primo y su amigo, una leve inclinación de cabeza.

—*Gun dèan thu tàmh ann an ifrinn* [11]—masculló en gaélico escocés en dirección de su amigo: «Qué descanses en el infierno». Lo habían hecho sudar.

Zachary se quedó con los labios sellados, prefería no atribuirse todo el mérito. Dejó que su nuevo socio hiciera los honores. Él había descubierto la joya; pero Broc le corroboró que valía cada penique que pudiese permitirse pagar.

MacAlister mostró su más cínica sonrisa con su cabello rojo reluciendo por algún tímido rayo de luz. No podía creer la astucia y el descaro de ese par. Se alegró por ellos, él los había presentado con la esperanza de que Zachary, aficionado a las carreras, viera el potencial de su primo. Y los dos se volvieron cercanos en el último año.

Ahora entendía, no solo fueron cómplices para quedarse con Wild Fury, le estaban construyendo una historia, para que muchos se arriesgaran a apostar por él cuando estuviera sobre la pista.

—Consulté a tu primo, Laird, y haremos este negocio juntos —murmuró Zach todavía sentado a su lado en uno de los largos bancos del *ring* circular, mientras Broc recogía su nuevo caballo.

Ya nadie reparaba en ellos, todos estaban intrigados mirando en dirección del forastero, que por primera vez pisaba Tattersalls.

—Broc no me dijo ni una palabra, maldito idiota. —Cailean no salía de su asombro, estaba muy divertido con el desenlace—. Ni tú tampoco. Acordamos que yo haría el papel de convencerte de desistir para que los demás se retiraran; pero no sabía que igual darías marcha atrás.

—Y lo hiciste bien. Queríamos sorprenderte. Highlander escuchó los rumores de la venta del potro y no tardó en buscar un inversor para asociarse. —Entre ellos le decían a sí a Broc por su apariencia salvaje que evocaba a los antiguos guerreros de las Tierras Altas, y a aquel no le molestaba—. Temía que otros estuvieran igual de informados y que ofrecieran una cifra astronómica. Yo sabía todo acerca de Hendricks, también quería a Wild Fury. Pero no con Hendricks, jamás volveré a concertar negocios con ese imbécil. Gracias a Dios hace tiempo descubrí que era un hombre débil y sin escrúpulos. El duque de Norfolk me lo confirmó. —Su mentor tras presenciar como Blair lo trataba, siempre lo protegió con discreción.

—Broc es nuevo mostrándose en Londres como criador de caballos, pero en Las Highlands su reputación habla por él. Tiene lo que necesitas para volver a Wild Fury un campeón del *turf*.

—Deberías asociarte con nosotros.

—No. —Su rostro se mudó de la diversión a la seriedad. Zachary se lamentó por el ofrecimiento. Era un tema sensible para

Cailean.

—¿Por qué no? —insistió, a pesar de que sentía que caminaba por la cuerda floja. Pero era su amigo, quería ayudarlo.

—Porque no tengo capital que aportar a una sociedad.

—Laird, Broc tampoco tiene mucho capital y lo estoy ayudando. Además, que como estratega no puedo dejar de percibir que es un buen negocio para mí asociarme con él.

—Broc posee caballos, un criadero en las Highlands con cierta reputación, tiene conocimientos, experiencia… Es diferente. Tiene algo que aportar a esa alianza. —Cuando sacaba a relucir su lado más reacio, Zachary sabía que insistir era como caminar sobre arenas movedizas. No quería decir algo que lastimara el ego de su amigo—. Lo mío es el *whisky* y sabemos que todos adoran el agua de vida, solo que aún no es mi momento. Pero ya vendrá.

—Entonces déjame invertir contigo, asociémonos. Sé reconocer cuando algo tiene potencial y tu *whisky*, amigo mío, es el mejor. Solo necesitas producir más —lo tentó. Su mayor motivación era ayudarlo a salir de la inminente ruina financiera que aquejaba a los MacAlister desde hacía años y que no era secreto para nadie. Era una caída lenta, a cada rato algo sucedía y salían a flote, pero no tardaban en volver a tener el agua hasta el cuello.

—Demonios, no. ¡No insistas! Eres mi amigo, no me relaciono contigo por tu fortuna. Si acepto tu inversión, le daría la razón a lord Blair, que siempre nos ha hecho menos a mi padre y a mí. Su teoría de que soy un muerto de hambre y salvaje montañés que no tiene cabeza para los negocios quedaría demostrada.

—Mi padre es un esnob. Sabes que no me importa su opinión.

—Voy a felicitar a Broc. Deja la discusión, por favor, Moray —alegó con orgullo—. Celebro que te expandas a otro ramo diferente del familiar. Tu padre pondrá el grito en el cielo. Es algo que disfrutaré.

Con la última frase, Cailean recuperó la sagacidad burlona de sus ojos y Zach pudo exhalar aliviado. Desde que supo del vaivén de las arcas de los MacAlister quiso apoyarlos de alguna forma. Él, al contrario, no solo era inmensamente rico por herencia, poseía su propio patrimonio el que se multiplicaba con cada trato que hacía.

Tenía una mente privilegiada para los negocios, o la suerte estaba de su lado. Sin embargo, Cailean jamás se benefició de aquello.

Mientras Cailean se alejaba hacia los corrales para reunirse con su primo y admirar de cerca las líneas nobles del corcel, Zachary echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo. Aún tenía en mente adquirir dos caballos más para engrosar las cuadras de Broc y construir nuevos establos a las afueras de Londres. Todo se trazaba con nitidez en su mente. Le dolía que el orgullo de Cailean no le permitiera aceptar su ayuda. Pero respetaba al hombre de principios que prefería forjar su futuro sin deberle nada a nadie. Dejó de pensar en MacAlister…

Por ahora, Broc y él tenían mucha responsabilidad por delante. El brío indómito de Wild Fury sería el impulso que necesitaban para construir su legado.

20

La señora Holt acompañó a Emily hasta la puerta del saloncito Vivaldi y le pidió que entrara a reunirse con las damas que solicitaron su presencia. Emily se sorprendió de que la cita fuese ahí, casi no usaban esa estancia. Solo sabía que allí depositaban los instrumentos en desuso, lo que le confería cierto tono de secretismo a la reunión.

Emily cruzó de largo el pequeño recibidor y prosiguió a una sala de tamaño mediano donde había unos sofás. Supuso que ahí estaban y no se equivocó. La última puerta —que ninguna atravesó — conducía a un enorme salón, donde en el centro había un viejo piano que tuvo sus mejores años y, que ahora, descansaba en su último recinto.

Lady Warrington y Susette la vieron entrar. Ambas suspiraron al unísono, como si de verdad odiaran tener que vivir ese momento. Parecía que no les quedaba otra alternativa.

Emily, con la curiosidad en aumento, tomó asiento frente a ellas.

—Creo que ha habido una equivocación —espetó Emily—. ¿Vienen por lady Lavinia? No sé por qué la señora Holt me ha traído a mí.

La madre carraspeó e hizo los honores de romper el hielo.

—¿Cuánto quiere por su silencio, señorita Grant? —Fue una frase abrupta que sacudió a Emily. Si bien sabía que esas mujeres no venían para tomar el té y tener una charla agradable, no esperó que soltaran sus intenciones de forma abrupta y sin reservas.

Susette no despegó los labios, pero la contempló con el mismo odio en la mirada que tenía lady Warrington.

—*Ladies*, creo que ha habido un malentendido. ¿Por qué querría algo que tienen para ofrecerme? —Emily ganó tiempo, igual estaba

incómoda con la visita. ¿Cómo tenían el atrevimiento de preguntarle algo así?

—No nos andemos con rodeos —continuó lady Warrington—. Mi hija me contó lo sucedido hace dos años en Normandía y lo que usted vio.

«Claro», se dijo Emily para sus adentros. Siempre le preocupó tener más información de la que debía sobre esa familia. Jamás lograron simpatizarle.

—Si en dos años me callé, ¿por qué lo revelaría ahora?

Lady Warrington se abanicaba enérgicamente, como si hablar con Emily fuera tan vital como desagradable e incómodo. Cada palabra pronunciada parecía una espina que se le clavaba en la garganta. Un mal trago del que quería pasar cuanto antes.

—Conozco la situación de su familia, señorita Grant, sé que entró a este instituto por la caridad de Blair. —La mujer puso los ojos en blanco como si le desagradara ese hecho—. No sé si lo motivó la lástima hacia su futuro incierto, la amistad con su hija o dejarla en deuda con él. Esto último es más de su estilo, para que usted no dañase la reputación de Susette. Blair aún quiere a mi hija como nuera. Dígame la verdad, ¿eso le ofreció lord Blair por su silencio?

—Milady, no le permito que se dirija a mí en esos términos. —Se mostró muy ofendida. Además, no le debía a lord Blair estar ahí. ¿De dónde sacó esa mentira? Se puso de pie con intenciones de marcharse. Y continuó—: Su visita no es solo un atrevimiento… Sus palabras, sus preguntas… Son totalmente inapropiadas y no sé qué le ha hecho pensar que bajaría la cabeza y obedecería a sus demandas.

Lady Warrington no abandonó su asiento. Solo la miró de pies a cabeza, indignada. ¿Cómo alguien por debajo de su jerarquía se atrevía a contestarle en ese tono? Parecía que iba a alzar la voz; en cambio, sonó compadecida de sus circunstancias.

—Entiendo que alguien de su posición se sienta avergonzada cuando le recuerdan su escasez de fondos, su rango inferior. Pero no es mi intención humillarla. Solo quiero zanjar un asunto que tengo pendiente desde esa noche en Normandía, y que como una piedra

en el zapato no me deja de incomodar. Le ofrezco una suma importante, para que no tenga que depender de la generosidad de lady Charlotte. A cambio usted cerrará la boca sobre lo que vio en la habitación de lord Moray.

Para Emily fue un detonante, la agresividad en el discurso de la mujer no necesitaba que elevara la voz, ni que le gritara. Ya era lo suficientemente ofensiva y no lo iba a permitir.

—No ose volver a hablarme así. No recibiré absolutamente nada que venga de sus manos. Ahora me retiro, esta situación es absurda.

—Deténgase. —Tras incorporarse, la condesa la sujetó por el brazo con una firmeza inesperada, tan impropia de una dama de su clase que la dejó helada. A pesar de los guantes de encaje, la joven sintió las uñas afiladas de la mujer—. Muchacha, no me provoque.

Emily reaccionó con rapidez a pesar de continuar estupefacta, forcejeó para liberarse. Jamás creyó que aquella cita acabaría con esa dama queriendo imponerse por la fuerza.

—Suélteme, ¿qué le pasa? —Logró zafarse y la miró con una intensidad que alertaría a cualquiera. La furia brillaba en la superficie de sus ojos como una advertencia. Olvidó, por un instante, todo lo aprendido en el colegio. Recordó la fiereza con la que se defendió en el pasado de algún huésped molesto en la hostería de su padre.

—La cabra montés mostrando los modales adquiridos en el pastizal del que procede. —Una risa sarcástica salió de la boca de la mujer y su maldad se reflejó en sus ojos, Susette tenía la misma mirada que su progenitora.

Tan distintos de los rostros disimulados que mostraron delante de los duques de Blair.

—Madre, vámonos. Le dije que no resultaría. —Por fin habló Susette, para sorpresa de Emily—. Los vi discutir esa noche como dos enamorados. Moray y ella se han burlado de nosotros, son amantes en las sombras. Por eso se rehusó a casarse conmigo. Por eso ella mintió. Estaba celosa de que me hubiese preferido aquella noche. No pudo con los celos, tuvo que arruinar mi futuro.

—Pero tampoco se casará con la hija del posadero. Lord Moray es un hombre orgulloso, no caerá tan bajo —blandió lady Warrington

desbordada por la ira y haciendo un esfuerzo enorme para no dar un escándalo. Por suerte, la directora le dio el salón más privado, justo como pidió. Habitualmente, las estudiantes no podían recibir visitas fuera de sus familiares, si sus padres no las aprobaban. Pero el dinero volvía muy colaboradora a la señora Holt.

—Las dos deben irse. De lo contrario, sí abriré la boca y no me importarán las consecuencias. —Emily las desafió con los brazos en jarra—. Si me callé fue porque no suelo meterme en asuntos que no me incumben, y porque jamás sería malagradecida con los Blair. Nunca ventilaría lo sucedido bajo su techo. Pero ustedes están a punto de hacerme reconsiderarlo.

—Nos sobran los recursos y los contactos para hundir la posada de su padre, señorita Grant. Así que no me provoque, muchachita —soltó en su tono más despectivo, dándole a Emily donde más le dolía: su familia.

—Si lo que les preocupa y por lo que han venido hasta aquí es para garantizar mi silencio, les aseguro que no tengo intenciones de contarlo a nadie. Ahora, si continúan hostigándome puedo ir a uno de esos diarios que cuentan los chismes de la aristocracia y recibir una suma muy elevada por la información que poseo. Según lo indagado por su fuente, le vendría muy bien a los fondos de mi familia. No necesito exprimirla a usted —arremetió sarcástica—. Así que retírense de mi presencia.

—¡Está advertida! —la señaló con el dedo muy iracunda, mientras su hija la aguantaba para que no se le lanzara encima a Emily, que la contemplaba con una actitud desafiante, enfureciéndola más—. Si habla, dígale adiós a la posada de su padre, muchachita maleducada. ¿Qué pensaba? Que lord Moray la elegiría para esposa. Pero, ¿es usted ingenua? Un hombre de su posición debe hacer un enlace con conexiones. Sí, es verdad que es la nieta de un barón. Sin embargo, de eso, ¿quiénes se acuerdan? Para todos resuena más que usted es la hija de un posadero. ¿Cree que los pares de Moray lo mirarán igual si le pide matrimonio? Se convertiría en el hazmerreír de la alta sociedad.

Iba a replicarle, pero les señaló la puerta con su rostro más fiero. No podía contestar a esas insinuaciones. Hacía mucho tiempo

que la posibilidad de conquistar a Zachary se volvió nula. No valía la pena debatir al respecto. Esas mujeres habían enloquecido. Solo quería que desaparecieran en el acto.

Cuando lady Susette le lanzó la última mirada de desprecio y logró llevarse a su madre, que estaba a punto de perder los papeles —todavía más—, Emily pudo percibir que su corazón palpitaba descontrolado. Respiró pausadamente para tratar de ralentizar el ritmo acelerado de sus latidos. Poco a poco, se dejó caer en uno de los sofás y se llevó las manos a la cabeza para asimilar lo ocurrido.

«¡Malditas sean las Warrington!», pensó. «Entonces, lo que me ha atormentado todo este tiempo sucedió. Si Zachary no hubiese deshonrado a Susette, ¿por qué esas mujeres llegaron como dos tigresas a amenazarme?».

Era muy cierto, que con menos de lo que Emily presenció aquella noche se podía destruir una reputación. Pero, las Warrington debían tener una motivación poderosa para exigirle silencio dos años después de aquel episodio.

¿Estaría Zachary, ahora sí, dispuesto a desposar a Susette y no querían que esa historia del pasado enturbiara el enlace?

No, no, no.

Charlotte le habría comentado algo, su amiga no estaba al tanto de la pasión dormida en el corazón de Emily, pero solía mantenerla al corriente de los grandes acontecimientos de su familia. Se sentía mal por ocultarle que Zachary y ella estuvieron a punto de ser más que amigos. Pero no podía confesarlo con cada una de sus letras sin romperse.

Más, porque Charlotte una vez sospechó que Emily correspondía a Zach, pero rápido lo desestimó. Si su amiga se enteraba de que ambos se querían, habría insistido hasta que terminaran en matrimonio. Ahora eran dos extraños. Ella ya no confiaba en él, por un lado. Por otro, seguía creyendo que pertenecían a mundos apartes.

Justo como le recordó lady Warrington. Muchos de los aristócratas estirados, entre ellos el mismísimo Blair, no les dejarían olvidar las diferencias sociales que los separaban.

Como fuera, no iba a permitir que ni las Warrington, ni la sociedad londinense, ni mucho menos Blair, le arrebatasen su dignidad. Su padre le enseñó que su valía no radicaba ni en su posición ni en la abundancia de sus arcas. Quien viniese a enfrentarla iba a encontrar una contrincante decidida a hacerse respetar.

Unos toques tímidos a lo lejos y pasos aproximándose le hicieron recomponerse con rapidez. Era Charlotte acercándose.

—Emily, tardaste tanto que salí a buscarte. ¿Está todo bien? —La vio afectada—. ¿Por tu estado supongo que no te trajeron al saloncito Vivaldi para proponerte el trato favorecedor, donde hacen trampa, para que te erijas como la vencedora del Cumberland?

—No, no fue para eso.

—Ettie me dijo que vio a la señora Holt conducirte hasta la puerta —se refirió a otra de sus amigas en la escuela.

—Ni te imaginas para qué me citó. ¿Te acuerdas de aquella noche de locos en Normandía en la casa de tus padres? ¿Antes de que Zachary huyera tan molesto por la celada de los Warrington? —Eludió que la razón por la que él huyó como alma endemoniada fue la fuerte discusión que ellos tuvieron después, cuando pudieron quedar a solas, tras irse el médico que curó la herida de Zachary.

Ese pensamiento le trajo aquel recuerdo a la mente.

Zachary había aparecido en su habitación con el brazo vendado. Ella ya estaba en su cama, lista para dormir, pero con el insomnio castigándola. Corrió a ponerse la bata sobre el camisón.

—¿Has enloquecido? Algunos deben estar despiertos aún. Dudo que alguien pueda conciliar el sueño después de lo sucedido.

—Ella se metió en mi cama. No la invité. —Su voz aún sonaba más lenta de lo normal, por los efectos del alcohol. Eso contrarió más a Emily.

—Supongamos que te creo —soltó con el corazón en sus manos —. Incluso, te defendí. La duda siempre volverá a mí. Eres hombre. Mira tu estado. Tal vez, tenías necesidades y decidiste saciarlas con ella que no dejaba de coquetearte.

—La única que puede saciar mis necesidades eres tú, Emily. Solo a ti te deseo. —Se escuchaba desesperado, tan diferente del hombre rudo que le plantó cara a lord Warrington y sus exigencias.

—¿Y si te confundiste? Ella te abrazaba. Estaban casi desnudos.

—No, no. Estaba rendido, dormido. Ella se acostó a mi lado para comprometerme.

—No podré sacar esas imágenes de mi mente. —Estaba a punto de maldecir, tan ofuscada por los celos, tuvieran motivos reales o no. La mínima posibilidad de que él la hubiese tocado con o sin conciencia de lo que sucedía, la exasperaba—. Ahora mismo lo único que deseo es que desaparezcas de mi vista hasta que olvide lo que ocurrió.

—¿Eso quieres, Sirena? —Su desesperación trasmutó en rabia, se veía en su rostro.

—Sí —le respondió de manera impulsiva. No era ella quien hablaba, era su dolor, su ira.

—Haré lo que sea para complacerte —gruñó igual de ofuscado —. No quiero verles las caras a Susette y los Warrington mañana o terminaré cometiendo una estupidez. Tienes razón, lo mejor que puedo hacer es esfumarme en cuanto amanezca.

Emily fue sacada de sus recuerdos por la voz de Charlotte, quien también se había quedado en silencio por unos minutos, reordenando los sucesos de aquella ocasión en su mente. Al siguiente día del incidente, Zachary abandonó la casa y no supieron de él por semanas.

—¿La noche que mi hermano se quemó el brazo y tú dijiste una mentira para salvarlo de casarse con lady Susette? —preguntó al fin, tal y como lo había retenido.

—Sí, esa vez que los encontré en la cama. —Con Charlotte no tenía secretos.

Su amiga negó con la cabeza.

—Mi hermano tuvo mucha suerte de que los ruidos te hayan despertado a ti primero, Em. ¿Te imaginas que los hubiese descubierto en la cama mi padre o los Warrington? Ahora estaría tristemente casado con Susette. Pero, ¿cómo al desvergonzado se le

ocurrió la idea de invitarla a su habitación, si no la quería? Hombres y sus apetitos carnales. —Esas palabras confundieron más a Emily.

—¿Nunca le has sonsacado qué aconteció realmente esa noche? —Hizo una pregunta que hacía tiempo quería plantear, pero que no tuvo el valor de realizar en su momento.

—Le recriminé a mi hermano por su descuido de meterse precisamente con ella. Lo negó hasta el agotamiento, asegura que no supo cómo apareció a su lado. Una parte de mí le cree, él jamás se ha visto envuelto en un lío semejante. No es de los que va por ahí deshonrando señoritas. —Tragó en seco y continuó, era un tema sensible—. Pero, en dado caso que haya ocurrido, podría ser por el alcohol, esa noche Zachary se embriagó a propósito.

—Lo recuerdo. Ebrio se pueden tomar pésimas decisiones. —Emily quedó cabizbaja con las conclusiones de su amiga acerca de lo que pudo ocurrir.

—Zachary bebió para soportar a los Warrington y Susette estaba decidida a seducirlo. Como sea, mi hermano se ha negado a casarse con ella a pesar de la insistencia de mi padre. Al punto de que la posibilidad de compromiso se ha disuelto por completo. Ahora es definitivo, él se lo aclaró en un baile al que ambos fueron invitados. Ella no cesaba de acosarlo. Imagínate, dos años soportando su insistencia. Zachary fue radical, dicen que le gritó que lo dejara en paz delante de algunos.

—¡Qué escandaloso! —Emily sintió que su corazón se paraba—. ¿Por qué no creíste oportuno contarme semejante espectáculo?

La interpelada asintió y después se alzó de hombros.

—No celebro el comportamiento poco caballeroso, pero Susette es más terca que una mula. Los Warrington fueron a plantarle cara a mi padre y han retirado su aprobación con relación al posible compromiso. Supimos que pusieron su mira en otro pez gordo, el hijo de los condes de Cumberland… Y están haciendo los arreglos con esa familia —soltó como si contara un cotilleo muy jugoso—. Mi padre ha despotricado hasta quedar sin aliento. Le ha exigido a mi hermano que tome el control de su situación y no pierda a lady Susette. Por supuesto que Zachary ha festejado la noticia.

—Ahora entiendo todo. Por eso lady Warrington y su hija me han tendido una emboscada, temen que llegue a los oídos del hijo de los Cumberland la indiscreción de Susette. Yo podría hacer que caiga sobre su cabeza su castillo de naipes.

—Totalmente. La noticia ha irritado sobremanera a mi padre. Por una parte, quiere a Susette para Zachary; y por otra, quiere al hijo de los Cumberland para mí. Lo que es descabellado, no soporto a Marcus, y él no me soporta a mí. En fin, mi padre ha sido desafiado por sus grandes amigos los Warrington porque ellos sabían de sus planes de casarme con el susodicho. Papá está de pésimo humor. Está a punto de declararle la guerra a sus amigos de no sé cuántos años. Sus incondicionales. Dice que eligieron a Marcus para molestarlo. No sé cómo acabará todo.

—Hay otra cosa que deseo preguntarte, Charlotte. ¿Tu padre es responsable de mi entrada al colegio? Hasta donde sé, mi madre y mi abuela pidieron el apoyo del Comité de Damas…

El rostro de Charlotte se llenó de asombro por la pregunta inesperada. Tragó en seco, lo que hizo a la otra desconfiar. Tras inhalar con fuerza se dignó a responder:

—Sé lo mismo que tú, Em. Si tuviese más información, te la daría. Pero de mi padre podemos esperar cualquier cosa.

—Lo sé. —Sí, de Blair se podría «esperar cualquier cosa», pero Charlotte parecía esconder algo. Decidió no presionarla porque se veía incómoda—. Tendré que preguntarle a mi familia.

—Por favor, si descubres algo que te disguste no te enojes conmigo. Te lo ruego.

—Jamás lo haría, Charlotte. Sé que lord Blair acostumbra a mover los hilos para salirse siempre con la suya. No importa lo que haga el marqués. En todo caso, si él hubiese pagado mi educación, sería yo la que estaría en deuda. Pero odiaría no saber. Pase lo que pase, para mí siempre serás la amiga sincera, la que me sostendría la mano en la peor de las tormentas, y viceversa.

—Eres como una hermana para mí, Emily.

—Y tú para mí, Charlotte.

Se abrazaron mientras suspiraban. Su amistad había aguantado suficientes pruebas. Se juraron que ningún contratiempo las

separaría.

21

Londres, 3 de febrero de 1874

Y juntas, Charlotte y Emily, continuaron durante aquel curso escolar, mientras se preparaban para la gran prueba. Fue así como llegó el momento que Emily menos esperaba desde que entró en English Roses School: hacer la presentación ante la reina.

Para la nieta de un barón sin mucho poder, cuya madre se casó por debajo de su posición dando un gran escándalo y suscitando rumores, debutar significaba que todas las miradas de la alta sociedad se posaran en ella. ¿La considerarían digna?

Y la pregunta, en realidad, no era esa. A Emily no le importaba si la consideraban elegible o no. Su madre había huido hacía tantos años de aquellos protocolos encorsetados. En consecuencia, no se sentía con la necesidad de suplicar por una migaja, por un sitio dentro de la ingrata y atiborrada escalera social; donde todos se miraban por encima del hombro o con reverencia, dependiendo del título o el apellido que ostentaran.

Emily respiró muy lento cuando descendió del carruaje para recordarse por qué estaba frente al Palacio de Buckingham.

Ganar el Premio Cumberland podría cambiar el curso de su vida. Para acceder al monto de las treinta mil libras que ofrecía, debía vencer cinco retos.

El primero fue el de Bordado, aunque fue una odisea para ella conseguir los costosos hilos y sedas que exigían, gracias al apoyo de Charlotte y la marquesa logró tener un resultado satisfactorio, pero no era suficiente. Había llegado el día de la prueba que consideraba más difícil, y la que más nerviosa la ponía: ejecutar una reverencia delante de Su Majestad, la reina Victoria. El Reto de la Presentación.

Ella, la hija del posadero… En palacio… Frente a la reina…

Aunque mil dedos la señalaran, era la nieta del barón Pendleton y estudiante de English Roses School. Su posición era legítima. El duque de Hayden, dueño del colegio, intercedía ante la reina por las estudiantes que tenían menos posibilidades. Las damas del comité lo respaldaban. De otra forma, dichas alumnas no podrían participar en el concurso, que exigía la presentación como reto primordial.

Emily nunca se sintió en desventaja por su posición. En la escuela pulió sus maneras durante casi tres años, se esforzó como ninguna. Su reverencia tenía que ser impecable, se lo debía a su padre. Quería dejar boquiabiertos a todos aquellos nobles estirados que creían que el linaje determinaba la clase y la educación que un ser humano podía obtener. Se proponía demostrar que, si las personas de ascendencia humilde tuviesen idénticas oportunidades que la élite, se comportarían con la misma elegancia que ellos.

Como su madre llevaba tanto tiempo apartada de la corte, tras el matrimonio desventajoso, su abuela fue la elegida por la familia para acompañarla. La baronesa ya era una persona mayor que se cansaba con facilidad y prefería evitar los largos eventos sociales, pero por su amada nieta soportó el desafío con temple.

Cuando llegaron a una de las salas de audiencias, casi todas las debutantes y sus madrinas ya aguardaban su turno para desfilar ante la reina. Las jóvenes lucían hermosos vestidos, guantes y abanicos blancos en señal de pureza, y tres plumas de avestruz del mismo color adornaban su recogido, como dictaba la etiqueta. En las manos sostenían ramos de flores blancas también. Como muestra de sofisticación y alcurnia portaban las joyas más importantes de sus familias.

Emily agradeció a su abuela por regalarle el vestido. Así como el antiguo collar de cuentas de jade blanco que se cerraba con un delicado broche de oro en forma de flor. Y, aunque su tío, el primogénito, no lo aprobó, su abuela se aferró a dejarle en vida a su única nieta mujer lo que consideraba que le pertenecía.

—El vestido es tan bonito. Nunca tuve algo tan valioso. Está precioso el collar. Abuela, no era necesario —dijo acariciándose los discretos aretes a juego y pensando cómo conseguiría los vestidos restantes para cada uno de los eventos. Sus abuelos le habían

obsequiado tres, incluidos el que vestía. Sabía que hicieron cuanto estuvo en sus manos. Sus padres no podrían costear uno solo de esos.

—Mi niña hermosa, jamás creí que algún día iba a estar aquí contigo para verte debutar —le aseguró conmovida lady Pendleton, sacando a Emily de sus preocupaciones—. Es mi derecho decidir quién se quedará con mi collar de jade, ni siquiera está ligado al título. Tu abuelo mandó a confeccionar ese juego para mí cuando me estaba cortejando con un joyero chino, le aseguró que la piedra jadeíta confería protección a quien la portara.

—Pero mi tío parece apreciarlo, afirmó que deseaba entregarlo a su esposa. Quizás es su legítimo derecho.

—Querida, la esposa de tu tío ya heredará todas mis pertenencias, incluidas mis joyas más costosas. ¿Por qué tienen que disponer también del destino de mis cuentas de jade? Como si Esther no tuviese derecho a nada, quiero a mi hijo, pero reconozco que es demasiado egoísta. Cuando tus padres se casaron y se establecieron muy lejos, le pedí a tu abuelo que respaldara a Raphael. No me importaba que no fuese el elegido por nosotros, ya estaban casados. Y Esther se veía tan decidida y enamorada… Tu tío fue uno de los que se opuso a que tu abuelo le entregara a Raphael la dote de tu madre. La casa adosada, la posada y este juego de collar y pendientes son la dote que le negamos a Esther por casarse sin nuestro consentimiento.

El arrepentimiento marcó el rostro de lady Pendleton, con el dolor de saber que no podía echar el tiempo atrás.

—Abuela… —dijo la nieta con ternura, sintiéndose más que agradecida—. Ya no hable del pasado, lo que importa es que ahora estamos juntos de nuevo, en familia. Algún día mi tío entenderá que la verdadera pobreza no está en las arcas vacías, sino en la soledad, en el corazón frío…

—Mi niña, te ves tan hermosa y eres tan genuina, valiente y bondadosa. Esther y Raphael han hecho una magnífica labor contigo.

—Gracias… —musitó conmovida y se sonrojó un poco, pero aceptó sus cumplidos con amor.

—¿Estás nerviosa, Emily? —le preguntó con ternura.

—Algo… O, en realidad, bastante. ¿Sabrá la reina que soy yo la que servía mesas en la posada de mi padre? Supongo que ya ha sido informada de tal acontecimiento, que la hija de un posadero se ha colado en palacio por la puerta principal…

—Emily… —Le sostuvo el rostro para mirarla a los ojos, con profundidad—. No te negaré que una de las damas de la reina me interrogó. Su Majestad es muy meticulosa y estricta, y fiel al protocolo. Pero expliqué lo mejor que pude tu desafortunada situación… Lady Blair también intercedió por ti.

—Para mí no es desafortunada —interrumpió para defender las circunstancias de su nacimiento y el gran amor de sus padres.

—Lo sé, pero desde la perspectiva de Su Majestad lo es. En fin, sobre lo que te preocupa —añadió con suavidad—. No hay objeción por su parte. Para una monarca siempre es motivo de celebración que una oveja vuelva al redil, y te ha rescatado, querida.

Emily suspiró, su abuela era una persona mayor, no iba a debatir con ella sobre su propio interés de pertenecer o no a ese redil. Preferiría ahora mismo estar en Normandía sirviendo en La Sirène, como si un vendaval no hubiese devastado la vida que conoció antes de arribar a Londres.

—Si usted lo dice, le creo —prefirió contestar para no romper la burbuja de su abuela, quien se veía muy feliz.

—Tienes tanto derecho como las demás de estar aquí. Tal vez serviste las mesas… —carraspeó, era difícil para ella decirlo en voz alta—. Lo que repruebo, pero no te reprocharé por haberlo hecho. Hace tiempo entendí tus razones y admiro tu fortaleza y tu arrojo. Querida mía, por tus venas corre la sangre de nuestros antepasados, es cierto que eres una Grant y reconozco que Raphael es un buen hombre, aunque no poseyera los medios. Sin embargo, no olvides que también eres mi nieta. Tu papel delante de la reina será magnífico porque igualmente eres una Pendleton.

La abuela habló con tal resolución que Emily dejó atrás la duda que trató de minar la determinación con la que llegó: quería ganar el premio.

—Me he preparado para debutar, no la defraudaré —dijo con seguridad.

En ese momento, para Emily era más interesante la posibilidad de ganar el dinero que ofrecía el premio. Si llegaba a casa con esas treinta mil libras, le resolvería tantas necesidades a su familia. Eso le importaba más que competir por obtener una dote, que le diera una ventaja dentro de las ofertas del mercado matrimonial. Sus motivaciones eran distintas a las que tenían la mayoría de las estudiantes de su escuela.

Cada debutante deseaba ganar ese premio para satisfacer una necesidad importante. Lo anterior las colocaba en una posición difícil. Aunque algunas eran amigas y deseaban lo mejor para sus compañeras, también tenían su propia motivación. Si Emily ganaba, tenía la posibilidad de que su padre recobrara todo lo que perdió injustamente. Darles esa tranquilidad le infundía valor.

Sin embargo, no podía pasar por alto que a pesar de que Charlotte estuviese dispuesta a renunciar al triunfo en su favor, para aquella también habría sido un aliciente obtenerlo. Podría liberarse del yugo de su padre que siempre tenía la última palabra y estaba decidido a casarla por conveniencia, con quien él considerara apropiado sin tomar en cuenta los sentimientos de su hija. Para Blair, Charlotte ya había cometido demasiadas equivocaciones y solo le quedaba bajar la cabeza de una vez y obedecer sin rechistar.

Por otro lado, estaba la marquesa de Blair, quien solo tenía muestras de afecto para Emily. Para Charlotte, vencer significaba también salvar a su madre de las garras de Blair. Algo que igualmente era un motivo para Zachary, nunca dejó de observarlo desde las sombras, sabía que él no cesaba de acrecentar su fortuna con la intención de ayudar a su madre y a su hermana para que salieran de la «protección» del marqués.

De nuevo él en sus pensamientos… Aparecía todo el tiempo. Pensar en Zachary era un lujo que no se permitía. Le puso un límite a sus sentimientos desde que lo encontró en la cama con otra.

Trató de concentrarse en la presentación.

Quería tanto a Charlotte que le habría cedido el premio sin pensarlo; no obstante, su amiga era testaruda y creía firmemente

que era la solución para todos los problemas de Emily. Pero olvidaba que no eran las únicas en la escuela.

Había una señorita con muchas posibilidades de ganar: Florence Fairbairn, era la mejor estudiante de English Roses School. La joven destacaba en todo lo que se proponía y, seguramente, desde el juicio de las maestras, era la que más posibilidades tenía. Y Florence también poseía razones para luchar, era un secreto a voces en el instituto —justo como el de Emily—. La fortuna de su familia había venido a menos y necesitaba una dote para casarse tanto como respirar. Los Fairbairn dependían de que Florence hiciera un buen matrimonio.

La rival más fuerte para la favorita de las docentes era sin duda, lady Valery Belcher, la hija del duque de Richmond. Cabía resaltar que tenía dos tías muy poderosas: la señora Sable, profesora de Bordado y Costura, una de las maestras con más poder en el colegio. Y, nada más y nada menos, que el pez más gordo: lady Cumberland, la condesa cuyo título le daba nombre al prestigioso certamen. Justo porque fueron los fundadores de la distinción. Lady Valery era competitiva, sería duro ganarle.

Y no eran las únicas, también estaba la favorita de las estudiantes: su querida Ettie, lady Henriette Montagu. Una amiga que ella y Charlotte hicieron y a la que estimaban bastante. Poseía una voluntad inquebrantable. Aquella también deseaba ganar para demostrar su capacidad y poder realizar sus sueños. Sueños que Emily aprobaba. Ettie escribía desde hacía largo tiempo y era talentosa. Con el monto del premio podría dedicarse a lo que más amaba en la vida.

Charlotte con un vestido vaporoso captó su atención sacándola de sus reflexiones, y la vio abandonar a su familia para acercarse.

—Querida, te ves radiante —le dijo con afecto.

—Luces hermosa, amiga —le correspondió y no supo por qué volvió a mirar al sitio que abandonó Charlotte.

Él estaba ahí. «¡Por Dios», pensó al verlo… Entre tanto alboroto con los preparativos de la presentación olvidó que cabía la posibilidad de un reencuentro.

Emily miró fugazmente a Zachary que estaba distraído, al lado de la marquesa, quien sí la notó. Marianne le sonrió con afecto, a diferencia de Blair que decidió ignorarla.

Encontrarse con él la perturbaba. Justo cuando había logrado calmar la agitación de sus pensamientos. Su presencia iba a arruinar su debut. Y, aunque aquel aguardaría afuera de la estancia principal, verlo con los labios apretados y expresando mil palabras silenciosas a través de su mirada, le heló la sangre en el momento más inoportuno.

Cuando Zachary descubrió que era blanco de la atención de Emily, la varonil boca esbozó una media sonrisa social que respondía al sitio donde se encontraban. Sin embargo, sus dos zafiros… ¡Por el Creador! Sus dos profundos y tormentosos océanos no quisieron disimular.

El tiempo se detuvo para los dos.

Emily sintió que se estaba muriendo por dentro de tanta agonía. Los movimientos ensayados muchas veces para su reverencia comenzaron a borrarse de su memoria. Lo único que conseguía era agitarse por él.

Zachary quiso caminar también en su dirección… ¿Pensaría saludarla?

Pidió clemencia al cielo, no iba a poder soportarlo. ¿Cuánto tiempo se dedicó a esquivarlo? Y allí no parecía tener escapatoria. Siempre buscando pretextos para rechazar invitaciones donde podrían coincidir.

—Mi hermano viene hasta nosotras. Por un motivo u otro hace tanto tiempo que no se ven. ¿Desde Normandía? —murmuró Charlotte reflexiva. Siempre estaba tan centrada en sí misma que no se percataba de ciertos eventos, lo que jugaba a favor de Emily—. Eso tenemos que remediarlo cuanto antes. Por el Altísimo, si eran los mejores amigos, tanto que hasta me daban celos. Celos de ambos debo decir. A veces temía que él prefiriera tenerte como hermana o que tú lo prefirieses como amigo antes que a mí.

—Oh, Charlotte, no digas tonterías —la sermoneó. No obstante, su mayor concentración estaba en ese hombre que caminaba

orgulloso hacia ellas. Dos años trajeron cambios importantes en su físico.

—Pero no, creo que me molesta más que piensen que crecer y las responsabilidades de adultos hayan terminado por alejarlos. Debemos volver a ser los tres mosqueteros —continuó sin percatarse de la tensión de Emily, mientras admiraba la pulsera de diamantes, ligada al título de Blair, que su madre le permitió usar ese día.

—Jamás fuimos amigos, Charlotte. Solo lo aprecio porque es tu hermano, de lo contrario, nada nos uniría. Una dama no es amiga de un caballero —musitó una de las tantas enseñanzas que aprendió en el sofisticado colegio.

—No seas mentirosa, Em. —Buscó su mirada, y Emily dejó de observar a Zachary—. Sé que el estirado de mi hermano te agrada tanto como yo. Jamás has creído en ninguna de esas patrañas que nos enseñan en la escuela. Tú y yo solo lo repetimos para encajar. Oh, mira quién ha tenido a bien honrarnos con su presencia.

Los latidos del corazón de Emily se descontrolaron ante el aviso, más cuando Zachary se plantó frente a ella y se humedeció los labios antes de pronunciar la primera palabra.

—Sirena. —Tuvo la osadía de llamarla así, con la voz más grave todavía que la última vez que estuvieron juntos. Detectó un matiz de ironía en su tono—. Pareces una dama y te ves bonita con ese vestido.

Emily tragó en seco. ¿Qué tanto deporte practicó Zachary? Lo veía más alto, más fornido, la mandíbula más afilada y, en general, las facciones endurecidas. Ahora sí parecía un rudo escocés de las Tierras Altas. No pudo evitar mirar hacia el brazo que sufrió quemaduras en el pasado, llena de curiosidad. Pero lo cubría la manga y un guante blanco enfundaba la mano. Así que no pudo verificar en persona las cicatrices que quedaron y de las que Charlotte le contó. Suspiró con preocupación, aunque sabía que era un hombre fuerte y que se había recuperado.

—Zachary, compórtate —bromeó Charlotte, encantada de verlos recobrar la complicidad de antaño. «¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que hablaron?», volvió a preguntarse. Sintió que

algo le estaba pasando por alto, y odió darse cuenta hasta ese momento.

—Lord Moray… —La frialdad de Emily sorprendió a Charlotte, que hacía el recuento mental de las tantas ocasiones que su amiga rechazó sus invitaciones. Jamás los visitaba cuando sabía que Zachary estaría presente. Él solo hizo un gesto de enfado al escucharla.

—¿Lord Moray? ¿Cuándo dejó de ser Zach para ti? —interrumpió Charlotte sintiendo que había quedado en medio de un fuego cruzado.

—Ya no vivimos en Normandía. Es mejor respetar la etiqueta. Además, estamos en el Palacio de Buckingham —les recordó Emily. No obstante, el témpano gélido en que se convirtió era solo en apariencia. En realidad, solo su rostro estaba cubierto por una finísima capa de hielo que, si se rompía, dejaría expuesto la verdadera razón de su reclamo: la más febril emoción.

—Solo me acerqué para saludar y desearte suerte, Sirena —desafió el varón con tono arrogante, negándose a tratarla con la indiferencia que ella lo estaba haciendo—. Estoy por creer que rehúyes de mí. Más de dos años sin verte.

—¿Mas de dos años? —balbuceó Charlotte también sorprendida por la habilidad de su amiga para escabullirse y comenzó a sacar conclusiones. Era el mismo tiempo que Emily llevaba alejada de Blair, tampoco había vuelto a coincidir con su padre. Solo aceptaba invitaciones cuando el marqués estaba de viaje. ¿Culpaba de algo a su progenitor? ¿Algo relacionado con la ruina de su familia en Normandía? ¿Qué tanto sabía? ¿Atribuía la crueldad de su padre a Zachary? Era imposible que creyese en la bondad del corazón de su hermano, cuando era sabido por todos que se ocupaba de gran parte de los negocios del marquesado. Por Dios, que la animadversión no la alcanzara también, ella era inocente.

Las amplias puertas se abrieron y las jóvenes se posicionaron para desfilar ante una de las monarcas más poderosas del mundo, dejando de lado las suposiciones.

Emily se alineó junto a las demás debutantes. La sala parecía encogerse a su alrededor y, por un instante, el aire se volvió tan

denso como la seda de su vestido. Debía esforzarse y coordinar sus pasos o el maremoto que Zachary provocó en sus venas con su sola presencia, la haría tropezar con los bajos de su falda o la enorme cola de su atuendo.

Cerca de ella estaba lady Valery Belcher, quien tuvo su turno primero. La dama parecía esculpida en mármol, tenía la espalda erguida, el mentón alto y los diamantes titilaban en su cuello. Como si supiese que coronarse como la joya de la temporada siempre estuvo en su destino. En cambio, ella solo podía aferrarse a su ramo de flores para que nadie notase que su atención no estaba en el rostro inquisidor de la reina, sino en el hombre que había visto otra vez y al que llevaba toda una vida amando.

Se armó de valor y dio el primer paso. Un silencio casi litúrgico llenó la estancia. Más que estar en una presentación, se sintió enjuiciada por decenas de nobles que ya habían decidido quién era ella.

Sin embargo, por sus padres, estaba resuelta a no rendirse o flaquear. Ni por la reina, menos por su séquito de adoradores. Tampoco, porque un Zachary más apuesto y maduro se hubiese plantado ante ella restregándole en la cara que era inolvidable, que por más murallas que Emily intentara erigir entre los dos, no lograría sacárselo del corazón.

Emily caminó con la gracia aprendida, sumada a la natural y, por un instante, se sintió como un pez en el agua. Su abuela tenía razón, aunque era la hija de Raphael, también lo era de Esther. Desfilar entre aristócratas, y detenerse para hacer la reverencia de la corte delante de la reina, no fue tan intimidante.

La hacía estremecer más, pensar en el escocés de mirada taciturna.

Con una pierna doblada detrás de la otra y la cabeza baja levemente, ejecutó con elegancia el acto para el que fue convocada. La monarca hizo una breve inclinación de cabeza, que Emily no esperó, era un gesto que no se daba con ligereza. Era como si le diera la bienvenida de nuevo al reino, como si aprobara su regreso a la sociedad.

Su Majestad la contempló unos segundos y con una tenue sonrisa que no terminó de florecer en sus labios, dejó de prestarle atención para concentrarse en la siguiente debutante.

Por un segundo, las emociones se desbordaron en su pecho. Retrocedió sin darle la espalda a la monarca. Y al salir se separó del resto hacia un balcón muy alejado, para refugiarse de las miradas de los asistentes y poder recobrar el aliento.

En su atropellado camino, en medio de la turbación, se tropezó otra vez con Zachary que salió de la nada. Parecía que aquel no le quitó los ojos de encima y aguardó para quedar a solas con ella. Agradeció para sus adentros que nadie estuviera a su alrededor.

—Magnífica ejecución, Emily, como la haría la esposa de un conde. ¿Su Majestad hizo una breve inclinación de cabeza o fue solo mi impresión? Tan delicado como el aleteo de una mariposa, pero ahí estaba. Felicidades, *mon cœr* [12]—la llamó «mi corazón» en francés, el idioma que tanto practicaron juntos y que ponía de buen humor a Emily. La pronunciación de él siempre era castigada por las bromas de ella, con las que ambos reían hasta dolerles el estómago. Pero no esa vez.

—Lord Moray… Ahora solo inglés, por favor. Y no me casaré con un conde. —Era el título de cortesía que él ostentaba, a ella no le pasó desapercibida su insinuación. Como tampoco a él le pasó por alto que el pecho de la señorita subía y bajaba agitado. No era por el esfuerzo de la breve caminata, era por la agonía que suponía tenerlo a escasos centímetros de su cuerpo.

—Zachary —exigió que dejara de tratarlo como a un extraño. Sus mejillas se colorearon ligeramente de carmesí por la impaciencia que lo devoraba. No podía disimular que la emoción contenida también lo aniquilaba por dentro.

—Zachary —articuló con la mandíbula apretada—. ¿Pretendes que demos un escándalo en palacio? Mi esfuerzo por hacer la reverencia en el ángulo exacto acabaría opacado de inmediato.

—No, *mo chidhre*[13], es solo que te has vuelto inaccesible para mí, y hay muchas cosas que aún debemos hablar. No sé si tenga otra oportunidad. —Se acomodó un rebelde mechón que se escapó

de su peinado y que no dejaba de molestar. Desafiándola, había vuelto a llamarla «mi corazón», ahora en gaélico escocés. Esa lengua que continuaba grabada en su alma, a pesar de que durante algún tiempo fue prohibida.

—¿Cómo me llamaste?

Él, con el rostro vehementemente enamorado, dio un paso hacia ella, como si hubiese olvidado el sitio donde estaban y las maneras a las que se debían. Zachary comenzó a respirar con marcada agitación. Parecía que de un momento a otro iba a desafiar toda norma implícita para estrecharla entre sus brazos y reclamarle el beso que su boca demandaba.

—Tendrás que averiguarlo por tu cuenta —soltó aún más desafiante, no estaba dispuesto a que ella le dijera qué podía o no sentir. Sin embargo, aún era un caballero. Aunque fuese muy notorio que se moría de ganas de besarla en la boca, no acortó la distancia entre sus torsos y no selló sus labios con los de ella.

—Por supuesto que lo haré si logro pronunciarlo. *Mo chi-dhre* —repitió con dificultad y ahora fue él quien se burló de su osadía.

—Sí que lo soy, Sirena.

—¿Te gusta? ¿Te divierte? —le reprochó altanera.

—Me encanta que me llames «mi corazón», aunque tu acento deja mucho que desear. —Por fin le reveló el significado, quería verla sonrojarse de frustración, un privilegio que decidió no dilatar—. ¿Es que Charlotte no te ha enseñado nada?

—Eres… Eres… —Llenó los pulmones de aire y se guardó los improperios que se apoderaron de su mente para amonestarlo por su insolencia. Después de cómo acabó lo que, realmente, nunca empezó. ¿Cómo se atrevía a hablarle en esos términos y acorralarla en un sitio donde estaban muy expuestos? Algún día se los soltaría con todas sus letras: ¡Descarado! ¡Sinvergüenza! Suspiró exasperada, aunque traicionara por un segundo su educación. Acto seguido, se llenó de valor para proseguir—: Creo que fui muy clara la última vez que hablamos, ahora no hay nada más que conversar.

—Soy inocente, no tuve ni tengo relación o trato alguno con lady Susette. Si ya no me quieres en tu vida, lo acepto; pero es justo

que me dejes limpiar mi nombre. —La firmeza en su voz la atravesó como una lanza, la necesidad en sus ojos era incuestionable.

—Tu nombre no está relacionado con ningún escándalo, lo que ocurrió en Normandía se quedó allí. Nadie ha abierto la boca.

—La única que me interesa que me crea eres tú, Emily. Nos di un tiempo, *mo chidhre*, pero aún sigo sintiendo la misma emoción cuando te veo. Y créeme que la distancia entre los dos ha sido cruel. Si aún sientes algo por mí, acepta que tenemos que hablar.

—No soy conveniente para ti, Zach. Eres el heredero de un marquesado, mis padres están arruinados. ¿Sentarías a Blair y a mi papá en la misma mesa para una de esas cenas rimbombantes a las que estás acostumbrado? ¿O te imaginas a Blair departiendo con mi padre en su posada? —se desbordó con una sinceridad apabullante, él estaba a punto de sellarle la boca con un beso. Era una verdad que no deseaba escuchar—. Incluso, si ganara el Premio Cumberland y me dieran la estupenda dote no la usaría para casarme contigo por más que te ame. Oh, por Dios, por más que te ame —murmuró bajando un poco la guardia y sus ojos se anegaron de lágrimas. Se sentía agotada, eran muchas emociones para un solo día.

—¿Me amas? —No disimuló que aquella confesión lo estremeció por completo.

—Por favor, Zach… —No podía repetirlo, no quería asumir que algo tan importante salió de su boca.

Él inspiró fuerte y dejó de acorralarla. Trató de hacerla sentirse cómoda otra vez, como fue siempre.

—Sé que le entregarías el dinero a tus padres para que volvieran a levantarse, Em. Te conozco, no eres una persona egoísta. Y, por eso mismo, también te amo… No he dejado de amarte ni un solo instante.

Los dos se quedaron congelados un par de segundos, se acababan de revelar que se amaban… Y, a pesar de que no fue de la forma más habitual, fueron tan honestos consigo mismos y entre sí, que necesitaron asimilarlo.

Él posó su mano sobre el antebrazo de Emily, le dolía su tormento. Se moría por abrazarla, por refugiarla en su pecho, por

calmarla. Estuvo a punto de susurrarle al oído que iba a protegerla, que todo estaría bien. Pero ella se adelantó.

—No soy para ti, Zach. Por mil razones… Y mi origen humilde es solo la primera de la lista.

—Opino totalmente diferente.

Él acortó la distancia para besarla, sus brazos comenzaron a rodearla… Ella bajó la guardia. Expectante. Obnubilada por la pasión. Un ruido a lo lejos los alertó y Emily se alejó con brusquedad, secándose las lágrimas, sintiendo los latidos del corazón en la garganta. Al girar uno de sus pendientes se cayó sobre el mármol con un tintineo suave. No lo notó. Caminó en dirección opuesta con determinación, aunque estaba al borde del colapso, dejando un vacío inmenso entre los brazos de Zachary.

Él la contempló hasta que desapareció tras unas columnas. Entonces se agachó para recoger el arete. Una pequeña flor de oro con una piedra de jade en el centro, tan delicada y dulce como su querida Emily. La guardó en uno de los bolsillos internos de la levita, cerca del corazón.

22

Moray Gardens, 6 de febrero de 1874

Zachary despertó más temprano de lo habitual y abandonó el lecho. Llevaba el torso desnudo porque durante la noche le bastaban las mantas para calentarse. Así que el frío lo recibió cortante, pero aguantó. Se acercó a los ventanales y descorrió las espesas cortinas con una sola intención: asegurarse de que el cielo estuviese despejado. No podía permitirse lluvia.

Esperaba que se mantuviese así. Tendría una reunión en sus jardines en los próximos días y se arruinaría si se desataba un chaparrón.

Su ayuda de cámara llegaría de un momento a otro para prepararlo y, después, un lacayo le traería café, una manzana, unas lonchas de jamón, queso blanco y pan. Desayuno que disfrutaría con sus periódicos recién planchados, el *Times* no podía faltar.

Pero, en ese momento, estaba más interesado en una publicación que no solía leer a menudo, que iba relatando paso a paso lo que sucedía con el concurso en el que participaban las debutantes de English Roses School.

Quería enterarse de la última nota para ver si había noticias del concierto de ayer en el invernadero de los marqueses de Bloodworth. Su hermana y Emily tocaron el piano juntas. Y, aunque quiso asistir para volver a tener una oportunidad de quedar a solas con Emily, se abstuvo porque sus negocios lo llevaron en ferrocarril a Newmarket en Suffolk. Firmó el contrato para establecer un criadero filial allí. Una extensión del nuevo *stud* privado que estaba a punto de inaugurar a las afueras de Londres, colindante con su propiedad.

Unos toques en la puerta anunciaron al ayuda de cámara, que venía sin los diarios.

—Buenos días, milord.

—¿Los periódicos? —No se anduvo con rodeos.

—Oh, disculpe, milord, cambio de planes. Están en el comedor. Me tomé el atrevimiento por la visita de su señoría, su padre ha venido para desayunar con usted. Pensé que estaba enterado.

Zachary hizo un gesto de desagrado, tenía la mañana muy ocupada antes de la fiesta del té a la que había sido convocado por su madre. Su padre solo lo retrasaría. Y, aunque no era muy afecto a ese tipo de eventos sociales, donde las damas se extendían en temas insustanciales sin dar tregua, su hermana requirió de su auxilio.

El cuarto reto del Premio Cumberland era Etiqueta y Conversación. Los caballeros solteros de las familias de las debutantes debían asistir. Las señoritas requerían ejemplares del sexo opuesto con quienes poner en práctica lo aprendido en su exclusivo colegio. Él no dudó en aceptar, sabía que Emily iba a participar.

—¿Desea que regrese más tarde, milord? —preguntó el ayuda de cámara al verlo quedarse reflexivo por unos instantes.

—No, desayunaré con mi padre. Me da curiosidad saber los motivos de su presencia en mi casa.

En breve, Zachary estaba acomodado en su amplio comedor con su padre, quien ya devoraba el *Times*.

—No esperaba tu visita. ¿Qué te trae a Moray Gardens?

—¿No puedo simplemente tener deseos de desayunar con mi primogénito? No quiero que sientas que mi atención solo está puesta en Charlotte.

—Créeme que no me afecta. —Hizo un gesto de fastidio, su padre era insufrible—. Mi hermana está debutando, lo que tanto querías. Es justo que le brindes tu apoyo.

No se dijo más y Blair continuó disfrutando de los alimentos y leyendo su periódico. Zachary decidió imitarlo. Estaba seguro de que había algo más, pero a su progenitor le gustaba tomarse su tiempo.

Entre otros diarios como *The Sporting Life* y *Bell's Life in London*, sus lecturas habituales, Zachary prefirió elegir *The Golden Gazette*. Suspiró de alivio tras leer. Una línea enaltecía la interpretación de Emily y Charlotte en el Reto de Música.

Los hombres comieron en silencio leyendo las noticias y cuando estuvieron satisfechos, Blair reanudó la conversación.

—Me dijo tu madre que las acompañarás a la fiesta del té. Muy bien hecho. Tu hermana debe saber que cuenta contigo. Tu presencia alertará a los futuros pretendientes de que Charlotte tiene el respaldo del título. Marcus Banes, el hijo de los Cumberland, asistirá. Preséntale a tu hermana.

—Jamás me ha agradado, ¿por qué ahora sería diferente? Y hasta donde sé lo han visto cercano a lady Susette, creo que la pretende.

—Eso presume lady Warrington, pero no se ha concretado. Los Cumberland no se oponen. Sin embargo, lady Susette aún no ha dado una respuesta positiva. ¿Qué le hiciste a esa dama? Se rumorea que no te olvida. No creo que Marcus esté de acuerdo cuando sepa los motivos por los que lo rechaza. Una nueva debutante, Charlotte, podría persuadirlo de cambiar la mirada hacia pastos más verdes.

—¿Por qué te aferras a ese caballero?

—Relaciones. Los Cumberland poseen una reputación intachable y están muy bien conectados.

—Papá… —Hizo una pausa para soltar una exhalación—. Charlotte ha indicado en varias ocasiones que Marcus no le interesa. Si lo que buscas es un soldado que cumpla tus órdenes, apostaste al hombre equivocado. No convenceré a mi hermana de que ese caballero es una buena opción. Ha sufrido bastante, merece ser feliz. Marcus la sumiría en un matrimonio tan detestable como el… —No terminó la frase, pero quería agregar: «como el tuyo y el de mi madre».

—No sigas con eso, soy tu padre y solo por ese hecho me debes respeto. No te entrometas en los asuntos míos y de tu madre. Ella ha elegido vivir conmigo en Blair House, tú ya le ofreciste tu hospitalidad.

No le contestó, pero sabía que Marianne lo hacía por Charlotte. Tal vez cambiaría de opinión en cuanto su hermana hiciera un buen matrimonio. La marquesa pudo justificar tener vidas separadas

mientras residía en Normandía, por las mismas razones que muchos se retiraban allá, por el aire marino.

Sin embargo, en Londres no le quedaba más remedio que vivir bajo el techo de Blair. Al menos hasta que su hija se hubiese casado y ya no le hicieran daño los rumores que suscitaría la separación de los marqueses.

—He terminado de comer y debo salir. Tengo asuntos que atender, incluidos reunirme con el arquitecto que diseñará la remodelación de nuestro hotel más antiguo.

—Oh, ¿tienes tiempo para ello? Creí que tu prioridad ahora eran los caballos —soltó con ironía—. Has malgastado toda tu fortuna en ese negocio con ese montañés, el primo de tu amigo. Espero que no te lleve a la quiebra.

—Tampoco te permito que te inmiscuyas en mis asuntos, no te he pedido dinero para mis negocios.

—Por supuesto, si todo sale mal, siempre podrás heredar la fortuna de papá…

—La fortuna que engroso desde que despierto hasta que anochece, y de la que no toco un penique para mis asuntos. Mientras, tú te dedicas al Parlamento, a tus relaciones… —Iba a agregar a sus queridas y sus maquinaciones para controlarnos, pero Blair lo entendió sin necesidad de ser explícito—. Como sabes, no estoy cruzado de brazos, persevero en servicio del marquesado de Blair.

—Creo que es hora de terminar el desayuno. Ambos estamos muy ocupados y, al parecer, esta discusión hoy no nos conducirá a ninguna parte.

—Es lo más sensato que te escuchado decir.

Sin más se despidió de su padre con un gesto frío. Afuera el cochero ya lo esperaba.

Tras encargarse de varios asuntos de negocios, y su habitual comida semanal en White’s con su mentor: Norfolk, tradición que instauraron en los dos últimos años, continuó a lo siguiente en su agenda del día.

Su carruaje pasó primero por Blair House para buscar a su madre y a su hermana, ambas lucían bellas y Zachary las llenó de elogios. Adoró ver la sonrisa en los labios de Marianne, a la que su esposo jamás dedicaba halagos. Charlotte, en cambio, solo le dio un codazo cuando le dijo que se veía preciosa con ese vestido.

Los hermanos llegaron a Primrose Palace emocionados. Charlotte vislumbraba la diversión. Tantos solteros reunidos, lo último que deseaba era casarse, pero conversar y tener un rato de esparcimiento le venía fenomenal. Zachary, por su parte, llevaba en el bolsillo de su chaqueta el pendiente de jade con la esperanza de que fuera el pretexto perfecto para quedarse un rato a solas con Emily. Lo tocó por encima de la tela, planeando cómo podría entregárselo.

—Es una pena que las prímulas por las que es famosa la propiedad del duque de Norfolk sigan dormidas. ¿Cuándo llegará la primavera? —Charlotte suspiró decepcionada. Su hermano le había hablado de la cantidad inmensa que tenían y de sus vivos colores.

—Podemos visitar a los duques cuando florezcan, siempre hay un motivo para reunirme con su excelencia. Además, la duquesa es encantadora, aprovecharé la ocasión para presentarlas.

Marianne asintió, tampoco conocía a la esposa del duque; antes de irse a Normandía compartió en algunas veladas con su primera esposa, la que había fallecido. Así que era una oportunidad también para ella de ser presentadas. El duque cumplió la promesa que le hizo años atrás, siempre veló por ellos.

Zachary inspiró con fuerza al llegar al amplio salón decorado con rosas y frutas exóticas. Una majestuosa lámpara de araña colgaba del techo, hechizando a los presentes con el susurro producido por el roce de las lágrimas del cristal de roca.

Los Moray se sorprendieron mucho, el palacio estaba atestado. No solo las concursantes engalanaban la recepción, también sus madres; así como caballeros.

Zachary no tardó en ver a Edward Raleigh, no imaginó encontrarlo en su papel de soltero disponible, se rumoreaba que el doctor solo vivía para sus estudios y jamás escuchó que se relacionara con dama alguna.

Se saludaron con un gesto cordial. Sus paseos semanales a caballo con el médico en Hyde Park y sus desayunos después en algún sitio de moda, ofrecían un respiro frente a sus tribulaciones. Al ser hermano de un conde, gozaba de prestigio entre debutantes y sus madres. Aunque no poseía un título, tenía buenas conexiones y se murmuraba que su abuelo materno le dejó una herencia significativa.

—Raleigh, ¿tampoco pudiste escapar? —Con el tiempo se volvieron amigos.

—Mi tía, lady Abbott, es una de las organizadoras de esta feria de la tortura. ¿Crees que me dejaría salir impune?

—He escuchado de tu tía. Me sorprende que aún sigas soltero.

—Me las ingenio para mantenerla ocupada. Por suerte, tu madre vivió tanto tiempo en Normandía que no ha sabido de los talentos de casamentera de mi tía, o ya la habría consultado para conseguirte una esposa.

—Mi madre es tan diferente a la mayoría. Bueno, hemos hablado mucho de ella. Debo añadir que nunca me ha presionado con el matrimonio. Es tan respetuosa del espacio y de la intimidad.

—Qué suerte tienes. La mía se ha aliado con mi tía.

Rieron con complicidad. Edward era un hombre sensato, le agradaba y hasta cierto punto, sentía una cercanía fraterna cuando podía desahogar sus preocupaciones sin sentirse juzgado. Norfolk tuvo mucho tino al recomendárselo.

Al que sí no vería, sería al duque. Ese mediodía en White's le advirtió que, aunque su esposa cediera el palacio para el evento de las señoritas, no participaría. Justo en ese momento tenía una reunión de negocios en su estudio.

No tardó en divisar a Emily, Charlotte y ella se aproximaron para saludarse. Él, como acompañante de su hermana, quiso hacer lo propio. Cailean, sin darse cuenta, se lo impidió. Tras percatarse de su llegada, caminó hasta él.

—Amigo mío, hemos sido sacrificados como ganado al matadero. No sabía que pensabas casarte —bromeó con total desparpajo. Le divertía estar en una fiesta para el té con él.

—Entonces me conoces menos de lo que imaginaba. No pongo objeciones al matrimonio si es con la dama correcta —dijo muy serio sin bromear. La vista de Zachary estaba fija en Emily. Trató de disimular su mirada o lo delataría delante de la élite congregada. ¿Cómo fingir que cada fibra de su cuerpo no se estremecía al tenerla tan cerca? Observaba a la dueña de su corazón sonriendo y conversando con su hermana.

—¿Nos pondremos serios? En ese caso confieso que, con la dama correcta, hasta yo me casaría —aceptó también. A veces el sarcasmo era una buena máscara para disimular que no dolían tanto los inconvenientes que no tenían solución.

—¿Y tú por qué estás aquí? No tienes hermanas debutantes.

—Florence Fairbairn, la ahijada de mis padres —señaló con el gesto a la tímida y pequeña señorita que conversaba con la hija de los duques de Richmond, lady Valery.

—Oh, claro, la señorita Fairbairn. Supongo que es como una hermana para ti y has venido como muestra de la representación masculina de su familia —sostuvo Zachary con los ojos entrecerrados y después inclinó la cabeza. Zach era muy bueno interpretando los silencios, los gestos. Fue una secuela de un pasado en el que escuchaba más que hablar—. Aunque siendo prácticos, que es lo que importa ahora, para nada es tu hermana…

—¿Qué quieres decir? —Cailean quedó todavía más circunspecto. El tema en discusión no lo dejaba burlarse de los otros caballeros como ellos, que pronto serían enlazados por el cuello por una experta casamentera—. Yo… Florence… ¿Qué insinúas?

—Dime tú, ¿qué debería insinuar? Porque es tan claro como el agua.

—Por un demonio, creí que disimulaba mejor. —La expresión de Cailean, como si le hubiese descubierto la peor de las faltas, hizo que Zachary tuviese que reprimir una carcajada. Nunca lo vio en tal tesitura—. Espero que… te lo guardes, canalla.

—Tranquilo. —Su risa explotó, ganándose una que otra mirada reprobatoria de alguna de las damas del comité—. Disimular no se te da tan mal. Pero conmigo no es posible. Demasiado tiempo

conociéndote, Laird. Cambiando de tema. ¿Viste quién está aquí? ¡Qué maldito asco!

Los dos miraron en dirección del heredero de los Cumberland, era uno de los partidos más cotizados y ellos no entendían la razón. Llevaba más de cinco temporadas llenando de esperanzas vacías a las solteras, galanteando con unas y otras, pero jamás se casaba. Se murmuraba que había mancillado a más de una, y que su posición lo ayudó a librarse de las consecuencias.

—¿A quién se le ocurre invitar a ese detestable personaje a una fiesta del té para inocentes debutantes? —Su comentario al azar parecía sarcástico, pero les hizo a ambos recordar que tenían a tres señoritas entre las convocadas que eran importantes para ellos: Florence para Cailean, Charlotte y Emily para Zachary—. Espero que no perjudique a ninguna.

—Lo mato. —Zachary contempló con más desprecio al aludido.

—Antes lo mato yo. Puedo hacer el trabajo sucio por mí o incluso por ti, si toca a una de tus…

—No se atrevería —murmuró con suficiencia, como quien sabe que inspira temor en sus enemigos.

Sus miradas se volvieron más sedientas de justicia que nunca. Estaban de acuerdo por completo.

—Todo está mal en esta recepción —reveló Cailean que confiaba en él sin reservas—. A excepción de los anfitriones, tus amigos los duques de Norfolk, quienes, seguro, no saben a qué gentuza le ha abierto las puertas.

—Norfolk es más hábil de lo que imaginas, siempre tiene a los enemigos comiendo de la mano. Se mueve en canales menos públicos que los nuestros para mantener a raya a la escoria.

—Los Cumberland y los Richmond son tan desagradables. Mi padre no los soporta. —El conde de Kennox, padre de Cailean, era un hombre reservado para quien el honor era primordial y no tenía en su círculo personas de dudosa moral.

—Y ellos no soportan al mío, pero a Blair no le importa si puede sacarles provecho.

Zachary observó a su madre ser «asaltada» de inmediato por lady Cumberland. La estaría saludando, la consideraba una hipócrita.

Pero no se preocupaba por Marianne, ella sabía cómo lidiar con ese tipo de personas.

—Te diré lo que opino del premio. —Cailean volvió a la carga. Su mirada también estaba fija en la condesa de Cumberland, que parecía una directora de orquesta yendo de un sitio a otro, para cerciorarse de que sus demandas fuesen cubiertas—. Como sabes, Florence es muy amiga de la sobrina de los Cumberland. Y resulta que los condes han instaurado el concurso con un solo propósito: sueñan con controlar la escuela para señoritas, propiedad de los Hayden.

—¿Qué estás diciendo? —Zachary prestó atención a la conspiración que le relataba Cailean. Le interesaba. Todavía más, si su padre seguía creyendo de manera obstinada que el primogénito de los Cumberland era el mejor partido para su hermana.

—Quien domina la escuela tiene la red de espías más agradecida de Inglaterra —observó el pelirrojo, enarcando una ceja —. Muchas señoritas de cuna noble pasan por sus aulas. Y, después, se convierten en las esposas de los parlamentarios con más jerarquía. Según lady Valery, por esa razón la aristocracia respeta tanto a los Hayden. ¿Quién controla la admisión a English Roses School? En sus manos está influenciar al resto de los exponentes más poderosos de la nobleza, sobre con quienes se deben casar. Por eso, los Cumberland no se quedaron atrás, se les ocurrió ese premio dotado de muchas libras para apoderarse de un trozo grueso de esa tarta.

—Según la información obtenida por la ahijada de tus padres, ¿por eso los Cumberland fundaron el premio?

—Oh, sí. Y yo lo creo. Muchas *ladies* con familias casi arruinadas han ganado y conseguido una dote para acceder a un buen matrimonio con un par del reino.

—Pues, sí. Lo que cuentas granjea el agradecimiento de ciertas familias bien conectadas, y mi padre debe estar al corriente. Seguro, es la razón por la que desea emparentar con los Cumberland. —No quiso añadir que era tan retorcido como aquellos.

—Las Damas del Comité presionarán al jurado para que elijan a quienes ellas decidan. Solo les importa el linaje, la sangre… Unieron

esfuerzos para que las hijas de nuevos ricos no sigan colándose en los círculos de la aristocracia. Y al final, Hayden-Cumberland usan el jurado para fines más siniestros relacionados con la política, el dinero, el poder…

—Entonces Emily no ganará. Pobre sirena mía —dijo entendiéndolo. Su furia fue mayor contra quienes jugaban con los sentimientos de la mujer que amaba.

—No siendo hija del señor Grant. Lo lamento —agregó con sinceridad—. Florence podría ganar. Sus padres están arruinados, pero ambos tienen un árbol genealógico acorde a los intereses del Comité de Damas. No te ofendas por lo que diré a continuación… Aún no entiendo por qué admitieron en la escuela a la señorita Grant, si esas mujeres son como gárgolas disfrazadas de samaritanas.

—Yo lo sé, pero ahora no puedo hablar de eso… Te lo contaré mañana en nuestra práctica de críquet, amigo. —Zachary estaba muy decepcionado. Tanto, que lo único que deseaba era tomar por las solapas a cada uno de los cabecillas del plan retorcido y sacarlos de la recepción.

23

Tras las revelaciones de Cailean, Zachary se juró que su hermana jamás desposaría a Marcus. ¿Cómo era posible que su padre quisiera casar a Charlotte con ese granuja? Un hombre sin escrúpulos, acostumbrado a deshonrar a jóvenes para después dejarlas a su suerte, con la seguridad de que su madre taparía sus pérfidas acciones.

Se despidió de su amigo que se encaminó a su mesa y se acercó para saludar a Emily que aún conversaba con su hermana, ya no podía esperar. Si a ella le tocaba en la misma estación del té con Marcus, no iba a contentarse con contemplarlos a lo lejos sin saber sobre qué conversaban. Iba a tomarla del brazo y sacarla de allí, aunque a la mañana siguiente tuviesen que casarse. Rogaba que Emily lo perdonara si acababa cediendo al impulso que no dejaba de hostigar sus pensamientos.

—Señorita Grant —la saludó con propiedad. Había muchas personas cerca de ellos y si la trataba con más cercanía podría suscitar rumores. Los cotilleos proliferaban durante la temporada, era mejor ser precavido. Pero, por dentro, se moría de ganas de reiterarle que continuaba adorándola.

—Lord Moray —contestó ella, en sus ojos había un brillo que solo él podía notar, o eso creía.

Charlotte —ajena a lo que palpitaba en sus corazones— carraspeó. El formalismo entre su hermano y su amiga le pareció ridículo. Sabía que había algo más, aunque no terminaba de atar cabos. Ya hablaría con los dos por separado, para indagar a qué se debía las trazas de hostilidad que percibía entre ambos. Aunque ella tenía sus propias teorías.

—Justo acabo de escuchar que nos tocará en la misma estación. Los tres compartiremos mesa con lady Cumberland, su

hijo, el señor Frederick Banes y dos señoritas más. Creo que son cosas de papá que se ha propuesto emparejarme con Marcus Banes, el pretendiente de lady Susette. —Tras mencionar ese nombre hizo silencio, nadie quería recordarla. Por suerte no figuraba entre las invitadas—. Es atractivo… Al menos, Susette se casará con alguien agradable a la vista.

—Como si eso sirviera para algo cuando no hay amor —intervino la marquesa aproximándose también para saludar con cariño a Emily. Una mirada le hizo sospechar a Zach que su madre no se mantenía en la ignorancia.

—No puede ser —expresó Zachary sin tapujos, mostrando su molestia—. ¿Tengo que conformarme con esa estación? ¿O es viable solicitar que me ubiquen en la de Cailean?

—¿Detestas la idea de quedar en nuestra mesa, hermano? Las señoritas que estarán con nosotras no son dos beldades, pero son muy agradables y de buena conversación.

Charlotte suplicó para sus adentros que su molestia no fuera por compartir con Emily, ¿él también la estaba aborreciendo?

—Es por Marcus, lo conozco y te aseguro que es un granuja. No lo quiero cerca de ti, ni de Emily —dijo protector y las amigas se miraron. Charlotte creyó que las cuidaba como lo haría un hermano mayor y eso la tranquilizó ¿Entonces no tenía que impedir una guerra entre Zach y Emily? Tal vez malinterpretó las actitudes de ambos en la presentación. Sonrió más tranquila.

—Tampoco me agrada, pero no hacemos las reglas de este evento. —Charlotte estaba preocupada, jamás vio a su hermano tan negado a colaborar. Era un maestro de las relaciones sociales desde que el doctor Raleigh era su amigo y escucha de cabecera—. Y su madre será la encargada de nuestra mesa, si humillas a su hijo, la condesa terminará por reprobarme a mí o a Emily.

—Por favor, Zach, será solo un momento. No tenemos que marcharnos de aquí siendo los mejores amigos del caballero; pero no digas algo fuera de lugar —pidió Emily.

—Lo siento, Emily. —Sabía que era importante para ella el premio, pero no soportaba a ese canalla. Solo esperaba que no hiciera un comentario desafortunado sobre alguna de las dos,

porque no podría aguantarse las ganas de recordarle su escasa paciencia. Cerró los ojos y como quien hace un duro esfuerzo, añadió—: Me comportaré.

Tuvieron que guardar silencio cuando los guiaron hacia su mesa.

El té llegó justo a tiempo para ofrecer una tregua y en qué ocupar los labios en lugar de palabras. Las debutantes debían probar que a futuro serían excelentes anfitrionas de las más distinguidas recepciones. Para ganar el reto que estaba a cargo de la maestra de Etiqueta y Modales, debían interactuar, mientras eran observadas por las damas del jurado.

Necesitaban demostrar su dominio de la etiqueta y mantener una conversación elocuente. Para ello, bastaba poner en práctica su ingenio y entretener a los caballeros sin matarlos de aburrimiento, ser demasiado insolentes o manifestar una conducta contraria al decoro.

Marcus Banes, conocido como lord Ashworth, hizo gala de su arrogancia cuando vio que en su mesa estaba Frederick Banes, un pariente lejano con quien no tenía buena relación.

Al parecer, el atrevido periodista era considerado como rival para su pariente lejano. Aunque Frederick se ubicara tan lejos de la línea sucesoria que necesitaría una catástrofe familiar para poder acceder al título… Marcus no soportaba que disputaran al mismo tiempo la atención de las jóvenes damas. Especialmente, cuando ambos tenían la misma inclinación por el flirteo desenfrenado.

—¿Es alguna especie de broma? —le preguntó a su madre, que también estaba sorprendida. El aludido que no había sido mencionado tampoco lucía feliz con la estación que le tocó, pero hizo gala de sus habilidades para sobrellevar a personas que no soportaba—. Entiendo que necesiten igual número de damas solteras que caballeros, pero ¿no pudieron conseguir exponentes más…?

Zachary frunció la boca para contener una réplica mordaz.

—Hijo. —La madre lo previno de continuar con su discurso. Las miradas de Frederick Banes y Moray no eran displicentes. A Marcus no pareció importarle—. Los caballeros solteros que tan

amablemente nos acompañan son familiares de las debutantes o de las damas del comité del premio. No habríamos podido escoger mejor.

Ante el comentario de lady Cumberland los ojos de Marcus se posaron en Frederick, y no disimuló una cínica sonrisa:

—Señor Banes, ¿y usted con quién más está emparentado en la sala? —Omitió decir «además de nosotros». Si podía ocultar que la sangre que corría por sus venas provenía de un mismo ancestro, lo hacía deliberadamente—. No sabía que el dueño de uno de los diarios que más ataca a la nobleza nos honraría con su presencia. Tenga cuidado. Tal vez los caballeros por educación no le daremos un escarmiento. Pero, las damas aquí presentes son un ejército bien armado con abanicos, que podrían azotar sobre usurpadores que frecuentan sitios que no le corresponden.

Todos se quedaron perplejos, el atrevimiento y la altanería de Marcus rebasó los límites más elevados de la prudencia. Frederick sonrió y negó decidido a mostrar su juego y ganarle en cinismo.

—Primo querido, espero que tu orgullo no se sienta muy herido por tener que soportar que la alta nobleza aquí presente, cotillee con total descaro frente a tus narices sobre el sólido parentesco que te une con el *Látigo*. —En ironía y suspicacia nadie le ganaba. Se veía tan tranquilo que podía dar cátedra de sarcasmo—. Es más, publicaré en el siguiente número de mi periódico nuestro árbol genealógico. Seguramente, mi público ansía saber a qué rama pertenecemos cada uno.

Zachary no disimuló una carcajada, le divirtió ver cómo el periodista ponía en su lugar al estirado caballero. Sin importarle molestar a Marcus dijo lo que opinaba y tomó partido.

—Bravo, señor Banes. Comenzaba a morirme de aburrimiento. Usted sí que tiene clase.

—Espero que siga pensando igual, lord Moray, cuando sepa que su padre es uno de esos aristócratas que siempre tienen un sitio especial en el periódico del señor Banes. —Marcus se negó a dirigirse a él por el parentesco.

—Sí, lo sé —confirmó Zachary dejando a Marcus y su madre boquiabiertos—. No me pierdo ninguno de esos artículos. Tenía

mucha curiosidad de conocerlo. ¿Por qué no nos habían presentado antes?

Marcus inhaló con fuerza, decidido a arremeter contra los caballeros que establecieron una alianza inmediata frente a sus ataques. Estaba iracundo, aunque trataba de disimular. Se preguntó por qué un noble de magníficas conexiones y posición establecida tomaba partido por el *Látigo* que azotaba a la nobleza.

—Lord Moray, se va a arrepentir de… —Marcus lanzó una amenaza, pero no pudo terminar.

—¿De qué, lord Ashworth? —Zachary se mostró interesado.

—Lord Moray, creo que no debe desgastarse con esa rat… —blandió Fred—. Con mi primo.

Aunque sus lenguas mordaces y sus tonos irónicos aún modulaban la voz como si de una amena conversación se tratara, sus miradas parecían que iban a aniquilarse entre sí.

—Usted ni siquiera debería estar aquí, Banes… —El tono de Marcus ya no fue tan comedido, sonó más acorde con sus emociones. No soportaba a Frederick, habría preferido que ese primo lejano se hubiese marchado a vivir a la campiña inglesa donde nadie volviera a escuchar de él. Sin embargo, se había vuelto tan famoso en los últimos tiempos que seguir ignorando la labor a la que se dedicaba, ya le resultaba insoportable. Si sus padres aguantaban con tal de mantener la compostura, no estaba dispuesto a hacerlo—. No es su lugar, no sé cómo se las ingenió para colarse en la fiesta del té, pero me encargaré de devolverlo a la cloaca que pertenece…

Frederick, domando la rabia que se apoderó de él, abrió la boca para ponerlo en su lugar. Pero alguien se lo impidió. Zachary no pudo continuar en silencio ante tal falta de respeto.

—¿No soporta que un Banes brille más de lo que usted lo hace, Ashworth? —atacó tras intercambiar una mirada de solidaridad con el periodista. Si algo le incomodaba eran las personas que juzgaban a otra por su posición social.

—Caballeros, no acaparen la conversación. —Lady Cumberland se propuso frenar aquella contienda a como diera lugar, un tanto nerviosa porque se saliera de las proporciones. Escudriñó a su alrededor, ¿alguien más estaría al corriente de lo que estaba

sucediendo con ellos? Y para colmo, con Frederick presente, probablemente un día después *The Golden Gazette* pondría a Marcus por los suelos—. Permitan que se luzcan las señoritas. No olviden que están siendo evaluadas y que hay mucho en juego. No han dejado que intervengan.

La mujer estaba pensando que retorcería el cuello de quien tuvo la grandiosa idea de poner a los dos Banes juntos.

—Lord Moray, entiendo el motivo por el que se alía con el señor aquí presente —dijo Marcus tratando de salirse con la suya, y para demostrar que seguía siendo el macho dominante de la manada, como le hicieron creer toda su existencia. Lady Cumberland no iba a poder ponerle límites tan tarde en la vida—. He escuchado que recientemente le han roto el corazón. Me guardo el nombre de la dama porque yo sí soy un caballero. Lamento que sus aspiraciones hacia la aludida hayan sido coartadas de tajo porque otro partido le pareció más conveniente.

Los dos sabían que se refería a Susette, aunque la historia estaba mal contada.

—Lo han informado mal, esa dama no me interesa.

—¿Y cuál sí? Me encantaría tener una atención con ella.

Zachary lo fulminó con la mirada, la única clase de atención que Marcus tenía con las señoritas era arruinar sus vidas. Sintió un calor abrasarlo.

—Hijo mío… Moderación… Los llamo a los tres al orden. —Lady Cumberland ya no sabía cómo disimular y detener aquel duelo. Las señoritas solo bebían el té y miraban de Zachary a Marcus y de este a Frederick. Jamás habían presenciado tanta acción en sus vidas. ¿Qué estaba sucediendo?

—Maldito Marcus —masculló Zachary arrastrando con fuerza la silla en la que permanecía, con la sangre escocesa bullendo dentro de sus venas. No le importó que su récord de cero escándalos se extinguiera en ese momento. Apretó sus puños, dispuesto a sujetarlo por la nuca y obligarlo a besar el suelo alfombrado que pisaban.

Las señoritas se sobresaltaron y Emily lo tomó del brazo, haciéndolo desviar la atención de su presa hacia ella.

Zachary parecía un león dispuesto a lanzarse a la garganta de un macho rival que había venido a disputarle el territorio.

—Zach, no. Por favor, no aquí, te lo ruego… —musitó angustiada.

Él soltó aire con un sonido fuerte para no perder los estribos. El roce de Emily cadencioso y sus ojos que buscaban los suyos consiguió que, lentamente, la sangre caliente dentro de sus venas comenzara a aplacarse…

No fue la súplica lo que lo detuvo en el momento más álgido de la discusión, fue la ternura contenida en esa mirada. Todo lo demás se desdibujó frente a él.

Mientras ellos se encerraron en una burbuja, Frederick no perdió la oportunidad de dar una estocada.

—Oh, querido primo, parece que no te harán trizas la vanidad delante de todos. Te ha salvado una señorita.

El interpelado quiso arremeter, pero un alboroto en un área opuesta del salón provocó la salida intempestiva del dueño de la casa a atender el asunto. Todos en la mesa se mostraron más interesados en lo que estaba ocurriendo con el duque de Norfolk. Pero la distracción no evitó que Marcus con una sonrisa malévola notara que el escocés tenía una fisura en su coraza: una que aún lo cautivaba con una mirada.

Zachary permaneció en su sitio, expectante; hasta que la fiesta del té terminó con un aire abrupto y denso de incomodidad. Los murmullos crecieron como un rumor contenido mientras los asistentes se dirigían hacia la salida. La llegada de un familiar del dueño de la escuela fue lo que captó la atención de los invitados, algo que carecía de importancia para él. Así que volvió a sus asuntos.

No perdió el tiempo y tomó a Emily por el brazo y se alejaron un poco del resto. Aprovechó que todos estaban distraídos para hablarle.

—Sirena —murmuró con la mandíbula tensa.

—Por el Altísimo, Zachary, ¿qué estabas pensando? ¿Ibas a golpearlo aquí?

Vio en sus ojos la reprobación. Claro, había arruinado su momento de destacar en el penúltimo reto del concurso. Dominado por el fuego olvidó que ella se aferraba a ganar como la única salida.

Si Emily supiera que estaba decidido a hacerla su esposa… Si estuviera enterada de que su esfuerzo para acrecentar su fortuna no era solo ambición…

Un primogénito solía estar supeditado a las órdenes de su padre. Pero no Zach. Él poseía sus propios medios. Desafiaría al mismísimo marqués de Blair y su sobrada arrogancia para ofrecerle todo a la mujer que amaba. Incluso, ayudar a su familia: lo que Emily perseguía al anhelar el jugoso premio.

—Lo siento. No debí exasperarme frente a ese idiota. —No le importó maldecir delante de ella. Podía ser él mismo con Emily en todo momento, jamás se sentía juzgado o fuera de lugar. Por eso y más la amaba—. Ahora por mi culpa no podrás subir este escalón del concurso, ni tú, ni Charlotte, ni las otras señoritas. No pudieron abrir la boca.

—En todo caso, Marcus y el señor Banes también son responsables. No te reprocho por poner a ese maleducado en su lugar. Me preocupé por ti. Dicen que es impulsivo y ha participado en más de un duelo con quien se atreve a retarlo.

—Si ese es tu temor, quédate tranquila. Marcus es altanero y desafiante, pero sabe con quién medirse. No se atreverá conmigo.

—¿Desde cuándo te volviste tan arrogante? —Negó. A pesar de su molestia, no podía ocultar que estaba completamente enamorada.

Zachary llevó su mano al pecho, justo donde el pendiente de jade reposaba cerca de su corazón. Exhaló con resignación: no era el momento. Había demasiadas personas y ya tenían que separarse. Escuchó a la abuela de Emily solicitar el carruaje.

—Acepta concederme un sitio en tu carné para el gran baile. —Se refería a la celebración donde elegirían a la ganadora—. Por favor, Emily, no me rechaces. Necesitamos hablar y lo sabes. Podría ser una ocasión propicia. Tendríamos tiempo de esclarecer lo que quedó inconcluso. Lo merecemos.

Ella tragó en seco y solo pudo asentir. Y mientras se alejaba con la promesa de un baile, él no podía pensar en otra cosa más que en la noche de la velada más esperada de la temporada. El destino aún le debía algo y estaba dispuesto a cobrárselo.

24

El Reto de Baile era el último del concurso. Emily pensó en lo que le dijo Charlotte días atrás. Si el Comité de Damas tenía el propósito de otorgar el premio a una joven de ascendencia noble —sin recursos para una dote—, quizás podría ser elegida.

Tuvo una destacada participación en cada reto, salvo en la fiesta del té. No culpaba a Zachary por haber cedido a la impulsividad. Marcus se portó tan petulante que era merecedor de cada palabra que el señor Banes y Zachary pronunciaron en su contra.

¿Las habría reprobado la bruja Cumberland, como ella y sus amigas le decían en secreto? ¿Entendería que su hijo fue responsable de que las concursantes de su mesa no pudieron demostrar sus modales en sociedad? Al menos, debía contar que, mantuvieron la compostura en una situación incómoda. ¿Sería suficiente?

Esa noche, el jurado calificador ratificaría la decisión tomada hasta el cuarto apartado del concurso. En el baile se daría a conocer el nombre de la ganadora, y con ese veredicto la vida de una de ellas cambiaría para siempre. ¿Quién sería la afortunada?

La cita era en la mansión de los condes de Cumberland ubicada en Belgravia, anfitriones del baile. Su abuela acudió en su carruaje a la hora pactada para acompañarla como su carabina.

—Querida, ¿estás nerviosa? —La voz de lady Pendleton era afectuosa.

—Abuela, si no gano igualmente estaremos bien. No quiero que se lleve una desilusión.

—¿Por qué el desánimo? Si has tenido un desempeño espectacular.

—En la fiesta de té… Creo que los resultados no me favorecerán.

Prefería que el corazón no se le rompiera de golpe y que la caída fuese avisada para que no doliera tanto.

—Emily, es que dependemos de… —No pudo continuar y dejarle esa responsabilidad en sus hombros y que el peso fuera aplastante. Su esposo no tenía los medios para otorgarle una dote, el padre de Emily menos. ¿Debía aceptar que el futuro de la muchacha sería un matrimonio por debajo de su condición, como hizo Esther? Decidió no atormentarla—. Disfruta el baile, querida.

La nieta depositó un beso en la mejilla de la abuela que se regocijó. La dama creía que había hecho poco para merecer su cariño, así que se sentía agradecida con Dios, por darle un corazón tan bondadoso a la joven.

Al llegar, Emily se sorprendió por el derroche y la elegancia del amplio salón de baile. Mientras los músicos afinaban los instrumentos de manera discreta, giró muy lento para contemplar la magnificencia del lugar. El techo decorado con frescos tenues y filigranas dorados la dejó sin habla. No desmerecía a las paredes vestidas con paneles de roble hasta media altura, que eran seguidos por molduras sinuosas con motivos florales, y que abría paso al papel tapiz satinado que captaba la luz de modo sutil. Un calor casi imperceptible le dio la bienvenida; emanaba de la iluminación a gas, que también se distribuía en apliques opalinos y faroles de cristal. Bajo ese baño dorado, los colores de los vestidos de las damas resultaban más vibrantes. Como si la primavera se hubiese adelantado. Era la primera vez que estaba en un evento tan grandioso.

No tardó en encontrar a Charlotte y se pusieron a conversar. Mientras tanto, la marquesa de Blair y lady Pendleton compartieron impresiones sobre la velada.

Un rato después, las amigas vieron a Ettie acercarse a ellas.

—Estás hermosa, Ettie —le dijo Emily tratándola de contagiar de su alegría—. ¿Por qué tan seria?

Le sorprendió verla preocupada, Ettie también tenía sus propios motivos para desear ganar. A pesar de ser la hermana de un conde

muy respetado, sus sueños dependían del premio.

Charlotte, por su lado, estaba tan emocionada con lo que prometía aquella celebración que no notó que sus dos amigas no se hallaban tan expectantes.

—Espero que este sea el primero de muchos bailes. Deseo regocijarme antes de que un apuesto caballero me ponga un anillo en el dedo —comentó Charlotte como si nada, sin dejar a Ettie contestar. Se veía encantada con la idea de bailar y gozar de aquella noche y muchas similares. Más que esperanzada ante la posibilidad de concertar un rápido matrimonio que arruinara pronto la diversión.

—Hay algo que debo confesarles —informó Ettie con tanta formalidad que tuvo la atención por completo de sus amigas. Emily se llevó la mano al corazón, Ettie les había revelado recientemente que estaba siendo cortejada por un caballero misterioso—. Mi pretendiente está aquí.

—¿Cómo? ¿Ya es tu pretendiente? Hasta donde sabíamos no estabas segura de que te correspondía. ¿De qué me he perdido? —la sermoneó Charlotte con una pícara sonrisita—. No me digas que vas a comprometerte en la primera temporada. Pero si íbamos a quedarnos solteras hasta la tercera o la cuarta para disfrutar antes de que nos encerraran en una propiedad como la señora de alguien. Si renuncias a tu sueño de publicar tus libros por convertirte en la esposa de un estirado caballero, no te lo perdonaré.

La hija del marqués tenía muchos planes para sus primeras temporadas, la prisa por resolver su situación no la embargaba como a las otras dos.

—No juegues, Charlotte —le replicó Emily con una sonrisa en la mirada llena de ternura—. No te das cuenta de que habla en serio, parece que nuestra amiga ha sido conquistada. Dinos ya quién es, sabes que te apoyaremos…

—Por supuesto que te apoyaremos, Ettie, así hayas elegido al más aburrido de los solteros disponibles —agregó Charlotte con afecto.

Y, aunque intentaron sonsacarle el nombre, no pudieron hacerla confesar. Pero, no fue necesaria más indagación. Cuando el misterioso galán hizo su arribo, la expresión de Ettie la delató por

completo. Y hubo más, quedaron muy asombradas al ver al antes mencionado sacarla a bailar y dar un espectáculo. Lo más emocionante fue observar que al terminar la pieza musical, el duque de Hayden puso una rodilla en el suelo y declaró públicamente sus intenciones. Todos —incluidas Emily y Charlotte— se quedaron boquiabiertos.

¿Un duque? ¿Ese duque? Hayden era el dueño de la escuela y el partido más cotizado esa temporada. Aunque fuese conocido por su frialdad y mantenerse alejado de los eventos sociales, por Ettie cambió la opinión que tenían de él. No solo la sacó a bailar, sino que dio una pequeña muestra de que su corazón había comenzado a descongelarse por la mujer correcta.

—Oh, por Dios, ¿estamos viendo lo que creo o soñando? —preguntó Charlotte igual de atónita que Emily. Ettie había sido la estudiante más rebelde de su curso, la que las maestras llenaban de reportes. Sin embargo, en los retos tuvo una participación destacada dejando al comité estupefacto. Más, al pescar al soltero más cotizado.

—Parece que nuestra amiga no quedará soltera por mucho tiempo. —Emily aguantó una carcajada.

Pero sin poder resistirse, ambas rieron con complicidad, mientras negaban desbordadas de felicidad por su amiga. Había pasado todo el curso, enzarzada en una guerra con el dueño de la escuela. Nadie previo el desenlace.

—Atrapar al duque no le será suficiente para ganar el premio. He oído decir que la bruja Cumberland lo detesta, al igual que la duquesa de Richmond. —Se refería a la hermana de la anterior y madre de lady Valery Belcher.

—Pero no son las únicas damas del Comité. Supe que lady Abbott la aprecia y también forma parte del jurado. —Le guiñó un ojo a su amiga.

—Oh, esa lady Abbott —Se permitió un gesto cargado de ironía. Lady Abbott era la casamentera más conocida de Londres. En su haber figuraban las parejas de más alcurnia de la aristocracia—. Debo mantener a mi madre lejos de lady Abbott o terminaré casada esta temporada.

—Hoy sabremos si el talento de Ettie bastará para derrotar a la bruja Cumberland y su séquito. —Lady Cumberland tenía una hermana aún más perversa que ella y la duquesa de Richmond, se trataba de la señora Sable. La docente era la maestra de Bordado y Costura, la más desagradable y estricta de todas. Tenía fama de hacer llorar a las estudiantes por su crítica excesiva. Una de ellas fue la dulce Florence, quien casi perdió el Reto de Bordado y pasó unos días terribles por su culpa.

Justo un rato después, vieron que Florence pasó corriendo, cubriéndose el rostro con sus palmas. Charlotte y Emily se miraron interrogantes y la siguieron sin hacerse notar.

La vieron perderse por uno de los pasillos y terminar en una sala angosta donde había un par de butacas, desplomarse en una y sollozar de modo desgarrador. Se le acercaron con cuidado y trataron de consolarla.

—Oh, por el Altísimo. Lo siento, yo… —Florence Fairbairn, delgada, con un rostro encantador y maneras delicadas, se sorprendió al verlas siendo testigos de su vergüenza.

—Tranquila, Florence, no le contaremos a nadie. —Emily trató de calmarla.

Florence suspiró, en el colegio los cotilleos estaban a la orden del día, no quería dar pie a habladurías. Para su fortuna, eran ellas. Sabía que se encontraba a salvo, nunca las vio involucradas en rumores o despotricando en contra de alguna de las compañeras de clases.

—Gracias. Es solo que… El premio era tan necesario para mí, tanto como respirar y ya sé de buena fuente que no ganaré.

Las amigas se miraron al mismo tiempo. De «buena fuente» seguro tenía que significar que se lo confirmó lady Valery Belcher, la mejor amiga de Florence. Pero, además, la señorita que tenían anegada en lágrimas frente a ellas quizás era quien más merecía ganar. Era la mejor estudiante de su año, un hecho reconocido y aceptado por todos. La única mácula de aquella era su escasa dote y la ruina financiera de sus padres.

—Continúa… —Pidieron las otras al unísono.

—Me dieron los nombres de algunas finalistas que estamos descartadas. Estoy tan molesta con el incorregible Cailean —soltó tan visiblemente airada sin dejar de llorar—. ¿No podía cerrar la boca?

—¿Te refieres a MacAlister? —preguntó Emily y buscó las pupilas de Charlotte.

—Casi crecimos juntos y sabe lo importante que era para mí. Pero no puede medir su sarcasmo, ni ponerle límites —siguió Florence—. En la fiesta del té se burló de la arpía, la señora Sable. Y por venganza, la malvada me puso en su lista negra. Además, no me permitiría ganar si Valery pierde. Jamás podría tolerar que destaque por encima de su sobrina.

—¿Entonces lady Valery es la favorita? —Charlotte arrugó el entrecejo y se tragó una palabra malsonante.

—No. Aunque Valery también necesita ganar por sus propios motivos, su desempeño no ha sido el esperado. —La pequeña Florence estaba desconsolada.

—¿Cómo es posible si es muy buena en todo lo que hace? —Se sorprendió Emily.

—No ha estado bien, mi amiga últimamente no ha estado bien. Por eso no ha podido dar lo mejor de sí.

Las tres tomaron con seriedad cada planteamiento hecho en aquella salita. Se tomaron de las manos y Emily llenándose de valor para escuchar lo que la elevaría y la dejaría caer desplomada en ese momento, hizo la pregunta:

—¿Sabes si nosotras estamos en la lista de las descartadas?

—La final es entre Ettie y Lavinia.

—Claro, la hija de lady Warrington tenía que estar en la final. —A Charlotte no le sorprendía, era la favorita de su progenitora—. Jamás aceptó que Susette no fuera la ganadora el año de su debut. Con razón la insistencia de esa dama por casar a Susette con Marcus, lord Ashworth. Se acercaba a la poderosa familia y podía hablarle a lady Cumberland de los talentos de su pequeña joya. Además de lograr un matrimonio ventajoso para la mayor.

Charlotte entendió todo. Seguro, lady Warrington sabía que, tarde o temprano, su padre dejaría de depositar migajas en la boca de Warrington. Casando a Susette con Marcus, y obteniendo las treinta mil libras para Lavinia, garantizaba el futuro de sus dos retoños, y el de ellos también. ¡Lavinia era la joven caída en desgracia que el Comité decidió favorecer! Mejor conectada que Florence y que Emily.

—Por favor, ayuden a Ettie —suplicó Florence sin ánimos, también era su amiga—. Si esta noche comete un error, lo pagará caro.

Emily no quiso lamentarse, decidió apoyar a la única de ellas que continuaba en pie. Ettie lo merecía. Trató de animar a su compañera:

—Lo haremos. Ahora levántate, Florence. No dejes que esto te venza. Incluso, después de la tormenta más feroz, el arcoíris aparece para recordarnos que aún hay esperanzas.

Florence tragó en seco y asimilando esas palabras, les pidió que se adelantaran, mientras ella reunía fuerzas.

Cuando salieron de allí a toda prisa para buscar a Ettie, Charlotte la tomó por el brazo y le pidió que se detuviera.

—Ahora no, debemos avisar a… —Tenían una encomienda.

—Aguarda, Em… ¡Emily! —Su querida amiga acababa de recibir una noticia devastadora. Sabía cuán necesario era para ella obtener ese dinero y no se había detenido para digerir la información—. ¿Tú, cómo estás?

—Yo… —Suspiró desde el fondo del corazón, y su rostro reflejó toda la desilusión y la tristeza que, como hiedra venenosa, empezó a apoderarse de su trémula alma.

Sin más argumentos, Charlotte la abrazó con todas sus fuerzas. Emily comenzó a resquebrajar el escudo que la protegió hasta ese minuto y dejó que sus lágrimas bañaran su rostro.

—Sabía que no tenía tantas oportunidades de ganar, pero quise soñar con la posibilidad de… Quizás fui egoísta. —Pensó en sus padres, en sus abuelos y su desilusión.

—Por Dios, no. Eres humana y tanto tú como Florence están en su derecho de lamentar una pérdida tan significativa. De cierta

forma, también quería ganar. Pero, no sé si habría tenido valor de usar ese dinero para liberarme del yugo de mi padre. Lo habría puesto en tus manos, le habría pedido a Raphael que me adoptara. Tienes unos padres tan amorosos y ellos tienen la mejor hija de todas.

—Tu ma-dre tam-bién es ma-ravi-llosa —balbuceó tratando de recomponerse del golpe.

—La admiro, sigue bajo el techo del tirano por nosotros. Aunque Zachary hace tiempo aprendió a plantarle cara a papá. Sin embargo, Blair es hábil y no deja de intentar someterlo.

—Mis lágrimas no son por Ettie. Me siento feliz porque ella aún tenga la posibilidad de lograr un triunfo que merece sin reservas. Es que, mi sueño ya no podrá realizarse. Creo que siempre fue así. Solo yo no quería aceptarlo. Parece que la vida nos pone a cada uno en el lugar en el que pertenecemos. Desde que entré al colegio he luchado por enfrentarme a mi destino… Pero él ha ganado. Mi destino ha arrasado con mi última esperanza.

—Por el Altísimo, Emily, jamás te escuché tan derrotista…

—Tienes razón. Ya pasó. Fue un minuto de autocompasión. Y tú, querida, tampoco te rindas… Veo mis sueños desvanecerse con este resultado. Pero nada va a arrebatarme mis anhelos… Lucharé… Y deberías hacer lo mismo. A veces las metas son difíciles de alcanzar. Sin embargo, nosotros somos más fuertes que las derrotas que intentan detenernos en nuestro avance y debemos seguir con más ahínco que antes.

—Adoro cuando hablas así, si no fuera por ti hace tiempo estaría en el fondo de un barranco.

—Ni lo digas, Charlotte. No lo permitiré. —La miró a regañadientes, sabía por qué lo decía.

Recompuestas, continuaron su camino hacia el salón. Intentaron encontrar un momento de solaz en la música y las parejas de baile. Al otro extremo de la pista, vieron a Zachary. Trataba de sacarse de encima a Susette que, con empeño pretendía captar su atención sin el menor atisbo de decoro. Él no había bailado

con nadie. Dejó muchos corazones rotos esa noche. Sobre todo, el de Susette.

Los ojos del varón se cruzaron con los de Emily y la firmeza de su mirada, hizo que las piernas de la debutante temblaran.

Estaba aguardando por ella, quien no había escrito su nombre en el carné. Pero Emily dejó espacio suficiente para acomodarlo. Solo que aún dudaba de si debían darse ese tiempo, más con la nueva información que Florence les compartió.

Las palabras que le dijo a Charlotte no podían resultar vacías, debía ser valiente y tomar decisiones. Zachary comenzó a avanzar hasta ella. Respiró hondo y decidió hablar sin tapujos con la persona a su lado. Con su vista puesta en él y sus pensamientos anclados en la verdad que tanto se había empeñado en ocultar, dio el salto de fe que antes no pudo.

Se dirigió hacia su amiga y abrió su corazón.

—Charlotte, tengo una revelación que hacer y espero que me perdones porque, de lo contrario, sería doblemente miserable.

La aludida dejó de perderse en los perfectos pasos de los bailarines en el centro del salón y dedicó toda su atención a su contraparte.

—¿Tengo algo que perdonarte? —Se mostró preocupada por el giro de la conversación. Estaba segura de que jamás había cometido ninguna falta hacia su persona.

—Quiero a tu hermano. —Fue tan directa que resultó liberador.

—Lo sé y me tranquiliza. Sabía que se querían, pero eran tercos los dos. Eres una hermana más para nosotros. Los tres mosqueteros. ¿Recuerdas? —Al fin un soplo de paz. Con que aquellos dos no se pidieran la cabeza se daba por bien servida. Si, además, consolidaban un lazo fraterno, se sentiría aliviada. Junto a su madre, eran las personas que más quería, no estaba bien que estuvieran disgustados.

Emily se dio cuenta de que no la entendió. Charlotte merecía saber la verdad por ella. Pero si Zachary la sacaba a bailar, ya no podría disimular con tanta eficacia. El amor iba a notársele, se le escaparía por los poros… Y Zachary parecía dispuesto a luchar.

—No me refiero a un afecto fraternal. Estoy enamorada de tu hermano. Llevo toda mi vida amándolo.

Charlotte se quedó inmóvil. El bullicio del salón pareció apagarse un instante. La observó con desconcierto, como si intentara encajar una pieza que no había considerado. Ladeó la cabeza atando los cabos que por mucho tiempo estuvieron sueltos.

—¿Qué estás diciendo? Pero… —Le lanzó una mirada de reproche, después contempló a Zachary que sorteaba a las parejas de baile y cada vez se aproximaba más—. Pero si aquella vez que él decidió abrirte el corazón, cuando viajó a Normandía para verte y cerciorarse de si lo que le revelaba su alma era cierto, tú… Emily, tú destrozaste sus ilusiones, lo rechazaste de manera irrevocable. Y, por Dios, sé que para él fue duro de asimilar. No te lo dije… Mi hermano sufrió mucho.

—Lo amo. Luché contra el sentimiento… Ya no puedo continuar resistiéndome —soltó y un alivio enorme se instaló en su pecho.

—La vida es tan caprichosa. Si lo quieres y él… Debo indagar de inmediato si no te ha olvidado, porque…

—No, no puedes entrometerte, ni actuar como una celestina consumada. A nosotros, solo a nosotros nos corresponde elegir. Por muchas razones, Zach no me conviene. Pensé que si ganaba las treinta mil libras la situación de mis padres podría mejorar y ya no sería una candidata tan inconveniente para el hijo de un marqués… Pero no resultó, así que es hora de concentrarme en…

—Mi hermano no comulga con las ideas de mi padre. —Quiso zarandearla ahí mismo por testaruda y guardarle el secreto. ¿Los dos sufriendo por una diferencia de estatus que a él no le afectaba? Negó sobrecogida—. Jamás le han importado las dotes y…

Un silencio repentino las hizo callar. La música había terminado y una nueva pieza estaba por comenzar. La mano extendida del caballero puso fin a las revelaciones. Emily llenó sus pulmones de golpe y miró a su amiga, quien asintió impulsándola a que no se atreviera a rechazarlo. Charlotte sonrió ilusionada.

—He venido a reclamar la pieza que me prometiste, Sirena. —La profundidad de su mirada y su gallardía la desarmó por completo.

Ella inspiró con suavidad y levantó su mano para tomar la del hombre y lanzarse a la pista. Quizás su sueño no estaba roto, ni en una posición inalcanzable… Tal vez el destino, en su juego más audaz, apostaba todas sus cartas al amor.

25

Cuando Zachary Moray le tomó la mano a Emily, varias miradas indiscretas se posaron en ellos. Comenzaron a moverse con gracia sobre el suelo de parqué recién encerado, mientras un vals vienés los envolvía como una estela que sería inolvidable. Los ojos indiscretos percibieron la complicidad en la sonrisa ladeada de él y en la mirada esquiva de ella.

Un ágil giro y los cuellos de los asistentes casi sufren una torcedura…

El heredero del marquesado de Blair, celebrado por su rostro esculpido como el de un ángel… Todo un gran partido, con una fortuna propia, sumada a la que heredaría. Podría tener a la debutante que quisiera. Las matronas depositarían en sus brazos a sus hijas sin condiciones.

Otro giro ejecutado con maestría. La pareja estaba tan sincronizada que parecía haber ensayado muchas veces.

Primero pensaron que invitarla era un acto de caridad, Emily era íntima amiga de su hermana… No era más que la nieta de un barón… Muchos desconocían a qué se dedicaba el padre, pero sabían que no era nadie importante. Otros murmuraban en voz baja que era el dueño de una posada en Bloomsbury y que la joven no contaba con dote alguna. Una posición desventajosa, no podría escoger con quien casarse.

Él, en cambio, podría pedir la luna…

Zachary extendió el brazo con elegancia sin dejar de contemplarla. Ella ejecutó otro giro esta vez por su cuenta. Los volantes de la falda femenina ondearon como una rosa en un jardín primaveral. Acto seguido, la atrajo a sus brazos con devoción.

Emily poseía una belleza discreta, desprovista de artificios que contrastaba con el fulgor ostentoso de las demás candidatas, que

brillaban al compás de los destellos de sus diamantes cuando danzaban.

Para él, lo único importante esa noche era que ella supiera cuánto la amaba y que lo que Cailean había descubierto no rompiera su corazón. Verla girar entre sus brazos era un privilegio que le entibiaba el pecho.

En una vuelta notó que en una de sus orejas destacaba el arete de jade, y en la otra un bucle tapaba justo la ausencia del otro.

—Gracias por este honor, Emily —dijo con suavidad sin perder el ritmo de los pasos. Era la primera vez que compartían un baile en sociedad. En la niñez, habían danzado juntos en juegos inocentes.

—No seas tonto, Zach. Jamás me negaría…

—No quiero que me aceptes por amistad. Sirena… —Pensó cómo decirlo para no lastimarla—. Cailean me dijo que este premio está arreglado… No esperes nada, nunca ha ganado una joven en tu situación, solo es una farsa bien orquestada.

—Lo sé. —La respuesta lo sorprendió, pensaba alertarla y al parecer ya sabía—. Florence… Escuchó… Como sea… Agradezco que quieras ahorrarme una desilusión, pero duele de todas formas.

Ella suspiró trémula entre sus brazos y él sintió el impulso de hacerles daño a los responsables de su angustia. En cambio, continuó guiándola en la pista con un aire protector. La forma en que la miraba robó suspiros a algunas damas. Si tan solo pudiesen saber sobre lo que conversaban…

—Estás hermosa —le susurró mirándola a los ojos para animarla. Además, era lo que sentía. La armonía de la música le confería un brillo a su semblante—. Pero, supongo que necesito ser más original. Ese cumplido ya debe habértelo dicho alguien más.

—En realidad, no. —Emily se mantenía firme ante la verdad. No temía decir que muchos caballeros estaban a la caza de una fortuna, y que carecían de tiempo para el amor. Por el contrario, la mano de Zachary en su cintura, mientras se movían al ritmo del romántico vals, sí que la ponía a temblar.

—Entonces están ciegos. Esta noche no hay diamante que luzca más que tú. Sin embargo, creo que te falta algo —dijo tranquilo y vio la duda mezclada con el rubor en el rostro de ella. Tal vez,

pensando que algún detalle de su atuendo no era apropiado. No tardó en sacarla de su error. Sin dejar de bailar, metió la mano en su bolsillo y le ofreció con discreción el pequeño arete en forma de flor.

—Oh, tú lo tienes. Qué alivio. Me lo dio mi abuela con tanto cariño. No sabía cómo decirle que lo perdí.

—Se te cayó en la presentación y me ha acompañado todo este tiempo. Pero, incluso sin joyas, sigues siendo la más bella señorita de la velada.

Emily sonrió a medias, levemente sonrojada. Batió sus pestañas sin darse cuenta, para después negar. Un simple gesto. Y él sonrió hechizado. Adoró que le aceptara el elogio y que no sacara a relucir las discrepancias del pasado. ¿Sería que la ausencia ya era imposible de soportar para los dos? Recuperó su pendiente y lo guardó en su mano para ponérselo después.

Giraron más eufóricos, más felices.

Él visiblemente atraído. Llegar a un baile repleto de damiselas, podría desorientar a cualquier caballero. No a Zachary. No se deslumbraba con el oropel. No haría hasta lo indecible por llamar la atención de las jóvenes casaderas con la intención de obtener alguna. Sus metas eran fijas. No era un cazador. Su misión era conquistar a la dueña de su corazón.

Por eso, la sonrisa de Emily hizo que en su pecho se anidara la certeza. Para un hombre la sensación de que la tenía, que la había ganado, se celebraba como un triunfo.

—Emily, yo aún no he podido olvidarte. Y, aunque lo niegues, todo tu cuerpo me reafirma que tú tampoco a mí. —Fue tan directo que ella se removió entre sus brazos, casi pierde el compás, pero se recobró a tiempo.

—Yo…

—Si los dos nos amamos, ¿por qué tenemos que seguir sufriendo? —le aseveró con la mirada franca y la sostuvo con más firmeza por el talle, para que no tropezara.

—Zach, ¿esta es tu idea de bailar? ¿Una emboscada? Aquí delante de todos no puedo salir corriendo.

—¿Todavía te quedan fuerzas para huir? Porque yo, mi amor, he llegado a mi límite. Sin ti soy un barco a la deriva…

—No finjas, tu vida marcha a la perfección. —Estuvo a punto de enlistar sus éxitos. Los diarios siempre hablaban de él.

—En algo debo ocupar mi tiempo, mientras espero por ti. No le des más vueltas, Em, soy tu hombre…

La música cesó tras esa revelación, dejándola expectante. Zachary la acompañó cortésmente fuera de la pista de baile, y antes de devolverla, le susurró:

—Dame el arete.

—¿Qué dices? —No entendía. Aún su respiración estaba agitada, pero cuando el escocés tomó la diminuta joya entre sus dedos y descubrió su intención, sus latidos se desbocaron. Se mordió el labio inferior sin darse cuenta—. ¿Qué piensas hacer?

—Ya verás.

—Por Dios, Zach, no te atrevas a hacerlo delante de… —suplicó. Los dedos enguantados de él devolvieron el pendiente de jade a donde pertenecía sin obedecer a sus demandas. El suave roce en el lóbulo de la oreja la estremeció más que otro contacto en su vida. Él aprovechó el momento para acariciarla. Fue tan ágil, demostrando que sabía cómo salirse con la suya. Casi nadie vio su mano desplazarse.

—Te veo ahora en la terraza. —La tentó, si quería más que una simple caricia, tendría que acudir a la cita clandestina—. Nuestra conversación no ha acabado.

Ella seguía sin palabras. Él estaba decidido a no permitir que el tiempo corriera hasta que una jugarreta del destino los alejara por años, de nuevo. Por otra parte, con Emily atrapada en la vorágine del mercado matrimonial más importante de Londres, corría el riesgo de que otro apreciara las virtudes que le hacían amarla. No iba a permitir que otro caballero la hiciera su esposa. En los negocios y en el amor, siempre daba el primer paso.

Antes de darse cuenta, Marcus se aproximó a ella colándose en el hueco entre los dos. El vástago de los Cumberland era muy atrevido, aunque estuviera en su casa, no tenía el derecho a darle la espalda a Zachary y robarle en las narices a la mujer que amaba. Al parecer, no perdió detalle del sutil cortejo del escocés y el efecto que causaba en Emily.

—¿Hay sitio para mí en su carné, señorita Grant? —inquirió el recién llegado.

—No… —contestó llena de incomodidad. Aún pensaba qué decirle a Zachary cuando tuvo que asimilar la interrogante de aquel.

—Perdón, creo que no hice la pregunta correcta. ¿Aún quedan lugares libres en su carné? —Marcus jamás se rendía.

—Quedan, pero… —Emily no podía fabricar una excusa con la rapidez que deseaba. La presencia de Zachary aún la turbaba. Sabía que estaría rabiando por la intromisión de Marcus. Una guerra estaba a punto de estallar.

—¿Me concedería la siguiente pieza, hermosa ave de mar? —atacó sin miramientos el imprudente—. Sé que, para ganar el concurso, las debutantes requieren girar toda la noche. Me apena verla tan solitaria.

Zachary sabía que Marcus no era idiota, aún debía sentir su respiración en la nuca. Estaba a punto de tomarlo por el cuello y sacarlo de un empujón del medio de los dos. Sin embargo, Cailean —que apareció en su rescate— le enterró con fuerza los dedos en el hombro, con un gesto premeditado, aparentando solo tocarlo. Pero Zachary tuvo que disimular el dolor.

Su amigo solía actuar como su escolta, aunque no lo era y Zachary no lo necesitaba.

—Por todos los cielos, ¿qué haces, Laird? —masculló con ironía. Lo que le faltaba. Tuvo que darle la espalda a Marcus, para responder a las demandas del entrometido.

—Evito que des un espectáculo —musitó el pelirrojo con una falsa sonrisa, para no alertar a los invitados—. Si vas a patear la pomposa retaguardia del infeliz, hazlo cuando se acabe la velada, no bajo la mirada de todo Londres.

—Es lo último que me importa. —Apretó los dientes para que su voz no sonara tan elevada.

—Arruinarías el baile de las señoritas, y recuerdo, tal y como me contaste, que ya causaste bastante alboroto en la fiesta del té —continuó aparentando prudencia, pero había una intención muy seria de fondo. Cailean era un jugador nato, más cuando la situación lo ameritaba—. Sugiero que salgas a la terraza, respires hondo y te

tranquilices. Después, cuando el baile haya concluido con éxito, ajusta cuentas con Ashword. Me cercioraré de que la señorita Grant no continúe siendo importunada.

—No —defendió tajante. Iba a echar a Marcus a patadas de su propio baile, solo a él le correspondía proteger a Emily. Era un crápula que iba por el mundo perjudicando a jóvenes inocentes, nadie le había dado el escarmiento que pedía a gritos. En esta ocasión se topó con la joven equivocada.

Era evidente que Marcus y Emily tenían que escucharlos, como viceversa. Ambos oyeron que ella se armó de valor y le contestó a su contraparte:

—Lord Ashworth, es verdad que mi carné tiene algunos sitios vacíos. Sin embargo, el último baile me ha dejado exhausta. Tendrá que esperar usted otra oportunidad. Si me disculpa, debo acudir con mi carabina, está buscándome.

Zachary bufó cuando los pasos de la señorita se alejaron de los dos. Entonces, las miradas de él y el cachorro Cumberland volvieron a encontrarse, más fieras, más cínicas… Cada uno sabía lo que pensaba el otro.

Cailean se quedó con la expresión afilada aguardando, si Zachary sacaba su furia sobre el hijo de los anfitriones, seguramente tendría a más de uno dispuesto a echarlo de la recepción sin ninguna elegancia. Así que él esperó para defender a su amigo de ser necesario.

—La señorita Grant tiene espacio en su carné, me complace saber que no piensa destinarlo para ti. —La ironía en el tono empleado por el escocés tranquilizó al pelirrojo, aliviado. Zachary había recobrado su dominio.

—Pero soy como una espina en el pie, no cedo con facilidad. —La intención de Marcus estaba expuesta—. He descubierto datos interesantes de la amiga de tu pequeña hermana. Crecieron juntos en Quiberville. Qué romántico. Y ella no quiere arruinar tu futuro. Se considera muy poca cosa para el hijo del marqués. Sin embargo, alguien con quien no tiene lazos nostálgicos y estúpidos, podría ser el escalón que necesita para salir de la cloaca en la que se hunde con su familia. Yo, por ejemplo.

Zachary se lamentó por no disimular mejor su debilidad hacia Emily, Marcus pretendía vengarse utilizándola. Era como un perro con un hueso; no iba a perdonarle la humillación en la fiesta del té. Apretó el puño para no estamparlo sobre su cara desvergonzada. Un tipo como él no se casaba con una muchacha como Emily, su única intención sería lastimarla para fastidiar a Zach. La ilusionaría y después la dejaría en una posición peor de la que se encontraba.

—Escúchame bien, cachorro del infierno —murmuró con el rostro de acero, tan melodioso y sutil, que las personas a su alrededor pensarían que conversaban de forma amena—. No me iré con rodeos. Si la tocas, si vuelves a importunarla, apretaré tus huesos hasta hacerlos crujir. Cavaré tu tumba con mis propias manos y sentiré placer al lanzarte a lo más hondo del foso.

La rabia en los ojos de su oponente no mermó, pero entendió que Zachary no estaba fanfarroneando. Se marchó con una mueca retorcida.

Zachary sabía que aquel no era buen perdedor, debía esperar su revancha y estar preparado.

Cuando su adversario desapareció pudo relajar su mano. Aún no sabía de dónde sacó la fuerza para no golpearlo en el rostro.

—Déjame encargarme del trabajo sucio —pidió Cailean con la ira también contenida.

—Ni lo sueñes —respondió en voz baja—. Marcus es asunto mío.

El pelirrojo se alzó de hombros y se alejó en busca de Florence, sabía que la señorita Fairbairn estaría desconsolada cuando dieran los resultados. Precisaba estar a su lado para confortarla.

Zachary exhaló con fastidio y recordó que le pidió a Emily encontrarse en la terraza que se extendía hasta los jardines. Le vendría bien el aire y necesitaba terminar la conversación. Tenía que advertirle de los planes de Marcus.

Se dirigió con paso presuroso hacia el exterior. Atravesó las puertas francesas enmarcadas con cortinas de seda, y comenzó a buscarla. Suponía que ella habría llegado antes. Al internarse en el

área más oscura, sintió el sonido de unos escarpines sobre el suelo. Se giró con el corazón palpitante, pero no encontró a quien esperaba.

—Susette. —Hacía tiempo que, cuando estaban a solas, al dirigirse a ella no usaba el tratamiento correspondiente. Ya no la soportaba, no después de arruinar lo que tenía con Emily.

—Oh, Zachary, ¿ibas a irte a los golpes con lord Ashworth como si fueran unos salvajes? —Inmediatamente, soltó un quejido. Se notaba que estaba sufriendo y al parecer ya lo había ocultado bastante. Lejos de los demás invitados ya no pudo disimular.

—¿Me espías? ¿De nuevo? ¿Cuántas veces debo decirte que, por favor, me dejes en paz? Lo que haces no está bien, ni siquiera viniendo de ti.

—Si, al menos, te hubieses peleado con Marcus por mí. Pero, ¿por la hija del posadero? Tu padre jamás te dejará casarte con ella. Él descubrió lo que te has empeñado en ocultar, se lo dijo a mi madre… No se ha opuesto de forma tajante porque sabe cómo reaccionarías… Pero eso tiene que parar. Deja de comportarte como un irresponsable y de una vez mírame. Te convengo. Soy la única opción que deberías considerar. ¿Vas a rechazarme por culpa de la hija del posadero?

—No vuelvas a referirte así a ella. De hecho, ni siquiera pronuncies su nombre. ¿Fuiste tú quién susurró esa información en el oído de Marcus? Porque me parece que estás muy bien informada, y resulta que él también…

—Yo… Marcus se puso muy insistente, me pretende. Tuve que darle algo que le interesara para que dejara de perseguirme. No acepta con gracia un rechazo.

—Déjanos a Emily y a mí en paz. No provoques mi furia, mujer. No me casaré contigo, así supliques o armes el mayor complot de todos. Nada me hará cambiar de opinión. —Airado, trató de alejarse.

—¿No te importa que Marcus haya pedido mi mano? ¿Vas a renunciar a mí? —Su rostro reflejaba confusión.

—Creo que lo dejé claro hace años atrás…

—Pero tú me desfloraste, tienes que casarte conmigo… —Se cruzó de brazos e hizo un mohín—. Eres un caballero, y un caballero

no anda comprometiendo la honra de inocentes damas, para después no aceptar las consecuencias de sus actos.

—Susette… —Negó, su tono era hastiado. Levantó las palmas sintiendo que la situación lo sobrepasaba. Aguantar a Marcus primero, y ahora esto… Al hombre podía golpearlo hasta desahogar su furia; pero lidiar con una dama era más delicado.

Los dos escucharon el frufrú de la falda de un vestido y después unos pasos que se alejaron corriendo. Zachary vio a Emily, testigo de la revelación de Susette. Un sobresalto le subió a la garganta y casi lo ahoga.

No de nuevo.

—¿Continuarás negándote? —Susette lo tomó del mentón para obligarlo a mirarla a los ojos

—¿Has perdido el juicio, mujer? Entiendo que puedas creer que estás enamorada. Pero ¿perder tu propio respeto?

—¿O no dejar que mis enemigos ganen cuando ya no tengo opción para alcanzar la victoria? —admitió maliciosa, dándole la espalda para retirarse. Algo la hizo voltearse y agregar—: Sin embargo, si me lo pides, todavía podría aceptarte.

—¿Cómo fuiste capaz? ¿Sabías que ella estaba escuchando? —demandó impactado. Quiso hacerle pagar la afrenta; en cambio, la contempló con desidia.

—Solo tenía que esperar el momento propicio y no fuiste nada cuidadoso. Escuché que se encontrarían en la terraza. Hablaron alto y con tanta efusividad. Ahora mismo todo Londres debe estar murmurando que te entiendes con la protegida de tu hermana. Y me dije: la esperanza es lo último que se pierde.

—Estás loca.

No podía seguir perdiendo el tiempo con Susette. Necesitaba interceptar a Emily antes de que la decepción la lanzara a los brazos de Marcus que aguardaba como un tigre al acecho.

26

Emily regresó al baile con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras las demás concursantes danzaban, ella trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. El murmullo de las risas le zumbaba al oído como un enjambre de abejas. No obstante, luchaba por mantenerse en pie. No soportaba la mentira, y las palabras de Susette acerca de lo acontecido en Normandía eran bastante convincentes.

Cuando más perdida se sentía, lo vio entrar al salón y dirigirse hacia ella. Alto, bello, imponente… Con una expresión tan dolida como la suya, pero a la vez letal. Parecía que iba a explotar de un instante a otro. Como si la irritación acumulada lo estuviera asfixiando, y necesitara gritar para poder llenar sus pulmones de oxígeno.

Susette no tardó en aparecer en su campo visual. Notó que él la ignoró por completo.

—Oh, Emily, puedo darte una explicación. —La tomó de la muñeca sin importarle atraer la atención de los demás invitados—. Mírame a los ojos, por favor. No dudes de mí. Ella miente.

Emily sintió que su corazón se agitaba más y más, Zachary parecía alterado… Estaba dispuesto a exponerlo todo con tal de convencerla.

—Zach… No aquí, hablemos cuando estemos a solas. —Por supuesto que deseaba escuchar esa explicación cuanto antes, pero no era el mejor momento para ninguno de los dos.

En una esquina, ese periodista Frederick Banes no les quitaba la vista de encima. Como si su instinto le advirtiera en qué sitios podía encontrar los cotilleos más escandalosos. Con ojos de halcón acechaba a sus presas. En su imaginación ya estaba escribiendo los titulares que venderían miles de ejemplares.

Susette, presa de los nervios, se aproximó a ellos e ignorando por completo a Emily, se dirigió al escocés:

—Si continúas ignorándome cometeré una locura y ya nada podrá separarnos. Tendrás que casarte conmigo. —Se prendió del poderoso brazo de Zachary en un arrebato. Él, con un movimiento ágil, se zafó de su agarre, negándose a cumplir su capricho. No le importó la humillación a la que quedaría expuesta—. ¿Es por ella? Que se caigan las máscaras. Señorita Grant, ¿sabe quién compró la hostería de sus padres en Normandía? ¿Está enterada de quién hundió a los Grant no fue otro que el marqués de Blair?

Lady Warrington, como invocada por la reina de las arpías malintencionadas, dedujo que su hija mayor estaba a punto de colapsar y convertirse en el escándalo de la temporada. Si no lo era ya. E, *ipso facto*, trató de rescatarla.

Algunos curiosos los miraban, como tratando de averiguar sobre qué tema debatían tan concentrados. Estaban convencidos de que el escenario no se veía nada bien.

—Querida, ¿qué se supone que estás haciendo? —masculló la madre con el rostro pálido. Al parecer, había alcanzado a escucharla.

—La prefiere a ella. ¿Puedes creerlo? —susurró muy bajo, aguantando las lágrimas para que no brotaran en público.

—Pero tú tienes a Marcus, serás la envidia de todas las damas solteras. ¿Para qué quieres al futuro Blair si ya tienes al futuro Cumberland? —continuó bajo, con los dientes apretados y fingiendo para los curiosos que sonreía.

Zachary las observaba lleno de furia. Emily, perpleja, le rogaba a su corazón que aguantara. Las revelaciones de Susette la estaban consumiendo por dentro. Porque si Zachary había ocultado algo tan grande, ¿en qué más estaba mintiendo?

—Pero, mamá, tú misma me enseñaste a luchar por lo que quiero. ¿Por qué debo rendirme? —se quejó Susette.

—Porque si Marcus se da cuenta de tu comportamiento te retirará sus afectos. ¿Comprendes?

—Marcus es un ordinario, jamás podrá compararse con Zachary —rebatió la interpelada.

—No lo hagas, no en esta noche tan especial para tu hermana. —Aunque su tono era bajo, sonaba como un cuchillo sin filo sobre el mármol. Estaba tan enfadada que disimularlo le costaba toda su fortaleza. No podía entender cómo su hija no acababa de comprometerse con Marcus, conociendo la situación familiar. Nada iba a disuadirla de dejar de presionarla para que le diera el «sí».

Emily ya no quiso continuar escuchándolos. Se escurrió en medio de la discusión. Solo una persona podía aclararle lo que estaba sucediendo. Buscó por doquier hasta divisarla y llamó su atención para que se acercara.

—Charlotte —le dijo casi sin aliento—. Lady Susette me ha revelado algo que me resulta difícil de creer. ¿Fue tu padre quien arruinó al mío?

Su amiga palideció, y se quedó muda, en jaque.

—No lo supe hasta estar en Escocia. —Al ser confrontada no pudo callar más. Omitir esa verdad la había atormentado todo ese tiempo—. Zachary se dio cuenta cuando se hizo cargo de los negocios, mientras mis padres me apoyaban en aquel momento en que mi salud se complicó…

—Pero tu hermano siempre ha sido la mano derecha de Blair… ¿Cómo no fue parte del negocio donde se efectuó la compra?

—Mi padre aún no dejaba todo en sus manos. Además, lo conoces. Zachary no habría aceptado. No lo estoy diciendo para defenderlo.

Emily sintió una opresión en el pecho. ¿Por qué su familia no le dijo en manos de quién terminó La Sirène? Estaban en medio de la conversación, cuando Marcus se les acercó. Primero le insistió a Emily.

—Hermosas damas, casi se acaba la velada y ninguna me ha concedido un baile. Sigo interesado en que mi nombre aparezca en su carné, señorita Grant.

Ella casi le grita que «¡no!», con todas sus fuerzas. Llegaba, como siempre, en el peor momento. La mirada de Emily fue tan dura y fría que no necesitó articular lo que pujaba por salir de su garganta.

—Capto que no quiere bailar conmigo. No tiene que mirarme así. —Chasqueó la lengua, como si no aceptara su rechazo—. ¿Y usted, lady Charlotte? Su padre asegura que es estupenda en la pista, tan grácil como un cisne sobre el Serpentine. ¿Me concedería un baile?

Charlotte abrió la boca, dispuesta a rechazarlo también. Lo único que deseaba, era emplear su aliento para suplicarle a Emily que no la juzgara por compartir sangre con un hombre que traicionaba la lealtad y los lazos más sagrados. Y, justo en el momento en que su presencia solo podría empeorar las cosas, el marqués de Blair se aproximó a su hija.

—Querida, ¿escuché bien? ¿Lord Ashworth te ha invitado a bailar? Supongo que aún queda lugar en tu carné.

—Usted y yo debemos hablar —lo confrontó Emily sin nada de temor. Su mirada había dejado atrás toda su candidez, y había dado paso a la furia.

Blair se sorprendió por la forma en que lo abordó, negarse solo acaloraría más a la señorita. Jamás la había visto tan decidida.

—Por supuesto, te escucho. Hija mía, lord Ashworth, disfruten de su baile. —Hizo una leve reverencia y le extendió su brazo a Emily.

Se apartaron unos pasos de los otros dos que continuaron conversando.

—Milord, dígame la verdad, si aún le queda una gota de honor. ¿Fue usted quién llevó al límite a mi padre hasta que las deudas lo obligaron a vender? Porque jamás entendí qué nos ocurrió, La Sirène marchaba muy bien. —Su mente comenzó a atar cabos: los elogios de Blair sobre la ubicación de la propiedad, el acercamiento de Blair a Raphael, la separación después…

—Querida, es tu baile. Deberías estar concentrada en encontrar un marido. Los negocios corresponden a los hombres. —Su voz sonaba paternal, pero el sentimiento no era genuino.

—Entiendo que, para alguien como usted, arrasar con la competencia puede parecer tentador. Pero, yo era la mejor amiga de Charlotte, éramos como hermanas, mis padres siempre la trataron

con tanto amor… Aun así, no lo entendería. Le falta calidez para los suyos, ¿cómo podría su corazón latir por alguien más?

Blair hizo una mueca de fastidio. Más, al mirar hacia donde había dejado a su hija y comprobar que no estaba bailando con Marcus.

—No tomaré en cuenta tus palabras, Emily. Aunque me parecen ofensivas. Supongo que solo una dama podría comportarse como la situación lo amerita y estudiar en el colegio más prestigioso de Londres, no es suficiente para borrar las maneras aprendidas en el hogar. Esta conversación ha terminado.

—Es bueno que caigan las máscaras, milord, para que sepa que ha perdido mi respeto.

Emily le dio la espalda a tiempo, no vio como la ira iba coloreando las facciones del marqués. El caballero jamás pensó que escucharía esas palabras.

—Aguarda, en algo tienes razón —continuó Blair tratando de mantener la compostura. Hizo un gran esfuerzo para controlarse. No perdería los papeles por las exigencias de una señorita, lo dejaría muy mal parado. Pero su lengua podía ser bastante venenosa hablando aún con un tono educado—. Es cierto que las máscaras de todos deben caer. Tu adorado Zach también estuvo de acuerdo con apropiarnos de la perfecta ubicación. Porque sí, lo sé todo. Sé lo que murmuran cuando nadie más los escucha. Y no, no vas a casarte con mi hijo. Solo quiere seducirte, es un cazador como su padre. Después de obtener lo que desea, va a decirte adiós del modo más cruel. Si no me crees, refléjate en Susette. Ella cedió a sus encantos y para el cazador ya no es digna de convertirse en su esposa. Él desposará a una dama, y tú, querida, no mereces tal honor.

Emily quiso contestar, pero su lengua estaba entumecida tras sus humillantes palabras. Sentía como si hubiese recibido un zarpazo tras otro de un tigre experimentado. Justo siendo ella un polluelo recién salido del cascarón. Respiró hondo. Ese hombre sabía cómo herir, cómo alimentar una duda. Titubeó. Estaba a punto de desplomarse.

Y recordó que, entre los principios más arraigados que Raphael le enseñó con su propio ejemplo, estaba defender su dignidad con

convicción. No permitiría que Blair ganara. El instinto de conservación le gritaba que no lo dejara escapar impune.

—Usted cree que ha salido victorioso, pero con su ataque velado ha firmado la sentencia de su propia caída. Tengo el amor de su hijo, de Charlotte, incluso de Marianne, porque el cariño de cada uno por mí es sincero. A usted solo lo toleran, pero no será para siempre.

—¿Qué estás insinuando, muchacha insolente? —preguntó mordaz y confundido. ¿Le estaba enseñando sus garras? ¿Tendría acaso armas con qué sostener su desafío?

Lo miró a los ojos y continuó:

—Seré la marquesa de Blair un día y no por ambición, su hijo me quiere. No sé qué intrigas ha tramado para salirse con la suya… Pero, si cree que poniéndome en contra de Zach logrará separarnos se equivoca. Entiendo que no ha podido convencerlo, y que a él le sobra voluntad para desafiar sus imposiciones. Así que, si usted apostó todas sus cartas al eslabón que creía más débil, se dará de bruces contra el suelo. No me rompo fácilmente. Y sí, eso viene de la mano de crecer sin lujos ni apellidos ilustres como los suyos.

Sus dedos temblaban, pero su voz se mantuvo firme. Por primera vez enfrentó al frío e indolente Blair, y él había escuchado.

Emily no supo cómo pudo pronunciar cada palabra e hilvanar cada frase. Pero cuando soltó todo de golpe, se sintió liberada de un peso que amenazaba con aplastarla.

27

Emily caminó entre los invitados y su bulliciosa charla, abriéndose paso. Tenía la mente embotada, pero estaba satisfecha por haber puesto a Blair en su lugar.

Charlotte apareció de pronto, le tomó una mano y la apretó con ternura. De no hallarse rodeadas de los asistentes, la habría abrazado con todas sus fuerzas durante algunos minutos.

—Perdóname, Em. Te lo ruego, soy culpable de no decírtelo en cuanto lo supe. Pero temí que no ibas a perdonarme.

Emily cerró los ojos mientras sentía los dedos de su amiga presionando los suyos, y se llenaba de valor para enfrentarse a su expresión suplicante.

—Charlotte, te creo… No te juzgaré por los actos de tu padre. Así te hubieses arrodillado ante él, solo hubiera obedecido a su egoísmo. Por favor, no pidas lo que no te corresponde. He visto cómo te hiere, tú no tienes la culpa de nada.

—¿Estamos bien?

—No negaré que me duele, pero si te diera la espalda, ¿en quién me apoyaría? Somos amigas, casi hermanas. —Esbozó una tímida sonrisa.

Charlotte no contuvo la emoción y terminó abrazándola en medio de todos, que negaban creyendo que solo eran dos chiquillas que no acababan de madurar y comportarse como correspondía a las debutantes. Tal vez, no eran hermanas por vínculo sanguíneo, pero sus almas se reconocían como tales.

Cuando el abrazo las calmó a ambas, la hija del marqués comunicó una información urgente.

—Antes de marcharse furioso porque las dos lo rechazamos, Marcus me reveló que su madre está a minutos de convocar un baile final. Cada debutante debe bailar con su padre o tutor en su

defecto. Es el último filtro. Después, dará el nombre de la ganadora. Ettie salió al jardín hace rato con su prometido. Por más que la he buscado no aparece. ¿Me ayudas a encontrarla? Si no se presenta quedará eliminada de la final.

En ese instante, la orquesta se detuvo y lady Cumberland hizo el anuncio con tono ceremonial. En breve, el último baile comenzaría.

Se miraron preocupadas. Sabían que Charlotte no ganaría, después de Marcus ser humillado en la fiesta del té. Ella menos, la ascendencia de su cuna la invalidaba. Solo la hicieron ilusionarse en vano. Florence dejó muy claro que tampoco se llevaría la victoria, y no había nada ahí para lady Valery. Solo quedaba la opción de Ettie, ante la hermana de Susette.

—Parece ser que lady Cumberland pretende favorecer a lady Lavinia. —Emily expresó lo que pensaba—. Iré a buscar a Ettie. Espero de corazón que pueda ganar. Por favor, haz lo que sea, no permitas que esa bruja comience el baile sin ella.

—Apresúrate —la animó ansiosa, pero esperanzada.

Sin perder tiempo, traspasó la misma puerta por la que había visto desaparecer a su amiga hacía bastante tiempo. Y al llegar a la salida del laberinto, vio a la pareja de recién comprometidos en una actitud cariñosa. No había oportunidad para sonrojos. Se dirigió con paso firme hacia ellos.

—Ettie. —Emily le susurró para que nadie más los escuchara si había alguien cerca—. Oh, Ettie, eres tú, gracias al cielo.

Le informó sin demora, mientras el duque la miraba con recelo y Ettie le aseguraba a su excelencia que Emily era de fiar. Tenían que apurarse para llegar al baile.

—Vamos, Ettie. —Emily la tomó de la mano, tras lanzarle una mirada fugaz al duque, sin mediar con él ni una palabra. Sin juzgarla, instó a su amiga a seguirla—. Lady Cumberland se ha sacado un as bajo la manga, un último baile que no estaba estipulado. Las debutantes bailarán con sus tutores. Tu hermano te está buscando y ya parece nervioso, aunque trate de disimular. Creo que la intrigante de lady Cumberland sospecha que no estás adentro.

Ettie quiso justificarse. Y Emily la calmó con respeto a su escapada. No juzgaría a dos enamorados.

—Perdona por meterte en semejante embrollo —compartió avergonzada, mientras tomadas de la mano apresuraron los pasos en dirección a la fiesta—. Em, ¿y tú con quién bailarás? ¿Acaso tu abuelo…?

No era un secreto que sus padres jamás la acompañaban en los eventos de la aristocracia.

—Pues… Mi abuelo ya está mayor y sus apariciones públicas son solo las imprescindibles. Como lord Blair bailará con Charlotte, mi amiga le ha pedido a su her-ma-no —titubeó—. Le ha pedido a lord Moray que…

—¿Pasa algo con lord Moray? —Arqueó una ceja.

—Sucede que la amenaza velada de lady Cumberland me tiene nerviosa, tú también deberías estarlo. Parece decidida a perjudicarte, su salida no es casualidad. Ella y la señora Sable recalcaron que si alguna de las debutantes no se presentara en el último baile quedaría descalificada sin falta. No salieron en persona a buscarte porque las damas del jurado tuvieron que reunirse a deliberar… Después del baile anunciarán el nombre de la ganadora.

—Creo que debemos apresurarnos. —Mientras corrían se quejó de lady Cumberland y sus hermanas. No eran buenas personas. Menos por manejar el concurso a su antojo, jugando con las ilusiones de las señoritas—. Gracias, Em, tú y Charlotte son excelentes amigas.

Ese planteamiento lleno de cariño reconfortó el corazón de Emily.

La música se apoderó de los presentes. Y Emily terminó en los brazos de Zachary que la miraba con los labios sellados, pero se le notaba que ardía en deseos de justificarse. ¿Cómo pudo Charlotte pedirle a él que fuese su acompañante?

Se sentía como una avecilla temblorosa entre sus fuertes brazos. Tenía tantas preguntas. La mano de él la sostenía con firmeza por la espalda, y su toque cálido comenzó a tranquilizarla.

—Sirena, sé que tengo mucho que explicar. Lo diré rápido.

—Zach, yo…

—Por favor, déjame hablar… Jamás he besado en los labios a Susette; menos la he hecho mía. No sé cómo se metió en mi cama esa noche. Tal vez se aprovechó de que estaba muy ebrio. Pero, a pesar de ello, habría sabido si estuve dentro de una mujer. —Su necesidad de ser escuchado y de que creyeran en lo que se esforzaba por contar era palpable. Su labio inferior temblaba, su cara estaba más pálida que de costumbre y en sus dos pozos inmensos se vislumbraba el tormento—. Tal vez no tengo otra cosa que mi palabra para demostrártelo, pero…

—Con tu palabra me basta.

Zachary se quedó impactado por la respuesta, seguía pensando en otros argumentos para defenderse. Por lo que cuando ella le dio algo de alivio, su mente no consiguió detenerse. Hizo una pausa y sus mejillas recobraron el tono sonrosado natural.

—¿De verdad, Em? —Su voz reflejaba mucha paz y consuelo—. Cuando supe que Blair usó todos sus medios para que el señor Grant se endeudara hasta tener que vender, para cubrir la cantidad que debía, sentí una impotencia tremenda. Mi rencor hacia mi padre fue mayor. Me alejé un tiempo, yo…

—Te acusa de estar de acuerdo con él.

—Típico de él, diría lo que fuera para separarnos. No es la primera vez que es tan agresivo en los negocios. ¿Por qué crees que los Warrington también están arruinados? No le importan los lazos cuando hay dinero de por medio. Por eso, lady Warrington me remplazó por Marcus como candidato para Susette. No le perdona a su amante haber tomado ventaja. Porque sí, aunque el viejo Warrington no pueda ver lo que hacían a sus espaldas, esos dos le veían la cara de tonto.

—Por el Altísimo. —Emily casi se equivoca en los pasos de baile, consternada por lo que acababa de oír. Pensó en Marianne. No se lo merecía. Incluso recibió a lady Warrington en su casa. ¿Podía ser más infame el marqués? Se compadeció—. ¿Tu madre lo sabe?

—Lo descubrió. Estará bien, ya no lo ama. Solo se ha quedado por Charlotte, pero no comparten el lecho desde hace años. En

cuanto mi hermana se case, ella también lo abandonará.

—Sigue siendo injusto.

—Cuando supe que mi padre había arruinado al señor Grant, discutimos y terminamos por distanciarnos más. No puedo revertirlo, mientras no sea el marqués de Blair, pero…

—No, Zach, no le desees la muerte a tu padre. No permitas que tu alma se corrompa. A pesar de crecer con su ejemplo, has logrado mantenerte libre de su maldad.

—No puedo devolverle La Sirène al señor Grant ahora, pero…

—Mi padre no aceptaría tu ayuda, aunque sea de buena fe. Es obstinado y orgulloso.

—Cásate conmigo, Em.

Ella se quedó sin aliento… Sabía lo que deseaba responder. A punto de abrir la boca, en esa noche turbulenta que logró deshacerse de sus prejuicios, el caos de los invitados los arrastró lejos de la pista.

Las concursantes y sus acompañantes dieron un espectáculo vibrante. Todos querían oír el veredicto. Sin embargo, lo más importante que Emily debía escuchar esa noche, había brotado de los labios de Zachary. Una propuesta, su propia propuesta.

No podía mirar a Zachary. Parecía que los dos se evitaban. Si sus ojos se encontraban, el amor palpitando en sus corazones los impulsaría a besarse con ardor. Y, entonces, los exponentes más ilustres de la sociedad caerían desmayados ante tal espectáculo.

Primero un duque pedía matrimonio a una debutante. Después otra era besada ardientemente por un apasionado escocés…

—No tienes que responder ahora, Sirena. Lo que sentimos es solo nuestro. Volveremos a tener otra oportunidad. Repetiré la pregunta, y de corazón espero que me digas que sí.

En segundos, sabrían el nombre de la ganadora.

La vista de Emily pasó por cada una de sus amigas. Charlotte del brazo de su padre. Ettie del de su hermano. Florence junto a su tutor. Valery cerca de su tío, lord Cumberland. ¿Por qué esta última no bailó con su padre el duque de Richmond? Estaba segura de haberlo visto en la recepción.

Los rostros de las hermanas maléficas —lady Cumberland, la duquesa de Richmond y la señora Sable— lucían desencajados. A pesar de ello, el brillo de maldad en ambas se dejó traslucir cuando lograron recuperar la compostura.

Lady Abbott sonreía triunfante y los semblantes de las otras damas del jurado se veían conformes con el resultado, salvo el de la directora Holt que no podía disimular su asombro.

El anuncio no se dilató: lady Henriette Montagu, su querida Ettie había ganado. Lady Cumberland y sus hermanas no se veían felices con el resultado. Al parecer, la dama que todos temían, la infalible casamentera de Londres —lady Abbott— había hecho una revolución con las opiniones de las damas del comité. Y ganó quien superó el último escalón de modo honesto y transparente.

¿Había una nueva esperanza para el concurso?

Cuando su hermano caminó con el semblante serio hacia su madre, Charlotte no tardó en acercarse para abrazar a Emily y consolarla en su pérdida. Pero se sorprendió al no verla tan afectada como esperaba. Cuando se soltaron, Emily le reveló la razón de su sonrisa.

—Zach, me prepuso matrimonio. Es un secreto, no puedes decirle a nadie.

Charlotte volvió a abrazarla, la noticia no podía hacerla más feliz. Cuando se recuperó, preguntó:

—¿Y qué le respondiste?

—Nada aún. El anuncio nos interrumpió.

—No pierdas más tiempo conmigo, ve por tu pretendiente. —La empujó sutilmente y le guiñó un ojo.

Antes de caminar hacia Zachary —que ya avanzaba hasta ella— vio de soslayo en un rincón a lady Valery con lágrimas en los ojos, observando el panorama como si fuese su perdición.

Florence también tenía el rostro surcado por el llanto. El enorme escocés pelirrojo, a su lado, no sabía cómo consolarla. Se veía tan desanimado como la anterior.

Incluso, Charlotte resultó agraviada al perder. Sin el monto del premio, seguiría bajo el dominio de su padre.

Cada año el Premio Cumberland representaba oportunidad para muchas, pero resultados solo para una.

—Emily, ven conmigo, mi amor —le dijo Zachary y no dudó en tomarle la mano con una sonrisa cómplice.

Se escurrieron mientras los demás, atrapados por la algarabía, no notaron su ausencia. Llegaron hasta un solitario balcón y se apoyaron en la baranda de mármol.

Con ilusión, sin dilatar el momento, Zachary puso una rodilla en el suelo. Emily sintió mariposas en el estómago. Más cuando él le extendió un hermoso anillo con una gema azul de corte facetado que brillaba como los ojos del hombre.

—¿Me harías el honor de convertirte en mi amada esposa e iluminar mi vida con tu presencia para siempre?

Emily se llevó las manos a la boca, conteniendo un grito de felicidad.

—Zach, ¿te has vuelto loco? ¿De dónde has sacado ese anillo con tanta premura?

—Mi madre… Ya se lo había pedido. Le dije que lo trajera esta noche porque iba a pedirte matrimonio. —Necesitaba escuchar la respuesta, sentía que no podía esperar.

Ella no salía de su asombro.

—¿Lo aprueba?

—Sí, me reveló que ya te quiere como a una hija.

Emily volvió a sonreír, esa noche había vivido tantas emociones…

—Oh, escocés. Yo creí que… —Lo alzó por las solapas con complicidad.

—¿Responderás a mi propuesta de matrimonio? ¿O aún no soy digno de ti y debo idear mil formas de ganarme tu afecto? —Lo tenía en vilo. ¿Cuántas veces lo había pedido ya? El anillo seguía entre sus cuerpos palpitantes.

—Por supuesto que te acepto, Zach. Eres digno y mi afecto ya lo tienes por completo.

—Mi sirena, ahora soy tuyo. —Cuando le puso el anillo se sintió el ser más afortunado del mundo.

—Pensé que lo habías sido desde siempre —le susurró seductora y lo enlazó por la cintura, acercándolo a su cuerpo.

Tal provocación surtió efecto, a él se le aceleró el corazón y la atrapó entre sus brazos. Si alguien los veía les daría el pretexto de casarse cuanto antes, pero a ninguno le importó.

—Por supuesto, siempre te he amado —murmuró sobre los labios de ella, mirándola a los ojos.

Con sus dotes de galán reclamó su atención. Sus bocas se encontraron con una sed contenida, con hambre, con un deseo voraz… No fue un beso delicado… Él se apoyó en la balaustrada con Emily abrazada por el talle, mientras recorría con devoción, aquella boca que había venerado y anhelado al mismo tiempo. Sus cuerpos estaban a punto de estallar, envueltos en una espiral de deseo. Aquel beso era una promesa, un pacto sellado, uno que no se rompería jamás.

28



Cailean miró con complicidad a Zachary, y él mismo abrió la primera botella de champán en los jardines de Moray Gardens. Los árboles seguían desnudos, pero el verde pasto resplandecía con el rocío, prometiendo que en la primavera la vegetación sería exuberante. El sitio era amplio y tenía cierto encanto que los visitantes decidieron elogiar.

Los lacayos siguieron descorchando el resto de las botellas y las copas se llenaron de espuma. El líquido cristalino de un dorado tenue burbujeó a la par de la alegría del anfitrión. Las mesas bajo las carpas blancas estaban ocupadas por los invitados que disfrutaban de la amena conversación y las vistas.

Zach le hizo una seña a su amigo, que no tardó en acercarse. Tenía un brillo en su semblante que nadie podía ignorar.

—¿Highlander no vendrá para el recibimiento? Esta fiesta es en nuestro honor. —Preguntó sin perder la vista de los detalles, los invitados ya ocupaban sus lugares y los lacayos los atendían.

—Sabes cómo es —le contestó Cailean, percibiendo algo diferente en su amigo que no terminaba de comprender—. Sigue en la granja supervisando cada detalle, las cuadras, los caballos. Tiene su propia manera de festejar. Pero, seguramente, se aparecerá más tarde, cuando no sea el centro de atención. Odia estar rodeado de gente y más de los elogios. Deberías entenderlo. Eres otro que jamás reconoce sus virtudes.

—Esto es parte del negocio. Lo último que pasa ahora por mi mente es que los invitados vengan a adularme, porque nuestro caballo arrasó en cada competencia en la que se presentó desde el pasado septiembre. Menos, porque gracias a esos fondos y mis ahorros, Broc y yo conseguimos comprar las hectáreas de la vieja mansión de los Wetherby.

—¿Y no se supone que el festejo es precisamente para inaugurar el criadero? —Su rostro de interrogación debió ser obvio para Zachary, de no haber estado a la expectativa de algo más.

—Busco inversores y es la razón de todo esto. —Señaló a las carpas con un gesto de suficiencia—. Los fondos solo alcanzan para mantenernos hasta la nueva temporada de carreras. Necesitamos construir más cuadras. Broc pretende criar caballos de tiro y de monta también, será una buena inversión. Además, tu primo se está quedando en la desvencijada casa de campo de los Wetherby. El techo tiene goteras, las cañerías son un desastre, solo por mencionar algunas de las necesidades que tiene la propiedad.

—Zachary, frena un poco, amigo. A veces no sé quién es el purasangre más veloz, si Wild Fury o tú. Detente a contemplar todo lo que has conseguido en pocos meses.

—No puedo hacerlo cuando tengo una meta.

—¿Por qué, demonios, no acepté tu loca idea de asociarnos? Creo que contigo llevaríamos el *whisky* MacAlister a otro nivel. —Cailean admiraba a su amigo y estaba contento por él.

—Tu padre no acepta socios. Es un negocio familiar y así pretende mantenerlo. —Hizo un alto a las emociones que lo aceleraban por dentro, para reparar en la profundidad de las palabras de Cailean.

—Sí, mi padre a veces es algo testarudo, o muy testarudo. —Negó con la cabeza.

—¿Y si te unes a nosotros y dejas que tu padre se encargue del *whisky*?

—No puedo, amigo. No puedo abandonar al viejo MacAlister.

—Lo sé y te admiro. —Zachary exhaló nostálgico. Cómo le hubiese gustado que su progenitor fuese parecido. En cambio, a él le había tocado un témpano de hielo que solo se preocupaba por sí mismo.

—E… —Pensó decir algo, conmovido. Pero su imagen de hombre duro se rompería. Prefirió sonreír con los ojos. Su cariño por Zachary era fraternal, lo demostraba con actos, no con palabras.

—En fin, la reunión de hoy es para buscar inversores. Es necesario que el agua deje de caer sobre la cabeza de Broc cuando

duerme. —Estaba de buen humor, tanto que hasta bromeaba. Su amigo enarcó una ceja al notarlo, pero lo dejó pasar otra vez sin indagar al respecto. Lo atribuyó a su emoción por la compra de la propiedad. Zachary continuó—: El muy idiota se niega a alojarse en mi casa o en la tuya, es muy orgulloso.

—Creo que quiere estar cerca de los caballos. A él no le importan las condiciones de la vieja casa. Me dijo que era un palacio, que solo necesitaba pocos arreglos.

—¿Un palacio? —Zachary tuvo que contener unas carcajadas. Había muchas personas mirándolo, y no solía reír en público. Sí, definitivamente eran cosas de Broc, a quien no le importaría dormir en los establos si fuera necesario. Pero a él le preocupaba.

—Quizá no estás buscando inversores en el lugar correcto. Sabes quién podría ser uno interesante, el duque de Hayden. —A quien no habían invitado—. He escuchado que suele invertir en negocios que le parecen rentables. Posee una vasta fortuna y es un aristócrata que no se sienta a esperar por la llegada de sus rentas. Oí hace días al duque de Richmond y su concuñado Cumberland criticándolo por la forma en que acrecienta su fortuna.

—Supongo que en la misma lista de indignos nos tienen a mi padre y a mí. Cumberland y Richmond se convencerán de lo contrario cuando sea demasiado tarde para sus patrimonios.

—Como sea, conocí a Hayden en la fiesta del té. Nos tocó en la misma mesa. Y le he agradado. Después de ese día hemos conversado en un par de ocasiones. A pesar de que se rumora que es desagradable, me parece todo lo contrario.

Zachary se alzó de hombros. Negó y pidió explicaciones con la expresión.

—Pero si tú mismo aseguraste que era partícipe de la argucia del concurso. Dijiste que él y los otros ilusionaban a señoritas para darle el premio a la candidata que tenían entre miras.

—No estaba bien informado. Los Cumberland son los que manipulaban el premio a su antojo. El duque es diferente. Se nota que no soporta a los condes de Cumberland ni sus manejos. Como te decía, alterné con su excelencia en la fiesta del té y también en el

baile. Me pareció diferente por completo. Escuché que va a casarse con una amiga de Florence…

—Tu Florence —le susurró con complicidad y Cailean se puso muy serio, como si hubiese tocado su fibra más sensible.

—La versión que lady Henriette ha dado sobre el duque y su papel como dueño de English Roses School es diferente a la que tenía en un principio. Ahora Florence lo aprecia…

—Lady Henriette es también amiga de mi hermana… y de Emily. Indagaré al respecto. —Mencionarla le recordó que aún no llegaba, su mirada estaba fija en las enormes puertas francesas por donde debía acceder.

—Si la opinión de ellas sobre Hayden es favorable, ¿te gustaría que concertara una cita entre los dos? Tal vez es el inversor que necesitas y ya no tienes que seguir buscando.

Zachary dio un paso atrás, y lo miró reflexivo. Antes de dar su opinión dejó su copa vacía en la bandeja de un lacayo que andaba cerca. Tomó otra y se mojó los labios.

—Has sido muy observador, has encontrado un posible aliado. ¿Por qué me ofreces negociar con él y desaprovechas la oportunidad? —aconsejó como buen amigo, con naturalidad.

Cailean se hizo la misma pregunta y contestó para sí en voz alta.

—Sabes que mi padre no quiere inversores…

—Pero la destilería MacAlister no siempre estará en manos de tu padre y es hora de que el viejo no solo te prepare para el futuro, sino que te dé responsabilidades de peso. Amas esa destilería y le has dejado tus mejores años. Si crees que asociarme con Hayden es una buena estrategia, ¿no lo sería también para ti? Piénsalo. Me sentiría indigno de robarte la oportunidad, tú la viste primero. —Zachary no era condescendiente en los negocios, pero a Cailean lo quería como a un hermano.

—Tal vez tienes razón, todo lo que tocas lo conviertes en oro. Quizás soy yo quien no ha buscado soluciones a los problemas en el lugar correcto.

Zachary le guiñó un ojo, Cailean seguía reflexivo.

—¿Y Blair? ¿No lo has contemplado para The Crest Stud? ¿No le gustaría invertir? —preguntó y se arrepintió en el acto. No acababa de acostumbrarse a la crueldad de un progenitor con su hijo. Su familia era muy unida y su padre era el pilar que la sostenía.

—Sabes que en mis asuntos jamás meto una libra de Blair. Nunca le daría la oportunidad de echármelo en la cara. —No demostró lo que sentía al respecto—. Para él los caballos son una pérdida de tiempo y dinero.

No solo no inmiscuía a su padre en sus propios negocios: lo quería lejos de sus asuntos. La opinión no pedida de Blair sobre el criadero de purasangres fue particularmente incisiva y desmotivadora. Por suerte, hacía mucho tiempo que Zachary dejó de escuchar a su padre, aquel diría lo que fuera para mantenerlo sometido bajo su control.

La independencia financiera de Zachary lo alejaba cada vez más de sus fuertes garras. Consideró que el «consejo» de su padre era desatinado y como tal lo desestimó. Las carreras de caballos eran entretenimiento, deporte y parte primordial del calendario social de la aristocracia y la alta burguesía. Por lo tanto, concluyó que traería ganancias.

—¿Sabes cómo te dicen? El rey Midas. Eso debería inflar tu ego —soltó Cailean, convencido de que Zachary ya lo había escuchado a sus espaldas. Pero, este último, nunca daría crédito a un rumor sobre su persona si era un halago. Detestaba los elogios, como si no se creyera merecedor de estos. Prosiguió ante la indiferencia de su amigo por el mote—. Que logres el éxito sin necesitar de los fondos o conexiones de lord Blair jamás deja de sorprenderme. ¿Cómo le haces para que cada negocio prospere con tanta rapidez?

—Mi determinación. Cuando te concentras en un objetivo, y depositas toda tu energía en esa empresa, hay más posibilidades de éxito. También debo agradecer por tener a su excelencia, el duque de Norfolk, siempre dispuesto a darme un consejo certero —dijo levantando su burbujeante copa en dirección a la mesa donde estaba el noble. Aquel le devolvió el gesto, para después volver a girarse y dejar que su amada esposa le robara toda la atención.

—Supongo que a eso se debe tu éxito, a tu perfeccionismo que raya en lo obsesivo. —Cailean miró de reojo a su amigo, temiendo que, con su comentario demasiado sincero y sin consideraciones, era él quien cruzaba la línea. Se sintió aliviado al notar que Zachary aceptó su observación, había confianza para hablar sin tapujos—. No sé cómo Broc y tú no se han despedazado llevando las riendas del nuevo negocio. Son tan diferentes.

—Hemos fijado los límites y ninguno se entromete en el terreno del otro. Yo llevo las finanzas, Broc se encarga de los animales. A veces exijo más a los purasangres, y él me aterriza, me recuerda que no podemos explotar a los caballos y menos desgastarlos físicamente. Necesitan descansar y Broc es el mejor conociendo sus necesidades.

—Van viento en popa, pero de vez en cuando debes aplacarte, amigo.

Zachary lo sabía. Sin embargo, hacía muchos años se enraizó en él la idea de que la única forma de conseguir afecto y apreciación consistía en ser impecable, perfecto. Por eso era tan exigente consigo mismo. Además, Blair desaprobó por completo su entrada al mundo de los caballos, lo quería concentrado en los hoteles, en prepararse para sucederlo algún día.

Para Zach enarbolar su triunfo era una forma de demostrarle a su padre que no lo necesitaba para ser un hombre tan poderoso como él.

Tan así era que, el sitio del marqués de Blair permanecía vacío al lado de la marquesa, la que estaba ahí apoyando a su hijo, aunque odiaba hacer vida social.

También continuaba vacía la mesa que reservó para los padres de Emily, era la oportunidad perfecta para tener un acercamiento con Raphael y hablarle acerca de sus intenciones. Entendía que el señor Grant no quisiera tratar con Blair y que, tal vez, lo metía en el mismo saco.

Cailean, aún a su lado, ya no pudo ignorar que Zachary parecía preocupado por alguna situación ajena a lo que allí se desarrollaba.

—¿Te pasa algo, amigo? —Lo miró de frente, con una franqueza que traspasaba, incluso el mármol. Así era Cailean.

—No. —Trató de evadir, pero dudó si debía sincerarse. Era el momento menos idóneo. Prefería abordar el tema después, cuando estuvieran solos. No, mientras sus ojos buscaban una y otra vez la entrada, a la espera del arribo de Emily y sus padres. No, justo cuando sus invitados aguardaban el discurso de inauguración de su *Stud Farm*[14]; y su ermitaño socio no hacía acto de presencia.

—Claro, ¿me ves cara de bufón de la corte? Te conozco.

Zachary exhaló fuerte. Sus pupilas se dilataron oscureciendo su mirada. Lo que iba a revelar a continuación lo hinchaba de gozo.

—Emily y yo vamos a casarnos. —Aunque quería mostrarse duro, la felicidad se reflejaba en su rostro.

Cailean negó y esbozó una media sonrisa.

—¡Canalla sinvergüenza! Y yo pensando que te habías metido en un buen aprieto. Creía que me ibas a pedir que le diera una paliza a alguno de tus enemigos. Y, lo que te tiene la cabeza en las nubes es que estás… enamorado. Zachary suspira por los rincones. ¡Vaya descaro! —Bufó sin poder reprimirse sus chanzas. Estaba feliz por él.

—Parece que no eres el único que tiene un corazón que late debajo de esa armadura —le dio un golpe bajo.

Cailean aguantó con estoicismo. Su sonrisa se borró cuando le recordaron el dolor que siempre cargaba. Ya no tenían secretos, ambos sabían de las penas de amor del otro y pudieron desahogarse.

—¿Por qué la señorita Grant no está aquí? —preguntó lo más obvio para alejar el tema de conversación sobre su persona.

—Invité a los Grant, pensé que vendrían. Yo… —La decepción estaba mezclada con agonía.

—¿Crees que los padres no estén de acuerdo con que la desposes?

—El señor Grant es un hombre hecho con la mejor madera… Y su esposa es la mujer más comprensiva que he conocido, después de mi madre. Pero, entiendo si emparentar con mi padre resulta demasiado. Incluso, para personas de tan bondadosos corazones como ellos.

—¿Vas a rendirte? —Lo miró de reojo. Sabía cuánto tiempo había luchado por conseguir esa respuesta de Emily, a pesar de los obstáculos que los separaban.

—Me conoces, la pregunta ofende.

Los dos cortaron el tema de la conversación cuando vieron que uno de los asistentes se acercó hacia ellos. Era Frederick Banes.

—¿Lo invitaste? Es una excelente estrategia aparecer en su periódico; si tiene algo bueno que decir. Si pasas a su lista de desafectos podría ser malo para la reputación del negocio.

—Sí, yo mismo le di la invitación. Parece que el señor Banes y yo nos simpatizamos. Además, es amigo de Edward Raleigh. —Aprovechó para mirar también en dirección del doctor, a quien ya había saludado. A Cailean le agradó el médico cuando fueron presentados; no obstante, no tuvieron muchas oportunidades de conversar.

—Pero es el enemigo número uno de tu padre.

—Tal vez, Banes y yo tenemos ese triste detalle en común.

Frederick, con su andar elegante y su sonrisa cínica, se acercó a ellos. Sus ojos siempre parecían llenos de intención, como si no pudiesen callar lo que pensaba. Después de los saludos y las felicitaciones por la inauguración, pidió hablar a solas con Zachary. Cailean se retiró con recelo, pero sabía que su amigo no necesitaba custodia.

—Me alegra que haya aceptado venir a mi morada, señor Banes —rompió el hielo.

—Y yo agradezco su invitación. Es usted el caballero exitoso más joven que conozco. Tiene ingenio para multiplicar el dinero. En cambio, su padre no sabe acrecentar su fortuna sin aplastar en su ascenso, incluso a los que fueron sus amigos. O, que lo digan los Warrington, a los que no veo hoy aquí. Creo que los negocios familiares están mejor en sus manos.

—Los Warrington nunca fueron de mi círculo cercano, y tampoco apruebo la manera de conducirse de mi progenitor. —No dio las gracias por el cumplido, siempre los ignoraba y no por ingrato.

—Parece un hombre leal, Moray. Edward lo aprecia. —Banes y el médico se conocían desde hacía años, eran muy unidos—. No me gusta la gente traicionera. Y no lo meteré en el mismo saco que su progenitor solo por compartir sangre con Blair. Además, hicimos buena alianza contra mi primo malvado.

Las carcajadas de ambos ayudaron para que se relajaran y la confianza aflorara.

—Marcus es detestable, y no apruebo la forma en que le habló. Tendrá siempre en mí un aliado si la contienda es contra él. ¿Escribirá un artículo sobre mi nuevo criadero?

—Por supuesto, enviaré mañana mismo a mi secretario a recabar información. Lo haré de mi puño y letra. Ha reunido usted a un grupo selecto que me simpatiza, los Pembroke, los Norfolk, los Bloodworth, los Weimar, entre otros.

—El duque de Norfolk invitó a sus amigos y conocidos para darme un empujón.

—Si goza del apoyo de su excelencia, está entrando por la puerta grande. Se agradece no ver a los Cumberland, ni a los Richmond y, sobre todo, a los Warrington.

—Mi padre fue invitado, lo prevengo. Aunque no creo que asista. No aprueba mi inversión en los caballos y menos que me asocie con un escocés de las Tierras Altas.

—Pero usted es escocés… Y de las Tierras Altas también.

Zachary se alzó de hombros. Sí, su padre aún le reclamaba a la vida no haber nacido con sangre exclusivamente inglesa y en el área geográfica deseada. Detestaba sus orígenes, aunque le aportaban nobleza.

—En mi recepción no tendrá que torturarse con sus parientes incómodos, los Cumberland tampoco me simpatizan.

El rostro de Frederick hizo un gesto grave, como si ya no pudiese guardarse algo que tenía en la punta de la lengua. Y tuvo toda la atención de su interlocutor.

—Moray, si me permite llamarlo así. —Zach asintió no iba a exigirle el tratamiento—. ¿Qué pasa entre usted y lady Susette Warrington?

Su cuestionamiento tan directo le sorprendió, no solía ser abordado por recién conocidos sobre temas tan íntimos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Si no responde «nada» debo ponerlo sobre aviso. Sabrá que, aunque hay una sección en mi periódico que entretiene a la sociedad con cotilleos escandalosos, jamás publico sin confirmar que el rumor tiene un sustento verídico.

—¿Le han llegado murmullos acerca de esa dama y mi persona? —No se justificó, el tema era bastante delicado. Y si Banes lo consultaba era porque estaba dispuesto a negociar.

—Murmuraciones no. Ella se ha acercado a mí con una solicitud un tanto inquietante. No estoy demente como para tomar una pistola y dispararme en mi propio pie. Sabrá que, en la historia de mi diario, jamás he escrito sobre la reputación de una dama y menos siendo soltera. Muchos piensan que soy un frívolo sin sentido del honor, pero soy muy cuidadoso y calculo el alcance de cada artículo.

—Sin rodeos, ¿qué le pidió Susette?

—Está usted metido en un asunto muy grave. Lady Susette acudió a mí, desesperada. No me he negado a sus demandas, para darle tiempo a usted a resolver el conflicto. Si me rehúso a publicar la nota que ha pedido, podría acudir a otro *magazine* y cumplir su cometido. Asegura que ella y usted fueron descubiertos *in fraganti* en el lecho por la señorita Emily Grant. Y que hay pruebas, además de los testigos, donde cita a los padres de ambos. Agrega que usted tiene una quemadura en el brazo del incidente acaecido esa noche en Normandía. La inexperta y descorazonada dama cree que, si publico la nota, usted la llevará al altar. Pero dudo que de semejante escándalo alguno de los tres: usted, la señorita Grant y ella puedan salir bien librados.

Zachary escuchó hasta el final muy serio, con una llama ardiendo y haciéndose cada vez más grande en su interior. Una flama que amenazaba con destruirlo todo. Era un hecho que Susette no solo fue atrevida y demente cuando se le ocurrió meterse en su cama, no le importaba echar el futuro de ambos por la borda con tal de salirse con la suya. Menos enlodar las reputaciones de ambos, ni perder la posibilidad de casarse con Marcus… Por su obsesión de

tenerlo a toda costa, le estaba fallando hasta el instinto de autopreservación.

—Agradezco que me haya advertido, Banes —dijo al fin. Sabía que tenía que moverse y rápido—. No he tocado a Susette. Tampoco soy de los que va por el mundo corrompiendo a damiselas para después abandonarlas frente al escarnio social.

—Me alivia saberlo, no tengo intenciones de convertirme en cómplice de rufián alguno. Mis mejores amigos en esta vida son el doctor Raleigh y el duque de Hayden, y los aprecio porque son hombres de principios. Aunque el último suscite comentarios desafortunados por su frialdad de carácter, ninguno es celebrado por corromper señoritas. Acto que me parece deleznable. Y no soy un santo, solo busco compañía a quien no le destroce sus perspectivas a futuro.

—No quiero ofenderte con mi propuesta, pero entiendo que la nota de lady Susette te haría vender muchos ejemplares. —Le habló de modo más cercano—. Pagaré cada libra que te haga perder.

—No tengo necesidad de lucrarme con mentiras sobre la vida ajena. Menos, con este tipo de calumnias y maquinaciones de una señorita que no parece estar en sus cabales. Prefiero quejarme de los aristócratas que ocupan un escaño en el Parlamento solo por su linaje, pero que no aportan nada. Tengo mis propios medios. —Correspondió al trato—. Además, a Raleigh le agradas, me ha hablado muy bien de ti. Eso, sumado a tu actuación en la fiesta del té me hizo reflexionar. Me pareció que algo en la historia de lady Susette no era como ella lo contaba. Así que, los amigos de mis amigos también son los míos.

—Opino igual, tienes mi lealtad. Si algún día necesitas de mí, solo tienes que pedirlo.

—No estás en deuda conmigo.

—Lo sé.

Zachary agradeció en silencio por contar con el aprecio de Edward que no había dejado de apoyarlo desde que lo conoció. Con una palmada en el hombro de Banes se despidió, la fiesta debía continuar, y mientras buscaba una solución a su conflicto, no podía olvidar para qué había convocado a todas esas personas.

El tintineo de un cristal lo hizo mirar hacia la mesa principal, donde estaban su madre y su hermana. Blair permanecía de pie golpeando una copa con su cucharilla, de un lado su esposa y su hija; del otro, los Cumberland con Marcus. ¿Qué hacían ahí? No los había invitado. Debían ser cosas de su padre que insistía en emparentar con los condes.

Desde su posición, pudo observar un moretón circundando el ojo del primogénito Cumberland, quien en todo momento miraba hacia abajo. ¿En dónde había acabado su altanería? ¿Y cómo se atrevía a presentarse así en público?

Tal vez, no fue un método elegante, pero tras concluir el baile no pudo resistirse. Se sintió en el deber cívico de enseñarle modales a ese petulante. No solo por el perjuicio que causaba a las señoritas, sino por dirigirse de manera tan impropia a Emily.

La intromisión de su padre se sintió como un gancho al hígado. Indudablemente, tramaba casar a Charlotte con el susodicho. El rostro de amargura de su hermana, le confirmó su incomodidad. Y Marcus tampoco se encontraba a gusto. Algún as bajo la manga sacaron sus padres para presionarlo y obligarlo a asistir.

—Damas y caballeros, mi promisorio heredero, quien no deja de sorprenderme con sus logros dará un discurso para agradecer la asistencia de todos. Querido Zachary, somos todo oídos —agregó con cinismo Blair, aseverándole a su hijo que jamás iba a dejar de ser el patriarca de la familia y que nunca se daría por vencido.

29

Cuando el carruaje de los Grant se detuvo frente a la entrada principal, el corazón de Emily le golpeaba el pecho sin tregua. Fue tan arduo convencer a sus padres de asistir, que aún temía que se arrepintieran. Raphael se mostraba reacio y enumeró un par de razones contundentes, como que Blair era despreciable y que se valió de su buena fe para arruinarlo. Dato que solo aportó cuando ella tuvo que confesar que existía una propuesta matrimonial. Una a la que había respondido que sí.

—Tus abuelos deben haber llegado ya —le dijo Esther a su hija antes de apearse.

—Agradezco tanto que el abuelo, a su edad, haya podido asistir. —Los Pendleton también sabían de la propuesta, por eso el barón hizo un esfuerzo para respaldar a su nieta. Todos en aquella reunión debían ver que Emily contaba con su apoyo. Después se volvió a su padre. Buscó algo que había traído consigo dentro en su ridículo, y se lo extendió a Raphael.

—¿El reloj de leontina de plata de mi padre? Debiste haberlo vendido…

—Ya te había dicho que no. Es tu reliquia familiar y me gusta ver el cariño en tus ojos cada vez que lo contemplas. Quiero que lo uses hoy, el día de mi boda y siempre.

—Pero, hija mía, yo…

—Sé que tus intenciones eran buenas, papá. No necesité venderlo. Solo lo cuidé hasta que llegara el día apropiado para devolverlo. Es tuyo.

El cariño y la admiración que Esther sentía por él la hizo sonreír.

—¿De verdad lo amas, princesa? —le preguntó Raphael.

—Con mi vida. Sé que no podré amar de nuevo así.

—Acepté la invitación solo por ti. Jamás me interpondría entre tú y el amor. Pero no estoy orgulloso de emparentar con ese marqués —rumió para evitar llamarlo como merecía.

—Debiste informarme que él fue culpable de nuestra caída, papá. —Emily no le recriminaba, pero no aprobaba que la hubiese dejado al margen.

—¿Habrías tomado una decisión diferente? —intercedió Esther en defensa de su esposo, mirando a su hija con determinación. Y después para respaldarla agregó—: Lord Moray es un buen hombre, lo demás es algo con lo que podemos lidiar.

—Es solo que deseo que mi hija sea feliz, y ese… —Raphael iba a dar razones por las que tener a Blair como suegro podría comprometer su felicidad. Pero Esther lo cortó, tocándolo con suavidad por el brazo, para que la tensión del momento se aplacara.

—Hablaré ahora y los dos se enfadarán conmigo, pero tenemos que entrar al convite y no podrán recriminarme hasta regresar a casa. —Aquella frase captó la atención de sus acompañantes—. Prometí no contarlo. Pero, ¿qué no haría por Emily? Y no se enfaden con Charlotte y Moray, porque me consta que solo han sido como dos ángeles para ti, mi querida Em.

—¿Qué secreto nos guardas, mamá? —Se llevó las manos al pecho, mientras Raphael la instaba con impaciencia a hablar. ¿Algo que los hermanos sabían?

—Moray se distanció de su padre cuando supo que compró La Sirène. Charlotte también se enteró, y presionó al marqués para que lo revirtiera. Le exigió que, al menos, ayudara a Emily a entrar al colegio para señoritas o no le dirigiría la palabra nunca más. Blair se opuso. No le complacía que su hija alternara con alguien de clase inferior. En Normandía lo ignoró, pero en Londres las conexiones y las apariencias pesaban.

Los ojos de su esposo e hija no podían estar más abiertos por la sorpresa.

—¿Y tú cómo sabes eso, mujer? —Raphael no daba crédito, jamás tuvieron secretos—. Cuando lord Blair compró La Sirène me propuso matricular a Emily en English Roses School. Lleno de orgullo no acepté. Lo sabías.

—Fue su estrategia para despojarte de tus posesiones. De igual forma lo hizo. Sin embargo, al comprender que su hijo estaba interesado en Emily, ya no quiso contribuir para que Emily ascendiera socialmente y que eso reforzara la atracción de Zachary. Mientras tanto, mis padres ajenos a lo anterior intercedieron ante el Comité de Damas para que admitieran a su nieta en el instituto.

—¿De dónde has sacado esa información, mamá? Gracias a mis abuelos entré a la escuela sin la mediación de Blair. Fue mejor así, no quiero deberle nada.

—Hija, cuando las damas tuvieron la oportunidad de patrocinarte, no te eligieron. A pesar de tu sangre noble proveniente de los Pendleton, consideraron grotesco que Raphael fuese el dueño de una posada. Blair se enteró del rechazo, estaba pujando porque no te aceptaran. Por azares del destino se le escapó en alguna cena familiar, y llegó a oídos de Charlotte. Ella se lo contó a Moray.

Esther dudó un momento. Padre e hija intercambiaron una mirada. El silencio se tensó como un nudo, instándola a continuar. Un impulso la obligó a hablar. Y en un acto de consideración, recordó que había prometido guardar el secreto.

—Sigue, ahora no te arrepientas de lo que ibas a decir.

La mujer inspiró hondo. Nadie le pidió que callara para siempre. Y sacarse esa espina del pecho también era una necesidad.

—Fue así como lord Moray se convirtió en el benefactor discreto que presionó a las damas, y pagó los gastos de Emily en el colegio año tras año. Su única condición fue que mis padres y yo no reveláramos la verdad. Él se reunió conmigo una mañana que ustedes estaban en la posada y pidió mi autorización. Sabía que no aceptarías, Raphael. No pidió nada a cambio, solo resarcir en parte…

Emily no supo cómo digerir aquella confesión. Se llevó la mano al corazón agitado.

—¿Qué estás diciendo, querida? —Raphael nunca había sido contrariado por su esposa y ella nunca había actuado a sus espaldas.

—Sé que jamás lo habrías aceptado, esposo. Nadie puede culparme por aprobar un futuro para mi única hija. Además, Moray trató de ocultarlo, pero se veía tan enamorado… E, hija mía, tú lo

amabas. Siempre me di cuenta de lo que sentías. No quise alimentar tu admiración… Preferí dejar que el tiempo o el destino hiciera su parte, que el cariño entre los dos se fortaleciera si de verdad era legítimo.

El habitáculo del carruaje quedó en silencio. Raphael no quería decirle frente a Emily todo lo que opinaba al respecto. Arreglarían sus diferencias cuando estuviesen a solas. A pesar de su inconformidad con su silencio, jamás dejaría de complacer a Esther. Tendría que perdonarla.

Emily sintió como si el suelo alfombrado se abriera bajo sus pies, y a su vez la tierra… Jamás imaginó tal gesto.

—¿Pagó mis estudios? —Necesitaba volverlo a oír, seguía confundida.

Su madre solo asintió por toda respuesta y le acarició la mejilla. Por supuesto que era algo muy propio de Zachary.

—Así que, sí. Apoyo a mi hija para que acepte convertirse en la esposa de un hombre que no ha tenido más que muestras de amor desinteresado hacia ella. —Esther estaba decidida—. Es el punto al que quería llegar.

—Por Dios. ¿De no ser por la petición de matrimonio nos lo habrías ocultado para siempre? —La joven no sabía si encabritarse, admirar a su prometido o reclamarle a su madre por una omisión de tanto peso.

—Emily, que hayas aceptado casarte con él sin saber lo que hizo por ti, me da la certeza de que lo amas por lo que es, no por compromiso. Y tienes mi bendición, querida. Moray no es su padre, jamás se parecerá en lo más mínimo a lord Blair.

Antes de que otra palabra abandonara los labios de cada uno, un lacayo los apuró para que bajaran del carruaje. Acto seguido, los llevó por los pasillos de la amplia y lujosa propiedad hacia los jardines posteriores.

Llegaron al jardín justo cuando Zachary estaba delante de todos cautivando a los presentes con su charla, lo que evitó que el

mayordomo pudiera anunciarlos. Con discreción los guio hacia su mesa.

Los ojos del anfitrión sonrieron cuando la vio. Por fin, allí con sus padres. Ajeno a la tormenta que se desataba dentro de los corazones de los Grant, acortó su discurso y elevó su copa para el brindis.

—Como les decía, estimados damas y caballeros, aquí presentes. Declaro formalmente inaugurado The Crest Stud. Gracias a todos por asistir. Tanto de parte de mi socio Broc MacKenzie, al que espero puedan conocer pronto, como de la mía. Ahora sí, ¡a disfrutar!

Zachary abandonó su sitio, en la mesa familiar y se dirigió a la de los Grant, que junto a los Pendleton custodiaban a Emily. Ella sonría con efusión, ajena a la mirada de Blair. El marqués no entendía qué hacían aquellos ahí, codeándose con lo más selecto de la sociedad. No era el único confuso con la intromisión de los padres de la señorita, ya habían tolerado que esta pululara por sus círculos en compañía de la baronesa. Pero recibir al posadero era demasiado. Muchos, incluso, llegaron a murmurar que, de haber sido informados del nombre de ciertos invitados, hubiesen dado una excusa para no asistir.

—Emily… Perdón, señorita Grant… Me siento tan honrado de recibirla aquí con su familia. Lord y lady Pendleton, señores Grant, bienvenidos a Moray Gardens. —La felicidad del alto escocés parecía que no podría ser empañada.

El barón carraspeó y se adelantó al ver que su yerno estaba serio y reflexivo.

—Agradecemos, milord, la invitación. Permítanos extenderle las más sinceras felicitaciones por The Crest Stud. Estoy deseoso de contemplar la belleza de los purasangres. He escuchado hablar de Wild Fury y su avasallador triunfo en las últimas carreras en St. Leger.

—Es nuestro más promisorio semental, será un placer mostrárselo. Mi socio, MacKenzie, tiene preparada una exhibición. Espero que sea de su agrado. —Volviéndose a Raphael que

permanecía callado, añadió—: ¿A usted le apasionan los purasangres como a su suegro, señor Grant?

—No soy tan conocedor, pero sí admiro que un hombre joven, nacido en la aristocracia, dé un paso adelante y haga negocios de cara al progreso. En estos tiempos es más arriesgado vivir de las rentas. Así que también lo felicito por la granja de caballos. Me informaron discretamente de su gesto hacia mi hija, con respecto al colegio. Jamás lo habría aprobado, pero le agradezco y espero algún día poder saldar esa deuda.

Emily sintió un sobresalto, olvidó que la franqueza de su padre estaba por encima de las reglas de etiqueta. No sería reservado al respecto. Compartió una mirada fugaz con Zachary llena de vergüenza. Él no se lo esperaba y no supo cómo responder, tan solo hizo una leve inclinación de cabeza. Quizás sería mejor tratar el tema después. Los abuelos también se mostraron mortificados por escuchar que Raphael ya estaba enterado. Era una verdad que no podría ocultarse para siempre.

—Señorita Grant, mi hermana arde en deseos de saludarla. ¿Me permite acompañarla hasta donde se encuentra? —preguntó con discreción.

En uno de los rincones, Charlotte conversaba con Florence y Cailean, hacia quienes huyó para escapar de su mesa, donde Blair había acomodado a Marcus.

—¿Puedo? —Ella le preguntó a su padre por recato.

—Por supuesto, hija mía. Lord Moray, toda la vida le ha llamado Emily. No tiene que ser diferente en mi presencia —concedió Raphael.

—Gracias, señor. —Zachary asintió mientras contenía una exhalación. La asistencia de Grant y aquella afirmación prometían. Aprobaba el compromiso. De todos modos, hizo lo apropiado—: Me concedería al final de la recepción unos minutos para hablar con usted.

Raphael aceptó con un gesto y con un ademán educado, los invitó a continuar su camino.

Zachary le ofreció el brazo y guio a Emily, pero no hacia donde estaba Charlotte.

—¿Es tu plan para quedarnos a solas, escocés? —Tenerlo tan cerca con el recuerdo del beso palpitando en sus labios era una tentación irresistible.

—*Maighdeann-mhara*[15], mi doncella del mar. Tengo una explicación. —Al fin pudo expresarlo, la culpabilidad se reflejó en su rostro. Sabía que Emily no disculpaba una traición.

—Ahora no, Zach. —El pecho le dolió al percibir la preocupación reflejada en el rostro de él. Sin embargo, todavía no sabía cómo debía reaccionar ante el descubrimiento. Menos con el calor del brazo de Zachary sobre el suyo, con su aroma a bergamota inundando sus sentidos. Amarlo era tan fuerte que dolía físicamente —. Creo que necesitaré una noche completa con mi cabeza sobre la almohada para asimilarlo. ¿Cómo es posible que no me dijeras nada? ¿O tu hermana?

—Sé que no tenemos perdón, pero nuestra razón era contundente…

Ella lo tomó de los dedos enguantados, acariciándoselos con disimulo. La calidez de su piel lograba traspasar la seda. Estaban a punto de provocar un escándalo si el contacto se volvía más íntimo. Quizás no eran conscientes de que los ojos de los presentes pasaron de la mesa de los Grant, a los dos.

—No, la palabra perdón no saldrá de mis labios, porque no tengo nada que perdonar. Lo que hiciste, sin saber siquiera si algún día iba a convertirme en tu esposa, es un acto conmovedor. Desafiaste a tu padre. Supongo que no le dijiste.

—No, no estoy obligado a justificar lo que hago con mis recursos. —Suspiró—. Me alivia lo bien que lo has tomado. Pensé que ibas a recriminarme por no consultarte, pero sé que jamás habrías aceptado.

Estaban tan absortos el uno con el otro, que no se percataron que Blair llegó frente a la mesa de los Grant, volviendo a robar las miradas de los asistentes.

—Debemos regresar a tu mesa, no creo que mi padre pretenda saludar al tuyo por educación. Después, cuando todos estén

entretenidos con la exhibición de caballos, me gustaría mostrarte la galería.

—Será un placer, escocés. —Emily aceptó. Su sonrisa lo sedujo con la misma fuerza que el reencuentro en Normandía, cuando viajó dispuesto a conquistarla. Ese día que la sorprendió barriendo la entrada de su casa y que provocó un sonrojo en ella. Zachary nunca se lo dijo, pero le pareció tan atractiva, incluso con su blanco delantal. Por fin comprobó que estaba perdidamente enamorado.

—Ahora salvemos a tu padre.

—Más bien acudamos en rescate del tuyo. Dudo que Blair sea rival para el mío. —Parecía sarcástica, pero lo creía desde el fondo de su corazón.

Sus pasos los guiaron de vuelta y llegaron justo a tiempo. Lord Pendleton parecía bastante ofendido. Blair no se veía amistoso. Cuando decidió despegar sus orgullosos labios, no le importó siquiera alarmar a las mujeres.

—Jamás pensé encontrarlo aquí, señor Grant, codeándose con la misma nobleza a la que servía el té en su vieja posada en Normandía. No creo que las damas y los caballeros presentes, se sientan cómodos. Hay ciertas reglas que no deberían romperse.

—Cómo se atreve… —masculló el barón con el rostro enrojecido por la impresión. Sabía que se enfrentaría a murmuraciones o miradas de inconformidad. Pero no creyó que alguien tuviera el valor de confrontarlo de forma directa.

—Como mismo usted se atrevió a intentar salvar una situación que se le fue de las manos, Pendleton. No se pueden revertir las decisiones del pasado.

Emily vio a Zachary apretar el puño y le tomó el brazo a tiempo, antes de que lo estrellara contra la mesa. Los invitados más ingenuos seguían conversando y riendo, pero los más perspicaces sospechaban que algo incómodo se discutía.

—¡Papá, no permito que ofendas a mis invitados! Si no te retiras de inmediato a tu mesa, daré órdenes a los lacayos para que te escolten hacia la puerta de salida. —El tono de voz de Zachary no fue comedido. Su fiera expresión delataba que estaba a punto de tomar a su padre de las solapas y apartarlo de ahí.

Tras escucharse bocanadas de aires en distintas direcciones, los murmullos de fondo se acallaron. Aunque todos disimularon su creciente curiosidad, las miradas de soslayo estaban sobre la mesa de los Grant.

—No osarías causar semejante escándalo. Antes de que Moray Gardens fuese tu casa de soltero, me perteneció. —El padre reaccionó sorprendido, no era una novedad que Zachary lo desafiara. Pero, ¿en público? ¿Por defender a ese hombre por encima de él? Podría significar el distanciamiento definitivo entre los dos.

—Es una suerte que esté desligada del título y que hayas insistido en ponerla a mi nombre. Ahora estás en mis dominios y exijo respeto para mis invitados o que te marches.

Blair entrecerró los ojos, comprendió que si presionaba su vergüenza sería mayor. Grant entendió que debía intervenir. Las mesas circundantes parecían envueltas en un aire gélido, sus ocupantes ni pestañeaban.

—Por favor, lord Moray, no hay necesidad de llevar esto a tales extremos. —Raphael no era noble, pero sabía que debía apelar a la razón para salvar a su futuro yerno del escándalo. Tenía las manos bajo la mesa, apretó tanto los puños que, si hubiese golpeado a Blair con la fuerza contenida, su rival habría caído de bruces—. Mi intención no es causarle problemas.

—Le pido que no se inmiscuya, es entre mi hijo y yo —lo sermoneó Blair con soberbia, como si el estrato social de Grant lo obligara a esconder la cabeza en la tierra como un avestruz.

—¿No le gusta resolver las indiscreciones a las buenas? De acuerdo. —Grant puso las manos sobre la mesa, sin esconder su intención—. *Lord Aristocracia,* si no le gusta mi presencia, puede intentar sacarme usted mismo. No soy un caballero. Sería un deleite mostrarle el temple de alguien que se ha forjado con esfuerzo. Como decía en mi invitación, soy un invitado de honor y de aquí no me moverá nadie. Menos, si dibuja esa fea mueca en su cara.

El gesto en el rostro del marqués se acentuó más todavía. E ignorando las palabras de Zachary para detener su afrenta, agregó como si nada:

—Hijo, ¿no crees que dedicar todo tu tiempo a una sola invitada te hace descuidar al resto? Hay muchos deseando dedicarte unas palabras. Veo buenos candidatos a inversores. ¿Acaso no era tu propósito con esta reunión?

—¡A mi prometida le dedico todo el tiempo que estime conveniente! —Su mirada afilada se clavó en su padre que le devolvió una idéntica. Sus ojos se relajaron al desplazarse hacia su futuro suegro, también su tono fue más comedido—: Siento revelarlo así, señor Grant. Quise pedirle la mano de su hija de una forma más apropiada, pero las circunstancias…

Las bocanadas de aire fueron más y se escucharon más fuertes. A alguien se le escapó un chillido.

—Descuida, hijo, tienes mi absoluta aprobación. Emily y tú se aman. Nadie puede ganar en una batalla contra el amor. —Raphael supo en ese instante que ese par necesitaba aliados, y él sería la última persona en oponerse. Ya tenían otros obstáculos en su camino, no se convertiría en uno más. Decidió que Zachary se convertiría en su hijo de ese día en adelante.

El rostro de Emily y de Esther estaban muy serios por las fuertes palabras intercambiadas entre los caballeros. No permitieron que estos quedaran desencajados. No iban a mostrar ni una gota de debilidad.

Un carraspeo a sus espaldas frenó los deseos de los contendientes de pronunciar otra palabra. Todos miraron al imponente duque de Norfolk, uno de los aristócratas de más alta jerarquía, muy cercano a la reina.

Su presencia aseguraba que el compromiso sería reprobado o aprobado según el juicio que hiciera al respecto su excelencia. Y que el altercado sería ignorado o supondría el fin de la recepción, en dependencia de la opinión del duque.

Blair hizo un gesto de suficiencia, creyendo que los propios nobles ahí presentes, iban a repudiar al señor Grant y sus parientes. «La gentuza sería puesta en su lugar», pensó. Tampoco le pasó desapercibido que los amigos del duque tenían sus pupilas fijas sobre ellos: Bloodworth, Allard, Weimar, Sadice, Normanby, Peasly,

Pembroke… Los hombres más envidiados entre lo más selecto que frecuentaba White's.

—¿Sucede algo, Zach? —pronunció el duque.

Emily se sorprendió y no disimuló su asombro. Creyó que nadie más podía dirigirse a su prometido con ese apelativo cariñoso.

—Como verá, su excelencia… —Comenzó a explicar Blair, se iba a llenar la boca de gozo al relatar como el posadero y los suyos, cuáles viles arribistas, trataban de colarse en su círculo.

—Le pregunté a Zachary, no a usted. —Norfolk lo quería, lo arropó desde que lo conoció como un niño perdido con la confianza hecha trizas. Él era muy joven en ese entonces, pero le dio a aquel muchacho callado los elementos para levantarse. No podía disimular, despreciaba al marqués. Por eso jamás lo invitó a su círculo. Aguantó demasiado tiempo anhelando darle una lección. Decidió que la humillación pública sería el escarmiento adecuado, era la peor pesadilla del presuntuoso marqués—. Tenga la decencia de saber cuándo ha perdido, Blair. No soy imbécil, sé perfectamente lo que está sucediendo. Solo me he acercado para recordarle cuál es su posición. Señor Grant, lord Pendleton, disculpen a este insolente. Espero que sus escasos modales no impidan que puedan continuar disfrutando de la recepción.

Blair sabía que desafiar a Norfolk era un completo desatino, pero su orgullo no le permitiría quedar como un hazmerreír. Así que despegó los labios para dar batalla, aunque el desafío le costara la vida.

—¡Los caballos! ¡Ahí vienen los caballos…! —La voz exaltada de pura emoción de una dama en la mesa de los condes de Allard, a quien Zachary identificaba como la tía del doctor Raleigh, lady Abbott, distrajo a todos de la discusión.

Norfolk le hizo un guiño a la dama, eran muy cercanos. Y después, felicitó a Zachary por su compromiso.

Los amigos de Norfolk se relajaron cuando el duque volvió junto a su bellísima esposa. Sus cinco hijas y dos mellizos llenos de bríos aplaudieron cuando comenzó el desfile.

Un hombre que a todas luces se veía que llegó directo de lo más agreste de las Highlands, montaba a Wild Fury a la cabeza de la

comitiva de jinetes. Broc MacKenzie robó la atención de los presentes de inmediato. Su larga cabellera negra, se batía con la misma cadencia de las crines azabaches del semental.

Los aplausos de los demás invitados corearon a los de los niños. Fueron el camuflaje perfecto. Blair se alejó hacia su mesa con el pretexto de ocupar su puesto para observar el espectáculo. Raphael y el resto volvieron a relajarse.

Emily miró más enamorada que nunca a su indómito y leal escocés. Cómo la defendió, cómo defendió a su padre… Jamás lo olvidaría.

—Vamos, es hora de que me muestres la galería —pidió porque él seguía con los ojos inyectados en ira, mirando el trayecto que recorría Blair. Se notaba que estaba arrepentido de darle una vía de escape, y que pretendía aprovechar el instante para exigirle que se retirara y que se llevara a los Cumberland consigo.

Emily y Zachary se alejaron unos pasos, tratando de olvidar el mal rato. Por fortuna, MacKenzie y los caballos dejaron absortos a los presentes.

Cuando parecía que todo se apaciguaba, la presencia del mayordomo con la mirada llena de preocupación volvió a amenazar con arrebatarles la calma.

Sin soltarle la mano a Emily, él se dirigió al sirviente de más alta jerarquía.

—Lo escucho, Walker.

—Es privado, milord.

—Hable, la señorita Grant es mi prometida. No tenemos secretos.

—Lo felicito por su compromiso, milord. Pero no sé si sea oportuno comunicarle el contratiempo frente a su prometida.

—Diga lo que sea —ordenó. No estaba dispuesto a soltarle la mano a Emily por la razón que fuera.

—Hay una dama en el vestíbulo.

—¿Por qué no la has hecho pasar?

—No tiene invitación. Además, es una dama joven y soltera. Viene sin carabina. No me pareció apropiado. —Le extendió la tarjeta de la antes mencionada.

—Lady Susette Warrington —leyó mortificado.

Emily y Zachary se miraron fugazmente. Sabían que aquella visita significaba problemas, justo cuando la tensión del ambiente no podía ser más álgida. Permitirle la entrada habría sido una pésima decisión.

—Nadie entra sin invitación, Walker. Y espero que esa regla se cumpla en lo adelante al pie de la letra. No recuerdo haber invitado a los Cumberland y a su hijo.

—Ah, los Cumberland. Los padres de ese caballero que sufrió la caída del caballo. Es una pena cómo le quedó el rostro. Lord Blair me dijo que…

Zachary negó al escuchar el pretexto bajo el cual se escondía Marcus.

—Ya no podemos echar a los Cumberland, aunque me encantaría. Pero no permita que entre nadie más que no se encuentre en la lista que elaboramos tan meticulosamente.

—Como diga, milord. —El hombre se retiró con paso solemne a cumplir su cometido.

Cuando volvieron a quedar a solas, Emily le aseguró:

—Ella no se rendirá con facilidad.

—No creo que posea más voluntad que nosotros. Ven, tengo algo que mostrarte. No imaginas cuantas veces soñé con tenerte aquí en mi hogar, el que pronto será de los dos.

Lo miró aún conmocionada por el enfrentamiento. Verlo tomar decisiones en momentos de crisis y mostrarse como un hombre cabal, íntegro y fiel le confirmaron que convertirse en su esposa era la elección correcta. Su corazón estaba dispuesto a seguirlo a cualquier parte.

30

Cuando Emily entró a la galería de Moray Gardens se maravilló de las esculturas de mármol y las pinturas al óleo que parecían haber sido traídos de distintas partes del mundo.

—Es todavía más hermosa que la que tienen en Blair House —expresó admirada—. Más pequeña, pero las obras son más exquisitas.

—Hay algo más que precisas ver. Cierra los ojos, déjame guiarte.

—No me gustan los misterios, ya hoy he tenido demasiada tensión.

—No temas. Confía en mí. Te hará olvidar el mal rato.

Emily negó con emoción, pero obedeció. Había una magia embriagadora en dejarse llevar, en abandonarse al toque de sus fuertes manos… En permitir que el calor de su tacto y su aroma varonil la envolvieran… Y que el sonido de su voz grave la sedujera…

Zachary la abrazó por la espalda, cruzando sus manos sobre la cintura femenina. Un beso en la nuca la erizó por completo. Los labios carnosos y tan suaves como la seda hicieron que un ejército de mariposas desatadas revolotease en el estómago de ella. Enamorada, perdida, y con la piel ardiendo por el febril arrebato de saber que estaban a solas.

Él la alzó en brazos como si fuese una pluma, y Em se sintió más perdida si era posible.

—Aún no abras los ojos —susurró sobre su boca y le robó el más ardoroso de los besos.

Ella languidecía por el azote de su lengua. Apasionada, rompiendo las cadenas que aprisionaron por años el deseo contenido, años que parecían siglos. Sin reservas, dejó que le saqueara la boca. Entregó el alma en ese beso dulce, pero agresivo

a la vez. Unos segundos que parecieron eternos, y cuando sus labios se despegaron, los sintió encendidos.

La anticipación crecía en su pecho. Más, al notar que él avanzaba, hasta que se dejó caer en un asiento con ella aún en brazos.

—Ya puedes ver. Tengo un regalo para ti. Otros pretendientes obsequian joyas de gran valor, pero sé que nada te haría más feliz.

Emily abrió los ojos de golpe, y sin salir del abrigo de los brazos de Zachary, descubrió que ambos estaban en un amplio diván de terciopelo.

—Mira al frente —exigió al notar que seguía confundida.

Obedeció en el acto y su corazón se inflamó de regocijo.

—Es… Es… La más sublime de todas las vistas. Mientras los demás tienen el panorama obstruido por las cabinas de baño, este magnífico acantilado no deja que nada se interponga entre nuestros ojos y las olas del mar… —Evocó las palabras de Zachary, aquella vez que se reencontraron.

—He cambiado de parecer, es la segunda vista más sublime de todas. La primera la tengo entre mis brazos.

—Adulador. Y sí, que hayas pedido que pintaran este cuadro es el mejor regalo que podrías hacerme. Verlo será como regresar a mi hogar. —Suspiró llena de nostalgia de aquellos tiempos de paz y alegría—. Nunca te pregunté qué hizo tu padre con la propiedad.

—¿Mi padre? Jamás le dije a Blair que habías aceptado su propuesta…

—¿Qué quieres decir?

—La casa es tuya, Emily. Yo hice los arreglos con el abogado de Grant. Entregué el dinero que necesitaban; por ende, jamás se cambiaron las escrituras.

—Pero, nadie me informó de… Ni a papá… Te lo agradezco, estoy gratamente sorprendida.

—Fue lo único que exigí al abogado, yo te notificaría… cuando encontrara las palabras adecuadas para que no te opusieras a aceptarla. Nunca tuve valor. Pero no puedes rechazar el regalo de tu esposo. O me pondría muy… muy furioso —añadió fingiendo enfado

con un desempeño terrible. No obstante, ella le rodeó el cuello con sus brazos y lo premió por su esfuerzo.

—En realidad, me has sorprendido y cautivado a la vez. Sin embargo, yo ya tenía la más sublime de todas las vistas —murmuró entre beso y beso sin dejar de contemplarlo.

Zachary la aferró con más fuerza, poniéndose serio, sin refrenar los deseos que lo desbordaban. Y Emily sintió la dureza que la encañonaba desde la entrepierna del escocés; entendió sin palabras y lo montó a ahorcajadas para que sus sexos por fin tuvieran algo de alivio al frotarse. Él hombre no la detuvo, ya no tenía control de sí, no podía apelar al decoro. La necesitaba tanto como respirar. La apretó hacia abajo y ella se impulsó sobre la empuñadura, provocándolo… Lo que lo llevó al punto donde ya no cabía la cordura.

La boca tibia y caliente de Zachary reptó por el cuello de Emily, descendiendo hasta perderse en la cremosidad de su escote. Un jadeo ahogado abandonó la garganta varonil.

—Te amo —le susurró sobre el nacimiento de los senos, y degustó la suavidad y la dulzura que desprendían. A pesar de que tomó precauciones y cerró bien el lugar tras su entrada, algún curioso se las podría ingeniar para descubrirlos. Alguien con suficiente perspicacia, que sospechara tras la tardanza de la incipiente pareja. Sabía que debía parar, pero no podía. ¡Demonios! ¡No podía!

La fría galería de mármol se estaba incendiando por el calor que desprendían sus cuerpos, con un testigo: el cuadro que retrataba la playa donde se habían conocido.

Volvieron a besarse y fue más encarnado. Los brazos de él la apretaban contra su virilidad en una danza que a ambos les obnubiló la razón. Los dedos de ella exploraban, acariciaban cada parte de su hombre, deseada durante años. Los duros músculos de su espalda, su cuello, las altivas mejillas, el cabello que ya se comenzaba a despeinar…

—Tómame, Zach. —La necesidad descontrolada que los consumía, obnubiló todo rastro de cautela.

Él no esperó escuchar esas palabras. De hecho, estaba ingeniando cómo seducirla para que ella se entregara. La espera había sido desgarradora. Por ende, su petición sería atendida. Pondría todo su empeño en complacerla.

En Emily no había temor, menos fragilidad o pudor. Sentía que era su turno de reclamárselo a la vida y que estar enamorados de esa forma, les daba el indulto ante el decoro.

Con el deseo oscureciendo sus iris tan profundos como el mar en el cuadro, Zachary coló sus manos bajo la falda y hurgó hasta encontrar la abertura de los calzones. Su experto dedo acarició aquel botón que tanto anheló tocar. Su deliciosa humedad, como gotas de rocío, se multiplicó. Él tuvo que aguantar su propia urgencia y frenarla con muros de contención. Desfogó su premura en una exhalación de deleite. Jamás había estado tan impaciente por una mujer.

—Te amo, mi adorado escocés —susurró entre jadeos, casi mareada por el azote de aquellos dedos que se movían en círculos, tentándola, incitándola a pecar. Con un hombre como aquel, sería capaz de arrojarse al infierno.

Ellos que se habían procurado y cuidado tanto, estaban quemándose lentamente, ocultos y sigilosos, como amantes clandestinos… Con toda la aristocracia reunida en los jardines… Con la posibilidad de volverse el escándalo más sonado de la temporada, si es que no lo eran ya. Sin embargo, nada los persuadió de detenerse.

Emily aprendió que su cuerpo tenía sus propias exigencias, y comenzó a agitarse contra los ágiles y castigadores dedos que frotaban su nudo de nervios.

—Más —rogó con la voz afectada por el deseo de llegar a un final desconocido y prometedor. Su cuerpo le indicaba el camino. Y su intrépido amante la guiaba con maestría, haciéndole sentirse confiada, protegida…

Él llevó los dos dedos a su boca, los chupó probando la esencia impregnada y los bajó hacia la entrada femenina. A ella, las caricias a las puertas de su intimidad la enloquecieron de placer. Cerró los ojos y se concentró en disfrutar cada roce… Con movimientos lentos,

Zachary comenzó a empujar, hasta que el apretado canal empezó a ceder, dándole la bienvenida.

—Por Dios —jadeó agitada. No imaginó que se podía sentir tanto. Entendió todas las locuras que se hacían por amor.

Zachary se estaba quemando en su propio calor, una gota de sudor perló su frente. Se mordió el labio inferior con el sabor de Emily en su lengua, y sin pensar liberó su virilidad. El deseo los consumía, era una hoguera. El ruido lejano no los desalentó. Él no titubeó y ella no lo detuvo. Empuñó su hombría y con la punta rozó la apretada abertura. Gimieron estremecidos.

Fascinada por la agradable sensación, presionó hacia el sur. Unos centímetros se introdujeron por el estrecho canal. Sin embargo, frenó de golpe al sentir el grosor que comenzaba a invadirla.

—Em, esto no puede ser así. Necesito prepararte todavía más y no hay tanto tiempo para atenderte como debe ser. No quiero lastimarte. —El momento era inoportuno, podrían ser descubiertos. Pero, el peligro lejos de disuadirlos los excitaba más.

Había tanta renuencia a continuar reprimiéndose en ambos. Quedar a medias ya no era una alternativa. No cuando eran abrasados por la pasión.

Ella se impulsó hacia abajo sin previo aviso. Él la tomó por las caderas y la guio con maestría para que la invasión no la dañara. Cuando Emily lo acogió hasta la base, Zachary tuvo que poner mucho empeño para no gritar de tanto placer. En medio de su arrebato, vio que su bella mujer hacía lo mismo. Percibió una mezcla de dolor y goce en sus ojos. Quiso protegerla. Sin embargo, sin darle tiempo a reaccionar, ella comenzó a gemir y balancear sus caderas en una intensa cabalgata por alcanzar una cúspide que la tentaba. Él gruñó suavemente, lo enloqueció su entrega, y se lanzó a la búsqueda de su gozo, abrazándola y embistiéndola desde abajo con frenesí.

—Oh, por el a-mor de Di-oooos —Emily lo cabalgó más rápido, como una amazona con un propósito: que su montura se desbocara por completo. Y él, le dio todo lo que pedía, como el más enardecido de los sementales.

Un orgasmo despiadado amenazó con arrasarla, estaba temblando, jadeando, embebida con la imagen de él en su estado más salvaje. Sin tratar de refrenar la sensación que la dominaba de pies a cabeza, Emily se rindió. La sacudieron cortos espasmos, mientras se convencía de que existía el paraíso en la Tierra.

Al mismo tiempo, Zachary comenzó a desahogarse de su larga espera. Como experto de la clandestinidad reprimió un gruñido, un grito ardiente… Habían logrado burlar a los invitados, no lo arruinaría al final. Pero, fue difícil callar cuando la potente descarga comenzó a darle el alivio que tanto necesitaba. Con el arrebato aún dominando su pecho, se vació hasta la última gota, llenándola por dentro con su simiente cargada de promesas.

Más enamorados que nunca, y tratando de recobrar sus alientos, sus bocas se buscaron desesperadas. Al fin, sus ojos hicieron contacto y fueron conscientes del paso que habían dado. En silencio se juraron que nada iba a separarlos jamás.

Habrían querido permanecer abrazados hasta que la noche los envolviera con su manto, hasta quedarse dormidos y despertar para amarse otra vez. Ya ninguno podría renunciar al cuerpo del otro, la necesidad había crecido… Nunca podrían parar.

—Eres mío, escocés —le dijo con un sentimiento de posesión desconocido. Su pecho amaba tanto que dolía, como un corte punzante, como un puñal clavado en su corazón—. Manda ese mayordomo tuyo a echar a todos de tu casa. No quiero soltarte aún.

—Emily, sabes que estás loca, mi sirena. —La besó casi sin aliento, era imposible no desear esos labios—. Jamás pude sacarte de adentro.

Y la abrazó como si de no hacerlo, una fuerza pérfida pudiera arrebatarla de sus brazos.

—Te amo tanto, Zach.

—Conversaré con Raphael hoy mismo. Porque tú y yo vamos a hacer una locura.

—¿De qué estás hablando?

—Cásate conmigo en secreto. Tus padres, mi madre, mi hermana… Nadie más… Blair tratará de separarnos y quiero adelantarme. También está Susette….

—¿Susette?

—Frederick Banes, mi nuevo amigo, me advirtió que Susette acudió a intentar venderle una nota. La supuesta historia de que nos encontraste en la cama en Normandía. Si hacemos públicas nuestras amonestaciones, ella podría desatarse y venderle la nota a otro periódico. Pero si nos adelantamos y nos presentamos como un matrimonio no le quedarán ganas de dar un escándalo. Perdería más que nosotros. Ya no tendría un hombre soltero para reparar el supuesto honor mancillado. Y Blair no podrá deshacer un vínculo ya establecido. Estará tan ocupado buscando la forma de separarnos, que cuando quiera dar el golpe ya habremos ganado.

—Eres noble y mis orígenes han sido cuestionados por tantos. ¿Acaso la reina no podría oponerse? ¿No tienes que pedir su aprobación?

—No soy tan importante para que tenga los ojos en mí; además, soy escocés —agregó como si fuera una razón que lo excluía de obedecer a su monarca—. Norfolk está de mi lado, y a él le encantas. Siempre le he hablado de mis sentimientos, y cada una de las veces me ha instado a luchar por defender nuestro amor. Si nos topáramos con algún obstáculo como ese que temes, Norfolk intercederá ante la reina. A él lo escucha. Pero, tranquila. Nadie me disuadirá de convertirte en mi esposa. Incluso, te llevaría a Gretna Green si no hay otra opción. Siempre nos queda tu casa en Normandía para ocultarnos del mundo.

—Nuestra casa.

—Pero no nos aferremos al peor panorama, ahora concentrémonos en neutralizar a Susette y a mi padre. A la primera le enviaré una nota con la promesa de citarnos para dialogar y atender sus demandas, siempre que mantenga un bajo perfil mientras tanto. Le daré fecha para algún día después de la boda.

—¿Será suficiente para que se mantenga callada?

—Creo que sí. Dijo que la esperanza es lo último que se pierde, así que supongo que aguardará ilusionada. Nos ha causado bastante mal, será su merecido. Con respecto a Blair, conversaré con él para calmarlo. A todo lo que me proponga le diré que me dé unos días para pensarlo. Se aplacará momentáneamente y ganaremos tiempo.

Cuando ambos menos se lo esperen, recibirán la noticia de nuestra boda y no podrán más que tragar con dignidad su propio veneno.

Ella lo miraba asombrada, negando ante su atrevimiento y sus intrincados planes. Zachary había tenido que aprender muchas estrategias en la vida para sobrevivir a un padre tan manipulador y castrante como Blair. Lo había superado.

—Eres un peligro, mi escocés. Estratega en los negocios, estratega en el amor.

—Más bien con los enemigos. Conquistarte me costó bastante esfuerzo. —Le besó la frente con afecto sincero.

—Por supuesto que no. Me cautivaste desde que te conocí en la playa y no me dijiste ni una palabra.

—Pero, ¿por qué fuiste tan difícil de convencer?

—Tú no precisabas convencerme de nada, Zach. Era yo quien tenía que abandonar mis miedos y también reclamarte a la vida. Por mucho tiempo creí que no podía abrazar mis sentimientos, que nuestra unión no nos convenía por las diferencias entre los dos. Pero desde aquel instante, en aquella playa, caí rendida ante tu encanto.

—Tú me hechizaste a mí, Sirena —jugó cautivado por esa mujer. Le besó la nariz con una ternura que desarmó aún más a Emily. Ese hombretón enorme podía ser tierno. Cada vez que tenía muestras de ello, su amor traspasaba límites que parecían infranqueables—. Nada te borrará de mi mente.

—Casémonos. —La complicidad de la travesura más valiente que iban a cometer juntos le dio un brillo especial a su mirada—. Invitemos únicamente a familiares cercanos.

Buscaron sus labios con desespero y solo se calmaron cuando necesitaron despegarse para poder respirar a plenitud.

—Ahora vamos a adecentarnos. Tenemos que hacerle creer a tus padres, a los míos y a los invitados que nada ha sucedido aquí.

Ella lo miró con picardía. Él tenía una forma de decir las cosas que… la enloquecía en el buen sentido.

31



Londres, 27 de febrero de 1874

Días después, y gracias a una licencia especial todo estaba listo tal y como lo planearon. Zachary revisó los periódicos que trajo el mayordomo, mientras desayunaba. En ninguno la amenaza de Susette se había cumplido, la nota con la promesa de tratar de dialogar la aplacó por el momento. Pero no se confiaba. Seguro, estaba furiosa porque no le permitió la entrada a Moray Gardens y andaría planeando su discurso para cuando se pudieran «reunir».

Primero tuvo el impulso de citar a lady Warrington y confiarle los planes descabellados de su hija, de hacer público que fueron sorprendidos por Emily. No obstante, lo desestimó. La dama ya había probado su ineficiencia para controlar los arrebatos de Susette.

Seguía confiando que su plan era la mejor salida.

Por supuesto que, a la mañana siguiente, Blair regresó a su casa con una reprimenda ensayada. Zachary no le llevó la contraria, le aseguró que iba a meditar cada una de las palabras de su progenitor y lo despachó con elegancia tan pronto como pudo. Estaba muy atareado, la boda secreta, el criadero y sus otros negocios ocupaban todo su tiempo. No era de los aristócratas que pensaban que los negocios lo volvían indignos. Hacía mucho la vida le confirmó que el camino tomado, era el correcto.

Fue una suerte que sus nuevas conexiones jugaran a su favor. Frederick Banes se volvía cada vez más cercano. Incluso, le dio un regalo desinteresado que hizo que lo incluyera por completo en su reducido círculo de amigos. A la mañana siguiente del evento, una nota salió en primera plana en *The Golden Gazette*. Los lectores leyeron sobre el nuevo The Crest Stud y sus osados propietarios, dos escoceses que venían para cambiar las reglas imperantes del *turf* inglés. Banes firmó de su puño y letra, y exaltó los espacios de

entrenamiento, las cuadras y la procesión de los purasangres de estupendas líneas. Con el único propósito de camuflar cualquier intento, de algún invitado cotilla, de murmurar sobre el altercado familiar. Ocurriría, pero quedaría empañado por la exuberancia y la clase de la recepción.

Tras terminar el desayuno, sonrió con la imagen del día más soñado de su vida: su mayor victoria. Vistió el traje que los descendientes de los clanes escoceses llevaban en ceremonias. Fue un orgullo portar, el *plaid* azul y verde que honraron sus antepasados Moray. Gracias al romanticismo de la reina Victoria y el fallecido príncipe Albert por el tartán, los escoceses podían alternar en eventos formales entre su vestimenta tradicional o el traje inglés de gala. Blair jamás lo hacía, siempre relegaba su ascendencia escocesa ante las costumbres inglesas. Pero para Zach la tradición era importante. Y, desde que conoció a Cailean, abrazó sus raíces con más fuerza.

Sin más, se subió al carruaje que lo llevó hasta la iglesia donde asistían con frecuencia los abuelos de Emily. Los Pendleton también asistirían.

Su corazón latía apresurado. Cuando abandonaran la iglesia, serían esposos y nadie podría interponerse entre los dos. Un lazo sagrado los uniría para siempre.

Cuando se apeó, caminó solo por el amplio pasillo alfombrado y cubierto de flores blancas. De un lado, estaban los invitados de la novia: sus padres, los Pendleton, la abnegada nana francesa que era parte de la familia; incluso, los hermanos de Esther. Se enteraron del enfrentamiento de Raphael con Blair cuando, este último, intentó humillar a su familia. La entereza de Grant para defender el honor Pendleton llegó a sus oídos y se arrepintieron con creces de los desplantes del pasado. Con el corazón en sus manos, pidieron perdón. Entendieron que jamás debieron darle la espalda a Esther y que tenían que respetar su elección. Y los barones fueron felices por la reconciliación.

En los bancos del otro lado, estaban Marianne y Charlotte, tan emocionadas que casi se le escapaban lagrimillas de los ojos. Cailean también había asistido con su mejor amiga, la señorita

Florence Fairbairn. Su escurridizo socio igual estaba allí, casi tuvo que ser arrastrado por su primo. Odiaba las recepciones, pero lo convenció asegurándole que era un evento muy íntimo. En la inauguración los visitantes murmuraron acerca de que, ni siquiera, se dignó a saludarlos.

Frederick Banes también ocupaba uno de los bancos junto a su amigo Edward Raleigh. El periodista había acudido por un contrato muy especial. Aunque la boda transcurrió con total secretismo, a la mañana siguiente tenía una misión importante que llevar a cabo. Y el médico observaba el desenlace muy complacido. Se sentía orgulloso de los logros de quien tiempo atrás fue su paciente. Fue testigo del crecimiento de Moray, y cómo había florecido; a pesar de tener un padre tan tiránico.

El gran duque de Norfolk acudió con su joven esposa, y en su rostro se reflejaba el orgullo. Lo había visto sufrir, caer y levantarse como un titán. Haberle tendido la mano fue una decisión de la que nunca se arrepentiría.

MacAlister y MacKenzie con sus trajes ceremoniales en los colores de sus antiguos clanes, abandonaron sus puestos, y aguardaron junto a Moray como escoltas y amigos. Mientras lo felicitaban por el inmenso paso que iba a dar.

—Espero que también llegue mi día. —La mirada de Cailean se escapó en dirección de Florence, que tampoco le quitaba los ojos de encima.

—Laird, declara tus intenciones o perderás lo que te roba el aliento. —Zachary lo exhortó, con la emoción de su nueva vida colmándolo por dentro.

—A veces lo que deseamos no está a nuestro alcance. —Se limitó a responder el pelirrojo, dejando sus bromas de lado. Sus palabras nunca expresaron tanta agonía y seriedad—. Ambos tenemos destinos muy diferentes.

—Para ti no hay imposibles. Te he visto luchar por todo lo que quieres. ¿Y tú, Highlander? ¿Nadie te ha flechado el corazón?

—¡Dios me libre! —soltó tan alto que se llevó una mueca de regaño por parte del clérigo, por usar el nombre de Dios en vano en su propia morada—. Las mujeres y yo solo podemos entendernos en

el lech… —Carraspeó y los otros comprendieron—. Intentar congeniar más allá de las artes amatorias se vuelve una fuente de conflicto inagotable. Y yo aprecio mucho mi tranquilidad.

El religioso alcanzó a escuchar las palabras atrevidas de MacKenzie y volvió a amonestarlo con un gruñido.

Antes de que continuaran debatiendo sobre el amor, el órgano empezó a tocar la marcha nupcial y todos hicieron silencio.

La persona más importante para Zachary fue la que entró con un vestido primoroso de seda, con sus zarcillos de jade y un ramo de novia de narcisos blancos: una oda a la esperanza y al nuevo camino que emprenderían juntos. Emily lucía bellísima mientras avanzaba a su encuentro con la melodía del órgano de fondo. Él tuvo que tragar en seco, su futura esposa le robó el aliento. Cuando sus ojos hicieron contacto, la mirada sorprendida y enamorada de ella la recordaría por siempre.

Quizás debió advertirle que la esperaría en el altar con el *kilt* de tartán de doble ancho, como correspondía a su posición, con su chaqueta corta azul tan oscura que resaltaba sus ojos. Lo que obligaba a que, todo aquel que lo mirara al rostro, quedara fascinado. El misterioso tono de azul de los emblemáticos ojos de Zach, que tantos suspiros robó a su paso, no era común. Era el color exacto de la gema del anillo de compromiso, y de los zafiros que adornaban el broche que sujetaba su *plaid* al hombro.

Cuando el recorrido de la novia terminó y Raphael la entregó en el altar, las simbólicas palabras del clérigo estremecieron a los presentes:

—¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?

—Yo lo hago. —El padre de la novia desbordaba solemnidad, era su princesa y siempre supo que no la dejaría en manos de cualquiera. A Zachary lo había visto crecer, y lo aprobaba por completo.

Los votos corrieron robando suspiros entre los invitados. Pero cuando el oficiante hizo la pregunta clave, las damas soltaron alguna lágrima.

—¿Lord Zachary Moray, desea tomar a esta mujer como su legítima esposa para amarla y cuidarla en tiempos de salud y enfermedad, renunciando a las demás y jurándole fidelidad mientras vivan?

—Sí, quiero —respondió con firmeza y lleno de convicción. No necesitaba un juramento para probar que estaba dispuesto a protegerla y adorarla. Lo hizo desde que la conoció. Pero se le inflamó el pecho de gozo al poder pronunciarlo alto y claro delante de sus seres queridos. Así todos sabrían a lo que estaba dispuesto por amor.

—Señorita Emily Grant, ¿acepta a este hombre como esposo para amarlo, obedecerlo y honrarlo en la salud y la enfermedad, renunciando a todos los otros y conservándose solo para él, mientras estén vivos?

—Acepto. —Dijo con una mirada traviesa. Emily jamás estuvo de acuerdo con esas palabras usadas por el religioso con respecto a la «obediencia», pero el hombre había casado así a cientos de parejas desde su ordenación. No iba a cambiar de la noche a la mañana. Sin embargo, ella y Zachary entendían que era un formalismo, todas las decisiones serían tomadas entre ambos.

Entonces Zachary puso el anillo en el dedo de Emily y le besó la mano con devoción.

—Te amo, esposa mía y ardo en deseos de que el mundo se entere.

—También te quiero tanto. —Acalló su emoción en un suspiro enamorado.

A continuación, escucharon una oración que bendijo la nueva unión, y pasaron a firmar las actas. Cuando salieron, fueron asaltados por las muestras de cariño de sus familiares y amigos. Ya nada podría revertirse, nadie podría disolver lo que se selló ante Dios.

Los padres de Emily la llenaron de abrazos, mientras Zachary recibía atenciones de su madre y su hermana. Después las familias se intercambiaron y bendijeron al nuevo miembro que acogían.

—Será un honor llamarte, hija, Emily. —Su suegra siempre sospechó del cariño de este par, y desde las sombras los apoyó en

silencio.

—Oh, estimada lady Blair, el honor es mío —dijo conmovida por la bondad en los ojos de la mujer a la que siempre había apreciado.

—Marianne, querida, dime Marianne.

—Si no me deja otra opción. —Después se volvió a su amiga. Sabía cuán feliz la hacía el parentesco—. Hermana, gracias por…

Charlotte no la dejó terminar. Se fundieron en un largo abrazo y sin soltarla le confesó:

—Sabía que algún día terminaríamos siendo hermanas. Te has llevado al mejor hombre de todos. Y él sí que salió ganador. Los quiero mucho a los dos.

Zachary la contempló con orgullo, y con un gesto cariñoso agradeció sus palabras.

Los Pendleton, por su parte, no podían sentir más felicidad.

—Lady Moray —le susurró la abuela—. Será difícil acostumbrarme a tu nuevo título, querida. Ya una dama casada. Las vueltas que da la vida.

—Que Dios continúe bendiciéndote, hermosa nieta. —El abuelo también celebró muy contento.

Los amigos también les dieron la enhorabuena. Después de las felicitaciones y tantas palabras de afecto que los hicieron sentirse queridos, traspasaron el umbral de la iglesia como lord y lady Moray hacia el carruaje que ya les aguardaba.

—Oh, Zach, estamos casados. —Lo rodeó por el cuello y lo besó con una pasión encendida. El mundo le parecía precioso. Por fin eran libres para amarse y gritarlo a los cuatro vientos.

La tomó de la cintura y con un gesto varonil la arrancó de su mullido cojín y la subió a sus piernas. La apretó contra su pecho y le susurró:

—Espero que estés preparada para lo que viene, Sirena. —Un jadeo entrecortado se escapó de sus labios antes de atrapar los suyos y devorarlos con un apetito insaciable.

Ella se perdió en los azotes de la lengua masculina, y en la promesa de una luna de miel inolvidable. Dos días después embarcarían rumbo a su paraíso en la tierra. No lo pensaron mucho, había un sitio a donde los dos deseaban huir.

32

Después de un largo brindis en Moray Gardens con los asistentes a la ceremonia, los recién casados se quedaron finalmente a solas. Habían compartido un momento ameno con quienes amaban, pero ansiaban continuar lo que apenas comenzaron en el carruaje.

Cuando se marchó el último invitado, Zachary despidió a los criados y les permitió retirarse temprano. Sin perder tiempo, tomó a Emily de la mano y la condujo por los incontables escalones hasta que quedaron frente a la puerta de su habitación. Emily no cesaba de sonreír. Tras sellar su unión en la iglesia, les parecía que nada podía deshacer un lazo tan profundo. La tomó en brazos y, con solemnidad, cruzaron el umbral.

—¿Aquí duermes cada noche, amor mío? —El pecho de ella subía y bajaba de tanta anticipación.

—Aquí dormiremos… Pero no esta noche, no puedo esperar. Tendrás que conocer los rincones de nuestros aposentos mañana.

Él pegó su palma desnuda a la de Emily y la deslizó hacia abajo. Los dos se estremecieron.

—Mi esposo —le susurró sobrecogida por la intimidad de ese instante.

—No puedo creer todo lo que hemos vivido para llegar a este día.

Por un momento, hicieron silencio y solo se contemplaron. El crepitar del fuego en la chimenea fue todo lo que escucharon unos segundos, hasta que sus bocas se buscaron con desespero. El beso fue largo, apasionado y alimentó el deseo.

—Em, hueles tan bien —le confesó inhalando profundo—. Estuve toda la ceremonia deseándote… Ese perfume me está volviendo loco…

—Solo puse dos gotas de vainilla en mi cuello… pero hay algo más. Las mujeres de tu familia tienen una extraña tradición para las bodas, una que se ha mantenido por muchos años. Es en honor a la diosa Brigid, guardiana del fuego del hogar. Según tu madre, tu prometida debía tomar un baño de purificación con romero, lavanda, verbena y tomillo; además de leche y pétalos de flores silvestres —añadió casi avergonzada, conteniendo una exhalación. Aún recordaba su reacción cuando Marianne se lo comunicó a ella y Esther. Ambas accedieron entre ruborizadas y llenas de intriga—. Pero no puedes contarlo, es un secreto que compartiremos esposas e hijas del antiguo clan de tu familia. *Brìde, mantén el fuego ardiente y que no falten la sabiduría y la salud en esta casa.* Era lo que repetía Marianne, mientras derramaba el agua perfumada proveniente de un cuenco sobre mi cabeza.

—Pobre de mi madre, tuvo todo eso en su matrimonio, excepto amor. Debió pedir amor.

—Entonces yo lo pediré. *Brìde, mantén el fuego ardiente y que no falten la sabiduría, la salud y, sobre todo, el amor en esta casa.*

—Ven, mi devota Sirena —le dijo casi risueño, disimulando sus carcajadas. Estaba conmovido por su bondad, por dejarse convencer por las creencias de su madre, solo para hacerla feliz. Él era el afortunado por tener a Emily en su vida—. Es una suerte que ese baño sea con hierbas que huelen tan agradables. Me tienes a tu merced.

—Tampoco hueles mal, dime la verdad. ¿Tu madre te convenció de sumergirte en alguna pócima para embrujar mi corazón? —jugó seduciéndolo, tomándolo por el chaleco y aproximándolo hasta que sus labios casi se rozaron.

—Tal vez no debimos despedir a la doncella, será una proeza librarte de los innumerables encajes y listones de ese vestido de novia —murmuró irónico, muy excitado. Ardía en deseos de contemplar su desnudez.

—Jamás he tenido doncella, no creo que tenga problemas para desvestirme. ¿Y tú?

Unas coquetas y sonoras carcajadas resonaron en la estancia, cuando ella comenzó a quitarse una a una las prendas. Él le siguió,

se libró con manos impacientes de su frac.

Cuando quedaron como Dios los trajo al mundo, él la admiró unos segundos. Su largo cabello rubio contrastaba con la luminosidad de su blanca piel. La alzó en sus fuertes brazos y la depositó sobre el lecho sin dilatar más la espera.

Ebrio de deseo, comenzó a descender por la línea central del trémulo cuerpo de su esposa. Hizo una parada en el sedoso cuello donde inspiró su aroma a cremosa vainilla y se deleitó. Continuó hasta su pecho, chupó los erguidos pezones, tirando de ellos lentamente. Para después, apretar y juntar ambos senos y devorarlos con apetito voraz; mientras Emily se deshacía en gemidos cargados de fruición.

Siguió reptando por su línea central dejando un reguero de lametones, hasta sumergirse entre sus piernas. Donde puso especial énfasis. Emily enredó los dedos en los cabellos revueltos de su hombre, cautiva del febril deseo.

El amor no solo era un sentimiento, su fuerza imbatible se sentía a nivel físico, en su pecho, debajo de sus costillas… Como una bandada de estorninos que revoloteaban sin control.

—Oh, Zach —jadeó cuando las primeras sacudidas de su orgasmo la hicieron agitarse y apretarse contra esa boca que lamía, mordía suavemente y succionaba con maestría.

Su intención era enloquecerla, llevarla a un punto del que ya no pudiera retornar. Ella no soportó más. Pequeños espasmos sacudieron su cuerpo, mientras su esposo chupaba sin clemencia, recibiendo su clímax hasta dejarla completamente laxa.

Un último beso sobre su intimidad la hizo estremecer. Estuvo a punto de rodearle el cuello con sus piernas, no quería separarse todavía… Por eso, cuando él la cubrió con su desnudez, separó más sus rodillas para dejarlo posicionarse. Se besaron, mientras se miraban a los ojos…

La dura erección de Zachary golpeaba la zona sensible entre los muslos de Emily, que estaba lista para recibirlo.

—Te amo, sirena mía, pero no puedo darte descanso o voy a explotar y quiero hacerlo dentro de ti.

—Hazme tuya —le susurró con la voz afectada por el deseo. Una invitación que él respondió en el acto y dibujó una expresión en el rostro del hombre que la enloqueció.

Mirar su bello rostro salpicado por la excitación era como llegar a las puertas del cielo. Como contemplar a un valiente ángel postrado a su merced.

En la cama, Zachary se transformaba del caballero elegante y educado a una versión más indómita que recordaba a un *highlander,* esos hombres que defendieron las Tierras Altas. Una belleza salvaje que dolía.

Como un experto, tomó una rodilla de su esposa y la elevó para tener mejor acceso. Se miraron a los ojos cada uno embebido de la sensualidad del otro. De una sola estocada, deliciosamente lenta, se abrió paso en ella y quedó enterrado hasta la base. Un gruñido ronco se escapó de su pecho cuando fue abrasado por el calor de su intimidad. Ella también gimió sobrecogida; sintiéndose dominada por la impetuosidad del varón.

Zachary, sin pedir permiso, deslizó las manos debajo de sus nalgas y la atrajo aún más hacia sus caderas. Comenzó a embestirla con una dulzura que la desarmó por completo. Era una danza erótica, pausada, constante… Un vaivén que se aceleró poco a poco, hasta volverse frenético y llevarla, de nuevo, a la cúspide…

—Oh, por todos los cielos —murmuró Emily mientras se mordía un labio para no gritar.

—No te contengas, Sirena. Estamos solos. Grita, quiero escucharte gritar. —La instó a que se liberara y disfrutara a plenitud. Ella comenzó a soltarse y jadeó sin reprimirse. Verla libre y gozando sin reservas, ya no pudo atrasar más su propio placer.

La embistió con más fuerza, arremetiendo con ágiles movimientos llenos de ímpetu, que fueron recompensados con los gemidos entrecortados de su mujer, cada vez más altos y desaforados. Zachary la atrajo hacia sí, y se quedó muy abrazado a ella cuando las sacudidas de las últimas pulsaciones de su hombría lo catapultaron a su culminación. Un suspiro abandonó sus labios carnosos disfrutando de la saciedad. Ella lucía igual, exhausta, complacida y lo miraba como a una deidad terrenal. Para Emily

descubrir el sexo de la mano de su marido era siempre una revelación. Aprendía y disfrutaba con cada entrega y, sobre todo, creía que nada podía compararse con lo que él le hacía sentir.

Se acomodaron muy unidos bajo las templadas mantas para procurar el descanso. Con los ojos entrecerrados, Zachary alcanzó a susurrar:

—Mañana temprano acudiré a enfrentar a mi padre. Quiero que escuche de mis labios que estamos casados.

—¿Estás seguro? —balbuceó muy agotada. Había sido un día largo y extenuante—. De todas formas, va a enterarse.

—Sí, siempre libro mis batallas de frente. Esta vez será igual.

Los latidos de sus corazones comenzaron a arrullarlos y se quedaron profundamente dormidos. Nada podría borrar la paz y la entrega que cada uno sentía en los brazos del otro.

33

Walker tarareaba una canción, mientras ordenaba que subieran el desayuno a los recién casados. Ya se habían despertado y deseaban tomar sus alimentos en sus aposentos. Lord Moray solicitó a su ayuda de cámara y anunció que saldría muy temprano. Por lo que cuando el marqués de Blair apareció esa mañana, con el pretexto de desayunar con su hijo, la boca del mayordomo se quedó unos segundos sin poder cerrarse. Estaba al corriente de que la boda fue muy privada y que excluyeron a lord Blair de los invitados.

—Milord… —Fue todo lo que dijo cuando reaccionó.

—Comunícale al conde que he venido a tratar ciertos asuntos, lo esperaré —agregó con petulancia y se dirigió hacia al comedor sin que nadie pudiera impedírselo. Se sentó en el sitio que solía ocupar cuando se presentaba, y sin inmutarse, ajeno a lo que había ocurrido el día anterior, continuó hablando—: Ordena que me sirvan un café y que traigan los diarios, mientras espero que Zachary esté decente. Ya debería estar despierto.

—Como ordene, milord —añadió sin poder librarse del sobresalto que tenía por dentro, el que disimuló con esfuerzo. No iba a dar explicaciones sobre si lord Moray estaba o no en la propiedad, por si este se negaba a ver a su progenitor. Sabía que la jerarquía del padre superaba a la del hijo, pero él debía su lealtad al conde.

Ajeno a las noticias que la prensa traería esa mañana, mandó a un lacayo a cumplir con las demandas del marqués. Un café y los diarios lo mantendrían ocupado, mientras su señoría le decía qué acciones emprender.

Ipso facto, subió las escaleras para avisar a lord Moray.

Tras la tardanza del mayordomo, Blair se removió en su asiento y después, le dio un sorbo a su café. Sin prisas, comenzó a ver los

periódicos recién planchados que le trajo el lacayo, mientras ideaba cómo deshacer el compromiso que su hijo anunció el día de la inauguración de su criadero.

No supo por qué *The Golden Gazette* llamó su atención. Siempre escogía el *Times* o cualquier otro sobre el pasquín de Frederick Banes.

Pero fue el primero que eligió.

—¿Qué habrá publicado este insolente hoy sobre mi persona? —masculló soberbio.

UNA BODA ÍNTIMA Y ELEGANTE PARA UNA PAREJA QUE NINGUNA CASAMENTERA PREVIÓ

The Golden Gazette

Escrito por Frederick Banes

28 de febrero de 1874

El día de ayer en la iglesia Grosvenor Chapel, en el bello y respetado barrio de Mayfair, contrajo matrimonio la señorita Emily Grant. La nieta de los barones Pendleton e hija de los señores Esther y Raphael Grant lució bellísima con su hermoso vestido blanco y un ramo de narcisos del mismo color. El radiante esposo no es otro que lord Moray, Zachary Moray, quien ostenta el título de cortesía de conde de Moray. Y es hijo de sus señorías, los marqueses de Blair. Un cortejo discreto del que casi nadie supo hasta que sus intenciones quedaron reveladas en la inauguración de su criadero The Crest Stud.

La ceremonia fue íntima, solo asistieron amigos y familiares muy cercanos; pero la elegancia y el amor pudo percibirse en cada detalle, cada palabra y el rostro de la enamorada pareja. Un servidor tuvo la gracia de ser testigo de la unión, constatando que lo unido por Dios no podrá separarlo el hombre.

Un estupendo enlace que reivindica al mercado matrimonial de las temporadas sociales en Londres, como el más exitoso del reino.

Desde este humilde periódico recordamos que continúa abierta la temporada de caza más esperada del año. Los especímenes que siguen solteros son muy cotizados, tanto damas como caballeros. ¿Quién resultará saldo blanco en la cacería? ¿Y, quiénes, como lord y lady Moray, terminarán felizmente casados?

Matronas y casamenteras aún tienen motivos para mantener viva la esperanza: hay muchas presas nobles que podrían caer antes de que inicie el verano.

Blair tuvo que volver a leer el nombre de su hijo en aquellas páginas. El café se derramó sobre el blanco mantel y un calor sofocante le subió desde el estómago hasta quedarse incendiando su rostro. No podía sucumbir ante la perplejidad, la ira prevaleció ante cualquier otra emoción… Lanzó un puñetazo lleno de furia sobre la mesa. La vajilla se tambaleó con un sonido agudo, que constató con el ruido sordo del golpe.

—i¿Qué demonios es esto?! —rugió como león acorralado.

Zachary no tardó en aparecer, justo mientras su padre despotricaba y se desquitaba con los lacayos que lo atendían.

—Todos afuera. —Zachary envió a los sirvientes lejos, para que no sufrieran las consecuencias del arranque de su padre.

Emily también estaba ahí. La mirada inyectada en sangre de Blair se clavó en ella. La muchacha se lo había advertido aquella vez que lo enfrentó, que estaba dispuesta a luchar contra él y vencerlo.

—Sirena, ¿seguro que no quieres esperar en nuestra habitación mientras él y yo sostenemos esta conversación? —No quería que resultara herida ante alguna palabra humillante que pudiese salir de la boca de su padre. Conocía cuánto podía lastimar.

—No le temo a lord Blair. Ahora somos esposos, debemos enfrentar la adversidad juntos.

—¿Cómo me llamaste, Emily? ¿Adversidad? —Blair no daba crédito.

—Es una palabra que se queda corta para definirte, papá —la secundó Zachary.

—Hijo, me dijiste que no tomarías una decisión apresurada, que reconsiderarías tus opciones. Tienes un futuro envidiable, ¿y te casas con ella?

—¡Sí, con ella! ¡Vuelves a abrir la boca para dirigirte de manera ofensiva a mi esposa y yo mismo te sacaré por la fuerza de nuestro hogar! Es más, deberías irte ahora. Ya no eres bienvenido.

—¡¿Zachary?! ¡Te di lo más valioso que tienes: la vida! —Parecía que Blair aún no podía aceptar que había perdido. Como si sus gritos fueran suficientes para deshacer un matrimonio legítimo y consumado.

—Mi madre y tú me dieron la vida. Ella se dedicó a cuidarme, una tarea que tú le hiciste muy difícil. Pero sobreviví al daño emocional que me causaste, a pesar de que cada vez que intentaba levantarme, te empeñabas en hundirme. ¡Lárgate ahora! No quiero tu influencia sobre mi esposa y menos sobre mis hijos. Lo más sano para mí es que te alejes para siempre.

—¡Soy tu padre! —Trató de imponerse.

—¡Me engendraste! ¡No estoy obligado a seguir aguantándote! —Con una mano le señaló la salida. Emily permanecía a su lado con el rostro serio y los brazos cruzados sobre el pecho, apoyando su decisión.

Blair se quedó estupefacto.

—¡¿No vas a anular este infortunado matrimonio?! En cambio, me das un puntapié con tal de salirte con la tuya.

—Amo a Emily y es mi esposa. Tendrás que aceptarlo y acostumbrarte.

—¡No voy a permitir que…! —comenzó a gritar, pero no pudo continuar. Tanta ira se desbordó. Se llevó una mano al corazón con los dedos en forma de garra, y la aferró al pecho ante un dolor que lo sorprendió. Tuvo que hacer silencio y dejarse caer en la silla, sofocado. Como pudo, lidió una batalla contra su corbata, sentía que lo asfixiaba.

El enorme escocés perdió el conocimiento y su hijo llamó al mayordomo para que trajera al doctor a toda prisa. Emily se acercó a su suegro, negando, mientras lo revisaba. Recordaba que algo parecido le sucedió a su madre cuando supo que habían perdido todo lo que construyeron en Normandía.

—Creo que es el corazón… —le dijo ella a su esposo que miraba a su padre con preocupación. La soberbia de su progenitor y su testarudez lo llevaron a aquella terrible situación.

Esa mañana en la casa de los Warrington la familia desayunaba en la quietud de su hogar londinense. Las hijas leían *The Golden Gazette* como acostumbraban. Solían criticar a cuanto desafortunado aristócrata sufría una drástica caída en las páginas de ese periódico.

Cuando los ojos de la hermana menor descubrieron la nota que hablaba sobre el reciente matrimonio de lord Moray y la señorita Grant, no pudo creerlo. Con la piel erizada por la impresión, leyó en voz alta para todos los comensales.

El padre lanzó una maldición, incluso delante de las damas. La madre pidió las sales y Susette se aferró al impoluto mantel con tanta rabia, que terminó tirando al suelo, con estrépito, la costosa porcelana francesa.

—¡¿Casado?! ¡¿Zachary casado?! Pero teníamos una cita para hablar de nuestra situación. —Las lágrimas inundaron su rostro y sus gritos alarmaron a la servidumbre. Sus padres no podían calmarla, estaban atónitos con la noticia.

—Solo te engañó —arremetió Lavinia indignada.

—Te dije mil veces que olvidarás a Moray. El hijo de los Cumberland aún puede ser tu salvación, sigue soltero. Debes apurarte antes de que Blair lo atrape para Charlotte o lo haga alguna otra dama casadera. —Para la madre no era suficiente la desesperación de Susette, ahondó más en la herida con sus reclamos.

—No creo que la quiera, mi hermana no ha disimulado delante de lord Ashworth su obsesión por lord Moray. —Lavinia expuso una verdad que nadie ignoraba.

—Pues no sé cómo lo conseguirás, Susette, debes reconsiderarlo —exigió la madre—. Lady Cumberland estaba dispuesta a aceptarte con tal de no emparentar con lord Blair. Él no le agrada.

—Pero a lord Cumberland le emociona la cuantiosa dote de lady Charlotte. No sé si debas insistirle a nuestra hija para que persiga a ese libertino de Ashworth. No le dará estabilidad, menos dicha. —Lord Warrington sabía que, frente a la dote de la hija del marqués, la suya no podía competir.

—Si no atrapas a un buen partido, no serás nada. Susette, quedarás anulada para la sociedad. ¿Eso deseas para ti, un matrimonio desventajoso? Porque a Moray ya lo perdiste, debes resignarte y tratar de recuperar a lord Ashworth.

Susette miró a su madre con lágrimas en los ojos y después a su padre.

—Seré la burla de todo Londres. Los que lean la nota se reirán de mí por haber perdido a Zachary Moray.

—Su rechazo ha sido tan público. Estoy segura de que medio Londres sabía que te desvivías por comprometerte con él. —Lavinia se llevó la mano a la boca, arrepintiéndose en el acto de sus palabras.

—Me temo que tu hermana tiene razón, Susette. Te lo advertí tantas veces. —La madre estaba tan mortificada.

—¡Basta, mamá! ¡Fue tu idea que me metiera aquella noche en la cama de Zachary en Normandía! ¡Él estaba tan ebrio que no se dio cuenta hasta que la señorita Grant llegó a arruinarlo todo! —La joven gritó dejando a su padre boquiabierto y decepcionado ante tal confesión.

—¡Silencio! —Lady Warrington no pudo callarla a tiempo. Su esposo la miró lleno de decepción.

—No puedo creerlo, mujer. ¿Cómo puedes exigirle a Susette decoro cuando tú misma fuiste artífice de su deshonra? —El hombre negaba enfurecido ante tal atrocidad. Se dirigió a su hija mayor y añadió—: Hoy mismo te irás con tu madre a la finca familiar. No quiero volver a saber de ambas.

Lord Warrington abandonó la mesa, dispuesto a cumplir sus amenazas.

—Por favor, por favor, papá. No me mandes al campo. Él no me tocó, padre. Sigo siendo virtuosa —reveló Susette temiendo su represalia.

—Salgan las tres de mi vista o no respondo de mis actos —rugió el hombre y abandonó el comedor.

Al día siguiente, Emily y Zachary estaban listos para viajar a su luna de miel. Mientras esperaban a sus familiares que vendrían a despedirlos, él no dejaba de pensar en lo sucedido con Blair. No solo a aquel le impactó saber del casamiento. La noticia de la boda causó revuelo en los salones de Londres. Algunos celebraron con agrado la noticia, principalmente quienes los estimaban. Hubo debutantes desilusionadas y madres que lamentaron que el escocés se les escapara. Era un candidato ejemplar.

Tras reunirse con el doctor Edward Raleigh, quien acudió en auxilio del marqués de Blair el día anterior, Zachary supo que su padre podría sobrevivir si bajaba la guardia y mantenía una existencia apacible. Su salud sufrió un duro golpe y parte de su rostro aún no recobraba la movilidad. Necesitaría tiempo para sanar. Pero su recuperación estaba supeditada a que dejara de librar batallas contra todos aquellos que no cumplían su voluntad.

El médico le explicó que el exceso de cólera desbordado lo llevó al límite hasta que colapsó.

El mayordomo irrumpió en el salón donde el joven matrimonio aguardaba, para anunciar la llegada de Marianne y Charlotte. Raphael y Esther aparecieron minutos después en la residencia para darles un fuerte abrazo a ambos antes de que partieran.

Conversaron un rato en familia, hasta que la marquesa notó la desazón de Zachary.

—No te sientas culpable, hijo —le dijo la marquesa a Zachary—. El médico lo aclaró. Blair es responsable de su carácter, de su intransigencia y, por ende, causante del deterioro de su salud. Jamás te habría dejado ser feliz.

—Quiero que tú y Charlotte abandonen Blair House y vengan a vivir aquí —ofreció angustiado por dejarlas en compañía de Blair. Le fue infiel varias veces y hasta se atrevió a llevar a una de sus amantes a la casa de su madre. No solo él estaba dispuesto alejarse, quería que ellas también pusieran distancia—. No tienes que quedarte a su lado como esposa abnegada, él no merece tu piedad. Cuando Emily y yo regresemos, estaremos felices de tenerlas en Moray Gardens.

—Hijo mío, no vamos a vivir con una pareja recién casada. Antes nos marchamos a Escocia. Pero no te atormentes por nosotras. Ahora mismo Blair está indefenso, al cuidado de su ayuda de cámara. Blair House es inmensa. Charlotte y yo estaremos bien. —Después, les deseó lo mejor a cada uno.

Los padres de Emily también los abrazaron con afecto, augurándoles un matrimonio lleno de confianza, respeto y amor.

Tras despedirse de todos, con sus equipajes y la cariñosa Bijou a bordo de un carruaje que los llevaría al puerto, iniciaron su viaje de ensueño.

Quiberville, Normandía, Francia, 2 de marzo de 1874

Un prolongado baño de agua caliente los ayudó a reponerse del cansancio del viaje, así como la comida que les preparó la señora Martin, quien sirvió durante años a los Grant. Zachary le escribió con antelación, para que acondicionara la propiedad para el retorno de los recién casados.

El fuego ardía en la chimenea de la habitación donde Emily creció y soñó tantas veces con el apuesto escocés, que llegó a aquellas playas para encender su corazón.

Con el rumor de las olas del mar, ella abandonó la bañera y su esposo la siguió. Desnudos y empapados, se dejaron caer en la cama. Las pieles se estremecieron por el frío, pero los besos no tardaron en templarlas hasta hacerlas arder.

Ya nada podría empañar su felicidad… Solo estaban ellos y el mar. Se amarían día y noche hasta que llegara la hora de volver a Londres. Zachary y Emily habían luchado por su amor y ahora podían disfrutarlo sin reservas.

Libres, rebeldes y únicos.

Epílogo

Los recién casados disfrutaban recostados sobre una manta encima de la arena. El cielo despejado y el mar inmenso a sus pies los invitaba a quedarse en aquella playa para siempre. Bijou, la perrita que ambos adoraban, correteaba detrás de las gaviotas, también feliz de regresar.

—Muy buena la nota que Banes escribió sobre nuestra boda, ¿piensas igual? —preguntó Emily recordándola.

—Tal vez no debí pedírsela o debí hablar con mi padre antes y revelarle que nos habíamos casado.

—Zach, lo intentaste, pero tu padre se adelantó. No, no lo lamentes. El médico lo afirmó, Blair ya venía mal. Iba a sucumbir por una u otra razón.

—Lo sé. Sus excesos, su carácter explosivo y su necesidad insana de ejercer control lo llevaron al declive. El detonante pudo ser cualquier contradicción que sufriera.

Ella le depositó un tierno beso en la mejilla.

—A propósito, no puedo creer que Frederick Banes se convirtió en el inversor que estabas buscando para The Crest Stud. ¿Cómo reaccionará Blair cuando se entere? ¿Otro agravio contra su voluntad? No es un secreto que lo detesta por las notas que ha escrito en «honor» a su persona.

—Broc y Cailean tampoco le agradan. Jamás la opinión de mi padre sobre mis relaciones me ha detenido.

Eso ella lo sabía, era la prueba de que Zachary nunca se detuvo ante las imposiciones de su padre. Su boda era su acto de rebeldía más importante. El que lo erigía como hombre valiente, independiente, que no rendía cuentas de sus elecciones.

Pero, lo que más le preocupaba a Emily era cuál sería la reacción de Blair con el pasar de los días. No habían tenido noticias

suyas, de nadie en realidad. Aunque intentaba no darle importancia, sabía que, tarde o temprano, regresarían… y ella tendría que enfrentarse a su exigente suegro, otra vez.

—Blair podrá tener una enorme riqueza, pero jamás se detiene cuando ambiciona algo más —lamentó Emily—. Y quiso todo lo que mi padre tenía, el pequeño hotel, la ubicación de su cabaña.

La señora Martin se acercó a donde ellos conversaban en la playa y les recordó sus obligaciones, cuando depositó la correspondencia en las manos de Emily. Una carta con remitente de Londres. Y, aunque la intención de una luna de miel era aislarse del mundo, decidieron abrirla. Se miraron con complicidad al volver a quedar a solas.

—La carta es de Charlotte —observó Zach—. Supongo que traerá noticias. Conociéndola, no podría esperar a que regresáramos del viaje. ¿Haces los honores?

Cuando Emily abrió la carta de su cuñada, otro sobre más pequeño de su amiga Ettie, la nueva duquesa de Hayden, cayó en su regazo. Venía dirigido hacia ella. Lo reservó y eligió leer primero el de su cuñada. Seguramente, tenía una explicación para la llegada de la misiva de Ettie. Se aclaró la voz y leyó:

10 de marzo de 1874

Querida cuñada o mejor, hermana

No podía esperar a tu regreso a Londres para dirigirme a ti de esa forma. Se siente tan especial y cercano. El que ahora seamos familia no cambia el cariño que ya te tenía, pero no puedo disimular que me llena de felicidad. Espero que se encuentren bien y que estén disfrutando de todas las mieles que prometen los viajes de recién casados. Por aquí se les extraña demasiado, y aunque estamos impacientes aguardando a que vuelvan, saber que se aman y son libres para hacerlo no nos borra la sonrisa del rostro.

Mi madre habla de ti con tanto cariño, asegura que ha ganado una hija y que no hay mejor mujer para Zachary. Los señores Grant me han exigido que me refiera a ellos por sus nombres, así que te comparto que Raphael y Esther están estupendos.

Tras la partida de ambos, indagué y descubrí que el número de The Golden Gazette *sobre el casamiento, dejó a todos muy impresionados. Nadie tuvo la templanza para disimularlo. Incluso, la señora Warrington no pudo evitar preguntarme en uno de los bailes. Y eso que nuestras familias ya no son cercanas. Quizás, también se había esperanzado por la nota que Zachary le mandó a su hija, sobre un encuentro que jamás iba a efectuarse.*

A Susette la noticia del matrimonio le ha caído como un baño de realidad. A pesar de ser evidente que su ánimo está por los suelos, ha recurvado. Y ahora pretende reconquistar a Marcus, quien con su orgullo pisoteado no ha vuelto a acercársele ni para ofrecerle un baile. El cachorro Cumberland ya había dejado de interesarse en ella. Los abiertos intentos de Susette de atrapar a mi hermano debieron llegar a sus oídos. El susodicho ha dado un renuente «no» a las intenciones de compromiso.

Sin embargo, un rumor cada vez más escandaloso, pulula de salón en salón. Me ha llegado el murmullo de que antes del distanciamiento entre Marcus y Susette, el primero hizo de las suyas y dejó a Susette deshonrada y a las puertas del escándalo. Un libertino hace honor a su reputación. Podría ser cierto, porque hay gran alboroto a la espera de un duelo entre lord Warrington y el calavera. Aunque también se ha dicho que lord Cumberland, por fin, le ha dado un escarmiento a su hijo y lo mandó castigado a América con una décima parte de su asignación.

Sé que tú y Zachary quieren saber de papá… Se ha recuperado, ya habla con más fluidez, pero su rostro sigue parcialmente paralizado lo que es un golpe grande para su ego. Tras los consejos del médico, decidió refugiarse en la finca familiar en Escocia. Antes de irse, dijo cosas horribles, nos reunió para informarnos que ya no tiene hijo y que la vida debe continuar.

Estuvo más cariñoso y condescendiente conmigo de lo habitual. Al parecer, como Zachary lo ha defraudado y se negó a cumplir sus órdenes, ahora soy la oveja descarriada que pretende llevar a la fuerza al redil. No obstante, no se preocupen por mí, papá se topará con una pared de granito como la que abunda en Escocia.

En cuanto a mí, también necesito un tiempo para reflexionar acerca de mi futuro, ahora veo mi destino con más seriedad.

Papá asegura que no tomará represalias contigo, hermano mío, sabe que no puede desheredarte ni prescindir de ti para dirigir los negocios. Hace mucho tiempo que lo superaste. Nos ha

comunicado que su secretario será el eslabón que servirá para mediar entre los dos, con el propósito de que la ruptura de padre e hijo no afecte las arcas familiares.

Y tras las noticias duras, una más amigable. Ettie nos ha escrito, querida Em. Tu madre me ha dado tu carta para hacértela llegar. Las noticias son alentadoras. Sobre todo, para Florence, quien ya ha leído su carta y no puede creer que tiene una nueva oportunidad.

No le he escrito a Ettie contándole que te has casado, porque no quiero robarte la primicia. Pero he sabido que recién ha llegado a Londres, así que escríbele para prevenirla o no tardará en enterarse por boca de otra persona. Es probable que nos veamos pronto en algún evento, y no podré guardar silencio ni un minuto más.

Me despido deseándoles que sigan disfrutando de nuestra querida playa y esperando que vuelvan con celeridad, hermanos míos.

Los quiero con todo mi corazón.

Charlotte

Zachary y Emily se miraron y suspiraron al mismo tiempo.

—Confieso que mi padre me escribió, y estoy enterado de sus medidas. No me sorprenden, tampoco me afectan. —Aguardó su respuesta, se habían jurado no tener secretos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte en nuestra luna de miel.

—Prométeme que no cargarás tú solo el peso de nuestros problemas, otra vez. Somos una pareja.

Él se humedeció los labios y asintió, y ella supo que podía confiar en su respuesta.

—Mi padre es un hombre de negocios, frío y calculador. Sabía que, tarde o temprano, dejaría su guerra fuera del terreno económico.

—¿No crees que será mejor separarte de él? Tienes tus propios bienes y negocios como el criadero… —reflexionó ella en voz alta, pero ya lo había dicho—. Puedo ayudarte… De hecho, no pienso

quedarme de brazos cruzados, he trabajado toda mi vida y ahora no será diferente. Ya buscaré en qué ocuparme.

—Em, sé que cuento contigo y no te pediré quedarte cruzada de brazos. Apoyaré cada una de tus decisiones. Sin embargo, la fortuna Moray también me pertenece. La heredaré irremediablemente y después la pasaré a nuestros hijos. Aunque mi padre no acepta que lo enfrenté por seguir mis designios, y que me casé con quien amo y no con quien él eligió, es un hombre práctico para ciertos efectos. Me quiere al frente de nuestras finanzas, más ahora que su salud está delicada. El patrimonio Moray también pertenece a mi madre, a Charlotte, a ti. Blair no puede prescindir de mí o tendrá pérdidas cuantiosas. Ya no tiene la fuerza y la determinación de antes. Así que, sostener a la familia continuará correspondiéndome. Estoy bien con eso, no debes preocuparte.

—Espero que lidiar con él cuando lo veamos otra vez no te llene de amargura.

—Ha dicho que no tiene hijo y que el secretario mediará… Blair y su obstinación por salirse con la suya no me borrarán la sonrisa, porque mi sonrisa eres tú, Em…

Ella sonrió y él, como un espejo, la imitó. Después se besaron aplacando la impaciencia y la turbulencia que se instaló en sus almas, al recibir las noticias de Londres. Y continuaron disfrutando de sus besos hasta que las olas de ese mar embravecido se calmaron y ellos volvieron a sumergirse en su remanso de paz.

—¿No piensas leer la carta de tu amiga? —preguntó al fin, cuando lograron separarse, para referirse a la de Ettie—. Ahora soy yo el que está muy intrigado.

Ella se dispuso a develar el misterio de las letras.

5 de marzo de 1874

Querida Emily

Con gran emoción te comunico que he decidido convocar a las debutantes que no ganaron el Premio Cumberland a un nuevo concurso. Podría ser una versión especial que solo se realizará este año, pero las bases serán justas, lo garantizo. De lo contrario, iría contra mis principios. Tal vez lo llame Premio Cumberland-

Hayden. Aunque los Cumberland son antipáticos, no puedo deshacerme de ellos porque aportaron la primera donación en conjunto con el Comité de Damas que están involucradas en English Roses School.

Además, así continuamos en la misma línea. Y el Hayden es para hacer una pequeña diferencia con el concurso que realizamos todos los años. Confío en que la noticia renueve tus esperanzas, así como las de Charlotte, Florence y Valery.

Deseo verlas cuanto antes. Por cierto, ya estoy en Londres.

Ettie

—Oh, no puedo creerlo. Ettie no deja de lado su bondad ni siendo duquesa.

—Ser noble no está peleado con tener buen corazón. Ahora eres condesa y me pareces un mar de bondad —jugó sin dejar de mirarla.

—No seas adulador, no me refiero a eso. Ettie debe haber escuchado rumores sobre las dificultades de las debutantes que no ganaron, y ahora que es dueña de English Roses School quiere obrar en beneficio de ellas. Como dice la carta de tu hermana, la decisión la tomó sin escuchar de nuestra boda. También pensó en mí. Es una gran amiga. Estaba enterada de que mi dote y la de Florence ahuyentaban a los posibles pretendientes. Y que no seríamos tomadas en cuenta.

—¿Ella no sabía que nos amábamos?

—No podía revelarlo. Por un lado, trataba de olvidarte. Por el otro, era imposible confesarlo a otras amigas sin primero sincerarme con Charlotte.

—Entiendo. —La abrigó en su pecho. El viento había comenzado a azotar con más fuerza. Ella se acomodó entre los brazos de Zachary, y disfrutó de la brisa marina.

—Para Florence será una gran oportunidad. Solo recibe invitaciones por vivir bajo el amparo de los condes de Kennox. Su dote, sin el premio, no será suficiente para que le propongan matrimonio.

—¿No crees que podría correr con una fortuna similar a la tuya? —Él sabía, pero prometió no hablar—. ¿Y que un valiente caballero pueda enamorarse de sus encantos, uno que la dote no le importe lo más mínimo?

—Eres un soñador. En Londres son escasos los caballeros que se guían por los sentimientos de su corazón. Eres diferente, amor mío. —Lo besó en la mejilla.

—Tienes poca fe en los hombres. Creo que tuve suerte de que confiaras en mí —agregó seductor. Le fascinaba escucharla dar su opinión sin recelos o temor. Era la ventaja de ser amigos antes que esposos.

—Sobre lady Valery Belcher hay rumores también, acerca de la inminente ruina de los duques de Richmond. La vi llorar de manera desconsolada cuando se quedó sin el premio. Y no olvidemos a Charlotte.

—¿Qué pasa con Charlotte? —Arrugó el entrecejo. No le gustó que la nombrara junto al círculo de amigas desafortunadas—. Ella posee una dote sustanciosa.

—Blair se ha empeñado en casarla con Marcus. No creo que desista, ahora que, supuestamente, el susodicho ha deshonrado a Susette y lo enviaron a América. ¿A cuántas señoritas tiene que comprometer ese hombre, para que Blair entienda que no es conveniente para Charlotte?

—El cachorro Cumberland no se acercará ni a dos metros de mi hermana —señaló decidido y furioso contra ese caballero—. Un ojo morado debió prevenirlo, pero si no fue suficiente, puedo poner más énfasis en persuadirlo para desistir.

—¿Oh, no se había caído de un caballo? —Se llevó las manos a la boca, asombrada.

—¿Creíste que después de cómo te habló en el baile seguiría tan campante y orgulloso? Eres la mujer que amo, Em, nadie puede hablarte como ese impertinente lo hizo o se las verá conmigo.

—Mi escocés bravucón. Ahora eres un hombre casado, no puedes irte a los puños a la menor provocación. —Se veía deslumbrada, no daba crédito a tal arrebato.

—Su atrevimiento está lejos de ser calificado como menor. El muy arrogante derribó todos los límites de mi paciencia.

—Volviendo a Charlotte —continuó contemplándolo con los ojos entornados, era incorregible—. Ganar el premio la pondría en una posición ventajosa. Podría rebelarse contra las imposiciones de su padre y casarse con quien desee o huir.

—Te aseguro que Charlotte no necesita ese premio. Me tiene a mí, a Moray Gardens, igual que mi madre. Jamás las dejaría desamparadas.

—¿Crees que tu hermana te pedirá permiso? Y no aceptará quedarse en Moray Gardens, ni, aunque yo sea tu esposa.

—En eso último tienes razón, las conozco. Mi madre tampoco. Como dijo, menos ahora que estamos recién casados. Tendría que llevarlas a la fuerza. Los Moray somos muy orgullosos y ellas no querrían interferir con la privacidad de una joven pareja. Charlotte suele resolver sus asuntos por su cuenta. Lo que me preocupa. Espero que acuda a mí siempre que lo necesite. Debemos reiterarle nuestro apoyo, para que no se meta en problemas, otra vez. —Compartieron la mirada cómplice que usaban, cuando tocaban ese tema del que no se hablaba en voz alta. La vida de la menor de los Moray era complicada.

—Al menos, yo no participaré en el concurso, lo que les dará más oportunidades a las demás.

—Me opondré a que mi hermana se desgaste por un dinero que, en cuanto logre recuperarme de lo invertido en The Crest Stud puedo poner en sus manos.

—No seas autoritario como tu padre —lo sermoneó con cariño —. Repito. ¿Crees que Charlotte te pedirá permiso?

Negó mortificado y exhaló con fuerza. Su hermana era tan desafiante como él y si, con su participación en ese concurso lograba fastidiar a su padre, lo haría todavía más convencida.

—Ahora que he sabido de la generosa obra de Ettie, tal vez ha llegado el momento de comunicarte lo que no ha dejado de darme vueltas en la cabeza. Me gustaría comenzar el proyecto en cuanto regresemos de nuestro viaje a Le Mont-Saint-Michel. Así las obras habrán iniciado antes de que retornemos a Londres.

—Te escucho. —Estaba seguro de que esa tarde no dejaría de sorprenderse.

—He estado pensando, que como tenemos la vista más bella de las playas de Normandía, podría hacer algo por mis padres. Quiero recompensar todo el amor que me dieron mientras crecí, y el que aún me dan cada día.

—Habla con confianza, querida.

—La casa podría agrandarse. Papá poseería de nuevo una posada aquí en Quiberville. Mis padres estarían muy felices de volver a Normandía. Y yo tendría un propósito, uno que nace del cariño que les tengo. Tengo tantas ideas sobre cómo podrían ser las habitaciones, el comedor, los jardines…

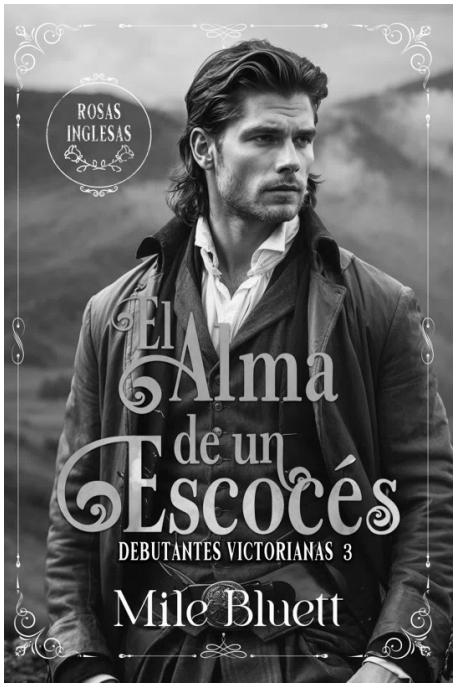
Él no tardó en responder, había sinceridad en su expresión y hasta orgullo.

—La propiedad siempre ha sido tuya. Ni siquiera tienes que consultarme, sabes que voy a apoyarte en lo que decidas. —Le tomó la barbilla con dos dedos y tras contemplarla con amor y deseo, le depositó un corto beso en los labios—. Me parece un acto muy generoso de tu parte con Raphael y Esther. Pero, ¿renunciarás a tu paraíso en la tierra?

—Escocés, mi paraíso eres tú —murmuró, seductora. Y como una amazona experta domando a su semental salvaje, lo enlazó por el cuello… Sin darle tregua, lo besó hasta que ambos quedaron sin aliento, rendidos ante el amor.



Próximamente



El alma de un escocés

Debutantes Victorianas 3

Link preventa: https://mybook.to/elalmadeunescoces

«Cuando un sentimiento se aloja en lo profundo del alma, nada puede detenerlo».

El irreverente de Las Highlands, **Cailean MacAlister**, es célebre por su destreza como jinete, su puntería infalible y el sarcasmo que tanto amigos como rivales reverencian. Por lealtad, rechazó unirse a la arriesgada empresa que dirigen sus mejores amigos, aunque la propuesta le pareció tentadora. Su prioridad es clara: sacar adelante la destilería familiar. Pero, cuando la ruina amenaza con destruir su legado, solo queda una salida: un matrimonio por conveniencia.

Florence Fairbairn, ahijada de sus padres, se encuentra en una encrucijada similar. Sin dote, su única esperanza es casarse con un caballero con medios que pueda asegurar el futuro de sus padres y sus hermanos. Ese caballero no puede ser Cailean: él apenas se sostiene. Los padrinos no merecen que Florence distraiga al primogénito de sus obligaciones. Su deber es salvar el título.

Pero ellos guardan un secreto, uno que ha latido en silencio durante demasiado tiempo. **Atrapados entre el honor y el llamado de sus corazones febriles, ¿qué gritará con más fuerza?**

Nota de la autora

Escribir el libro de Emily y Zachary ha sido un viaje maravilloso. Las historias de amor donde ambos primero son amigos tienen un encanto especial. Después de la historia de Ettie y Valentine en el libro 1, sabía que la dulce Emily debía resolver su amor inconcluso con el hermano de su mejor amiga. La historia tenía que comenzar desde que se conocieron, de lo contrario, mis queridas lectoras se perderían cómo surgió la pasión entre los dos.

A continuación, seguirán Cailean y la bondadosa Florence porque ellos no pueden esperar. De hacerlo, la familia de él podría lamentarlo, la ruina económica los acecha. Y los padres y los hermanitos de Florence —quienes viven lejos— necesitan que ella haga un buen matrimonio que los ayude a salir adelante. Además, de que Flor y Cailean han llegado al punto de no retorno.

Para las que ya desean conocer qué sucedió con Charlotte, ese secreto que se guarda con recelo, en su libro sabrán todo lo sucedido.

No me queda más que agradecer a cada una de mis lectoras por esperar mis libros con tanto cariño. Gracias a las que leen, comparten, reseñan y hacen publicaciones maravillosas en diversas redes sociales. Adoro verlas, me hacen inmensamente feliz.

Gracias, mi querida Pame Díaz, por la magnífica portada y diagramación. Y, muchísimas gracias a Janette Bajuelo e Hilda Rojas Correa por arriesgarse a ser las primeras almas generosas en leer *Por una vida amándote* y darme sus acertadas impresiones.

Mil gracias, mis queridas Cecilia Pérez, Fanny Musa, por apoyar mi carrera desde los inicios y continuar haciéndolo con el mismo cariño.

Si desean conocer más de lo que seguirá con mis debutantes victorianas, no duden en contactarme en mis redes sociales, en todas me encuentran como @milebluett.

Por aquí les dejo Mi Instagram para que lo tengan al alcance de un clic.

Mis libros de Romance Histórico

Serie Romances Victorianos (disponible completa en Amazon)

Libro 1. El corazón del duque
Libro 2. La nobleza del conde
Libro 3. La pasión del marqués
Libro 4. La redención del vizconde
Libro 5. La promesa del barón
Libro 6. El destino de una rosa inglesa
Libro 7. Una oveja descarriada para Norfolk
Libro 8. El regreso del caballero

Serie Debutantes Victorianas (la más nueva)

Libro 1. El beso del villano
Libro 2. Por una vida amándote
Libro 3. El alma de un escocés (próximamente)

Único

Amor Sublime.

Serie Amor Amor

Libro 1. Una esposa para el heredero
Libro 2. Un ángel se enamora
Libro 3. Una marquesa enamorada
Libro 4. El deseo de una flor

Otros

Porque manda el corazón
Cómo reformar al diablo escocés

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Debutantes Victorianas, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best sellers* por los que se siente más agradecida son *El corazón del duque, La pasión del marqués, Amor Sublime* y *Una oveja descarriada para Norfolk*.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon: http://relinks.me/MilePDBluett

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

---

[1] *cabines de plage:* Cabinas de baño o de playa.

[2] *Chéri*: «Querido» en francés.

[3] La Sirène: La Sirena, en francés.

[4] Bijou: Joya, en francés.

[5] *andouille de Vire:* Embutido de cerdo originario de Vire, ciudad de Normandía.

[6] *Chef de Cuisine*: Jefe de la cocina en francés que servía en palacios, casas nobles y grandes restaurantes.

[7] *Inter vivos*: Entre vivos, en latín. En derecho se refiere a actos jurídicos entre personas vivas, en especial, la donación *inter vivos*.
[8] *Roast beef*: En inglés, pieza de carne de vacuno asada.
[9] *Frog*: Rana, en inglés.
[10] *Colombages*: En francés para referirse al entramado de madera.
[11] *Gun dèan thu tàmh ann an ifrinn:* en gaélico escocés, «Qué descanses en el infierno».
[12] *Mon cœr:* en francés, mi corazón.
[13] Mo chidhre: en gaélico escocés, mi corazón.
[14] *Stud Farm: En inglés,* granja de cría de caballos, criadero de caballos.
[15] *Maighdeann-mhara:En gaélico escocés,* mi doncella del mar